



ANNA DESDE  
EL INFIERNO

**KENDARE BLAKE**

Lectulandia

«Qué fue. Ni siquiera yo lo sé. En el instante en que escuché su risa, Anna apareció roja en el fondo de mis ojos, y la vi en todas sus manifestaciones: como la inteligente y pálida muchacha vestida de blanco, y como la diosa con venas negras y vestida de sangre. Estaba lo bastante cerca para tocarla, pero tal vez no fuera nada porque la cuestión es que Anna ya no está aquí. Y no tengo la sensación de que se marchara. Sino de que me la arrebataron».

Han pasado meses desde que el fantasma de Anna Korlov desapareciera tras una puerta que conducía al infierno, pero el joven cazador de fantasmas Casio Lowood no puede olvidarla. Para él ninguna de las chicas vivas que le rodean puede compararse con Anna.

Además, como si tratara de buscar su ayuda, Anna se le aparece continuamente, a veces en sueños, a veces cuando está despierto. Cas siente que algo no va bien: cada vez que la ve, ella está más desgarrada y torturada...

Nadie sabe qué le ocurrió a Anna cuando desapareció tras aquella puerta, cuando se adentró en el infierno para salvar la vida de Casio. Y Cas no descansará hasta averiguarlo; ha llegado el momento de que sea él quien salve a Anna.

**Lectulandia**

Kendare Blake

# **Anna desde el infierno**

**Anna II**

ePub r1.0

sleepwithghosts 02.12.13

Título original: *Girl of Nightmares*

Kendare Blake, 2012

Traducción: Montserrat Nieto

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Creo haber matado a una chica que se parecía a esta.

Sí. Se llamaba Emily Danagger. La asesinaron cuando era una adolescente; fue un contratista que trabajaba en la casa de sus padres. Emparedó su cuerpo en un muro del ático y luego lo revocó.

Parpadeo y murmuro una vaga respuesta a lo que quiera que me haya preguntado la chica que está junto a mí. Emily tenía los pómulos más altos. Y la nariz es diferente. Pero la forma de la cara es tan parecida a la suya que tengo la sensación de estar mirando a aquella muchacha a la que seguí la pista hasta una habitación de invitados en un segundo piso. Tardé casi una hora, sin parar de dar tajos con el *áthame* en una pared tras otra cuando ella rezumaba del muro, tratando de colocarse discretamente a mi espalda.

—Me encantan las películas de monstruos —dice la chica que está a mi lado, cuyo nombre no recuerdo—. Jigsaw y Jason son claramente mis favoritos. ¿Y a ti?

—A mí no me van mucho las pelis de monstruos —respondo, sin mencionar que, técnicamente, ni Jigsaw ni Jason pueden considerarse monstruos—. Prefiero las explosiones, los efectos especiales.

Cait Hecht. Así se llama. Es también estudiante de tercer curso en el Winston Churchill. Tiene los ojos color avellana, algo grandes para su cara, pero es bonita. Ignoro de qué color tenía los ojos Emily Danagger. Cuando la conocí, ya no quedaba vida en ellos. Recuerdo su pálido rostro materializándose a través del papel floreado y descolorido de la pared. Ahora parece una tontería, pero en aquel momento fue la partida más intensa de atrapa a la chica muerta a la que me había enfrentado. Estaba empapado en sudor. Fue hace mucho tiempo, cuando era más joven y fácilmente impresionable. Aún pasarían años antes de que me enfrentara a fantasmas con una fuerza real —fantasmas como Anna Korlov, la chica que podría haberme destrozado la espina dorsal cuando hubiera querido, pero que acabó salvándome la vida.

Estoy sentado en la mesa del rincón de una cafetería próxima a Bay Street. Carmel se encuentra frente a mí con dos de sus amigos, Jo y Chad, que creo que son pareja desde séptimo curso. Qué horror. A mi lado está Cait Hecht, con la que se supone que estoy teniendo una cita. Acabamos de ver una película; no recuerdo de qué iba, pero me parece que salían unos perros gigantes. Cait trata de captar mi atención hablando con gestos exagerados, las cejas arqueadas y unos dientes perfectos gracias a una infancia repleta de aparatos dentales. Pero lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que se parece a Emily Danagger, aunque sea mucho menos interesante.

—Entonces —dice ella con tono nervioso—, ¿cómo está tu café?

—Está bueno —respondo. Trato de sonreír. Nada de esto es culpa suya. Fue

Carmel quien me involucró en esta farsa, y fui yo quien aceptó llevarla a cabo para que se callara. Me siento como un imbécil por hacerle perder el tiempo a Cait. Y como un imbécil mayor por compararla en secreto con una chica muerta a la que maté hace cuatro años.

La conversación se estanca. Doy un trago al café, que realmente está bueno. Mucho azúcar, nata montada y aroma a avellana. Por debajo de la mesa Carmel me da una patada y estoy a punto de derramármelo por la barbilla. Cuando alzo la vista, está charlando con Jo y Chad, pero lo ha hecho a propósito. No estoy resultando una buena compañía. Le está apareciendo un tic bajo el ojo izquierdo.

Por un instante, considero la posibilidad de conversar educadamente. Pero no quiero alentar esto, ni dar esperanzas a Cait. De todas maneras, me resulta un misterio por qué ha querido salir conmigo. Después de lo que sucedió el año pasado con Mike, Will y Chase —Mike fue asesinado por Anna, y Will y Chase acabaron devorados por el fantasma que mató a mi padre—, soy el paria del Winston Churchill. Nunca me relacionaron con los asesinatos, pero todo el mundo sospecha. Saben que aquellos tíos me detestaban, y que terminaron muertos.

Existen verdaderas teorías sobre lo que podría haberles sucedido, grandes y turbulentos rumores que circulan y crecen hasta que finalmente alcanzan proporciones ridículamente épicas y desaparecen. Fue algo relacionado con las drogas, susurra la gente. No, no, era una red clandestina de prostitución. Cas les proporcionaba anfetaminas para que cumplieran mejor. Es como un chulo drogata.

La gente pasa a mi lado por los pasillos y evita mis ojos. Susurran a mi espalda. En ocasiones, me replanteo la decisión de terminar el instituto en Thunder Bay. No soporto que esos idiotas hagan todas esas elucubraciones, la mayoría totalmente descabelladas, y que ninguno haya mencionado el relato del fantasma que todos conocían. Nadie ha hablado jamás de Anna vestida de sangre. Ese, al menos, sería un rumor que merecería la pena escuchar.

Hay días que abro la boca para pedirle a mi madre que lo prepare todo, que busque otra casa en otra ciudad donde podría estar cazando innumerables muertos asesinos. Habríamos hecho las maletas hace meses de no haber sido por Thomas y Carmel. A pesar de todos mis esfuerzos por lo contrario, he llegado a confiar en Thomas Albin y Carmel Jones. Resulta extraño pensar que la chica que está sentada frente a mí en la mesa, lanzándome miradas asesinas a escondidas, comenzó siendo un mero punto de referencia. Simplemente una manera de conocer la ciudad. Y resulta también extraño pensar que hubo una época en la que consideré a Thomas, mi mejor amigo, como un acompañante no deseado, pesado y telépata.

Carmel me da otro golpecito y yo dirijo los ojos hacia el reloj. Apenas han pasado cinco minutos desde la última vez que lo miré. Pienso que podría haberse estropeado. Cuando Cait desliza sus dedos sobre mi muñeca, la retiro y tomo un sorbo de café. Al

hacerlo, no me pasa desapercibida la reacción nerviosa e incómoda de su cuerpo.

De repente, Carmel exclama en voz alta:

—No creo que Cas haya mirado siquiera universidades. ¿Lo has hecho, Cas?

Esta vez me propina un puntapié más fuerte. ¿De qué está hablando? Estoy todavía en tercer curso. ¿Por qué debería pensar en la universidad? Por supuesto, Carmel probablemente tenga el futuro planificado desde preescolar.

—Yo me estoy planteando ir a St. Lawrence —responde Cait cuando permanezco mudo—. Mi padre dice que St. Clair podría ser mejor. Pero no sé a qué se refiere con *mejor*.

—Mmm —murmuro. Carmel me mira como si yo fuera una especie de idiota. Estoy a punto de echarme a reír. Tiene buenas intenciones, pero es que no tengo absolutamente nada que decirle a esta gente. Ojalá estuviera aquí Thomas. Cuando el teléfono empieza a vibrar en mi bolsillo, salto de la mesa con demasiado ímpetu. Empezarán a hablar de mí en el mismo instante en que salga por la puerta, preguntándose qué problema tengo, y Carmel les explicará que simplemente estoy nervioso. Lo que sea.

Está llamando Thomas.

—Hola —respondo—. ¿Me estás leyendo la mente otra vez o es simplemente una buena sincronización?

—¿Así de mal va?

—No está siendo peor de lo que esperaba. ¿Qué pasa?

Casi siento cómo se encoge de hombros al otro lado del teléfono.

—Nada. Solo pensé que tal vez querrías una vía de escape. He recogido el coche del taller esta tarde. Ahora probablemente pueda llevarnos hasta Grand Marais.

Estoy a punto de preguntarle: «¿A qué te refieres con *probablemente*?», cuando se abre la puerta de la cafetería y Carmel se desliza hacia fuera.

—Oh, mierda —mascullo.

—¿Qué?

—Viene Carmel.

Ella se planta delante de mí con los brazos cruzados sobre el pecho. La vocecilla de Thomas sigue piando, quiere saber qué está sucediendo, si debe pasarse por mi casa a recogerme, o no. Antes de que Carmel pueda decir nada, me vuelvo a colocar el teléfono en la oreja y le respondo que sí.

\*\*\*

Carmel nos disculpa a los dos. En su Audi, logra hacerme el vacío durante unos cuarenta segundos mientras conduce por las calles de Thunder Bay. Conforme avanzamos, se produce la extraña coincidencia de que todos los semáforos se ponen

en verde justo a nuestro paso, como una escolta encantada. Las carreteras están mojadas, todavía crujen en los arcones donde quedan zonas de hielo persistente. Las vacaciones de verano comienzan en dos semanas, pero la ciudad no parece haberse enterado. Estamos a finales de mayo y las temperaturas aún descienden bajo cero por las noches. El único indicador de que el invierno está tocando a su fin son las tormentas: ruidosos fenómenos empujados por el viento que se forman sobre el lago y regresan de nuevo a él, lavando los restos del barro invernal. No estaba preparado para tantos meses de frío. Se cierra en torno a la ciudad como un puño.

—¿Por qué te molestaste en venir? —pregunta Carmel—. ¿Si ibas a comportarte así? Has conseguido que Cait se sintiera realmente mal.

—Los dos hemos conseguido que Cait se sintiera mal. En primer lugar, yo no quería hacerlo. Fuiste tú quien alentó sus esperanzas.

—Le gustas desde la clase de Química del último semestre —asegura Carmel, frunciendo el ceño.

—Entonces, deberías haberle contando lo idiota que soy. Tenías que haberme presentado como un imbécil gilipollas.

—Mejor que lo haya descubierto por sí misma. Apenas has dirigido cinco palabras a nadie —tiene una mirada de decepción en el rostro que roza la indignación. Luego, su expresión se suaviza y se coloca la rubia melena por encima del hombro—. Pensé que sería agradable que salieras y conocieras gente nueva.

—Conozco a un montón de gente nueva.

—Me refiero a gente viva.

Fijo la mirada hacia delante. Tal vez lo haya dicho como una pulla sobre Anna, o tal vez no. Pero me cabrea. Carmel quiere que olvide. Que olvide que Anna salvó nuestras vidas, que se sacrificó y arrastró al hechicero *obeah* hacia el infierno. Carmel, Thomas y yo hemos intentado descubrir qué le sucedió a Anna después de aquella noche, sin mucho éxito. Supongo que Carmel piensa que ha llegado el momento de interrumpir la búsqueda y dejarla marchar. Pero no lo haré. Tanto si se supone que debo hacerlo como si no.

—No tenías por qué haberte marchado, ¿lo sabes? —le digo—. Podría haberle pedido a Thomas que me recogiera allí. O haber regresado andando.

Carmel se muerde su precioso labio, acostumbrada a conseguir siempre lo que quiere. Somos amigos desde hace casi un año y todavía pone esa cara de cachorrito desconcertado cuando no hago exactamente lo que me pide. Resulta extrañamente adorable.

—Hace frío. Y de todas maneras, me estaba aburriendo —permanece tranquila bajo su chaquetón color camello y sus mitones rojos. La bufanda roja que lleva al cuello está cuidadosamente anudada, a pesar de que hayamos salido de modo apresurado—. Le he hecho un favor a Cait. Yo le conseguí la cita. No es culpa



nuestra que no te haya deslumbrado con su encanto.

—Tiene unos dientes bonitos —sugiero. Carmel sonrío.

—Tal vez fuera una mala idea. No hay que forzarlo, ¿verdad? —comenta ella, y yo finjo no ver la mirada esperanzada que me lanza, como si debiera continuar con la conversación. No llegaría a ninguna parte.

Cuando llegamos a mi casa, el destartalado Tempo de Thomas está aparcado en el camino de acceso. Distingo su silueta en el interior de la casa, hablando con la de mi madre. Carmel se para justo detrás del Tempo. Esperaba que me dejara en la acera.

—Iremos en mi coche. Me voy con vosotros —anuncia, y sale del vehículo. No me opongo. A pesar de mis mejores intenciones, Carmel y Thomas se han unido al equipo. Después de lo sucedido con Anna y el hechicero *obeah*, excluirles no era realmente una opción.

Dentro de casa, Thomas parece una enorme arruga repanchingada en el sofá. Se levanta cuando ve a Carmel y sus ojos adquieren su habitual expresión ensimismada, antes de ajustarse las gafas y regresar a la normalidad. Mi madre está sentada en una silla, con un jersey que le da un aspecto relajado y maternal. No sé de dónde saca la gente la idea de que todas las brujas llevan una tonelada de rímel y van por ahí envueltas en capas de terciopelo. Nos sonrío y pregunta con tacto por la película, en vez de por la cita.

Me encojo de hombros.

—No la he entendido muy bien —contesto.

Ella suspira.

—Thomas me ha dicho que os vais a Grand Marais.

—Parece una noche tan buena como cualquier otra —le digo, y miro a Thomas—. Carmel también se apunta, así que podemos ir en su coche.

—Estupendo —contesta él—. Como llevemos el mío, probablemente acabemos en la cuneta antes de cruzar la frontera.

Durante un breve instante, mientras esperamos a que mi madre se marche, la situación se vuelve incómoda. Ella no es para nada una extraña, pero trato de no preocuparla con los detalles. El pasado otoño estuve a punto de morir, y eso ha salpicado de canas su pelo castaño rojizo.

Por fin se levanta, y aprieta contra mi mano tres bolsas de terciopelo pequeñas, pero muy aromáticas. Sé lo que son sin mirarlas. Una mezcla de hierbas recién hecha de su clásico hechizo de protección, una para cada uno. Me toca la frente con un dedo.

—Mantenlos a salvo —susurra—. Y tú también —se vuelve hacia Thomas—. Y ahora debería ponerme a trabajar en más velas para la tienda de tu abuelo.

—Las de la prosperidad se acaban antes de que podamos colocarlas en las estanterías —Thomas sonrío.

—Y son tan sencillas. Limón, laurel y un corazón de imán. Me pasaré con una nueva remesa el martes —se marcha escaleras arriba, hacia la habitación que ha dedicado para trabajar con los hechizos. Está llena de bloques de cera, aceites y polvorientas botellas con hierbas. He oído que otras madres tienen habitaciones enteras para coser. Qué raro.

—Te ayudaré a empaquetar las velas cuando regrese —le digo mientras se desvanece en lo alto de la escalera. Me gustaría que consiguiera otro gato. Hay un hueco con forma felina donde Tybalt solía estar, flotando tras las huellas de mi madre. Pero supongo que solo han pasado seis meses desde que murió. Tal vez sea demasiado pronto.

—Bueno, ¿estáis listos? —pregunta Thomas. Bajo el brazo lleva un bolso de lona con bandolera. Cada retazo de información que conseguimos sobre un fantasma en particular, sobre un trabajo en particular, lo mete en ese bolso. Odio pensar en lo rápidamente que le atarían a una estaca y le prenderían fuego si alguien llegara a hacerse con él. Sin mirar dentro del barullo, introduce la mano y hace eso tan espeluznante de telépata de encontrar con la punta de los dedos lo que está buscando, siempre, como la niña de *Poltergeist*.

—Grand Marais —murmura Carmel mientras él le alarga los papeles. Se trata principalmente de una carta de un profesor de Psicología de la escuela de posgrado de Rosebridge, un viejo compinche de mi padre que, antes de asentar la cabeza y ponerse a moldear mentes jóvenes, expandió la suya participando en círculos de trance dirigidos por mis padres a principios de la década de los ochenta. En la carta, habla de un fantasma en Grand Marais, Minnesota, del que se rumorea que habita un granero abandonado. En las últimas tres décadas se han producido seis muertes en la propiedad. Tres de ellas ocurridas en circunstancias consideradas sospechosas.

Y qué son seis muertes. Estadísticas como esa no forman parte de mi habitual lista de preferencias. Pero ahora que estoy asentado en Thunder Bay, mis opciones han quedado reducidas a unos cuantos viajes largos al año y lugares a los que pueda acceder durante el fin de semana.

—Entonces, ¿mata provocando accidentes? —dice Carmel, echando un vistazo a la carta. La mayoría de las víctimas del granero murieron aparentemente de forma accidental. Un granjero estaba arreglando su tractor cuando el aparato se deslizó de los ladrillos que lo sujetaban y le aplastó. Cuatro años después, la mujer del granjero cayó boca abajo sobre una horca—. ¿Y cómo sabemos que no han sido realmente accidentes? Grand Marais está a un largo trayecto en coche para que luego la cosa no aparezca.

Carmel habla siempre de los fantasmas como si fueran objetos. Nunca dice «él» o «ella» y rara vez emplea el nombre.

—¿Como si tuviéramos algo mejor que hacer? —digo yo. En mi mochila, el

*áthame* vibra. Me inquieta saber que está ahí, metido en su funda de cuero, afilado como una cuchilla sin tener que afilarlo jamás. Casi me entran ganas de regresar a esa maldita cita.

Desde el enfrentamiento con el hechicero *obeah*, cuando descubrí que el cuchillo había estado unido a él, yo... no sé. No es que tenga miedo del *áthame*. Aún lo siento como mío. Y Gideon me ha asegurado que la conexión entre el cuchillo y el hechicero ha quedado rota, que los fantasmas que mato ahora ya no acaban en sus fauces, alimentándole e incrementando su poder. Ahora van donde se suponía que debían ir. Y si alguien sabe de eso, es Gideon, allá en Londres, hundido hasta las rodillas en libros con olor a humedad. Él estuvo con mi padre desde el principio. Sin embargo, cuando necesité una segunda opinión, Thomas y yo acudimos al anticuario y escuchamos a su abuelo Morfran echarnos un discurso sobre cómo la energía se contiene en ciertos planos, y que el hechicero *obeah* y el *áthame* ya no existen en el mismo plano. Cualquiera que sea el significado de eso.

Así que no le tengo miedo. Pero en ocasiones siento cómo surge su fuerza y me da un empujón. Es algo más que un objeto inanimado, y a veces me pregunto qué querrá.

—Aun así —añade Carmel—, aunque se trata de un fantasma, solo mata una vez cada ciertos años. ¿Qué pasa si no quiere acabar con nosotros?

—Bueno —empieza a decir Thomas tímidamente—, después de la última vez que regresamos con las manos vacías, empecé a trabajar en esto —mete la mano en el bolsillo de su chaqueta del ejército y saca una piedra circular de color claro. Es plana y tiene alrededor de un centímetro y medio de grosor, como una moneda grande y rechoncha. En una cara tiene un símbolo labrado, algo parecido a un nudo celta modificado.

—Una piedra rúnica —exclamo.

—Es bonita —comenta Carmel, y Thomas se la alarga. Está realmente bien hecha. El labrado es preciso, y Thomas la ha pulido de modo que brilla.

—Es un señuelo.

Carmel me la pasa. Una runa para atraer a los fantasmas, algo así como una menta de gato pero dirigida a los muertos. Muy ingenioso, si funciona. Volteo la piedra en la mano. Está fría y pesa como un huevo de gallina.

—Entonces —dice Thomas, recuperando la piedra rúnica y guardándosela en su bolsillo—, ¿queréis probarla?

Los miro a los dos y asiento con la cabeza.

—Vámonos.

\*\*\*

El trayecto hasta Grand Marais, Minnesota, es largo y aburrido en la oscuridad. Las ramas de los pinos aparecen y desaparecen ante los faros del coche, y estoy empezando a sentirme mareado de mirar la línea discontinua de la calzada. Durante gran parte del recorrido trato de dormir en el asiento trasero, o al menos finjo que duermo, escuchando a escondidas y desconectando de la conversación de Thomas y Carmel alternativamente. Cuando susurran, sé que están hablando de Anna, aunque nunca pronuncian su nombre. Escucho a Carmel decir que es inútil, que nunca descubriremos dónde se fue, y que aunque pudiéramos, tal vez no deberíamos. Thomas no discute mucho; nunca lo hace cuando Carmel está preocupada. Este tipo de conversaciones solían enfadarme. Ahora es simplemente algo habitual.

—Desvíate —dice Thomas—. Creo que esa podría ser la carretera.

A como la cabeza por encima del asiento mientras Carmel trata de conducir el Audi por un lugar que no parece una carretera, sino un sendero para todoterrenos con rodadas en el barro. El coche dispone de tracción a las cuatro ruedas, pero aun así existe un gran riesgo de quedarnos atascados. Ha debido de llover bastante por aquí últimamente, y las rodadas están llenas de charcos. Estoy a punto de decirle a Carmel que desista y que trate de recular, cuando algo negro aparece frente a los faros.

Derrapamos hasta detenernos.

—¿Es eso? —pregunta Carmel.

«Eso» es un enorme granero negro situado al borde de un campo yermo, con tallos de plantas muertas surgiendo como pelos sueltos. La casa a la que debió de pertenecer, así como cualquier otro edificio, fueron demolidos hace tiempo. Lo único que queda es el granero, oscuro y solitario, esperándonos frente a un bosque de árboles silenciosos.

—Coincide con la descripción —digo yo.

—Nada de descripción —dice Thomas, rebuscando en su bolso con bandolera—. Nos llegó el boceto, ¿recuerdas? —lo saca y Carmel enciende la luz interior del coche. Ojalá no lo hubiera hecho. Al instante, sentimos que nos están observando, como si la luz hubiera descubierto todos nuestros secretos. La mano de Carmel se lanza a apagarla, pero coloco la mía sobre su hombro.

—Demasiado tarde.

Thomas sujeta el boceto en alto, en dirección a la ventanilla, comparándolo con la silueta en sombras del granero. En mi opinión, no resulta de gran utilidad. Es un esbozo y está hecho a carboncillo, así que son simplemente diferentes tonos de negro. Llegó por correo junto al chivatazo y es el producto de un trance psíquico. Alguien dibujó la visión mientras la estaba teniendo. Probablemente debería haber abierto los ojos y haber mirado el papel. El boceto tiene una calidad claramente onírica, con los bordes desdibujados y un montón de líneas duras. Parece como si lo hubiera hecho un niño de cuatro años. Pero mientras los comparo, el granero y el boceto empiezan a

parecerme más y más similares, como si la forma realmente no importara tanto como lo que quiera que haya *detrás* de esa forma.

Vaya estupidez. ¿Cuántas veces me dijo mi padre que los *lugares* no pueden ser malignos? Meto la mano en mi mochila, cojo el *áthame* y salgo del coche. Los charcos me cubren hasta los cordones de las zapatillas, y cuando llego al maletero del Audi tengo los pies empapados. Tanto el coche de Carmel como el de Thomas están preparados y abastecidos como puestos de supervivencia, con luces de emergencia, mantas y suficiente material de primeros auxilios para satisfacer al hipocondríaco más paranoico. Thomas está a mi lado, ha avanzado con cuidado por el barro. Carmel abre el maletero y cogemos tres linternas y un foco de *cámping*. Caminamos juntos en la oscuridad, sintiendo cómo se nos entumecen los pies y escuchando el chapoteo de los calcetines dentro de los zapatos. Hay humedad en el ambiente y hace frío. La nieve persistente se aferra a las bases de los árboles y a los alrededores del granero.

De nuevo me asalta la idea del aspecto maligno de ese granero. Peor incluso que el de la casa victoriana medio derrumbada de Anna. Permanece agazapado como una araña, esperando a que nos acerquemos lo suficiente, fingiendo estar inanimado. Pero eso es una tontería. Es simplemente fruto del frío y la oscuridad colándose bajo mi piel. Aun así, si alguien decidiera acercarse con gasolina y una cerilla, no me mostraría necesariamente en contra.

—Tomad —les alargo sus hechizos de protección. Thomas mete el suyo en el bolsillo del pantalón. Carmel se lo cuelga como un rosario. Encendemos el foco y las linternas junto a la puerta, que cruje al moverse a un lado y a otro como un dedo insinuante—. Manteneos cerca —susurro, y ellos se aprietan a ambos lados de mi cuerpo.

—Cada vez me digo a mí misma que estamos locos por hacer esto —murmura Carmel—. Y cada vez creo que esperaré en el coche.

—Tú no eres de las que se quedan al margen —susurra Thomas, y en mi otro costado noto cómo Carmel sonrío.

—Vamos adentro —digo bajito, y alargo la mano para tirar de la puerta y abrirla.

Thomas tiene la irritante costumbre de alterarse, dirigiendo la linterna a todas partes a una velocidad de vértigo como si esperara sorprender a un fantasma medio escondido o algo así. Pero los fantasmas son tímidos. O si no tímidos, al menos cautelosos. Jamás he abierto una puerta y me he topado directamente con una cara muerta. Sin embargo, he entrado en sitios y he sabido al instante que me estaban observando. Como ahora.

Resulta extraña esa sensación de intensa consciencia en algún lugar a tu espalda. Cuando te observan los muertos, la sensación es más rara todavía, porque no puedes ubicar la dirección de donde procede. Está simplemente ahí. Resulta molesto, pero no puedes hacer nada. Es algo parecido a la linterna estroboscópica de Thomas.

Avanzo hasta el centro del granero y coloco el foco de *camping* en el suelo. El aire está impregnado con un pesado olor a polvo y heno viejo, que aparece esparcido por el suelo de tierra. Cuando giro lentamente en círculo, dirigiendo el haz de mi linterna de forma estable y minuciosa, la paja susurra y cruje bajo mis pies. Carmel y Thomas se mantienen atentos, justo a mi lado. Sé que al menos Thomas, por ser brujo, también siente que nos están observando. El haz de su linterna sube y baja por las paredes, buscando en los rincones y escondites. Se está delatando en exceso, en vez de utilizar la luz como señuelo y prestar atención a la oscuridad. Los sonidos de nuestra ropa son como un estruendo; el susurro constante del pelo de Carmel sobre su hombro al mirar a su alrededor parece una jodida cascada.

Extiendo las manos y me aparto de ellos, permitiendo que la luz del foco de *camping* se proyecte más allá de nuestro apretado grupo. Nuestros ojos se han adaptado y Carmel y yo apagamos las linternas. El granero está vacío, excepto por lo que parece el esqueleto de un viejo arado en el rincón sur, y el foco colorea la estancia de un amarillo apagado.

—¿Es este el lugar? —pregunta Carmel.

—Bueno, es suficiente para pasar la noche —respondo yo—. Por la mañana intentaremos llegar a pie a algún lugar con mejor cobertura para llamar a una grúa.

Carmel asiente con la cabeza. Lo ha captado. La escena del viajero en apuros se da más a menudo de lo que se podría pensar. Y por eso aparece en tantas películas de terror.

—La temperatura no es mucho mejor aquí que fuera —comenta Thomas. Por fin, apaga su linterna. Se produce un alboroto susurrado sobre nuestras cabezas y Thomas pega un respingo, echa mano rápidamente de la linterna y dirige el haz de luz hacia el techo.

—Por el sonido parecen palomas —digo yo—. Perfecto. Si nos quedamos atrapados demasiado tiempo aquí, tal vez tengamos que hacer asado de pájaro.

—Eso es... asqueroso —exclama Carmel.

—Es pollo barato. Vamos a echar un vistazo —hay una escalerilla desvencijada y podrida que sube hasta una trampilla. Supongo que lo único que encontraremos será un pajar y un montón de palomas y gorriones acurrucados en él. Pero no hace falta que les recuerde a Thomas y a Carmel que se mantengan alerta. Permanecen justo detrás de mí, en contacto permanente. Cuando el pie de Carmel topa con las púas de una horca medio enterrada entre el heno, su cara adquiere una expresión de extrañeza. Nos miramos los unos a los otros y ella sacude la cabeza. No puede ser la misma, la horca sobre la que cayó la mujer del granjero. Es lo que nos aseguramos a nosotros mismos, aunque imagino que no existe razón alguna para que no lo sea.

Subo al pajar el primero. Hago un barrido con la linterna y descubro un amplio suelo liso y cubierto de heno y unos cuantos montones de pacas junto a la pared sur.

Cuando dirijo la luz hacia la techumbre inclinada, veo lo que podrían ser unas cincuenta palomas, a ninguna de las cuales parece importarle la intromisión.

—Subid —les digo. Thomas asciende a continuación y entre los dos ayudamos a Carmel—. Ten cuidado; la paja está llena de mierda de pájaro.

—Estupendo —masculla ella.

Una vez que estamos todos arriba, echamos un vistazo a nuestro alrededor, aunque no hay mucho que ver. Es simplemente un gran espacio abierto, cubierto de paja y estiércol de ave. Hay un sistema de poleas que debió de utilizarse para mover la paja suspendida del techo, y gruesas cuerdas enrolladas en las vigas.

—¿Sabéis lo que detesto de las linternas? —pregunta Thomas; contemplo su haz de luz recorriendo la estancia, iluminando de repente cabezas de pájaro y alas en movimiento, y luego nada excepto tablas cubiertas de telarañas—. Siempre te hacen pensar en lo que no estás viendo. En lo que continúa en la oscuridad.

—Es cierto —afirma Carmel—. Esa es la peor escena en una película de terror. Cuando la linterna encuentra finalmente lo que quiera que estuviera buscando y te das cuenta de que preferirías no saber qué es.

Deberían callarse. No es el momento más adecuado para tratar de asustarse el uno al otro. Me alejo un poco, con la esperanza de interrumpir la conversación y también para comprobar el estado del suelo. Thomas avanza en sentido opuesto, manteniéndose cerca de la pared. Recorro las balas de paja con la linterna, prestando especial atención a los lugares donde pudiera ocultarse algo. No percibo nada, excepto el asqueroso aspecto que tienen con esas salpicaduras marrones y blancas. A mi espalda, escucho un chirrido prolongado, y cuando me doy la vuelta una ráfaga de viento golpea mi cara. Thomas ha encontrado una de las puertas del pajar y la ha abierto.

La sensación de que nos están observando ha desaparecido. Somos simplemente tres chavales en un granero abandonado, fingiendo habernos quedado atrapados para nada. Tal vez ni siquiera sea este el lugar adecuado y lo que noté al franquear la puerta fuera una casualidad.

—Me da la impresión de que esa piedra rúnica tuya no está funcionando muy bien —comento. Thomas se encoge de hombros. Dirige la mano distraídamente hacia el bolsillo, donde la runa aparece pesada contra la tela.

—No era seguro que funcionara. No trabajo con runas muy a menudo. Y nunca había labrado una yo mismo —Thomas se inclina y mira por la puerta del granero, hacia la noche. Cada vez hace más frío; su aliento se convierte en una nube de vapor—. Tal vez no importe. Quiero decir que, si este es el lugar, ¿cuánta gente hay realmente en peligro? ¿Quién viene por aquí? Quienquiera que fuera el fantasma probablemente se aburriría y se largó a otro lugar a simular muertes accidentales.

Muertes accidentales. Las palabras arañan la superficie de mi cerebro.

Soy un idiota.

Una cuerda se descuelga del techo. Me vuelvo para advertir a Thomas pero mis palabras no salen con suficiente rapidez. Lo único que pronuncio es su nombre y echo a correr a toda velocidad hacia él porque la cuerda está cayendo; el fantasma sujeto a su extremo se vuelve corpóreo medio segundo antes de empujar a Thomas cabeza abajo a través de la puerta del granero, hacia una caída de doce metros en dirección al frío y duro suelo.

\*\*\*

Me lanzo hacia Thomas. Las briznas de paja se meten en mi chaqueta, frenándome, pero no pienso en nada aparte de lo que entreveo de su cuerpo, y cuando me precipito a través de la puerta del pajar logro atraparlo por el pie. Necesito toda la fuerza de mis nudillos para sujetarlo mientras golpea contra el lateral del granero. Al instante, Carmel está conmigo, con medio cuerpo también fuera.

—¡Thomas! —grita ella—. ¡Cas, súbete! —le sujetamos cada uno por un pie y damos tirones para arrastrarlo hacia dentro hasta llegar a las rodillas. Thomas está afrontando la situación muy bien, sin chillar ni nada. Casi le hemos subido cuando Carmel deja escapar un grito. No necesito mirar para saber que se trata del fantasma. Noto una presión helada a mi espalda y de repente el aire huele como el interior de una cámara frigorífica.

Me vuelvo y está justo delante de mi cara: un tipo joven con un mono desgastado y una camisa de cambray de manga corta. Está gordo, tiene barriga y los brazos como rebosantes salchichas pálidas. Hay algo raro en la forma de su cabeza.

Desenfundo el cuchillo. Lanza un destello al sacarlo de mi bolsillo trasero, dispuesto a incrustarse en su estómago, y entonces ella se ríe.

Ella. Con esa risa que conozco tan bien aunque solo la escuchara un puñado de veces. Sale de la enorme boca de este palurdo obeso. Casi se me cae el *áthame* de la mano. Luego la risa desaparece, abruptamente, y el fantasma retrocede y ruge; parecen palabras pronunciadas al revés a través de un megáfono. Por encima de nuestras cabezas, las aproximadamente cincuenta palomas abandonan sus perchas y aletean hacia nosotros.

Envuelto en plumas y un rancio olor a pájaro, le grito a Carmel que siga tirando, que no deje caer a Thomas, y sé que no lo hará, aunque se le estén enganchando en el pelo diminutos picos y garras. En cuanto tenemos a Thomas de nuevo dentro, los empujo a los dos hacia la escalerilla.

Nuestros pies golpean el suelo con fuerza entre los aleteos de pánico. Tengo que obligarme a mirar atrás, para asegurarme de que el bastardo no intenta otro empujón.

—¿Dónde vamos? —grita Carmel desorientada.



—Sal por la puerta —respondemos Thomas y yo con un alarido. Cuando mi pie toca el peldaño inferior de la escalerilla, Carmel y Thomas van muy por delante, corriendo. Siento que el fantasma se materializa a nuestra derecha y me vuelvo. Ahora que le veo más de cerca, percibo que lo que ocurre con su cabeza es que le falta la parte de atrás. También me doy cuenta de que lleva la horca en la mano.

Justo antes de que la lance, le grito algo a Carmel. Deben de ser las palabras adecuadas porque se gira para ver qué pasa y ladea el cuerpo bruscamente hacia la izquierda, justo antes de que las púas de la horca se incrusten en la pared. Entonces Carmel empieza a chillar y el sonido me hace reaccionar; retraso el brazo y lanzo el *áthame* con un movimiento seco. Atraviesa el aire y se clava en la barriga del granjero. Por un instante me mira, me atraviesa, con unos ojos como charcos de agua templada. Esta vez no siento nada. No me pregunto adónde le estará enviando el cuchillo. Ni si el hechicero *obeah* puede sentirlo todavía. Cuando se desvanece como una ráfaga de calor, simplemente me alegro de que haya desaparecido. Ha estado a punto de matar a mis amigos. Que se joda.

El *áthame* cae al suelo con un golpe seco y suave y corro a recogerlo antes de dirigirme hacia Carmel, que sigue gritando.

—¡Carmel! ¿Estás herida? ¿Te ha alcanzado? —pregunta Thomas. La examina mientras ella mueve bruscamente la cabeza atrás y adelante con un ataque de pánico. La horca ha estado a punto de rozarla. Tanto que una de las púas ha ensartado el hombro de su abrigo y lo ha clavado a la pared. Alzo la mano y arranco la horca; ella se aleja de un salto, sacudiéndose el abrigo como si estuviera sucio. Está a partes iguales asustada y cabreada, y cuando exclama: «¡Maldito estúpido!», no puedo evitar sentir que me lo está gritando a mí.

## 2

El *áthame* está descansando en su jarra de sal, enterrado hasta el mango en cristales blancos. El sol de la mañana que entra por la ventana golpea el vidrio de la jarra y se refleja en todas direcciones con un color dorado brillante, casi como un halo. Mi padre y yo solíamos sentarnos para mirar el cuchillo, hundido en esta misma jarra, después de que la luz de la luna lo hubiera purificado. Él lo llamaba Excálibur. Yo, de ninguna manera.

A mi espalda, mi madre está friendo huevos. Sobre la encimera hay apiladas unas cuantas de sus velas mágicas más recientes. Son de tres colores distintos, cada uno con su propio aroma. Verde para la prosperidad, rojo para la pasión y blanco para la claridad. Junto a ellas, tres pequeños montones de papel de pergamino con tres conjuros diferentes para envolverlos alrededor de las velas y atarlos con un cordel.

—¿Con o sin tostadas? —me pregunta ella.

—Con tostadas —respondo yo—. ¿Queda mermelada de bayas de Saskatoon?

Mi madre saca la mermelada e introduce cuatro rebanadas de pan en la tostadora. Cuando están hechas, las unto con mantequilla y mermelada y las llevo a la mesa, donde ella ya ha colocado los platos con los huevos.

—Trae el zumo, ¿quieres? —me dice, y mientras tengo medio cuerpo dentro del frigorífico, añade—: Entonces, ¿vas a contarme cómo fue todo el sábado por la noche?

Me incorporo y lleno dos vasos con zumo de naranja.

—Aún no lo he decidido.

El trayecto de regreso desde Grand Marais lo hicimos casi en silencio. Cuando llegamos a casa, era domingo por la mañana, y yo me quedé inmediatamente dormido; recuperé la consciencia únicamente para ver por cable una de las películas de Matrix, antes de volver a perderla y dormir toda la noche. Fue el mejor plan de evasión que se me haya ocurrido jamás.

—Bueno —dice mi madre alegremente—, pues decídetelo y hazlo. Tienes que estar en el instituto en media hora.

Me siento a la mesa y suelto el zumo. Mantengo los ojos fijos en los huevos, que me devuelven la mirada con sus pupilas de yemas amarillas. Los pincho con el tenedor. ¿Qué se supone que debo decir? ¿Cómo voy a explicárselo de manera coherente, si aún no he logrado entenderlo yo? Era la risa de Anna. Surgió clara como el agua, inconfundible, de la negra garganta del granjero. Pero eso es imposible. Anna se ha marchado, aunque yo no pueda olvidarla. De modo que mi mente ha empezado a imaginar cosas. Eso es lo que me dice la luz del día. Lo que me diría cualquier persona en su sano juicio.

—La cagué —digo hacia mi plato—. No estuve lo bastante atento.

—Pero acabaste con él, ¿no?

—Pero después de que empujara a Thomas por una ventana y estuviera a punto de convertir a Carmel en un pincho moruno —de repente no tengo apetito. Ni siquiera la mermelada de bayas de Saskatoon parece tentadora—. No deberían seguir acompañándome. Nunca debería habérselo permitido.

Mi madre suspira.

—No fue cuestión de «permitírselo», Cas. No creo que pudieras habérselo impedido —su voz suena cariñosa, totalmente carente de objetividad. Se preocupa por ellos, por supuesto que sí, pero también le alegra enormemente que ya no me aventure por ahí solo.

—Se sintieron atraídos por la novedad —exclamo. De manera inesperada, la ira asciende a la superficie; mis dientes la retienen—. Pero esto es real, y puede matarlos, y cuando se den cuenta de ello, ¿qué crees que pasará?

El rostro de mi madre permanece tranquilo, sin mostrar ninguna emoción excepto un ligero fruncimiento en las cejas. Pincha con el tenedor un trozo de huevo y lo mastica, despacio. Luego dice:

—Creo que no los valoras lo suficiente.

Tal vez no. Pero no les reprocharía que salieran pitando después de lo que sucedió el sábado. Tampoco les habría echado en cara que me hubieran dejado de lado después de que Mike, Will y Chase acabaran muertos. En ocasiones, siento deseos de haber podido hacerlo.

—Tengo que irme al instituto —digo, retirando la silla de la mesa y dejando el desayuno intacto. El *áthame* ha quedado purificado y está listo para salir de la sal, pero paso de largo. Tal vez por primera vez en mi vida, no quiero llevarlo encima.

\*\*\*

Lo primero que veo al doblar la esquina hacia mi taquilla es a Thomas bostezando.

Está apoyado sobre ella, con los libros bajo el brazo y una camiseta gris que está a punto de rasgarse en algunos puntos. Su pelo señala en direcciones totalmente opuestas. Me provoca una sonrisa. Tanto poder contenido en un cuerpo que parece haber nacido en una cesta de la ropa sucia. Cuando ve que me acerco, me saluda con la mano y una gran sonrisa inunda su cara. Luego bosteza de nuevo.

—Lo siento —se disculpa—. Me está costando recuperarme de lo del sábado.

—Una fiesta épica, ¿no, Thomas? —una voz sarcástica ríe con disimulo a nuestras espaldas, y al volverme, veo un grupo de personas, a la mayoría de las cuales no conozco. El comentario lo ha hecho Christy no sé qué y pienso, a quién le importa, excepto porque Thomas tiene la boca cerrada con fuerza y permanece fijo en la hilera de taquillas, como si deseara fundirse con ellas.

Miro a Christy con indiferencia.

—Continúa hablando así y conseguiré que acabes muerta.

Ella parpadea, tratando de decidir si lo he dicho en serio o no, lo que me arranca una sonrisa de superioridad. Estas habladurías son ridículas. El grupo pasa de largo, en silencio, y después añado:

—Olvídalos. Si hubieran estado allí, se habrían meado encima.

—Seguro —contesta Thomas, y se yergue—. Oye, siento lo del sábado. Fui un imbécil al asomarme por la puerta de aquel modo. Gracias por salvarme el pellejo.

Durante un instante, siento un nudo en la garganta que sabe a gratitud y sorpresa. Luego se deshace.

—No me lo agradezcas —le digo. Recuerda primero quién te llevó allí—. No fue nada del otro mundo.

—Claro —se encoge de hombros. Este semestre Thomas y yo vamos juntos a clase de Física a primera hora. Con su ayuda, estoy sacando notable. A mí, toda esa mierda sobre puntos de apoyo y masa, tiempo, velocidad me suena a chino, pero para Thomas es coser y cantar. Debe de ser el brujo que lleva dentro; posee un evidente conocimiento de las fuerzas y su funcionamiento. De camino al aula, pasamos junto a Cait Hecht, que intenta apartar la mirada tanto como puede. Me pregunto si empezará también a chismorrear sobre mí. Supongo que si lo hiciera, la entendería.

Solo veo de pasada a Carmel hasta la quinta hora, cuando compartimos clase de estudio. A pesar de ser el tercer miembro de nuestro extraño trío de cazafantasmas, su estatus de abeja reina ha permanecido intacto. Su agenda social está tan repleta como siempre. Forma parte del consejo de estudiantes y de unos cuantos aburridos comités de recaudación de fondos. Ver cómo se mueve entre ambos mundos resulta interesante. Se integra en uno tan fácilmente como en el otro.

Cuando llego a clase de estudio, tomo mi asiento habitual frente a Carmel. Thomas no ha llegado todavía. Me doy cuenta inmediatamente de que ella no es tan indulgente como él. Apenas aparta los ojos de su cuaderno cuando me siento.

—Necesitas un corte de pelo.

—Me gusta un poco largo.

—Pero es que tengo la sensación de que se te mete en los ojos —añade, mirándome directamente—. Te impide ver bien las cosas.

Nos sostenemos brevemente la mirada, y decido que estar a punto de quedar clavada como una mariposa en una vitrina de cristal merece al menos una disculpa.

—Siento lo del sábado. Fui un estúpido y me distraje. Lo sé. Es peligroso...

—Corta el rollo —exclama Carmel, estallando un globo de chicle—. ¿Qué te preocupa? Dudaste en el granero. Podías haber acabado con él en el pajar. Estaba a un paso, con la barriga al aire como si nos la estuviera sirviendo en bandeja.

Trago saliva. Por supuesto que se dio cuenta. A Carmel no se le escapa nada.

Abro la boca, pero no sale ninguna palabra de ella. Carmel alarga la mano y roza mi brazo.

—El cuchillo ya no es malo —me asegura con suavidad—. Morfran lo dijo. Tu amigo Gideon lo dijo. Pero si tienes dudas, tal vez deberías tomarte un descanso. Alguien va a acabar herido.

Thomas se desliza junto a Carmel y nos mira a uno y a otro.

—¿Qué pasa? —pregunta—. Tenéis cara de que se hubiera muerto alguien —Dios, Thomas, esa frase es muy peligrosa.

—Nada —respondo yo—. A Carmel le preocupa la razón por la que vacilé el sábado.

—¿Cómo?

—Vacilé —replica Carmel—. Podría haberlo matado en el pajar —se calla mientras dos chicas pasan a nuestro lado—. Pero no lo hizo, y yo acabé mirando el extremo equivocado de la horca.

—Pero estamos todos bien —Thomas sonríe—. Y rematamos el trabajo.

—No lo ha superado —añade Carmel—. Sigue preguntándose si el cuchillo es maligno.

Toda esta conversación sobre mí como si yo no estuviera delante me está poniendo de los nervios. Continúan así un minuto o más, con Thomas defendiéndome débilmente y Carmel afirmando que necesito al menos seis sesiones de terapia paranormal antes de regresar al trabajo.

—¿Os importaría que os pusieran un pequeño castigo? —pregunto de repente. Cuando ladeo la cabeza hacia la puerta y me levanto, ellos se ponen también en pie. El monitor de la clase de estudio nos grita algo sobre dónde creemos que vamos, o qué estamos haciendo, pero no nos detenemos. Carmel simplemente responde:

—Eh, ¡he olvidado mis tarjetas de notas!

Mientras franqueamos la puerta.

\*\*\*

Hemos aparcado en un área de descanso junto a la carretera 61, y estamos sentados en el Audi plateado de Carmel. Yo me encuentro en la parte trasera, y ellos se han girado en los asientos para poder mirarme. Esperan con paciencia, lo que empeora la situación. Un pequeño empujón no vendría mal.

—Tienes razón en que vacilé —digo por fin—. Y en que todavía me hago preguntas sobre el cuchillo. Pero eso no fue lo que sucedió el sábado. Las preguntas no me distraen de mi trabajo.

—¿Entonces qué? —pregunta Carmel.

Qué fue. Ni siquiera yo lo sé. En el instante en que escuché su risa, Anna apareció

roja en el fondo de mis ojos, y la vi en todas sus manifestaciones: como la inteligente y pálida muchacha vestida de blanco, y como la diosa con venas negras y vestida de sangre. Estaba lo bastante cerca para tocarla. Pero la adrenalina ya no fluye por mi sangre, y a mi alrededor hay luz del sol. Así que tal vez no fuera nada. Simplemente una alucinación. Pero los he traído hasta aquí para contárselo, así que debería decirles algo.

—Si os dijera que no puedo olvidar a Anna —empiezo, bajando los ojos hacia las alfombrillas negras del Audi—, que necesito saber que está en paz, ¿lo entenderíais?

—Sí, por supuesto —asegura Thomas. Carmel aparta la mirada.

—No estoy preparado para rendirme, Carmel.

Se coloca un rubio mechón detrás de la oreja y aparta la mirada con culpabilidad.

—Lo sé. Pero llevas meses buscando respuestas. Todos nosotros.

Sonrío con pesar.

—¿Y qué? ¿Te has cansado ya?

—Por supuesto que no —responde bruscamente—. Anna me gustaba. Y aunque no hubiera sido así, nos salvó la vida. Pero lo que hizo, el sacrificarse..., eso fue por ti, Cas. Y su intención era que siguieras vivo. No que deambularas por ahí medio muerto, aferrándote a ella.

No tengo nada que añadir. Sus palabras me hunden, rápidamente y hasta el fondo. En estos últimos meses, el no saber lo que le ha sucedido a Anna ha estado a punto de volverme loco. He imaginado todos los infiernos posibles, las peores de las suertes. Sería sencillo afirmar que esa es la razón por la que me resulta tan difícil olvidarla. Y sería cierto. Aunque no es toda la verdad. La cuestión es que Anna ya no está aquí. Estaba muerta cuando la conocí, y mi intención era devolverla bajo tierra, pero no quería que se marchara. Tal vez la manera en que se desvaneció fuera supuestamente la conclusión de todo. Está más muerta que muerta y tendría que sentirme contento; en vez de eso, estoy tan cabreado que no puedo ver con claridad. No tengo la sensación de que se marchara. Sino de que me la arrebataron.

Pasado un minuto, sacudo la cabeza y las palabras brotan de mi boca, estudiadas y tranquilas.

—Lo sé. Escuchad, tal vez deberíamos tranquilizarnos una temporada. Quiero decir que tenéis razón. No es seguro, y siento mucho lo que sucedió el sábado. De verdad.

Me piden que no me preocupe. Thomas asegura que no fue nada y Carmel bromea sobre el hecho de acabar arponeada. Reaccionan como lo harían unos buenos amigos, y de repente me siento como un verdadero cretino. Necesito aclarar mi mente. Tengo que acostumbrarme a la idea de que nunca volveré a ver a Anna, antes de que alguien acabe realmente herido.

El sonido de esa risa. Vuelvo a escucharlo en mi cabeza por centésima vez por lo menos. Era su voz; la de Anna, pero sonaba histérica, y estridente. Casi desesperada. O tal vez fuera así simplemente porque la escuché a través de la boca de un hombre muerto. O quizás no la oí en absoluto.

Un chasquido agudo me obliga a parpadear y a bajar los ojos. Una de las velas blancas de mi madre para aclarar la mente descansa en dos trozos a mis pies, apoyada contra mi dedo gordo. Las estaba empaquetando en una caja para llevarlas a la tienda de Morfran.

—¿Qué sucede, hijo mío? —mi madre me regala una media sonrisa y una ceja alzada—. ¿Qué te distrae tanto que rompes nuestro sustento?

Me agacho y recojo las dos mitades de la vela, juntando torpemente los extremos rotos como si fueran a unirse por arte de magia. ¿Por qué no puede funcionar la magia así?

—Lo siento —me disculpo. Ella se levanta de la mesa donde estaba atando conjuros, coge la vela de mis manos y la huele.

—No pasa nada. Nos quedaremos con ella. Funcionan igual de bien estén rotas o no —se aparta y la coloca en el alféizar sobre el fregadero—. Ahora respóndeme, muchachito. ¿De qué se trata? ¿Del instituto? O tal vez esa cita tuya fue mejor de lo que confesaste —la expresión de su rostro es medio burlona, aunque esconde también algo de esperanza.

—Ojalá, mamá —sería muy sencillo asegurar que se trata del instituto. O que estaba soñando despierto. Y probablemente debería hacerlo. Mi madre es feliz aquí. Después de que descubriéramos que el asesino de mi padre había estado de alquiler en el ático de la casa y de que se comiera a su gato, imaginé que querría mudarse. O que incendiaría la casa. Pero no lo hizo. En vez de eso, se calmó y convirtió esta casa en nuestra, más que ningún sitio de alquiler en el que hayamos vivido desde que mi padre murió. Parecía como si todo el asunto fuera algo que ella hubiera estado esperando.

Supongo que los dos lo estábamos esperando. Porque ahora está terminado. Cerrado.

—¿Cas? ¿Estás bien? ¿Ha sucedido algo?

Le ofrezco mi sonrisa más tranquilizadora.

—No es nada. Solo restos de tonterías.

—Mmm —murmura ella, y saca una caja de cerillas del cajón de los cachivaches—. Tal vez deberías encender esta vela de la claridad. Para deshacerte de las telarañas.

—Claro —me río entre dientes y tomo la cerilla—. ¿No debería decir primero el

conjuro?

Mi madre sacude la mano.

—Las palabras no son siempre necesarias. Solo tienes que saber lo que quieres.  
Me da un golpecito en el pecho, y rasco la cerilla.

\*\*\*

—Estás jugando realmente mal —me dice Thomas desde el cojín contiguo del sofá.

—Y qué más da, es solo el comecocos —respondo mientras mi último muñequito se choca contra un fantasma y muere.

—Si lo miras así, nunca conseguirás superar mi mejor puntuación.

Resoplo.

De todas maneras, nunca sería capaz de lograrlo. Este tío tiene una coordinación mano/ojo asquerosamente increíble. La mía es buena en los juegos de acción en primera persona, pero él me gana todo el tiempo en los antiguos juegos de maquinitas. Thomas coge el mando y la musiquita comienza de nuevo. Contemplo como el comecocos devora cerezas y puntos y envía a los fantasmas de vuelta a la casilla de salida.

—Has memorizado las pantallas.

—Tal vez —sonríe con malicia, y detiene el juego cuando su teléfono empieza a vibrar. El móvil es algo nuevo para Thomas. Un regalo de Carmel que ella utiliza para enviarle constantes mensajes con los que intenta que nos reunamos con ella en el centro comercial. Pero el centro comercial es una tortura que nadie debería sufrir. Excepto tal vez para tomarse un rollito de canela en Cinnabon.

Thomas suspira.

—¿Quieres reunirte con Carmel y Katie en Cinnabon?

Respiro hondo. Thomas se había pasado por mi casa para darme un libro que había encontrado con teorías sobre la vida después de la muerte. Está junto a la Xbox, sin abrir. Estoy cansado de leer y acabar con más preguntas y sin ninguna respuesta. De intentar localizar a los antiguos socios de mi padre y obtener únicamente suposiciones. Se ha convertido en un agotador callejón sin salida, y aunque pensar eso me haga sentir culpable, es la verdad.

—Vamos —respondo.

\*\*\*

El centro comercial está muy iluminado y huele a loción de afeitar. Deben de venderla en todas las tiendas por las que pasamos. Carmel se reúne con nosotros en la entrada, sola. Katie la dejó colgada en el instante en que supo que veníamos.



—¿Te molesta que tu mejor amiga me odie tanto? —pregunta Thomas con la boca tan llena de rollito de canela que apenas se le entiende.

—No te odia. Simplemente nunca has intentado conocerla. Los dos hacéis que se sienta como si molestara.

—Eso no es cierto —objeta Thomas.

—En parte, lo es —mascullo justo detrás de ellos. Y es así. Cuando nos reunimos Carmel, sus amigas y yo, todo va bien. Yo puedo integrarme si tengo que hacerlo. Pero si estamos los tres juntos, parece que fuéramos un club cerrado. Me gusta, y ni siquiera me siento culpable por ello. Los tres juntos estamos seguros.

—¿Ves? —dice Carmel. Aminora el paso un poco para que pueda alcanzarlos y camine junto a ellos. Thomas añade algo más sobre Katie y oigo mencionar también el nombre de Nat, pero en realidad no los estoy escuchando. Sus asuntos de pareja no son de mi incumbencia. Me quedo atrás y ocupo mi habitual puesto en la retaguardia. El centro comercial está demasiado abarrotado para caminar los tres juntos sin balancearse y zigzaguear entre la gente.

Multitud de voces llaman a Carmel, y al alzar la mirada desde mi rollito de canela veo a Amanda Schneider, a Heidi Trico y a otra Katie no sé qué saludándola con el brazo. Derek Pimms y Nate Bergstrom están con ellas; unos tipos a los que Thomas definiría como la siguiente hornada del ejército troyano. Casi escucho cómo lo está pensando en estos momentos, cómo rechinan sus dientes mientras nos aproximamos.

—Hola, Carmel —dice Heidi—. ¿Qué haces?

Carmel se encoge de hombros.

—Tomando un rollito de canela. Y dando una vuelta. Dejando caer pistas para regalos de cumpleaños que algunas personas no pillan —le da un codazo cariñoso a Thomas. Ojalá no lo hubiera hecho. Al menos delante de la actual compañía, ya que consigue que Thomas se ponga rojo como un tomate, lo que provoca que Derek y Nate se rían como idiotas. Las otras chicas simplemente miran primero a Thomas y luego a mí, sonriendo sin mostrar los dientes. Thomas arrastra los pies. En ningún momento dirige los ojos hacia Derek o Nate, así que yo lo compenso sosteniéndoles la mirada. Me siento como un imbécil, pero lo hago. Carmel solo habla y se ríe, cómoda y aparentemente ajena a la situación.

Y entonces algo se mueve. El *áthame*. Está seguro en su funda, amarrado con dos correas a mi tobillo. Pero siento que se agita, igual que cuando estoy cazando. Y no ha sido un leve temblor, sino un giro inconfundible.

Me vuelvo hacia donde se ha movido, sintiendo que estoy más que medio loco. No hay nada muerto cazando en el centro comercial. Está demasiado abarrotado, y hay demasiada luz y demasiado olor a loción de afeitar. Pero el cuchillo no miente, así que busco entre los rostros que pasan, rostros con la mirada perdida de camino a la tienda American Eagle o que ríen con sus amigos. Todos evidentemente vivos en

diversos grados. Giro de nuevo y el cuchillo da un tirón.

—¿Cómo? —murmuro, y alzo la vista hacia el escaparate que hay delante de nosotros.

Es el vestido de Anna.

Parpadeo con fuerza dos veces. Pero es su vestido. Blanco y sencillo. Hermoso. Me aproximo a él y el centro comercial se queda en silencio. ¿Qué estoy viendo? No solo un vestido que se parece al de ella, sino *su* vestido. Lo sé antes incluso de que la pierna del maniquí descienda del pedestal.

Se mueve a sacudidas sobre las piernas de plástico. El pelo le cuelga sobre los hombros, lacio y suelto como una peluca sintética. No miro su rostro. Ni siquiera cuando mis dedos están contra el cristal del escaparate y sus piernas de maniquí se doblan, rozando la tela blanca.

—¡Cas!

Doy un respingo y el ruido del centro comercial golpea mis tímpanos como una puerta cerrándose de golpe. Thomas y Carmel están a ambos lados de mi cuerpo, con expresión preocupada en el rostro. Me siento confuso, como si acabara de despertarme. Mientras parpadeo frente al cristal, el maniquí aparece como siempre estuvo, posando y ataviado con un vestido blanco que realmente no se parece en nada al de Anna.

Miro rápidamente hacia atrás, hacia Amanda, Derek y los demás. Ahora mismo parecen tan conmocionados como Thomas y Carmel, pero mañana se reirán como histéricos mientras se lo cuentan a todos sus conocidos. Retiro los dedos del escaparate con torpeza. Después de lo que acaban de presenciar, no puedo culparles por ello.

—¿Estás bien? —pregunta Carmel—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —respondo—. Pensé que había visto algo, pero no era nada.

Carmel baja los ojos y echa un rápido vistazo a derecha e izquierda.

—Estabas gritando.

Miro a Thomas, que asiente con la cabeza.

—Supongo que he levantado demasiado la voz. La acústica de este lugar apesta; no puedes escucharte a ti mismo.

Observo cómo se miran el uno al otro, y no trato de convencerles. ¿Cómo podría? Han visto el vestido blanco del escaparate y saben lo que significa. Saben lo que he creído ver.

Al día siguiente de mi épico ataque de nervios en el centro comercial, paso mi hora libre en la calle, al borde del patio, sentado bajo un árbol y hablando con Gideon. Hay más estudiantes al aire libre, ocupando los espacios que no están a la sombra, tumbados sobre la hierba primaveral recién brotada con la cabeza sobre las mochilas o el regazo de los amigos. A veces, miran hacia mí, comentan algo y se ríen todos. Se me pasa por la cabeza que solía integrarme mejor. Tal vez no debería regresar el próximo curso.

—Teseo, ¿va todo bien? Pareces distraído.

Me río.

—Hablas como mi madre.

—¿Cómo dices?

—Lo siento —vacilo, lo que resulta estúpido. Es por la razón que me impulsó a llamarle. Quería hablar de ello. Necesito escuchar que Anna se ha marchado. Que no puede regresar. Y necesito escucharlo en una autoritaria voz británica—. ¿Has oído hablar alguna vez de alguien que haya regresado después de cruzar al otro lado?

La pausa de Gideon es adecuadamente reflexiva.

—Nunca —responde—. Es sencillamente imposible. Al menos en el terreno de las probabilidades sensatas.

Entorno los ojos. ¿Desde cuándo nos movemos en el terreno de las probabilidades sensatas?

—Pero si yo puedo empujarlos de un plano a otro utilizando el *áthame*, ¿no podría haber otra cosa que los hiciera regresar?

Esta vez la pausa es más prolongada, aunque no se lo está tomando realmente en serio. Si fuera así, escucharía el movimiento de una escalera o el susurro de las hojas de un libro al pasarlas. Continúo:

—Quiero decir que, venga, no es una idea tan inverosímil. Tal vez de A a B a G, pero...

—Me temo que es más de A a B y ya —respira hondo—. Sé en quién estás pensando, Teseo, pero simplemente es imposible. No podemos traerla de vuelta.

Cierro los ojos con fuerza.

—¿Y si ya ha regresado?

—¿A qué te refieres? —pregunta con recelo.

Espero que mi risa le tranquilice, así que dibujo una sonrisa en mi boca.

—No sé a qué me refiero. No he llamado para asustarte. Yo solo... Supongo que simplemente pienso mucho en ella.

Gideon suspira.

—Estoy seguro de ello. Anna era... era extraordinaria. Pero ahora se encuentra en

el lugar al que pertenece. Escúchame, Teseo —continúa, y casi siento sus dedos marchitos sobre mis hombros—. Tienes que superarlo.

—Lo sé —y es así. Parte de mí desea contarle el modo en que el *áthame* se movió, y las cosas que he creído ver y oír. Pero él tiene razón, y solo parecería que estoy loco—. Oye, no te preocupes por mí, ¿vale? —le digo, y me levanto del suelo—. Mierda —mascullo al sentir la humedad en la parte trasera de mis vaqueros.

—¿Qué ocurre? —pregunta Gideon, inquieto.

—Oh, nada. Tengo gran parte del culo mojado de haberme sentado bajo un árbol. Te juro que la tierra aquí nunca se seca —Gideon se ríe y colgamos. De regreso al instituto, Dan Hill me golpea el brazo.

—Hola —me saluda—. ¿Tienes los apuntes de Historia de ayer? ¿Me los podrías prestar durante la hora de estudio?

—Sí, supongo —respondo algo sorprendido.

—Gracias, tío. Normalmente se los pido a alguna chica, ya sabes —deja escapar una típica sonrisa de libertino—, pero no subo de suficiente bajo y tú sacaste la nota más alta en el último examen, ¿no?

—Sí —repito. Saqué la nota más alta. Para gran sorpresa mía y absoluta alegría de mi madre.

—Guay. Oye, he oído que la otra noche en el centro comercial ibas puesto de ácido o algo así.

—Vi un vestido que Carmel quería y se lo señalé a Thomas Sabin —me encojo de hombros—. En este instituto la gente se inventa unas estupideces increíbles.

—Sí —responde él—. Eso es lo que pensé. Nos vemos luego, tío —se aleja en otra dirección. Dan es bastante popular, eso creo. Con un poco de suerte, pasará mi coartada del centro comercial a unos cuantos. Aunque no es probable. Las retractaciones aparecen en la última página del periódico. La historia aburrida termina perdiendo, sea cierta o no. Así es cómo funcionan las cosas.

\*\*\*

—¿Cómo es posible que no te guste la pizza de pollo asado con ajo? —pregunta Carmel, con el teléfono preparado para hacer el pedido—. ¿En serio? ¿Solo champiñones y extra de queso?

—Y tomate —añade Thomas.

—¿Tomate normal, simplemente cortado en trozos? —Carmel me mira con incredulidad—. Este chico es antinatural.

—Estoy contigo —respondo desde la nevera, donde estoy cogiendo unos refrescos. Estamos relajándonos en mi casa, bajando películas de Netflix. Lo propuso Carmel, y prefiero creer que fue porque le apetecía estar tranquila y no porque

deseara alejarme de la gente.

—Tal vez solo esté tratando de ser un caballero, Carmel —dice mi madre al pasar por la cocina para servirse más té helado—. Evitando el ajo por ti.

—Cómo te pasas —la reprendo, y Thomas se ríe. Esta vez es Carmel la que se ruboriza.

Mi madre sonrío.

—Si pedís una de cada, yo compartiré la de tomate con Thomas, y tú y Cas podéis compartir la otra.

—Vale. Pero cuando llegue la de pollo vas a querer probarla —Carmel hace el pedido, y nos vamos los tres al salón a ver reposiciones de *Scrubs* hasta que lleguen las pizzas y empecemos con la película. Acabamos de sentarnos cuando Carmel se levanta de nuevo de un salto, con el teléfono entre los dedos para mandar un mensaje de texto.

—¿Qué pasa? —pregunta Thomas.

—Hay una especie de encuentro de estudio para los exámenes finales —responde ella. Se dirige hacia el porche—. Le dije a Nat y Amanda que me pasaría por allí si la película no acababa muy tarde. Vuelvo en un segundo.

Cuando la puerta se cierra, le doy un empujón a Thomas.

—¿No te molesta que se marche así? —le pregunto.

—¿A qué te refieres?

—Bueno —empiezo, pero no sé cómo continuar. Supongo que se trata de que Carmel ha intentado en ocasiones que me relacionara con sus otros amigos, pero con Thomas no lo ha hecho realmente. Pienso que tal vez le moleste, pero no sé cómo preguntárselo con tacto. ¿Y para qué malditos exámenes finales tiene que estudiar todavía? Yo ya he hecho todos los míos, excepto uno. A los profesores de aquí les gusta ponerlo fácil las últimas semanas. No es que me esté quejando—. ¿No eres su novio? —suelto por fin—. ¿No debería arrastrarte con sus amigos?

No ha sido la mejor manera de expresarlo, pero Thomas no parece ofendido, ni siquiera sorprendido. Simplemente sonrío.

—Estrictamente hablando, ignoro lo que somos —dice bajito—. Pero lo que sí sé es que no funcionamos así. Somos distintos.

—Distintos —murmuro, a pesar de que la expresión soñadora de su rostro resulta conmovedora—. Todo el mundo es distinto. ¿No se te ha ocurrido nunca que lo de ser «iguales» es un clásico por algo?

—Un gran discurso para alguien cuya última novia murió en 1958 —replica Thomas, y luego se esconde tras un trago de refresco. Sonrío y miro de nuevo hacia la televisión.

Veo a Anna en la ventana. Está de pie entre los arbustos que hay junto a la casa, mirándome fijamente.

—¡Madre mía! —doy un respingo sobre el respaldo del sofá y apenas me estremezco cuando mi hombro golpea la pared.

—¿Qué pasa? —Thomas pega un salto también y registra primero el suelo como si fuera a encontrar una rata o algo así, antes de seguir mi mirada hacia la ventana.

Los ojos de Anna están vacíos y muertos, completamente huecos y sin ninguna muestra de reconocimiento. Verla parpadear es como contemplar un cocodrilo surcando unas aguas densas y salobres. Mientras trato de recuperar el aliento, un oscuro hilillo de sangre cae serpenteando de su nariz.

—Cas, ¿qué sucede? ¿Algo va mal?

Miro a Thomas.

—¿Es que no la ves? —dirijo los ojos de nuevo hacia la ventana, medio esperando que haya desaparecido, casi *deseándolo*, pero continúa ahí, inmóvil.

Thomas escudriña la ventana, moviendo la cabeza para evitar los reflejos de la luz. Parece aterrorizado. Esto no tiene sentido. Debería verla. Es un maldito brujo, joder.

No lo aguanto más. Bajo corriendo del sofá en dirección a la puerta principal, la abro de golpe e irrumpo en el porche.

Lo único que encuentro es el rostro sorprendido de Carmel y su teléfono a medio camino de su oreja. En los arbustos situados frente a la ventana no hay nada, excepto sombras.

—¿Qué sucede? —pregunta Carmel mientras me lanzo escalones abajo y me abro paso entre los arbustos, dejando que las ramas me arañen los brazos.

—¡Dame el teléfono!

—¿Qué? —la voz de Carmel suena asustada. Mi madre ha salido también, los tres aterrorizados pero sin saber por qué.

—Solo pásamelo —grito, y ella lo hace. Pulso una tecla y dirijo el teléfono hacia el suelo, utilizando la luz azulada para revisar la tierra en busca de huellas o marcas. No hay nada.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —chilla Thomas.

—Nada —respondo en voz alta, pero sí pasa algo. Tanto si está todo dentro de mi cabeza como si no, está sucediendo algo. Y cuando alargo la mano hacia el bolsillo trasero donde guardo el *áthame*, lo siento frío como el hielo.

\*\*\*

Diez minutos después, mi madre coloca una taza humeante delante de mí, en la mesa de la cocina. La cojo y olfateo el contenido.

—No es una poción; es solo té —exclama, exasperada—. Descafeinado.

—Gracias —respondo, y doy un sorbo. Sin teína y también sin azúcar. No

comprendo por qué se supone que un agua marrón y amarga te va a relajar. Suspiro y me arrellano en la silla de manera exagerada.

Thomas y Carmel continúan intercambiando miradas furtivas, y mi madre se percata de ello.

—¿Qué ocurre? —les pregunta—. ¿Qué sabéis?

Carmel me mira para pedirme permiso, pero como no digo nada, le cuenta a mi madre lo que sucedió en el centro comercial con el vestido parecido al de Anna.

—Francamente, Cas, has tenido un comportamiento un tanto extraño desde lo de Grand Marais la semana pasada.

Mi madre se apoya sobre la encimera.

—¿Cas? ¿Qué está pasando? ¿Y por qué no me dijiste lo del centro comercial?

—¿Porque me gusta guardarme mi locura toda para mí? —obviamente irme por las ramas no va a servirme de nada. Siguen mirándome. Esperando y con los ojos fijos en mí—. Es solo que... he creído ver a Anna, eso es todo —tomo otro sorbo de té—. Y en Grand Marais, en el pajar... creí escuchar su risa —sacudo la cabeza—. Parece como si... No sé a qué se parece. Como si estuviera poseído, supongo.

Por encima del borde de mi taza, la expresión que se propaga por la habitación es inconfundible. Creen que estoy alucinando. Se compadecen de mí. En sus rostros aparece escrito «Pobre Cas», colgando de sus mejillas como pesas de cuatro kilos.

—El *áthame* también la ve —añado, y eso capta su atención.

—Tal vez deberíamos llamar a Gideon por la mañana —sugiere mi madre. Asiento con la cabeza. Pero probablemente él piense lo mismo que ellos. Aun así, Gideon es lo más parecido que tengo a un experto en el *áthame*.

La mesa se queda sumida en el silencio. Se muestran escépticos, y no se lo reprocho. Después de todo, esto es lo que yo había deseado desde que Anna desapareció.

¿Cuántas veces la he imaginado sentada a mi lado? Su voz ha sonado un millón de veces en mi cabeza, en un pobre intento de inventar las conversaciones que nunca tuvimos. En ocasiones, hago como si hubiéramos encontrado otra manera de derrotar al hechicero *obeah*; una que no lo fastidiara todo.

—¿Crees que es posible? —pregunta Thomas—. Me refiero a si existe la posibilidad.

—No regresan —replico—. Gideon asegura que no regresan. No pueden. Pero siento... como si Anna me estuviera llamando. Solo que no oigo lo que quiere decirme.

—Esto es un lío —susurra Carmel—. ¿Qué vas a hacer? —me mira a mí, luego a Thomas y a mi madre—. ¿Qué vamos a hacer?

—Tengo que descubrir si es real —respondo—. O si estoy oficialmente como una cabra. Y si es real, tengo que saber qué quiere. Qué necesita. Se lo debemos, todos

nosotros.

—No hagas nada todavía —dice mi madre—. Hasta que hablemos con Gideon. Hasta que tengamos más tiempo para meditar el asunto. Esto no me gusta.

—A mí tampoco —añade Carmel.

Miro a Thomas.

—Yo no tengo claro si me gusta o no —se encoge de hombros—. Quiero decir que Anna era nuestra amiga, o algo así. No creo que quiera hacernos daño, ni siquiera asustarnos. Es el *áthame* lo que me preocupa. Que el *áthame* responda. Probablemente deberíamos hablar también con Morfran.

Todos clavan su mirada en mí.

—Está bien —accedo—. De acuerdo, esperaremos.

Pero no demasiado.



Después de dormir fatal durante la noche, estoy sentado con Carmel en la mesa de la cocina de Thomas, contemplando cómo Morfran y él preparan el desayuno. Llevan a cabo su rutina doméstica con suavidad, arrastrando los pies entre la mesa y la cocina, sin estar todavía totalmente despiertos. Morfran lleva puesto un albornoz de franela a cuadros escoceses y tiene un aspecto ridículo. Nunca adivinarías que bajo ese albornoz se encuentra uno de los principales representantes del vudú en Norteamérica. En eso se parece algo a su nieto.

Se escucha un chisporroteo cuando la carne toca la sartén caliente. Morfran tiene la costumbre de preparar embutido de Bolonia para desayunar. Resulta un poco raro, aunque está bastante bueno. Esta mañana no tengo apetito, pero Thomas desliza un gran montón de embutido y huevos revueltos delante de mí, así que corto y esparzo la comida para que parezca que estoy comiendo. Al otro lado de la mesa, Carmel está haciendo prácticamente lo mismo.

Cuando Morfran se sirve, echa un trozo de embutido en el cuenco donde come Stella. Es una perra negra con cruce de labrador y entra disparada en la cocina como si llevara años sin probar bocado. Morfran palmea sus gordos cuartos traseros y se apoya sobre la encimera con su plato, observándonos tras las gafas.

—Es algo pronto para una reunión de cazafantasmas aficionados —nos dice—. Debe de ser algo serio.

—No es *serio* —masculla Thomas.

Morfran resopla con la boca llena de huevo.

—No creo que os hayáis levantado y hayáis decidido pasaros por aquí por las salchichas —bromea. Otra de sus costumbres es llamar «salchicha» al embutido de Bolonia.

—El zumo de naranja está delicioso —Carmel sonrío.

—Lo compro sin pulpa. Ahora escupidlo. Tengo que irme a la tienda —al decir esto, me está mirando directamente a mí.

Tenía pensadas un montón de preguntas, pero espeto:

—Necesitamos descubrir qué le sucedió a Anna.

Debe de ser la décima vez que le digo lo mismo, y está tan harto de escucharlo como yo de repetirlo. Pero tiene que comprenderlo. Necesitamos su ayuda, y no nos ha ofrecido ninguna desde la noche que nos enfrentamos al hechicero *obeah*, cuando me mantuvo vivo contrarrestando el maleficio que me había lanzado el hechicero y ayudó a Thomas con los hechizos de protección en la casa de Anna.

—¿Cómo está la salchicha? —pregunta Morfran.

—Bien. No tengo hambre. Y no voy a dejar de preguntar.

Sus ojos se dirigen hacia mi mochila. Nunca saco el *áthame* si Morfran está

alrededor. La manera en que lo mira cuando lo hago me dice que le molesta.

Thomas se aclara la garganta.

—Cuéntale lo de Marie La Pointe.

—¿Quién es Marie La Pointe? —pregunto, mientras Morfran lanza una mirada a Thomas que indica que podría quedarse castigado más tarde.

—Ella es... —Thomas vacila bajo la mirada de su abuelo, pero esta vez gano yo—. Es una hechicera vudú de Jamaica. Morfran ha estado hablando con ella sobre... tu situación.

—¿Sobre mi situación?

—Principalmente sobre el hechicero *obeah*. Sobre el hecho de que comiera carne, de que pudiera alimentarse de energía y espíritus incluso después de muerto; quiero decir que comer carne ya es raro de por sí. Pero en lo que se convirtió después de morir, al devorar a tu padre, al unirse al *áthame* para alimentarse de él, eso lo convierte casi en un jodido unicornio.

—Thomas —exclama Morfran—. ¿Por qué no cierras el pico? —sacude la cabeza y murmura en voz baja «un unicornio»—. Lo que ese fantasma hizo fue tomar un arte antiguo y transformarlo en algo antinatural.

—No me refería a... —empieza Thomas, pero le interrumpo.

—¿Qué dijo tu amiga? —pregunto—. Marie La Pointe. ¿Le preguntaste por Anna?

—No —responde Morfran—. Por el *obeah*. Le pregunté si el lazo entre el hechicero y el cuchillo se había roto, si podía romperse.

Noto un hormigueo en la nuca, aunque ya hemos tratado este asunto antes.

—¿Y qué respondió?

—Que sí se podía. Que se había roto. Que se romperá.

—¿Que se romperá? —pregunta Carmel en voz alta, dejando caer el tenedor sobre el plato—. ¿Qué demonios significa eso?

Morfran se encoge de hombros y cuando Stella le golpea la rodilla con la pata, le da un trozo de embutido de Bolonia con el tenedor.

—¿Dijo algo más? —le pregunto.

—Sí —responde—. Lo que yo he tratado de hacerte comprender durante meses. Que dejes de meter las narices donde no debes. Antes de enemistarte con alguien que te las arranque.

—¿Me amenazó?

—No fue una amenaza, sino un consejo. En este mundo hay ciertos secretos, muchacho, que la gente mataría por mantenerlos ocultos.

—¿Qué gente?

Morfran se vuelve, enjuaga su plato vacío en el fregadero y lo mete en el lavavajillas.

—Pregunta equivocada. Deberías preguntar qué secretos. Qué poder.

En la mesa, ponemos caras de frustración y Thomas gesticula un grito y hace un movimiento que imagino que es él sacudiendo a Morfran. Siempre tan críptico. Siempre con los acertijos. Nos vuelve locos.

—Al *áthame* le está sucediendo algo —continúo, con la esperanza de que si soy directo lo bastante a menudo, mi actitud se contagiará—. No sé lo que es. Veo a Anna, y la oigo. Tal vez porque estoy atento y el *áthame* la está buscando. Tal vez porque ella me esté buscando a mí. Tal vez las dos cosas.

—Tal vez más que eso —añade Morfran, dándose la vuelta. Se seca las manos en un paño y me escruta con esa mirada que me hace sentir como si fuera únicamente un esqueleto y un cuchillo—. Esa cosa que llevas en el bolsillo ya no responde al hechicero *obeah*. Pero ¿a qué responde?

—A mí —contesto—. Fue forjado para responderme a mí. A mi linaje.

—Tal vez —replica él—. ¿O fue tu linaje al que forjaron para responderle a él? Cuanto más hablo contigo, más se me llena la cabeza de viento. Hay más de una cosa implicada en esto; lo siento, como una tormenta. Igual que deberías sentirlo tú —hace un gesto con la barbilla hacia su nieto—. Y tú también, Thomas. ¡No te he educado para que te quedes fuera del baile!

A mi lado, Thomas se endereza y me mira rápidamente como si yo fuera una página y le hubieran pillado sin estar leyéndola.

—¿Podrías dejar de hablar de cosas espeluznantes a estas horas de la mañana? —pregunta Carmel—. No me gusta nada de esto. Quiero decir que ¿qué deberíamos hacer?

—Fundir ese cuchillo y enterrar los restos —propone Morfran, golpeándose la rodilla con la palma de la mano para que el labrador negro le siga hasta su dormitorio—. Pero eso no lo harás jamás —cuando está saliendo de la cocina, se detiene y respira hondo—. Escucha, muchacho —dice, mirando al suelo—. El hechicero *obeah* era el ser más retorcido y hambriento con el que he tenido la desgracia de toparme. Anna lo arrastró fuera de este mundo. En ocasiones, logras tu propósito. Tienes que dejarla descansar.

\*\*\*

—Bueno, ha sido un fiasco —dice Carmel en el trayecto hacia el instituto—. ¿Qué te dijo Gideon esta mañana?

—No contestó. Le dejé un mensaje —respondo. Carmel continúa hablando mientras conduce, insiste en que no le gusta lo que Morfran ha dicho y comenta algo sobre estar asustada, pero solo la escucho a medias. Parte de mi atención está puesta en Thomas, ya que tengo la impresión de que sigue intentando captar la mala

vibración que Morfran notó en el *áthame*. Por la expresión casi de estreñimiento de su cara, creo que no está teniendo mucha suerte.

—Vamos a dejar que pase este día —comenta Carmel—. Otra jornada menos para que termine el curso, y resolveremos todo esto más tarde. Tal vez podamos acabar con algún fantasma este fin de semana —sacude la cabeza—. O tal vez deberíamos aparcarlo todo una temporada. Al menos hasta que sepamos algo de Gideon. Mierda. Se suponía que debía hacer un inventario de los adornos para el vestíbulo antes de la reunión del Comité de Graduación.

—Pero si tú no te gradúas este año.

—Eso no significa que no forme parte del comité —resopla—. Entonces, ¿es eso lo que vamos a hacer? ¿Pararlo todo y esperar a tener noticias de Gideon?

—O a que Anna vuelva a llamar a la puerta —dice Thomas, y Carmel le lanza una mirada de reproche.

—Sí —respondo—. Supongo que eso es lo que deberíamos hacer.

\*\*\*

¿Cómo he llegado hasta aquí? No ha sido una decisión consciente. Al menos no lo parece. Cuando Carmel y Thomas me dejaron en casa después del instituto, el plan era comerme dos platos de los espaguetis con albóndigas de mi madre y vegetar delante de la televisión. Entonces, ¿qué estoy haciendo en el coche de mi madre, tras cuatro horas y no sé cuántos kilómetros de autopista, contemplando unas chimeneas apagadas que se elevan sobre un cielo cada vez más oscuro?

Esto procede de los recovecos de mi memoria, es algo de lo que Daisy Bristol me habló solo un mes después de que la casa de Anna implosionara con ella dentro. Lo escuché a medias. No estaba en condiciones de cazar, ni de hacer nada excepto deambular con un hueco en mi interior, haciéndome preguntas. Constantes preguntas. Cogí el teléfono únicamente porque se trataba de Daisy, mi fiel soplón de Nueva Orleans, y porque él había sido quien me había conducido hasta Anna en un primer momento.

—Es un lugar en Duluth, Minnesota. Una fábrica llamada Dutch Ironworks. Han estado encontrando restos de vagabundos aquí y allá durante la última década más o menos —me explicó Daisy—. Los encuentran en lotes, pero creo que es porque rara vez miran. Hace falta que alguien avise de una ventana rota, o de un grupo de chavales borrachos haciendo una fiesta en el aparcamiento, para que se pasen a dar una vuelta. La fábrica lleva cerrada desde la década de los sesenta.

En aquel momento, sonreí. Los soplos de Daisy son en el mejor de los casos esquemáticos, creados a partir de evidencias poco sólidas y en su mayoría genéricas. La primera vez que me reuní con él, le pedí que descubriera más información sobre

los hechos. Él me miró como un perro después de que te hayas comido el último mordisco de tu hamburguesa con queso. Para Daisy, hay magia en no saber algo. Le excitan las posibilidades que existen en los espacios intermedios. La relación amorosa de Nueva Orleans con los muertos fluye por sus venas. Supongo que en mi caso sería igual.

Mis ojos recorren la fábrica abandonada de Dutch Ironworks, donde algo ha estado asesinando a personas sin hogar durante al menos una década. Se trata de un amplio conjunto de edificios de ladrillo con dos altísimas chimeneas. Las ventanas son pequeñas y están cubiertas de polvo y suciedad. Muchas de ellas están tapadas con paneles. Tal vez tenga que romper algo para entrar. El *áthame* se mueve ligeramente entre mis dedos, y salgo del coche.

Mientras camino alrededor del edificio, la hierba reseca susurra al rozar mis piernas. Si miro hacia delante, entreveo las negras y furiosas aguas del lago Superior. Cuatro horas conduciendo y ese lago sigue conmigo.

Cuando doblo la esquina y veo la puerta, entreabierta y con el candado roto, mi pecho se tensa y todo mi cuerpo comienza a bullir. Nunca quise venir. No tenía ningún interés. Pero ahora que estoy aquí, apenas puedo recobrar el aliento. No me había sentido tan sintonizado desde que me enfrenté al hechicero *obeah*, como si me arrastraran con una cuerda. Mis dedos hormiguean alrededor del mango del cuchillo y tengo la extraña y familiar sensación de que forma parte de mí, de que está pegado a mi piel, hundido hasta el hueso. No podría dejarlo caer aunque quisiera.

Dentro de la fábrica huele a rancio, pero no a cerrado. El lugar sirve de refugio a innumerables roedores y ellos hacen circular el aire. Pero aun así, el ambiente está rancio. Hay muerte bajo el polvo, muerte en cada esquina. Incluso en la mierda de rata. Se han estado alimentando de cosas muertas. Sin embargo, no detecto nada fresco; no habrá ningún apestoso saco de carne esperándome a la vuelta de la esquina, saludándome con su cara descompuesta. *¿Qué me dijo Daisy? Cuando los polis encuentran otro montón de cuerpos, están prácticamente momificados. Huesos y ceniza. A la mayoría los barren hacia fuera y directamente bajo la alfombra. Nadie monta un gran escándalo por ello.*

Por supuesto que no. Nunca lo hacen.

He entrado por la parte trasera y nada me indica qué zona de la fábrica solía ser esta. Todo lo que tenía algún valor ha sido saqueado, y únicamente quedan restos de maquinaria que no soy capaz de identificar. Por las ventanas entra bastante luz que se refleja en los objetos, así que veo bien. Me detengo en cada puerta, empleando todo mi cuerpo para escuchar, para detectar olor a descomposición, para localizar puntos fríos. La estancia que hay a mi izquierda debió de ser una oficina, o tal vez una pequeña sala para los empleados. Hay una mesa apartada en un rincón. Mis ojos se fijan en lo que, a primera vista, parece una manta vieja —hasta que veo un pie

sobresaliendo de ella—. Permanezco a la espera, pero no se mueve. Es solo un cuerpo consumido, del que no queda nada excepto piel hecha jirones. Paso de largo y dejo que el resto permanezca escondido tras la mesa. No necesito verlo.

El pasillo desemboca en un espacio amplio y con el techo alto. Hay escalerillas y pasarelas que se comunican en las alturas, acompañadas de herrumbrosas cintas transportadoras. En un extremo, un voluminoso horno negro permanece dormido. Gran parte de él ha sido despedazado, desmantelado para chatarra, pero aún reconozco lo que era. Aquí se debió de producir mucho. El sudor de mil trabajadores ha empapado el suelo. El recuerdo del calor aún permanece en el aire, Dios sabe cuántos años después.

Cuanto más me adentro en la estancia, más abarrotada parece. Aquí hay algo, y su presencia resulta pesada. Aprieto el puño en torno al *áthame*. Estoy preparado para que en cualquier momento las máquinas paradas hace décadas vuelvan a la vida de una sacudida. El hedor a piel humana chamuscada me golpea las fosas nasales una fracción de segundo antes de que me empujen y caiga boca abajo sobre el suelo polvoriento.

Me doy la vuelta y me pongo en pie, dibujando un arco amplio con el *áthame*. Espero encontrar al fantasma justo detrás de mí, y por un instante pienso que ha huido y que estoy ante otra partida de atrapa al fantasma o aciértale con los dardos. Pero aún lo huelo. Y siento ira moviéndose a través de la estancia en vertiginosas oleadas.

Está de pie en el extremo opuesto de la habitación, bloqueando la salida hacia el pasillo, como si yo fuera a tratar de huir. Su piel está igual de negra que una cerilla quemada, agrietada, y rezuma calor como si fuera metal líquido, como si estuviera cubierto por una capa de lava enfriándose. Los ojos resaltan por su brillante blancura. Desde lejos, no distingo si son simplemente blancos o tienen córneas. Espero que las tengan. Detesto ese asunto de los ojos tan espeluznantemente raro. Pero con córneas o sin ellas, no habrá cordura en ellos. Todos los años que ha pasado muerto y ardiendo se habrán encargado de ello.

—Vamos —le animo, y giro rápidamente la muñeca; el *áthame* está listo para apuñalar o rebanar. Noto un leve dolor en la espalda y los hombros, donde me golpeó, pero no hago caso. Se va acercando, caminando lentamente. Tal vez porque está tratando de descubrir la razón de que yo no salga corriendo. O tal vez porque cada vez que se mueve, su piel se resquebraja aún más y sangra... lo que quiera que sea esa cosa de color rojo anaranjado que le sale.

Este es el momento que precede al ataque. El momento de tomar aire y estirarse un segundo. No parpadeo. Ahora está lo suficientemente cerca para ver que tiene córneas, azul intenso, con las pupilas constreñidas por el dolor constante. Su boca cuelga abierta, casi sin labios, agrietados y descarnados.

Quiero escuchar a Anna decir al menos una palabra.

Oscila el puño derecho; corta el aire a escasos centímetros de mi oreja derecha, con suficiente calor para producir quemazón, y percibo el característico olor del pelo quemado. Mi pelo quemado. Daisy dijo algo sobre los cadáveres... huesos coriáceos y ceniza. Mierda. Los cadáveres eran recientes. El fantasma simplemente los achicharra, los reseca y los abandona. La rabia arruina por completo su rostro; le ha desaparecido la nariz y tiene la cavidad nasal cubierta por una costra. Sus mejillas están tan secas como carbón quemado en algunas partes, y húmedas por la infección en otras. Retrocedo para alejarme de sus arremetidas. Tiene los labios carbonizados, así que sus dientes parecen demasiado grandes y su expresión es una constante y nauseabunda sonrisa. ¿Cuántos vagabundos se habrán despertado frente a esta cara, justo antes de ser cocinados de dentro afuera?

Me agacho y le lanzo una patada, consigo hacerle caer, pero también me chamusco las pantorrillas en el proceso. Mis vaqueros se han fundido con mis piernas en un punto. Pero no hay tiempo de ponerse exquisito; sus dedos se dirigen hacia mí y me aparto rodando. La tela se arranca, llevándose quién sabe cuánta piel con ella.

Se acabó. No ha dicho ni pío. A saber si le queda lengua, por no hablar de si a Anna le apetecerá comunicarse a través de él. De todas maneras, no sé en qué estaba pensando. Iba a esperar. Iba a ser bueno.

Retraso el codo, dispuesto a incrustarle el *áthame* entre las costillas, pero vacilo. El cuchillo podría acabar literalmente pegado a mi piel si no lo hago bien. Dudo apenas un segundo. Lo suficiente para que un revoloteo blanco se deslice por el rabillo de mi ojo.

No puede ser. Debe de ser alguien distinto, otro fantasma que haya muerto en esta espantosa fábrica. Pero de ser así, no murió abrasado. La muchacha que camina en silencio sobre el suelo cubierto de polvo es pálida como la luz de la luna. Una melena castaña cae sobre su espalda, colgando sobre la absoluta blancura de su vestido. Reconocería ese vestido en cualquier parte, tanto si fuera demasiado blanco para ser real como si estuviera cubierto por completo de sangre. Es ella. Es Anna. Sus pies desnudos producen un leve sonido al rozar suavemente el cemento.

—Anna —la llamo, y me levanto rápidamente—. ¿Estás bien?

No me oye. O si me oye, no se vuelve.

Desde el suelo, el hombre ardiente me agarra la zapatilla. Me suelto de una patada y me olvido de él y del olor a caucho quemado. ¿Me estoy volviendo loco? ¿Estoy alucinando? No puede estar realmente aquí. No es posible.

—Anna, soy yo. ¿Me oyes? —me dirijo hacia ella, pero moviéndome despacio. Si me acerco demasiado deprisa, podría desaparecer. Podría ver algo desagradable; podría agarrarla para darle la vuelta y descubrir que no tiene rostro, que es un cadáver moviéndose a sacudidas. Podría convertirse en ceniza en mis manos.

Escucho un sonido cartilaginoso de carne retorciéndose cuando el hombre ardiente gatea para ponerse en pie. No me interesa. ¿Qué está haciendo Anna aquí? ¿Por qué no habla? Simplemente avanza, ignorando todo lo que la rodea. Solo que... no todo. El horno apagado está al fondo de la estancia. Una repentina sensación premonitoria atenaza mi pecho.

—Anna... —grito; el hombre ardiente me ha agarrado por el hombro y es como si alguien me hubiera metido una brasa bajo la camisa. Me retuerzo, y por el rabillo del ojo creo ver que Anna se detiene, aunque estoy demasiado ocupado esquivando, cortando con el cuchillo y lanzando patadas para barrer de nuevo los pies de este fantasma como para estar seguro de ello.

El *áthame* está caliente y solo de haberle hecho ese corte pequeño y en absoluto letal que es ahora una estrecha línea de color rojo anaranjado en su caja torácica. Tengo que cambiarlo de una mano a otra durante un segundo. Debería matarle ya, clavar el cuchillo y sacarlo rápidamente, tal vez envolviendo primero el mango con la camisa. Pero no lo hago. Simplemente le incapacito temporalmente, y me doy la vuelta.

Anna está delante del horno, y sus dedos se deslizan suavemente por el áspero metal negro. La llamo de nuevo pero no me mira. En vez de eso, rodea con el puño el tirador y abre la enorme puerta de un golpe.

Algo se mueve en el aire. Se produce una corriente, una ráfaga, y los volúmenes se distorsionan ante mis ojos. La boca del horno se ensancha más y Anna se arrastra dentro. El hollín mancha su vestido blanco, salpicando la tela y su pálida piel como si fueran moratones. Además, noto algo raro en ella; algo en la manera de moverse. Es como si fuera una marioneta. Cuando se apretuja para entrar por la abertura, un brazo y una pierna se le doblan hacia atrás de manera antinatural, como una araña absorbida por una pajita.

Tengo la boca seca. A mi espalda, el hombre ardiente se arrastra sobre sus pies otra vez. La quemazón de mi hombro me empuja a apartarme; apenas noto la cojera producida por las quemaduras de las pantorrillas. *Anna, sal de ahí. Mírame.*

Es como estar viendo el desarrollo de un sueño, una pesadilla en la que soy incapaz de hacer nada, en la que mis piernas están hechas de plomo y no puedo gritar una advertencia por mucho que lo intente. Cuando el horno apagado hace décadas regresa a la vida, lanzando llamaradas hacia su vientre, suelto un alarido, sonoro y sin palabras. Pero da igual. Anna arde tras la puerta de hierro. Una de sus pálidas manos se aferra a la rejilla según va cubriéndose de ampollas y ennegreciéndose, como si hubiera cambiado de idea demasiado tarde.

Mi hombro despide calor y humo cuando el hombre ardiente me agarra por la camisa y me da la vuelta. Sus ojos sobresalen del oscuro caos de su rostro y sus dientes rechinan al abrirse y cerrarse. Mi mirada regresa de nuevo al horno. He



perdido la sensibilidad de los brazos y las piernas. No podría decir si mi corazón sigue latiendo. A pesar de las quemaduras que deben de estar formándose en mis hombros, siento frío en esa zona.

—Acaba conmigo —sisea el hombre ardiente. Tengo la mente en blanco. Simplemente le clavo el *áthame* en la barriga, sacándolo inmediatamente pero aun así achicharrándome la palma de la mano. Retrocedo mientras él se desploma en el suelo entre convulsiones y tropiezo con una vieja cinta transportadora, aferrándome a ella para evitar caer de rodillas. Durante un segundo eterno, la habitación se llena con los alaridos entremezclados de Anna abrasándose y el fantasma resecándose a mis pies. Se acurruca hasta que lo que queda, carbonizado y retorcido, apenas parece humano.

Cuando deja de moverse, el aire se enfría inmediatamente. Respiro hondo y abro los ojos; no recuerdo haberlos cerrado. La habitación permanece en silencio. Al mirar hacia el horno, está apagado y vacío, y si lo tocara, lo sentiría frío, como si Anna jamás hubiera estado en él.

## 6

Me han dado algo para el dolor. Un chute de no sé qué y pastillas para llevarme luego a casa. No me importaría que me dejaran noqueado, que me hicieran dormir durante la próxima semana. Pero creo que será lo justo para calmar las palpitaciones.

Mi madre está hablando con el médico mientras la enfermera termina de aplicarme pomada en las quemaduras, que acaban de limpiarme de un modo terriblemente doloroso. No quería venir al hospital. Traté de convencer a mi madre de que un poco de caléndula y una poción de lavanda serían suficientes, pero ella insistió. Y ahora, honestamente, me alegro bastante de que me hayan puesto la inyección. También resultó divertido escuchar cómo mamá trataba de inventarse la mejor explicación. ¿Un accidente en la cocina? Tal vez un accidente con una fogata. Optó por la fogata, convirtiéndome en un patoso y explicando que había caído sobre las brasas y básicamente había rodado empujado por el pánico. Se lo tragarán. Siempre lo hacen.

Tengo quemaduras de segundo grado en las espinillas y los hombros. La de la mano, de la puñalada final con el *áthame*, es bastante más leve, de primer grado, casi como una quemadura solar. Aun así, una quemadura solar en la palma de la mano jode bastante. Imagino que estaré sujetando latas de refresco helado durante los próximos días.

Mi madre regresa con el médico para que puedan empezar a colocarme las gasas. Titubea entre lágrimas y consternación. Alargo el brazo y le cojo la mano. Nunca se acostumbrará a esto. La consume, más que cuando se trataba de mi padre. Pero en ninguno de sus sermones, en ninguna de sus broncas sobre tomar precauciones y ser más cuidadoso, me ha pedido jamás que lo deje. Pensé que lo haría después de lo que sucedió con el hechicero *obeah* el pasado otoño. Pero lo comprende. No es justo que tenga que hacerlo, pero resulta mejor así.

\*\*\*

Thomas y Carmel se presentan al día siguiente, justo después del instituto; entran prácticamente derrapando en nuestro camino de acceso, cada uno en su coche. Irrumpen sin llamar y me encuentran medio drogado sobre el sofá, viendo cómodamente la televisión y comiendo palomitas de microondas, con un paquete de hielo en la mano derecha.

—¿Ves? Te dije que estaba vivo —exclama Thomas. Carmel parece perpleja.

—Has apagado el teléfono —me dice.

—Estaba enfermo en casa. No me apetecía hablar con nadie. Y me imaginé que estabais en el instituto, donde las normas prohíben perder el tiempo mandando

mensajes de texto y haciendo llamadas.

Carmel suspira y deja caer la mochila al suelo antes de derrumbarse sobre el sillón de orejas. Thomas se sienta en el brazo del sofá y alarga la mano hacia las palomitas.

—No estabas «enfermo en casa», Cas. Llamé a tu madre. Nos lo contó todo.

—También estaba «enfermo en casa». Como lo estaré mañana. Y pasado mañana. Y probablemente al día siguiente —espolvoreo más queso *cheddar* en el cuenco y se lo ofrezco a Thomas. Mi actitud está exasperando a Carmel. Para ser sincero, me está exasperando incluso a mí. Pero las pastillas me atenúan el dolor y me embotan la mente lo suficiente para no pensar en lo que sucedió en Dutch Ironworks. Así no me tengo que preguntar si lo que vi fue real.

A Carmel le gustaría sermonearme. Puedo ver la reprimenda revoloteando en sus labios. Pero está cansada. Y preocupada. Así que opta por alargar la mano hacia las palomitas y me dice que me pasará los deberes de los próximos días.

—Gracias —contesto—. Tal vez falte también parte de la próxima semana.

—Pero es la última semana de clase —dice Thomas.

—Exactamente. ¿Qué pueden hacerme? ¿Catearme? Sería demasiado esfuerzo. Ellos simplemente quieren que llegue el verano como nosotros.

Intercambian una mirada, como si hubieran decidido que soy un caso perdido, y Carmel se levanta.

—¿Vas a contarnos lo que ha sucedido? ¿Por qué no esperaste como habíamos decidido?

No tengo respuesta para esa pregunta. Fue un impulso. Más que un impulso, aunque a ellos debe de parecerles un movimiento egoísta y estúpido. Como si no tuviera paciencia. Lo que quiera que fuera, ya está hecho. Al enfrentarme a ese fantasma, sucedió lo mismo que la otra vez, en el pajar. Anna apareció, y la vi sufrir. La vi arder.

—Os contaré todo —les aseguro—. Pero en otro momento. Cuando esté tomando menos analgésicos —sonrío y agito el frasco naranja—. ¿Queréis quedaros y ver una película?

Thomas se encoge de hombros y se deja caer, hundiendo la mano en las palomitas con *cheddar* sin pensárselo dos veces. A Carmel le cuesta un minuto extra y un par de suspiros, pero finalmente suelta la mochila con los libros y se sienta en la mecedora.

\*\*\*

A pesar del pánico que les produce la idea de saltarse uno de los últimos días de clase, la curiosidad puede más y aparecen los dos al día siguiente alrededor de las once y media, justo antes de la hora del almuerzo. Creí que estaba preparado para

hacerlo, pero necesito unos cuantos intentos antes de lograr que me salga bien, antes de contarles todo. Ya se lo había explicado a mi madre, antes de que se marchara a hacer la compra y a repartir conjuros por toda la ciudad. Al terminar, su expresión era la de querer una disculpa. Un *Lo siento, mamá, por estar a punto de dejar que me mataran. Otra vez. Pero no pude. No me pareció importante. Así que me dijo simplemente que debería haber esperado a hablar con Gideon, y se marchó sin mirarme a los ojos. Ahora Carmel tiene esa misma expresión.*

—Siento no haberos esperado, chicos —consigo articular con voz ronca—. No sabía que fuera a hacerlo. No lo planeé.

—Tardaste cuatro horas en llegar en coche hasta allí. ¿Estuviste en trance todo el tiempo?

—¿Podemos centrarnos? —nos interrumpe Thomas. Lo pregunta con cautela, con una sonrisa cautivadora—. Lo que está hecho, hecho está. Cas sigue vivo. Un poco más chamuscado que antes, pero respira.

Respiro y me muero por un Percocet. El dolor de mi hombro es como un ser vivo, palpitante y caliente.

—Thomas tiene razón —digo yo—. Tenemos que decidir qué hacer. Necesitamos averiguar cómo ayudarla.

—¿Cómo ayudarla? —repite Carmel—. En primer lugar, tenemos que descubrir qué está pasando. Por lo que sabemos, podría estar todo en tu cabeza. O podría ser una ilusión.

—¿Crees que me lo estoy inventando? ¿Que estoy fabricando una especie de fantasía? Si fuera así, ¿por qué iba a hacerlo de este modo? ¿Por qué imaginarla catatónica, lanzándose dentro de un horno? Si me lo estoy inventando, entonces necesito varias horas de terapia intensiva.

—No estoy sugiriendo que lo hagas a propósito —dice Carmel con tono de disculpa—. Solo me pregunto si es real. Además, recuerda lo que dijo Morfran.

Thomas y yo nos miramos. Lo único que recordamos es a Morfran vomitando un montón de locuras. Dejo escapar un suspiro.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Que me siente aquí y espere, cuando lo que vi podría estar sucediendo? ¿Y si está realmente en problemas? —la imagen de su mano aferrada a la puerta del horno flota en mi memoria—. No sé si puedo hacerlo. No después de lo del otro día.

Carmel tiene los ojos muy abiertos. Ojalá no hubiéramos ido donde Morfran, porque las cosas que dijo solo la han asustado más. Su afectación, lo de las fuerzas girando en torno al *áthame*, algo maligno retorcido de ese modo se convierte en una verdadera mierda. Mis hombros se tensan y hago un gesto de dolor.

—Está bien —dice Thomas. Ladea la cabeza hacia Carmel y le coge la mano—. Creo que nos estamos engañando al pensar que tenemos elección. Lo que está

pasando está pasando, y no creo que vaya a detenerse. A menos que destruyamos el *áthame*.

Se marchan poco después y yo paso la tarde a base de analgésicos, tratando de no pensar en Anna y en lo que podría estar sucediéndole. Continúo pendiente del teléfono, esperando que Gideon me devuelva la llamada, pero no lo hace. Y las horas pasan.

Cuando mi madre llega a casa, casi de noche, me prepara una taza de té descafeinado y le añade lavanda para curar las quemaduras desde el interior. No es una poción. No incluye ningún conjuro. La brujería y los fármacos no son compatibles. Pero incluso sin el encantamiento, el té resulta reconfortante. Además, me he tomado otro Percocet, porque tengo la sensación de que se me van a caer los hombros a tiras. He empezado a notar su agradable efecto, y me apetece deslizarme bajo las sábanas y perder el conocimiento hasta el sábado.

Cuando entro en la habitación, casi espero encontrarme a Tybalt acurrucado sobre la manta color azul marino. ¿Por qué no? Si mi novia muerta puede regresar, entonces mi gato asesinado probablemente también. Pero no hay nada. Me meto en la cama y trato de acomodarme sobre las almohadas. Por desgracia, unos hombros achicharrados lo convierten en algo casi imposible.

Cuando cierro los ojos, me sube un escalofrío por las piernas. La temperatura de la habitación ha caído en picado, como si una de las ventanas se hubiera abierto. Si respirara dando resoplidos, saldría una nube de vapor. Bajo la almohada, el *áthame* está prácticamente cantando.

—No estás aquí realmente —me convenzo a mí mismo. Tal vez para convertirlo en realidad—. Si fueras tú de verdad, no sería así.

*¿Cómo lo sabes, Casio? Nunca has estado muerto ni siquiera una vez. Yo he muerto en un montón de ocasiones.*

Dejo que mis ojos se abran un poco, lo justo para ver sus pies desnudos arrinconados junto a la cómoda. Subo un poco más, hasta el dobladillo blanco de su falda, por debajo de las rodillas. No quiero ver nada más. No quiero ver cómo se rompe los huesos, o se tira por la ventana. Y la maldita sangre puede quedarse también en su nariz, gracias. Me resulta más aterradora así de lo que me pareció jamás con las venas negras y el pelo alborotado. A Anna vestida de sangre sabía cómo enfrentarme. Al cascarón vacío de Anna Korlov... no lo entiendo.

La figura del rincón está medio oculta por las sombras, apenas más sustancial que la luz de la luna.

—No puedes estar aquí. Es imposible. El hechizo de barrera de mi madre sigue protegiendo la casa.

*Reglas, reglas, reglas. Ya no existen las reglas.*

Oh. De verdad. ¿Así es cómo funciona? ¿O eres simplemente una invención,

como dice Carmel? Tal vez ni siquiera seas tú. Tal vez sea un truco.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —le pregunto—. Me gustaría dormir un poco, así que, si hay algo horriblemente inquietante que quieras enseñarme, ¿podrías empezar ya? —respiro profundamente, y cuando sus pies empiezan a moverse, arrastrándose a pequeños pasos hacia mi cama, se forma un apretado nudo en mi garganta. Se acerca mucho, está casi al alcance de mi mano. Entonces se inclina para sentarse junto a mis pies, y veo su rostro.

Son los ojos de Anna, y verlos me despeja la modorra de los medicamentos como agua helada sobre mi espalda. La expresión de su rostro es la misma que aparecía en todas mis ensoñaciones. Es como si me conociera. Como si me recordara. Nos miramos el uno al otro largo rato. La recorren temblores y su imagen titila, como el fotograma de una vieja película.

—Te echo de menos —susurro.

Anna parpadea. Cuando me mira de nuevo, sus ojos aparecen ensangrentados. La mandíbula se le tensa de dolor mientras unos cortes fantasmales se abren y cierran en su pecho, y unas grotescas flores sanguinolentas aparecen y desaparecen por sus brazos.

No puedo hacer nada para ayudarla. Ni siquiera puedo cogerle la mano. No está realmente aquí. Las quemaduras de mis hombros arden cuando me hundo en la almohada y durante un instante permanecemos sentados en silencio, intercambiando dolor. Mantengo los ojos abiertos tanto tiempo como puedo soportarlo, porque ella quiere que mire.

Por fin, me hartó de esperar y vuelvo a llamar a Gideon por la mañana. Durante un minuto creo que el teléfono simplemente va a sonar y sonar, y empiezo a preguntarme si tal vez le habrá sucedido algo, cuando contesta.

—¿Gideon? ¿Dónde has estado? ¿Te llegó mi mensaje?

—Esta mañana temprano. Te habría llamado, pero habrías estado dormido. Tienes una voz horrible, Teseo.

—Pues deberías ver mi aspecto —me restriego la cara bruscamente con la mano, amortiguando mis últimas palabras. Desde que yo era un niño, Gideon ha podido resolver cualquier problema. Siempre que necesitaba respuestas, él las tenía. Y él era a quien mi padre acudía si las cosas se complicaban. Posee un estilo de magia propio, con la que aparecía y desaparecía de mi infancia en los momentos adecuados, franqueando nuestra puerta con un elegante traje y algún extraño plato inglés para que yo lo probara. Siempre que veía su rostro con gafas, sabía que todo iba a salir bien. Pero esta vez tengo la sensación de que no quiere escuchar lo que tengo que decirle.

—¿Teseo?

—¿Sí, Gideon?

—Cuéntame lo que ha sucedido.

Lo que ha sucedido. Hace que suene muy sencillo. Debí de pasar unas cuatro horas sentado en mi habitación con Anna, contemplando cómo se le desgarraba la piel y sus ojos goteaban sangre. En algún momento entre eso y el amanecer, me quedé dormido, porque cuando abrí los ojos era por la mañana y a los pies de mi cama no había nada.

Y ahora es de día, y todo está iluminado por el sol con su ridícula sensación de seguridad. La luz aleja un millón de kilómetros lo que sucede en la oscuridad. Hace que parezca imposible, y aunque el recuerdo de las heridas de Anna permanece fresco en mi mente y su imagen ardiendo en el interior del horno estalla tras mis párpados, a la luz del día resulta casi una fantasía.

—¿Teseo?

Respiro hondo. Estoy de pie en el porche de mi casa y la mañana está silenciosa, excepto por las tablas que crujen bajo mis pies. No hay brisa y el sol infunde vida a las hojas, calienta la tela de mi camisa. Soy absolutamente consciente del espacio vacío entre los arbustos donde vi a Anna, mirando fijamente hacia el interior de la casa.

—Anna ha regresado.

En el extremo opuesto de la línea, algo repiquetea al caer al suelo.

—¿Gideon?

—No puede ser. No es posible —su voz se ha vuelto aguda y brusca, y en algún lugar de mi interior un niño de cinco años se encoge. Después de todos estos años, la ira de Gideon conserva su poder. Una severa palabra suya y me convierto en un cachorrito con el rabo entre las piernas.

—Posible o no, está aquí. Está contactando conmigo, como si estuviera pidiendo ayuda. No sé cómo. Necesito saber qué hacer —mis palabras salen sin una nota de esperanza. De repente, me doy cuenta de lo cansado que estoy. De lo mayor que me siento. La sugerencia de Morfran de destruir el *áthame*, fundirlo y tirarlo a aguas profundas bulle en el fondo de mi mente. Es un pensamiento incoherente, pero reconfortante, y tiene algo que ver con Thomas y Carmel, y con algo más, si dejo que mi mente vague algo más lejos. Con algo que le dije a Anna una vez, sobre las posibilidades. Y las elecciones.

—Creo que se trata del *áthame* —digo—. Tengo la impresión de que le está sucediendo algo.

—No culpes al *áthame*. Tú eres quien lo empuña. No lo olvides —exclama con voz severa.

—Nunca lo olvido. Ni un instante. Jamás, desde que papá murió.  
Gideon suspira.

—Cuando conocí a tu padre —me dice—, no era mucho mayor que tú ahora. Por supuesto, no llevaba tanto tiempo como tú utilizando el *áthame*, pero recuerdo haber pensado en lo viejo que parecía. Una vez quiso dejarlo, ¿lo sabías?

—No —respondo—. Nunca me lo contó.

—Bueno, supongo que no tuvo importancia, después de todo. Porque no lo hizo.

—¿Por qué no? Habría sido mejor para todos si hubiera abandonado. Seguiría aquí.

Me callo de repente y Gideon me permite acabar mi razonamiento. Mi padre seguiría aquí. Pero otras personas no. Salvó ni se sabe cuántas vidas haciendo desaparecer a los muertos, igual que yo.

—¿Qué voy a hacer con Anna? —le pregunto.

—Nada.

—¿Nada? No puedes hablar en serio.

—Hablo en serio —asegura—. Bastante en serio. Lo suyo fue una desgracia. Todos lo sabemos. Pero tienes que olvidarla y hacer tu trabajo. Deja de buscar cosas que no te corresponde buscar —hace una pausa, y yo permanezco en silencio. Es casi lo mismo que me dijo Morfran; se me eriza el vello de los antebrazos—. Teseo, si no has confiado en mí antes, hazlo ahora. Límitate a hacer tu trabajo. Concéntrate en él, deja marchar a Anna y ninguno de nosotros tendrá nada que temer.

\*\*\*



Regreso al instituto, para sorpresa de casi todo el mundo. Aparentemente, Carmel ya había hecho circular la noticia de mi «enfermedad». Así que aguanto las muestras de curiosidad, y cuando me preguntan por mi hombro dolorido y vendado —el extremo blanco del vendaje sobresale del cuello de mi camisa—, rechino los dientes y les cuento lo del accidente con la hoguera. En su momento me resultó divertido, pero ahora desearía que mi madre hubiera optado por una tapadera menos embarazosa.

Supongo que podría haberme quedado en casa, como era mi intención. Sin embargo, rodar por las habitaciones vacías como una canica solitaria mientras mi madre hacía la ronda de visitas a los clientes y proveedores de productos de ocultismo no era mi idea de pasarlo bien. No me apetecía estar viendo la televisión todo el día, esperando a que Anna saliera a rastras de ella como la tía cubierta de moho de la película *La señal*. Así que he regresado, dispuesto a absorber lo último que los profesores tengan que contarme. Se suponía que sería como si alguien te da un puntapié en la espinilla para distraer tu mente del brazo roto. Pero ahora, Anna está en mi mente a cada instante, en cada clase. Ninguna de las últimas lecciones del curso es lo bastante interesante como para ahuyentarla. Incluso el señor Dixon, mi profesor favorito, cumple simplemente el expediente al hablar de las secuelas de la guerra de los Siete Años. Mi mente vaga, dejando que Anna regrese a ella, y la voz de Gideon estalla entre mis oídos. *Deja de buscar cosas que no te corresponde buscar. Déjala marchar. ¿O es la voz de Morfran? ¿O la de Carmel?*

La manera en que Gideon dijo que mientras la deje marchar, no tenemos nada que temer... No sé qué quiso decir. Confía en mí, me pidió, y lo hago. No es posible, aseguró, así que le creo.

Pero ¿y si Anna me necesita?

—Bueno, parece que sencillamente nos entregaron a Inglaterra.

—¿Eh?

Parpadeo. Nat, la amiga de Carmel, se ha dado la vuelta en su silla y me está mirando con curiosidad y los ojos entornados. Luego se encoge de hombros.

—Probablemente tengas razón —mira hacia el señor Dixon, que se ha sentado en su mesa para enredar con el portátil—. Probablemente no le importe si hablamos de la guerra o no. Así que —suspira, con expresión de que preferiría estar sentada frente a otra persona—. ¿Vas a ir con Carmel a la fiesta de los mayores?

—¿No es solo para los mayores? —le pregunto.

—Vamos. No van a pedirte el carné y a sacarte de una patada si no lo eres —se burla—. Bueno, tal vez si estuvieras en primer curso. Incluso Thomas podría venir. ¿Cas? ¿Cas?

—Sí —me escucho decir. Pero no de verdad. Porque el rostro de Nat ha dejado de ser su rostro. Es el de Anna. La boca se mueve como la de ella, pero sin su expresión. Parece una careta.

—Estás realmente raro hoy —dice ella.

—Lo siento. Se me está pasando el efecto del Percocet —mascullo, y me deslizo fuera de la mesa. El señor Dixon ni siquiera se da cuenta cuando salgo de la clase.

Cuando Thomas y Carmel me encuentran, estoy sentado en el silencioso escenario del teatro, mirando fijamente las hileras de butacas con tapicería azul, todas vacías excepto una. Tengo el libro y el cuaderno de Trigonometría a mi lado, apilados cuidadosamente, como un recordatorio de dónde debería estar.

—¿Está catatónico? —pregunta Thomas. Entraron hace unos minutos, pero no los he saludado. Si voy a ignorar a un amigo, también podría ignorarlos a todos.

—Eh, chicos —les digo. El eco de sus movimientos retumba en el teatro vacío mientras dejan caer sus libros y se encaraman al escenario.

—Se te da muy bien lo de eludir cosas —dice Carmel—. Aunque, bien pensado, tal vez no. Nat dice que te has comportado de manera extraña durante las preguntas de debate en Historia.

Me encojo de hombros.

—El rostro de Anna se superpuso sobre el de ella mientras estaba hablando. Creí haber mostrado una gran contención.

Intercambian una de sus cada vez más frecuentes miradas mientras se sientan a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Qué más has visto? —pregunta Thomas.

—Sufre. Como si la estuvieran torturando. Estuvo en mi habitación anoche. Tenía heridas que se abrían y cerraban en los brazos y los hombros. No pude hacer nada para ayudarla. No estaba realmente allí.

Thomas se empuja las gafas sobre la nariz.

—Tenemos que descubrir qué está pasando. Eso es... es nauseabundo. Debe de haber algún hechizo, algo para revelar...

—Quizás la magia no sea lo que necesitamos en este momento —le interrumpe Carmel—. ¿Qué tal algo distinto, como un psicólogo tal vez?

—Simplemente le atiborraría de pastillas. Le diría que tiene un trastorno por déficit de atención. Y además, Cas no está loco.

—No quiero parecer deprimente, pero la esquizofrenia puede aparecer en cualquier momento —dice ella—. De hecho, es habitual que se manifieste más o menos a nuestra edad. Y las alucinaciones parecen tan reales como tú y como yo.

—¿Por qué estás hablando de esquizofrenia? —espeta Thomas.

—¡No me estoy refiriendo a eso específicamente! Pero Cas ha sufrido una pérdida importante. Podría ser que nada de todo fuera real. ¿Tú has visto algo? ¿Has sentido alguna cosa rara como dijo tu abuelo?

—No, pero es que he estado holgazaneando con mis estudios de vudú. Tengo Trigonometría, ¿sabes?

—Lo único que estoy diciendo es que no siempre tiene que tratarse de espíritus y magia. En ocasiones, las apariciones están en la mente. Y eso no las hace menos reales.

Thomas asiente con la cabeza y respira hondo.

—Vale, eso es cierto. Pero sigo pensando que un loquero no es la opción adecuada.

Carmel deja escapar una especie de gruñido.

—¿Por qué tienes que saltar directamente a los hechizos? ¿Por qué estás tan seguro de que se trata de algo paranormal?

Esto es lo más próximo a una discusión entre Thomas y Carmel que he presenciado jamás. Y por muy especial que resulte escuchar a tus amigos pelear sobre si tienes o no una enfermedad mental, estoy empezando a sentir la necesidad de regresar a clase.

*Deja de meter las narices donde no te corresponde, antes de que alguien te las corte. Hay algo más bullendo a tu alrededor, como una tormenta.*

No me importa.

En la sexta fila del teatro, en la tercera butaca hacia el interior, Anna me guiña un ojo. O tal vez simplemente parpadee. No lo sé. Le falta la mitad de la cara.

—Vayamos a hablar con Morfran —les propongo.

\*\*\*

Tintinea la campanilla que hay sobre la puerta del anticuario y escucho el repiqueteo de unas uñas de perro sobre la madera antes de que Stella choque contra mis piernas. La rasco unas cuantas veces y me mira con sus enormes ojos marrones parecidos a los de una cría de foca antes de dirigirse hacia Carmel.

No somos los únicos en la tienda. Morfran está conversando con dos mujeres, dos señoras de unos cuarenta años con jerséis que hacen preguntas sobre uno de los lavabos de porcelana. Morfran se ríe y empieza a contarles un entrañable relato histórico que podría ser cierto o no. Resulta extraño verle con los clientes. Se muestra tan *agradable*. Tratamos de no armar demasiado alboroto de camino a la trastienda. Pasados unos minutos, escuchamos cómo las mujeres se despiden de Stella y dan las gracias a Morfran, y segundos después, él y la perra atraviesan la cortina hacia la zona posterior, donde guarda los productos de ocultismo más extraños y oscuros. Las velas de mi madre disfrutaron de una mesa junto al escaparate principal. Ella se ha hecho muy popular.

Por la manera en que Morfran me está mirando, no me sorprendería que sacara una de esas linternas de médico para comprobar la respuesta de mis pupilas. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, frunciendo el cuero negro de su chaleco y cubriendo

el logotipo de Aerosmith de la camiseta. Cuando Thomas le lanza una pipa recién cebada con tabaco, levanta la mano rápidamente y la atrapa, sin que sus ojos abandonen en ningún momento mi rostro. Resulta difícil creer que el bondadoso propietario del anticuario y este hombre capaz de hacer magia negra sean la misma persona.

—¿Habéis venido a tomar un aperitivo después de clase, chicos? —pregunta mientras prende la pipa. Luego mira su reloj—. No puede ser. El instituto no acaba hasta dentro de cinco horas.

Thomas se aclara la garganta con actitud incómoda, y las espesas cejas de Morfran se alzan en su dirección.

—Como no apruebes el curso, estarás quitando la mugre de lo que compre en los mercadillos todo el verano.

—No voy a suspender. Son las dos últimas semanas. Nadie se preocupa ya de las clases.

—Yo me preocupo. Tu madre se preocupa. No lo olvides —Morfran hace un gesto con la cabeza hacia Carmel—. ¿Y qué pasa contigo?

—Tengo la nota media más alta —responde ella—. Y seguirá siendo así. Mi padre dice que los resultados son lo principal —su sonrisa aparece dulce y arrepentida, pero segura. Morfran sacude la cabeza.

—¿Hablaste con tu amigo el británico? —me pregunta.

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Que me olvide de ello.

—Buen consejo —echa mano de la pipa; el humo oscurece su rostro cuando lo exhala.

—No puedo hacerlo.

—Deberías.

Carmel da un paso al frente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Por qué debería? ¿Puedes dejar de ser tan críptico? Si nos explicaras de qué va esto y nos dijeras por qué deberíamos olvidarlo, entonces tal vez lo haríamos.

Morfran expulsa el humo, aparta la mirada de Carmel y deja la pipa sobre el mostrador de cristal.

—No puedo explicaros lo que no sé. Esto no es una ciencia exacta. Ni un boletín informativo. Simplemente parpadea, aquí —se señala el pecho—. O aquí —apunta hacia su sien—. Dice mantente alejado. Dice olvídale. Hay gente observándote. El tipo de gente que no te importa que mire, pero que esperas que nunca aparezca. Y hay algo más —echa de nuevo mano a la pipa con expresión meditabunda, que en realidad es la única expresión que puedes mostrar cuando fumas en pipa—. Algo está tratando de contener todo esto, mientras que otra cosa intenta aprovecharse de ello. Y

eso es lo que más me preocupa, si quieres saber la verdad. Resulta difícil mantener la boca cerrada.

—Mantener la boca cerrada ¿sobre qué? —le pregunto—. ¿Qué sabes?

Morfran me mira a través del humo, pero no aparto los ojos. No voy a olvidarme de esto. No puedo. Se lo debo a Anna. Y más que eso. No puedo pensar en que esté sufriendo.

—Vamos a dejarlo, ¿vale? —dice él, pero noto que la determinación ha abandonado su voz.

—¿Qué sabes, Morfran?

—Sé... —suspira— de alguien que podría saber algo.

—¿Quién?

—La señorita Riika.

—¿Tía Riika? —pregunta Thomas—. ¿Qué podría saber ella de esto? —se vuelve hacia mí—. Solía ir por su casa cuando era pequeño. No es realmente mi tía, sino, ya sabes, una especie de amiga de la familia. Llevo años sin verla.

—Perdimos el contacto —Morfran se encoge de hombros—. Sucede a veces. Pero si Thomas te lleva a verla, hablará contigo. Ha practicado la brujería finlandesa toda su vida.

Una bruja finlandesa. Siento deseos de sacar los dientes y dejar a la vista mi pelaje. La madre de Anna, Malvina, era una bruja finlandesa. Por eso pudo echarle el maleficio a Anna y amarrarla a la casa victoriana. Justo después de cortarle el cuello.

—Riika no es igual —susurra Thomas—. No es como ella.

Suelto el aire de los pulmones e inclino la cabeza hacia Thomas, con cariño. Ya no me molesta que de vez en cuando irrumpa en mis pensamientos. No puede evitarlo. Y el enfado instantáneo que me ha provocado lo de Malvina debe de haber encendido sus dendritas como un árbol de Navidad.

—¿Me llevarías a verla? —le pregunto.

—Supongo que sí —se encoge de hombros—. Aunque tal vez no consigamos nada, aparte de un plato de galletas de jengibre. No estaba lo que se dice «en sus cabales» ni siquiera cuando yo era pequeño.

Carmel se entretiene a nuestro alrededor, acariciando en silencio a Stella. Su voz surge a través del humo.

—Si la aparición es real, ¿puede esa señorita Riika hacer que desaparezca?

La miro con dureza. Nadie responde y tras unos largos segundos, baja los ojos hacia el suelo.

—Está bien —se da por vencida—. Sigamos con esto, supongo.

Morfran da una chupada a la pipa y sacude la cabeza.

—Solo Cas y Thomas. Tú no, muchacha. Riika no te permitiría ni franquear la puerta.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—Porque las respuestas que ellos están buscando, tú no quieres escucharlas — replica Morfran—. La resistencia fluye de ti en ráfagas. Si les acompañas, no llegarán a ninguna parte —aprieta la ceniza de la pipa hacia abajo.

Miro a Carmel. Sus ojos muestran dolor, pero no culpabilidad.

—Entonces, no iré.

—Carmel —empieza Thomas, pero ella le interrumpe.

—Tú tampoco deberías ir. Ninguno de los dos —me gustaría darle mi opinión, pero está mirando a Thomas—. Si eres realmente su amigo, si te preocupas por él, no deberías consentir esto —y entonces se vuelve sobre sus tacones y sale de la habitación. Ha atravesado todo el anticuario antes de que pueda decirle que no soy un bebé, que no necesito guardianes, ni niñeras, ni un maldito consejero.

—¿Qué le pasa hoy? —le pregunto a Thomas, pero por la manera en que se descuelga su mandíbula a la estela de Carmel, está bastante claro que no lo sabe.

La tía Riika de Thomas vive en medio de ninguna parte. Llevamos al menos diez minutos conduciendo por caminos de tierra sin señalizar. No hay carteles de ningún tipo, solo árboles y más árboles, y luego un breve claro que lleva hacia más árboles. Si Thomas no ha estado aquí en años, no tengo ni idea de por qué parece estar encontrando el camino tan fácilmente.

—¿Estamos perdidos? Lo admitirías si lo estuviéramos, ¿verdad?

Thomas sonríe, tal vez con algo de nerviosismo.

—No estamos perdidos. Al menos, todavía. Quizás hayan cambiado algunas carreteras desde la última vez.

—¿A quién demonios te refieres? ¿A las ardillas constructoras de carreteras? Ni siquiera parece que hayan pasado coches por aquí en los últimos diez años —la arboleda es densa al otro lado de mi ventanilla. El follaje ha regresado para cubrir los huecos invernales. Hemos tomado demasiados desvíos ya, y he perdido por completo el sentido de la orientación. Puede que hasta nos estemos dirigiendo hacia el nort-sur, no lo sé.

—¡Ajá! Allí está —se pavonea Thomas. Me incorporo en mi asiento. Nos estamos aproximando a una pequeña casa de campo blanca. Hay brotes tempranos en el jardín plantado alrededor del porche, y un sendero de baldosas conduce desde el camino de acceso hasta los escalones de entrada. Cuando Thomas enfila el Tempo hacia la pálida grava, toca el claxon—. Espero que esté en casa —murmura, y salimos del coche.

—Es un sitio bonito —comento, y realmente lo pienso. Me sorprende que no haya más vecinos; la propiedad circundante tiene que tener algún valor. Los árboles han sido cuidadosamente plantados alrededor del jardín, protegiéndolo de las miradas desde la carretera, pero abriéndose en la parte delantera para abrazar la casa.

Thomas sube los escalones dando brincos como un sabueso entusiasmado. Debía de actuar igual cuando era un niño que venía a visitar a su tía Riika. Me pregunto por qué Morfran y ella perderían el contacto. Cuando Thomas golpea la puerta con los nudillos, contengo el aliento, no solo porque desee obtener mis respuestas, sino porque no me apetece ver la expresión decepcionada en el rostro de Thomas como Riika no esté en casa.

No tengo por qué preocuparme. Contesta al tercer toque. Probablemente haya estado en la ventana desde que entramos con el coche. No creo que reciba muchas visitas.

—¡Thomas Aldous Sabin! ¡Estás el doble de grande! —Riika sale al porche y abraza a Thomas. Mientras él tiene el rostro dirigido hacia mí, articulo «¿Aldous?» e intento no reírme.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —pregunta Riika. Es mucho más bajita de lo que esperaba, apenas supera el metro y medio. Lleva el pelo suelto y lo tiene de color rubio oscuro, salpicado de canas. Unas líneas surcan la suave piel de sus mejillas y pellizcan las comisuras de sus ojos. El jersey tejido con ochos que lleva puesto parece tres tallas más grande que la suya y las medias de compresión se le arremolinan alrededor de los zapatos. Riika no es ninguna niña. Pero cuando palmea la espalda de Thomas, él se agita por la fuerza del gesto.

—Tía Riika, este es mi amigo Cas —dice Thomas, y como si él le hubiera dado permiso, ella me mira por fin. Me retiro el pelo de los ojos y despliego mi sonrisa de *boy scout*—. Morfran nos envía para pedirte ayuda —añade Thomas bajito.

Riika chasquea la lengua y, al contraer las mejillas, vislumbro el primer atisbo de la bruja que debe haber bajo esos jerséis con dibujos florales. Cuando sus ojos se dirigen como un rayo hacia mi mochila, donde el *áthame* descansa en su funda, tengo que reprimir el deseo de abandonar el porche.

—Debería haberlo olfateado —responde ella con suavidad. Su voz es como las páginas de un libro muy antiguo. Me mira con los ojos entornados—. El poder que emana de él —su mano serpentea hacia la de Thomas y la palmea firmemente—. Entrad.

\*\*\*

El interior de la casa de campo huele a una mezcla de incienso y aroma a anciana. Y no creo que haya cambiado la decoración desde la década de los setenta. La moqueta marrón se extiende hasta donde la vista alcanza, bajo un mobiliario desordenado: una mecedora y un amplio sofá, ambos tapizados con una imitación a terciopelo verde. En el comedor, un aplique de cristal con forma de quinqué cuelga sobre una mesa de formica amarilla. Riika nos conduce hasta la mesa y nos indica con la mano que nos sentemos. La propia mesa es un revoltijo de velas a medio quemar y varas de incienso. Una vez que nos hemos acomodado, se echa un poco de crema en las manos y las frota vigorosamente.

—¿Tu abuelo está bien? —pregunta ella, inclinándose hacia delante sobre los codos y sonriendo a Thomas, con la barbilla apoyada en un puño.

—Estupendamente. Te manda un saludo.

—Salúdale también de mi parte —dice ella. Su voz me incomoda. El acento y el timbre se parecen demasiado a los de Malvina. No puedo evitar pensarlo, aunque ambas mujeres no se asemejen en nada. Malvina, cuando la vi, era más joven que Riika, y su pelo era un negro moño trenzado, no una combinación de crema de mantequilla y azúcar con merengue. Aun así, al mirar el rostro de Riika, las imágenes del asesinato de Anna no quedan muy lejanas. Aparecen de repente en mi recuerdo de



la sesión espiritista, con Malvina goteando cera negra sobre el vestido blanco de su hija, empapado en sangre.

—Esto no es sencillo para ti —me dice Riika con dureza, lo cual no ayuda. Alarga la mano hacia una lata que tiene pintados los puntos cardinales, la abre haciendo palanca y ofrece las galletas de jengibre que hay dentro a Thomas, que coge dos puñados. Una amplia sonrisa se abre en el rostro de Riika mientras contempla cómo Thomas se lleva unas cuantas galletas a la boca, antes de mirarme otra vez con impaciencia. ¿Se suponía que debía haber dicho algo? ¿Era una pregunta?

Chasquea de nuevo la lengua.

—¿Eres amigo de Thomas?

Yo asiento con la cabeza.

—Es el mejor, tía Riika —asegura Thomas lanzando migas de galleta de jengibre. Ella le dedica una leve sonrisa.

—Entonces te ayudaré, si puedo —Riika se inclina hacia delante y enciende tres velas, aparentemente al azar—. Pregunta lo que quieras saber.

Respiro hondo. ¿Por dónde empiezo? Tengo la sensación de que la habitación no contiene suficiente aire para explicar la situación de Anna, cómo acabó maldita, cómo se sacrificó por nosotros, y ahora, por qué no es posible que esté realmente persiguiéndome.

Riika me golpea la mano. Al parecer me he demorado demasiado.

—Trae —me dice, y giro la palma hacia arriba. Su mano es suave, pero siento acero en sus dedos cuando me aprieta los huesos y cierra los ojos. Me pregunto si fue ella quien ayudó a Thomas a desarrollar su capacidad para leer la mente, si es que una cosa así puede enseñarse o fomentarse.

Miro a Thomas. Se ha quedado paralizado, con las galletas a medio masticar y los ojos fijos en nuestras manos entrelazadas, como si pudiera ver electricidad o humo fluyendo entre ellas. Esto está durando una eternidad. Y no me siento muy cómodo con todo este toqueteo. Hay algo en Riika, tal vez el poder que emana de ella, que me está revolviendo el estómago. Y justo cuando estoy a punto de liberarme de un tirón, abre los ojos y me suelta con una enérgica palmada en el reverso de la mano.

—Este es un guerrero —le dice a Thomas—. Empuña un arma más antigua que todos nosotros —no me mira a propósito y tiene las manos encogidas como cangrejos. Las desliza con nerviosismo sobre la mesa de formica, con los dedos golpeando la tabla—. Quieres saber sobre la muchacha —añade mirando hacia su regazo. Tiene la barbilla muy inclinada y su voz suena atragantada, como una rana.

—La muchacha —susurro. Riika me observa con una sonrisa astuta.

—Tú fuiste quien sacó a Anna vestida de sangre de este mundo —continúa—. Sentí cuando cruzó al otro lado. Fue como una tormenta muriendo sobre el lago.

—Ella misma salió —replico—. Para salvar mi vida. Y la de Thomas.

Riika se encoge de hombros, dando a entender que eso no importa. Hay una bolsa de terciopelo colocada sobre un plato dorado; vacía el contenido y lo esparce. Trato de no mirarlo con demasiada atención. Voy a hacer como si fueran runas talladas. Aunque creo que en realidad son huesos pequeños, tal vez de pájaro, o de lagarto, o quizás de dedos humanos. Contempla su distribución y arquea sus pálidas cejas.

—La muchacha no está ahora contigo —dice, y mi corazón da un vuelco. No sé qué es lo que espero—. Pero lo estuvo. Hace poco.

Junto a mí, Thomas inhala rápidamente y se endereza en su asiento. Se ajusta las gafas y me da un codazo, creo que para animarme.

—¿Puedes decirnos qué quiere? —pregunta Thomas después de que yo permanezca un minuto petrificado.

Riika ladea la cabeza.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Quieres que llame al viento y se lo pregunte? Él tampoco lo sabría. Solo hay una persona a quien preguntárselo porque solo una persona lo sabe. Pídele a Anna vestida de sangre que te entregue sus secretos —sus ojos se inclinan hacia mí—. Creo que revelaría muchas cosas, por ti.

Me resulta difícil escuchar nada aparte del pulso que golpea mis oídos.

—No puedo preguntárselo —murmuro—. No puede hablar —mi mente está empezando a salir de la conmoción; empieza a anticiparse y a dar traspiés—. Me han asegurado que es imposible regresar. Que ella no debería estar aquí.

Riika se recuesta en la silla. Hace un gesto brusco con la mano hacia mi mochila y el *áthame*.

—Muéstramelo —me pide, y cruza los brazos sobre su pecho.

Thomas asiente con la cabeza, dando su aprobación. Abro la mochila y saco el cuchillo, aún en su funda. Luego lo coloco sobre la mesa, delante de mí. Riika sacude la cabeza, y yo lo saco. Las llamas de las velas titilan a lo largo de la hoja. Su reacción al fijar los ojos en él es extraña, un simple y molesto tic de emoción en la comisura de su boca arrugada, algo parecido a repugnancia. Finalmente, aparta la mirada y escupe en el suelo.

—¿Qué sabes de este *áthame*? —me pregunta.

—Sé que era de mi padre antes de ser mío. Sé que envía a los fantasmas que asesinan hacia el otro lado, donde no pueden hacer daño a los vivos.

Riika arquea una ceja hacia Thomas. Su cara se parece mucho a la versión anciana de la expresión «Mira lo que dice este tío».

—Bueno y malo. Correcto e incorrecto —sacude la cabeza—. Este *áthame* no piensa en esos términos —suspira—. No sabes mucho. Así que te lo contaré yo. Tú crees que el *áthame* crea una puerta entre este mundo y el otro —levanta primero una mano y luego la otra—. El *áthame* es la puerta. Se abrió hace mucho tiempo y desde entonces ha estado oscilando a un lado y a otro, a un lado y a otro —contemplo la

mano de Riika meciéndose a izquierda y derecha—. Pero nunca se cierra.

—Espera un minuto —exclamo—. Eso no es así. Los fantasmas no pueden regresar a través del cuchillo —miro a Thomas—. No funciona de ese modo —cojo el *áthame* de la mesa y lo meto de nuevo en la mochila.

Riika se inclina hacia delante y golpea mi hombro.

—¿Y cómo sabes tú el modo en que funciona? —me pregunta—. Pero no. No funciona así.

Estoy empezando a comprender a lo que se refería Thomas al afirmar que no estaba totalmente en sus cabales.

—Sería necesaria una voluntad fuerte —continúa ella— y una profunda conexión. Dijiste que Anna no pasó al otro lado mediante el cuchillo. Pero tendría que saber de él, sentirlo, para encontrarte.

—Recibió un corte —la interrumpe Thomas entusiasmado—. Después del hechizo de visión, Will cogió el cuchillo y la apuñaló, pero Anna no murió. O pasó al otro lado, o como se diga.

Los ojos de Riika están de nuevo fijos en mi mochila.

—Está conectada al cuchillo. Para ella es como un punto de referencia, un faro. Ignoro por qué los demás son incapaces de seguirlo. Todavía existen misterios, incluso para mí.

Hay algo extraño en la manera en que observa el cuchillo. Su mirada es intensa, pero distraída. Antes no me di cuenta de que los iris de sus ojos tienen un extraño tono amarillo.

—Pero tía Riika, aunque estés en lo cierto, ¿cómo puede Cas hablar con ella? ¿Cómo puede descubrir lo que quiere?

La sonrisa de Riika es amplia y cálida. Casi alegre.

—Tienes que conseguir que la música llegue con más claridad —contesta—. Debes hablar el lenguaje de su maldición. Del mismo modo que nosotros los finlandeses hemos hablado siempre con los muertos. Con un tambor lapón. Tu abuelo sabrá dónde encontrar uno.

—¿Puedes ayudarnos a hacerlo? —pregunto yo—. Supongo que necesitamos una bruja finlandesa.

—Thomas es lo bastante brujo —replica ella, aunque él no parece muy seguro de ello.

—Nunca he utilizado uno —protesta—. No sabría por dónde empezar. Sería mejor que lo hicieras tú. ¿Por favor?

El pesar ensombrece los rasgos de Riika cuando sacude la cabeza. Parece incapaz de seguir mirándole a los ojos y su respiración suena más pesada, más cansada. Probablemente deberíamos irnos. Todas estas preguntas deben resultar agotadoras. Y realmente nos ha proporcionado respuestas y un buen punto de inicio. Me echo hacia

atrás, alejándome de la mesa, e intercepto una corriente de aire que atraviesa la estancia; de repente me doy cuenta de lo fríos que tengo los dedos y las mejillas.

Thomas está farfullando, balbucea en voz baja las razones por las que no debería ser él quien hiciera el ritual, asegura que no reconocería un tambor lapón aunque le golpeará en la cara y que probablemente acabaría canalizando el fantasma de Elvis. Pero Riika no deja de sacudir la cabeza.

Cada vez hace más frío. O tal vez ya lo hiciera cuando entramos. Quizás ella no tenga una buena calefacción central en un lugar tan antiguo como este. O tal vez mantenga la temperatura baja para ahorrar dinero.

Finalmente, oigo que Riika suspira. No es un sonido exasperado. Hay tristeza en él. Y determinación.

—Ve y coge mi tambor —susurra—. Está en mi dormitorio. Colgado del muro norte —hace un gesto con la cabeza hacia el corto pasillo. Veo una rendija de lo que podría ser el baño. El dormitorio debe de estar más adelante. Aquí hay algo que no marcha bien. Y tiene que ver con la manera en que Riika miró el *áthame*.

—Gracias, tía Riika —Thomas sonríe y se levanta de la mesa para ir a buscar el tambor. Cuando veo la expresión incómoda de ella, comprendo de repente lo que sucede.

—Thomas, no —exclamo, y me alejo de la mesa. Pero llego demasiado tarde. Cuando entro en el dormitorio, él ya se encuentra allí, paralizado a medio camino del muro norte. El tambor está colgado justo donde Riika dijo que estaría, un objeto oblongo con treinta centímetros de ancho y el doble de largo, un pellejo de animal tirante. La propia Riika lo está mirando, sentada inmóvil en su mecedora de madera, con la piel grisácea y curtida, los ojos hundidos y los labios despegados de los dientes. Lleva muerta al menos un año.

—Thomas —susurro, y alargo la mano para agarrarle el brazo. Él me rechaza con un grito y sale corriendo. Maldigo en voz baja y descuelgo el tambor de la pared, luego le sigo. Mientras salimos de la casa me doy cuenta de cómo ha cambiado: aparece cubierta de polvo y manchas de suciedad, y una esquina del sofá está mordida por los roedores. Hay telarañas en los rincones y colgando de los apliques de luz. Thomas no deja de correr hasta que está fuera, en el jardín. Tiene las manos apretadas a ambos lados de la cabeza.

—Oye —digo suavemente. No tengo ni idea de qué hacer, ni qué debería decirle. Thomas alarga la mano a la defensiva, y retrocedo. Respira entrecortadamente, jadeando. Creo que está llorando, pero ¿quién podría reprochárselo? Entiendo que no quiera que le vea. Vuelvo la mirada hacia la casa de campo. A su alrededor hay árboles dispersos, y en el jardín no queda nada excepto tierra apelmazada y dura. La capa de pintura blanca del revestimiento exterior es tan delgada que parece como si la hubieran aplicado en una rápida mano de acuarela, dejando que se transparenten las

tablas negras.

—Lo siento, tío —le digo—. Debería haberlo sabido. Había señales —las había. Solo que no las vi. O las malinterpreté.

—No pasa nada —responde él, y se seca la cara con el reverso de la manga—. Riika nunca me haría daño. Nunca haría daño a nadie. Es solo que estoy sorprendido. No puedo creer que Morfran no me dijera que había muerto.

—Tal vez tampoco lo supiera.

—Oh, claro que lo sabía —asegura Thomas, asintiendo con la cabeza. Se sorbe los mocos y sonrío. Tiene los ojos un poco rojos, pero ya se ha recompuesto. Es un tío duro. Se dirige hacia el Templo y yo le sigo—. Lo sabía —repito en voz alta—. Lo sabía y me envió aquí de todos modos. ¡Voy a matarle! Te aseguro que le mato.

—Tómalo con calma —le pido una vez que estamos dentro del coche, mientras él sigue mascullando sobre el inminente fallecimiento de Morfran. Arranca el motor y se calla.

—Ni hablar. ¿Es que no lo pillas, Cas? —me mira con asco—. Me comí las jodidas galletas de jengibre.

Thomas me deja en el camino de acceso a mi casa, aún refunfuña sobre Morfran y Riika y las galletas de jengibre. Me alegro de no tener que presenciar la confrontación. En mi opinión, comerse las galletas no tiene ninguna importancia en comparación con el asunto de que Morfran enviara a su nieto a visitar, inconscientemente, a un familiar muerto, pero oye, cada uno tiene sus fobias. Y al parecer a Thomas le dan grima los aperitivos de los muertos.

Entre gruñidos y escupitajos a través de la ventanilla, Thomas me dijo que necesitaría al menos una semana para investigar sobre el tambor lapón y el ritual adecuado para canalizar a Anna. Yo le ofrecí mi expresión más comprensiva y asentí con la cabeza, conteniendo el deseo de agarrar lo más parecido a un palillo y empezar a interpretar un solo de tambor en mi regazo. Vaya estupidez. Ser cuidadoso y hacer las cosas bien desde el principio son requisitos casi imprescindibles. No sé qué tengo en la cabeza. Cuando entro en casa, me doy cuenta de que soy incapaz de sentarme tranquilamente. No me apetece comer ni ver la televisión. No quiero hacer nada, excepto averiguar más.

Mi madre franquea la puerta diez minutos después con una gigantesca caja de pizza en el brazo, y se queda parada al verme caminar arriba y abajo.

—¿Qué ocurre?

—Nada —respondo—. Esta tarde he hecho una interesante visita a la tía muerta de Thomas. Nos ha mostrado una manera de comunicarnos con Anna.

Aparte de abrir ligeramente los ojos, su reacción es absolutamente nula. Casi se encoge de hombros antes de atravesar lentamente el salón hacia la cocina. Una rápida chispa de ira hormiguea en mis muñecas. Esperaba más. Esperaba que se mostrara entusiasmada, que se alegrara de que pudiera hablar de nuevo con Anna para asegurarme de que está bien.

—Tú has conversado con la tía muerta de Thomas —dice mientras abre con calma la caja de la pizza—. Y yo con Gideon, esta tarde.

—¿Qué pasa contigo? No acabo de contarte que hay un nuevo especial en el restaurante Gargoyles. Ni que me he dado un golpe en el dedo gordo del pie, aunque estoy seguro de que a eso le habrías dedicado más atención.

—Me dijo que deberías dejarlo.

—No sé qué os pasa a todos —exclamo—. Todo el mundo me dice que abandone. Que lo olvide. Como si fuera tan fácil. Como si pudiera seguir viéndola así. Quiero decir que, ¡maldita sea!, ¡Carmel piensa que soy un psicópata!

—Cas —dice mi madre—. Tranquilízate. Gideon tiene sus razones. Y creo que está en lo cierto. Puedo sentir que sucede algo.

—Pero no sabes el qué, ¿no es así? Quiero decir que es algo malo, pero no lo

sabes exactamente. Y crees que debería dejar que lo que le esté sucediendo a Anna siga sucediéndole, ¿por qué? ¿Por tu intuición femenina?

—Oye —exclama con voz grave.

—Lo siento —contesto bruscamente.

—No soy simplemente tu preocupada madre, Teseo Casio Lowood. Soy una bruja. La intuición tiene gran importancia —su mandíbula adquiere esa peculiar expresión suya de cuando preferiría masticar cuero a decir lo que piensa—. Tú no solo quieres asegurarte de que está bien. Tú quieres traerla de vuelta aquí.

Bajo los ojos.

—Y, por Dios, Cas, parte de mí desea que eso fuera posible. Ella salvó tu vida y vengó la muerte de mi marido. Pero no puedes seguir por ese camino.

—¿Por qué no? —pregunto, y mi voz suena amarga.

—Porque hay reglas —contesta ella—. Y no deberían romperse.

Alzo los ojos y la miro.

—No has dicho que no «puedan» romperse.

—Cas...

Como esto dure un minuto más, voy a volverme loco. Así que levanto las manos y pongo rumbo a mi habitación, cerrando los oídos a todo lo que mi madre me dice mientras subo las escaleras, atragantándome con el millón de palabras que desearía gritarles a todos a la cara. Thomas parece la única persona remotamente interesada en descubrir lo que está sucediendo.

Anna me está esperando en la habitación. Le cuelga la cabeza como si tuviera el cuello roto; sus ojos se giran hacia los míos.

—Esto es demasiado, justo ahora —susurro, y ella articula algo como respuesta. No trato de leerle los labios. Hay demasiada sangre negra derramándose por ellos. Poco a poco se aleja; yo trato de mantener los ojos fijos en la alfombra, pero no puedo, no del todo, así que cuando se lanza por la ventana veo su vestido revolotear mientras cae, y escucho el golpe sordo de su cuerpo al chocar contra el suelo.

—Maldita sea —exclamo con la voz atrapada entre un gruñido y un gemido. Mis puños golpean la pared, la cómoda; tiro de un golpe la lámpara de la mesilla. Las palabras de mi madre resuenan en mis oídos, haciendo que parezca sencillo. Habla como si pensara que soy un colegial con fantasías de héroe que salva a la chica y se aleja con ella hacia el atardecer. ¿En qué tipo de mundo cree que he crecido?

\*\*\*

—Probablemente haga falta sangre —dice Thomas con un tono apesadumbrado que no corresponde con el disimulado entusiasmo que muestran sus ojos—. Casi siempre hace falta sangre.

—¿Sí? Bueno, si va a ser más de medio litro, avísame ahora, para que pueda almacenarla —contesto yo, y él sonrío.

Estamos junto a su taquilla hablando del ritual, que todavía no ha elaborado de manera precisa. Aunque para ser justo, solo ha pasado un día y medio. La sangre de la que está hablando es el conducto —la conexión con el otro lado— o el precio. No estoy seguro de cuál. Se ha referido a ella en ambos sentidos, como un puente y como un peaje. Tal vez se trate de las dos cosas, y el otro lado sea básicamente una carretera de peaje. Thomas se muestra un poco nervioso mientras hablamos, creo que porque percibe mi entusiasmo. Probablemente también note que no he dormido mucho. Estoy hecho un verdadero asco.

Thomas se endereza cuando se acerca Carmel, cuyo aspecto es diez veces mejor que el nuestro, como siempre. Lleva el pelo recogido con una pinza, y le oscila alegremente en una curva dorada. Los destellos de sus pulseras de plata me hacen daño en los ojos.

—Hola, Thomas —dice ella—. Hola, zombi Cas.

—Hola —respondo yo—. Supongo que sabrás lo que sucedió.

—Sí, Thomas me lo contó. Un asunto bastante espeluznante.

Me encojo de hombros.

—No fue tan terrible. Riika estuvo amable. Deberías haber venido.

—Bueno, tal vez lo habría hecho si no me hubieran echado del club de una patada —baja los ojos y Thomas se pone inmediatamente a la defensiva, pidiendo disculpas por la actitud de Morfran, insistiendo en que se pasó de la raya; Carmel asiente con la cabeza, manteniendo la mirada en el suelo.

Algo está sucediendo tras las pestañas caídas de Carmel. Ella cree que no la estoy mirando, o tal vez piense que el cansancio me impide darme cuenta, pero incluso a través del agotamiento veo de qué se trata, y me obliga a contener el aliento. Carmel se sintió agradecida de quedar fuera. En algún momento entre el tallado de la runa y quedar clavada a una pared con una horca, la situación se volvió insoportable para ella. Está ahí, en sus ojos; en el modo en que se detienen tristemente en Thomas cuando él no está mirando, y en cómo parpadean y muestran una chispa de falso interés cuando él le describe el ritual. Y durante todo el tiempo, Thomas no deja de sonreír, ajeno al hecho de que ella básicamente ya no está aquí. Tengo la impresión de haber visto los últimos diez minutos de esta película antes que los demás.

\*\*\*

Hacer todo el curso en un mismo instituto es algo que no experimentaba desde octavo, y tengo que decir que resulta algo odioso. Es lunes de la última semana del curso, y como tenga que firmar un solo anuario más, voy a hacerlo con la sangre del



propietario. Gente con la que jamás he hablado se acerca con un bolígrafo y una sonrisa, ansiando algo más personal que un «espero que pases un buen verano», cuando tales esperanzas son vanas. Y no puedo evitar sospechar que lo que realmente desean es que les escriba algo críptico o alguna locura, una nueva pista que añadir al molino de los rumores. Ha sido tentador, pero hasta el momento no lo he hecho.

De repente, siento un golpecito en el hombro, me vuelvo para encontrarme con Cait Hecht, mi cita arruinada de hace dos semanas, y estoy a punto de caerme sobre la taquilla.

—Hola, Cas —me sonrío—. ¿Me firmas el anuario?

—Por supuesto —respondo y lo cojo, haciendo un esfuerzo por pensar en algo personal, pero lo único que se me pasa por la cabeza es «espero que pases un buen verano». Escribo mi nombre y a continuación, una coma. ¿Y ahora qué? «¿Perdona el desaire, pero me recordabas a una chica a la que maté?». O tal vez, «Nunca habría funcionado. La chica a la que quiero te habría destripado».

—¿Vas a hacer algo interesante este verano? —me pregunta.

—Eh, no sé. Tal vez viajar un poco.

—Pero ¿volverás en otoño? —arquea las cejas delicadamente, aunque no es más que una charla trivial. Carmel me contó que Cait empezó a salir con Quentin Davis dos días después de lo de la cafetería. Me tranquilizó saberlo, y ahora me tranquiliza ver que no parece en absoluto disgustada.

—Buena pregunta —respondo, antes de rendirme y garabatear «espero que pases un buen verano» en la esquina de la página.

No se ve ninguna luz a través de la ventanilla del coche de Carmel, excepto la de las estrellas y el pálido resplandor de la ciudad a nuestra espalda. Thomas esperó a que hubiera luna nueva. Nos aseguró que era el mejor momento para la canalización. También dijo que ayudaría que estuviéramos cerca del lugar donde Anna cruzó al otro lado, así que nos dirigimos hacia los restos de su antigua casa victoriana. Encaja. Tiene sentido. Pero con solo pensarlo se me reseca la boca; Thomas va a explicarnos todo una vez que lleguemos allí, porque en la tienda apenas podía sentarme tranquilo y escuchar.

—¿Estás seguro de que puedes hacerlo, Cas? —pregunta Carmel, mirándome a través del espejo retrovisor.

—Tengo que hacerlo —respondo, y ella asiente con la cabeza.

Cuando Carmel decidió hacer el ritual con nosotros, me sorprendió. Desde aquel día en el pasillo, cuando vi el desapego merodeando por sus ojos, no he sido capaz de mirarla del mismo modo. Aunque tal vez me equivocara. Tal vez estuviera alucinando. Es lo que provocan tres horas de sueño repletas de imágenes de tu novia quitándose la vida.

—Quizás no funcione en absoluto, ¿lo sabes? —dice Thomas.

—Oye, no pasa nada. Lo estás intentando, ¿no? Es todo lo que podemos hacer —mis palabras y mi voz suenan sensatas. Juiciosas. Pero es porque no tengo nada de lo que preocuparme. Va a funcionar. Thomas está tenso como la cuerda de un violín, y no es necesario un diapasón para sentir las ráfagas de energía que fluyen de su cuerpo. Como dijo la tía Riika, es lo bastante brujo.

—Chicos —dice Thomas—. Cuando esto acabe, ¿podemos ir a comer una hamburguesa o algo?

—¿Estás pensando en comida ahora? —pregunta Carmel.

—Oye, tú no te has pasado los últimos tres días ayunando, tomando vahos de ruda y bebiendo solo las asquerosas pociones de purificación de crisantemo que hace Morfran —Carmel y yo intercambiamos una sonrisa a través del espejo—. No es sencillo convertirse en un recipiente. Me estoy muriendo de hambre.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Tío, cuando esto acabe, te voy a comprar todo el jodido menú.

El coche se queda en silencio cuando nos desviamos hacia la carretera de Anna. Parte de mí espera doblar la esquina y toparse con la casa, aún en pie, aún pudriéndose sobre sus cimientos desmoronados. En vez de eso, hay un espacio vacío. Los faros del coche de Carmel iluminan el camino de acceso, el cual conduce a ninguna parte.

Después de que la casa implosionara, aparecieron los trabajadores del

ayuntamiento y retiraron los escombros en un esfuerzo por determinar la causa del estallido. Nunca la encontraron, aunque como es habitual, no la buscaron realmente. Husmearon por el sótano, se encogieron de hombros y lo rellenaron con tierra. Ahora todo lo que había quedado está completamente tapado. El lugar donde se alzaba la casa parece un solar, un espacio de tierra apelmazada y cubierto de malas hierbas. Si hubieran mirado con más atención, o excavado más, podrían haber encontrado los cadáveres de las víctimas de Anna. Pero los muertos y lo desconocido seguían susurrándoles que debían alejarse suavemente y olvidarlo.

—Explícame otra vez lo que vamos a hacer —dice Carmel. Su voz es firme, pero tiene los dedos aferrados al volante como si fuera a arrancarlo.

—Debería ser relativamente sencillo —responde Thomas mientras rebusca en el bolso con bandolera, asegurándose de que se ha acordado de todo—. O, si no sencillo, al menos relativamente simple. Por lo que me contó Morfran, las brujas finlandesas utilizaban el tambor con bastante frecuencia, para controlar el mundo de los espíritus y hablar con los muertos.

—Parece justo lo que necesitamos —añado yo.

—Sí. El truco está en ser selectivo. A las brujas no les importaba demasiado con quién contactaban. Siempre y cuando consiguieran hablar con alguien, se figuraban que eran sabias. Pero nosotros queremos a Anna. Y ahí es donde entráis en juego tú y la casa.

Bueno, esto se está alargando demasiado. Abro la puerta y salgo. El aire es suave, hay solo una ligera brisa. Cuando mis zapatos hacen crujir la grava, el sonido me provoca una ráfaga de nostalgia, una sacudida que me devuelve seis meses atrás, cuando la casa victoriana seguía en pie y yo venía por la noche a hablar con la chica muerta que la habitaba. Recuerdos cálidos y borrosos. Carmel me pasa el foco de *camping* del maletero. Le ilumina el rostro.

—Oye —le digo—. No tienes por qué hacerlo. Thomas y yo podemos arreglarnos solos.

Por un segundo, parece aliviada. Pero luego los característicos ojos entornados de Carmel recuperan su lugar.

—No me vengas con esa mierda. Morfran puede prohibirme que vaya a sus meriendas con muertos si quiere, pero tú no. Estoy aquí para descubrir lo que le sucedió a Anna. Se lo debemos, todos nosotros.

Cuando pasa a mi lado, me da un golpecito con el hombro para levantarme el ánimo; yo sonrío, aunque las quemaduras todavía me duelen. Después de que esto haya acabado, voy a hablar con ella; vamos a hablar todos. Necesitamos descubrir qué está pasando por su cabeza y aclararlo.

Thomas va por delante de nosotros. Ha sacado su linterna y está iluminando de manera estroboscópica el solar. Menos mal que los vecinos más cercanos se

encuentran a kilómetro y medio de distancia y separados por un denso bosque. Probablemente pensarían que había aterrizado un ovni. Cuando Thomas llega al lugar donde antes se alzaba la casa, no vacila, y se dirige al trote hacia el centro. Sé lo que está buscando: el lugar donde Malvina abrió un hueco entre mundos. Y por el que Anna atravesó.

—Vamos —dice después de un minuto, y nos hace señas con la mano. Carmel se acerca, avanzando con cuidado. Yo respiro hondo. No será igual que si mis pies franquearan el umbral. Esto es lo que quería, lo que he estado esperando desde que Anna desapareció. Las respuestas se encuentran a menos de cincuenta metros.

—¿Cas? —pregunta Carmel.

—Justo detrás de ti —respondo, y en un instante surcan mi mente todos los tópicos que haya podido escuchar sobre que la ignorancia es ciega o que es mejor permanecer en la oscuridad. Pienso que tal vez no debería haber deseado que esto se convirtiera en realidad. Me gustaría que las respuestas que obtenga esta noche me digan que no se trataba de Anna, que Riika estaba equivocada y que Anna está en paz. Ojalá que lo que quiera que me está acechando sea algo distinto, algo maligno con lo que pueda luchar. Es egoísta querer que Anna regrese. Dondequiera que se encuentre tiene que estar mejor que maldecida y atrapada. Pero no puedo evitarlo.

Solo unos segundos más y mis pies se descongelan. Me transportan a través de la tierra que el ayuntamiento utilizó para rellenar el sótano, y no siento nada. Ninguna descarga cósmica; ni siquiera un escalofrío por la espalda. No queda nada de Anna ni de su maldición. Probablemente se desvaneciera todo en el mismo instante en que la casa implosionó. Mamá, Morfran y Thomas deben de haberlo comprobado diez veces, colocándose en las esquinas del terreno y lanzando runas.

En el centro del solar de tierra, Thomas está dibujando un amplio círculo en el suelo con la punta de un *áthame*. No el mío, sino uno de Morfran —uno largo y de aspecto teatral con el mango labrado y una joya en el extremo—. La mayoría de la gente afirmaría que es mucho más bonito que el mío, y más valioso. Pero es mera apariencia. Thomas puede utilizarlo para dibujar un círculo mágico, pero es su poder de mago lo que crea la protección. Si Thomas no lo empuñara, lo mejor sería utilizar ese *áthame* para cortar un buen filete.

Carmel está de pie en el centro del círculo, sujetando una vara de incienso encendida y susurrando el conjuro de protección que Thomas le ha enseñado. Él también lo está recitando, pero dos tiempos después que ella de modo que suena como una canción en la que las voces se persiguen. Dejo el foco de *camping* en el suelo, dentro del círculo pero junto al borde. El cántico termina y Thomas nos indica con la cabeza que nos sentemos.

La tierra está fría, pero al menos se encuentra seca. Thomas se arrodilla y coloca el tambor lapón en el suelo, delante de él. También ha traído un palillo. Parece un

palillo normal con una enorme nube de azúcar blanca en un extremo. Hay poca luz y apenas se ven los dibujos pintados sobre la tensa piel del tambor. Cuando lo llevaba encima en el trayecto de vuelta desde la casa de Riika, vi que estaba cubierto de figuras esquemáticas, rojizas y descoloridas que parecían una representación primitiva de una escena de caza.

—Parece muy antiguo —comenta Carmel—. ¿De qué crees que estará hecho? —sonríe con picardía—. ¿Tal vez de piel de dinosaurio?

Me río, pero Thomas se aclara la garganta.

—El ritual es bastante sencillo —nos explica—, pero también potente. No deberíamos entrar en él con un estado de ánimo demasiado relajado —está limpiando la tierra de su *áthame*, frotándolo con alcohol, y sé por qué se está tomando la molestia. Tenía razón cuando aseguró que necesitaríamos sangre. Y pretende utilizar su *áthame* para conseguirla de mí—. Aunque, ya que tienes curiosidad, Morfran sospecha que este tambor está hecho de piel humana.

Carmel lanza un grito ahogado.

—No de la víctima de un asesinato ni nada parecido —continúa—, sino probablemente del último chamán de la tribu. Por supuesto no lo sabe a ciencia cierta, pero me contó que los mejores estaban a menudo hechos de eso, y Riika no perdía el tiempo con productos de mala calidad. Probablemente era un legado de su propia familia.

Thomas habla distraídamente, sin darse cuenta de la manera en que Carmel traga saliva, sin poder alejar la mirada del tambor. Sé lo que está pensando. Con ese nuevo dato, su aspecto es completamente distinto al que tenía solo unos segundos atrás. Podría ser incluso una caja torácica humana, reseca y colocada delante de nosotros.

—¿Qué va a suceder exactamente cuándo hagamos el ritual? —pregunta Carmel.

—No lo sé —responde Thomas—. Si sale bien, escucharemos la voz de Anna. Algunos textos incluyen vagas referencias a la aparición de niebla, o humo. Y podría levantarse viento. Lo único de lo que estoy seguro es que yo estaré en trance cuando ocurra. Puede que sepa lo que está sucediendo, o no. Y si algo va mal, no serviré de mucho para detenerlo.

Incluso a la débil luz del foco de *camping*, veo que el color desaparece casi por completo de las mejillas de Carmel.

—Eso es realmente estupendo. ¿Qué se supone que debemos hacer si ocurre algo?

—No os dejéis llevar por el pánico —Thomas sonríe con expresión nerviosa. Le alarga a Carmel algo que brilla. Cuando ella abre la mano, encuentra el Zippo de Thomas—. Esto es algo complicado de explicar. El tambor es como una herramienta, para encontrar el camino hacia el otro lado. Morfran dice que se trata sobre todo de encontrar el ritmo adecuado, como sintonizar la frecuencia correcta en la radio. Una vez que lo encuentre, la puerta tiene que canalizarse a través de la sangre. La sangre

del que busca. La de Cas. Tú le cortarás para que gotee sobre su *áthame*, que colocaremos en el centro del círculo.

—¿A qué te refieres con que yo le *cortaré*? —pregunta Carmel.

—Bueno, él no puede hacerlo por sí mismo y yo estaré en trance —responde Thomas como si fuera obvio.

—Puedes hacerlo —animo a Carmel—. Piensa simplemente en lo que te avergoncé en aquella cita. Estarás deseando apuñalarme.

No parece tranquilizarse, pero cuando Thomas le acerca su *áthame*, ella lo coge.

—¿Cuándo? —pregunta Carmel.

Thomas responde con una sonrisa ladeada:

—Espero que reconozcas el momento.

Su mueca me desconcierta un poco. Es el primer indicio de «nuestro» Thomas que vemos desde que llegamos aquí. Normalmente, cuando hay que realizar un hechizo, es pura eficiencia, y de repente se me ocurre que en realidad no tiene ni idea de lo que está haciendo.

—¿Es peligroso? Para ti, me refiero —le pregunto.

Thomas se encoge de hombros y sacude una mano.

—No te preocupes por eso. Necesitamos respuestas, ¿no? Antes de que te vuelvas completamente majareta. Así que vamos a empezar. Carmel —la mira—, si algo va mal, tienes que quemar la sangre del *áthame* de Cas. Simplemente cógelo y acerca la llama a la hoja. ¿Vale?

—¿Por qué tengo que ser yo? ¿Por qué no puede hacerlo Cas?

—Por la misma razón por la que tienes que cortarle tú. Porque técnicamente estás fuera del ritual. Una vez que esto empiece, no sé lo que va a sucederle a Cas, o a mí.

Carmel está tiritando, a pesar de que no haga mucho frío. Tiene algunas dudas en la punta de la lengua, así que antes de que pueda decir nada, cojo el *áthame* de mi bolsillo trasero, lo saco de su funda y lo coloco en el suelo.

—Es un punto de referencia, como dijo Riika —nos explica Thomas—. Esperemos que Anna pueda seguirlo hasta nosotros —rebusca en el bolso con bandolera, saca un puñado de varas de incienso y se las tiende a Carmel para que las encienda y las sople antes de clavarlas en la tierra suelta alrededor de él. Cuento siete. El humo aromático asciende en suaves espirales grisáceas. Thomas respira hondo.

—Una cosa más —añade, tomando el palillo—. No abandonéis el círculo hasta que todo haya acabado —pone esa expresión de «vamos allá» y me gustaría decirle que tenga cuidado, pero siento el rostro totalmente paralizado. Incluso parpadear supone un reto.

Hace un giro con la muñeca y empieza a golpear el tambor; el sonido es bajo e intenso. Tiene una calidad pesada y con eco, y aunque estoy casi seguro de que Thomas carece de experiencia tocando el tambor, cada golpe parece planificado.

Como si siguiera una partitura. Incluso cuando cambia el ritmo y la duración del golpeteo. El tiempo pasa. No sé cuánto. Tal vez treinta segundos, tal vez diez minutos. El sonido del tambor confunde mis sentidos. El aire parece cargarse con el humo del incienso y noto una sensación de mareo alrededor de mi cabeza. Miro a Carmel. Parpadea deprisa y tiene unas cuantas gotas de sudor en la frente, pero por lo demás parece atenta.

Thomas respira de manera lenta y superficial. Suena como si formara parte del ritmo. Los golpes se detienen y vuelven a estallar. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Luego comienzan de nuevo, más rápidos esta vez y menos intensos. El humo del incienso oscila adelante y atrás. Está sucediendo. Thomas está encontrando el camino.

—Carmel —susurro, y alargo la mano por encima de mi *áthame*, que descansa en el suelo. Ella me agarra la muñeca y acerca el cuchillo de Thomas a mi palma.

—Cas —dice, y sacude la cabeza.

—Vamos, no pasa nada —insisto; Carmel traga con dificultad y luego se muerde el labio. El filo del cuchillo roza la carne de mi palma, primero como una leve presión y luego una breve punzada caliente. La sangre gotea sobre mi *áthame*, manchando la hoja. Casi chisporrotea. O tal vez no lo haga. Algo le está sucediendo al aire; se mueve a nuestro alrededor como una serpiente y por encima del sonido del tambor escucho el aullido del viento en mis oídos, solo que no hay viento. Nada arrastra el humo del incienso. Se arremolina incesantemente hacia arriba.

—¿Se supone que debe suceder esto? —pregunta Carmel.

—No te preocupes. No pasa nada —respondo yo, pero no tengo ni idea. Lo que quiera que esté sucediendo, funciona pero sin funcionar. Ocurre, pero demasiado despacio. Todo lo que está dentro del círculo parece algo tratando de salir de una jaula. El aire se vuelve denso, se congestiona, y me gustaría que hubiera luna para que la oscuridad no resultara tan espeluznante. Deberíamos haber dejado el foco de *camping* encendido.

Continúa goteando sangre de mi mano sobre el *áthame*. No sé cuánta habré perdido. No puede ser mucha, pero mi cerebro no funciona bien. Apenas veo a través de todo el humo, sin embargo no recuerdo cuándo ha aparecido, ni cómo ha podido salir tal cantidad de siete varas de incienso. Carmel dice algo pero no la oigo, aunque creo que está gritando. Parece como si el *áthame* palpitará. Verlo cubierto con mi sangre resulta extraño, como una imagen combada. Mi sangre en la hoja. Mi sangre dentro del cuchillo. El tambor suena y la respiración de Thomas retumba en el aire... o tal vez sea mi propia respiración y los latidos de mi corazón, aporreándome los oídos.

Unas intensas náuseas ascienden por mi garganta. Tengo que hacer algo antes de que se apoderen de mí, o antes de que Carmel acabe presa del pánico y abandone el

círculo. Mi mano se dirige bruscamente hacia el tambor y presiona la tensa piel. No sé por qué. Un simple y extraño impulso. Mi mano deja tras de sí una marca roja y húmeda. Durante un instante resalta, brillante y tribal. Luego desaparece bajo la superficie del tambor, como si nunca hubiera estado allí.

—Thomas, tío, no sé cuánto tiempo más voy a poder seguir haciendo esto —susurro. Apenas puedo distinguir el brillo de sus gafas a través del humo. No me oye.

Un grito femenino corta el aire, desgarrador y brutal. Y no ha sido Carmel. Un grito como un cuchillo de carnicero para los oídos, y antes incluso de ver los primeros mechones ondulantes de pelo negro sé que Thomas lo ha logrado. Ha encontrado el ritmo de Anna.

Cuando todo esto empezó, traté de no pensar en lo que podría suceder, para evitar decepciones. Ahora resulta que fue innecesario, pues jamás podría haber imaginado lo que tengo frente a mí.

Anna irrumpe dentro del círculo, como si el tambor de Thomas la hubiera arrastrado desde otra dimensión. Atraviesa el aire como una bomba sónica y golpea una superficie invisible a un metro del suelo. No es la silenciosa niña vestida de blanco a la que Thomas ha llamado, sino la diosa con venas negras, monstruosa y hermosa, empapada en sangre. Su pelo negro se agita a su espalda en una nube, y mi cabeza empieza a dar vueltas. Está justo delante de mí, salpicada de rojo, y durante un segundo soy incapaz de recordar por qué, o qué se suponía que tenía que decir. La sangre gotea de su vestido, pero no alcanza la tierra en ningún momento, porque ella no está donde se encuentra el suelo. Simplemente estamos mirando a través de una ventana abierta.

—Anna —susurro. Durante un instante, enseña los dientes y sus ojos color negro petróleo se agrandan. Pero en vez de responder, sacude la cabeza y los cierra con fuerza. Sus puños golpean una superficie invisible.

—Anna —más alto esta vez.

—No estás aquí —contesta ella, bajando la mirada; el alivio fluye por mi pecho, dejando mis entrañas en carne viva y gelatinosas. Me oye. Es algo.

—Tú tampoco estás aquí —digo yo. Su imagen. Su dimensión. No las había olvidado, pero verla de nuevo me deslumbra. Está en cuclillas, a la defensiva como un gato bufando.

—Eres solo fruto de mi imaginación —argumenta ella. Sus palabras suenan como las mías, igual que las mías. Miro a Thomas que mantiene el ritmo en el tambor, respirando de manera acompasada. Un oscuro círculo de sudor se ha extendido alrededor del cuello de su camiseta, y hay chorros surcando su cara por el esfuerzo. Tal vez no dispongamos de mucho tiempo.

—Es lo mismo que yo pensé la primera vez que apareciste en mi casa —le digo—. Lo que intenté decirme a mí mismo cuando te metiste dentro de aquel horno o te



tiraste por la ventana.

Una prudente esperanza agita el rostro de Anna, o eso creo. Resulta difícil de decir, de interpretar las emociones a través de las venas negras.

—¿Eras realmente tú? —le pregunto.

—Yo no me tiré —murmura sin dirigirse a nadie en particular—. Me tiraron. Hacia abajo, sobre las piedras. Me arrastraron. Me arrastraron dentro para que ardiera —se estremece, tal vez por el recuerdo, igual que yo. Pero tengo que encauzar la conversación.

—La chica a la que estamos viendo ahora, ¿eres tú? —no hay tiempo, pero no sé qué decir. Parece tan confusa. ¿Era realmente ella? ¿Estaba pidiéndome ayuda?

—¿Me ves? —pregunta ella, y antes de que pueda responder, la diosa oscura se desvanece. Las venas negras desaparecen de su piel pálida, y el pelo se sosiega y se torna castaño, colgando lacio sobre sus hombros. Cuando se arrodilla, su vestido blanco se arruga en torno a sus piernas. Está cubierto de manchas negras. Sus manos revolotean sobre su regazo y sus ojos, sus ojos oscuros y fieros, se muestran inseguros. Se mueven a un lado y a otro—. No te veo. Está oscuro —el remordimiento convierte sus palabras en sonidos vacilantes y callados. No sé qué decir. Tiene costras recientes en los nudillos, y sus brazos están llenos de moratones. Unas delgadas cicatrices surcan sus hombros. No puede ser—. ¿Por qué no puedo verte?

—No lo sé —respondo rápidamente. El humo asciende, arremolinándose entre nosotros, y siento alivio al apartar la mirada, al parpadear. Noto sensación de ahogo en la parte posterior de la garganta—. Esto es solo una ventana que Thomas ha logrado abrir —le explico. Algo va mal. Dondequiera que esté, no es el lugar al que se suponía que debía ir. Las cicatrices en los brazos. Los moratones—. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde te has hecho esas heridas?

Baja la mirada hacia su cuerpo, aparentemente sorprendida, como si se acabara de dar cuenta de que están ahí.

—Sabía que estabas a salvo —dice suavemente—. Después de que cruzáramos al otro lado. Lo sabía —sonríe, pero no transmite ningún sentimiento real. No tenemos tiempo para esto.

Trago saliva.

—¿Dónde estás?

Su pelo cae sobre sus mejillas y tiene la mirada perdida. Ni siquiera sé si cree realmente que estamos teniendo esta conversación.

—En el infierno —susurra como si fuera obvio—. Estoy en el infierno.

No. No, ese no es el lugar al que pertenece. No era donde se suponía que iría. Se suponía que debería estar en paz. Se suponía..., no sigo porque ¿qué demonios sé yo? No son decisiones mías. Es simplemente lo que yo deseaba, y lo que traté de creer.

—Me estás pidiendo ayuda, ¿verdad? ¿Por eso me mostraste esas cosas?

Sacude la cabeza.

—No. No pensé que pudieras verlo. No pensé que fuera real. Simplemente te imaginé. Resultaba más sencillo si veía tu rostro —sacude de nuevo la cabeza—. Lo siento. No quiero que lo veas.

Tiene un corte abultado y con costra en la curva del hombro. No tiene buen aspecto. No sé quién o qué decide, pero voy a empezar a hacerlo yo. Esto no puede seguir así.

—Anna, escucha. Voy a traerte de vuelta aquí. Voy a encontrar la manera de traerte a casa. ¿Entiendes?

Gira la cabeza bruscamente hacia la derecha, y permanece quieta y tensa como un animal de presa escondiéndose de un lobo. Instintivamente, me quedo en silencio y contemplo lo rápido que sube y baja su caja torácica. Tras unos largos segundos, se relaja.

—Deberías marcharte —dice ella—. Me va a encontrar. Te va a oír.

—¿Quién? —le pregunto—. ¿Quién va a encontrarte?

—Siempre lo consigue —continúa como si no me hubiera escuchado—. Y entonces abrasa. Y corta. Y mata. Aquí no puedo enfrentarme a él. No puedo ganar —están empezando a aparecer mechones de pelo negro entre su melena castaña. Hay un tono de despedida en su voz. Está pendiente de un hilo.

—Tú puedes enfrentarte a cualquiera —susurro yo.

—Este es su mundo. Son sus reglas —ahora habla sin dirigirse a nadie en concreto, de nuevo en cuclillas. La sangre comienza a filtrarse a través de la tela blanca. Su pelo se crispa y se vuelve negro.

¿Qué demonios estaba pensando al hacer esto? Es un millón de veces peor verla frente a mí y aun así a un mundo de distancia. Cierro los puños para evitar alargar las manos hacia ella. La energía que concentra el humo que hay entre nosotros acumula cien mil voltios. En realidad, Anna no está lo bastante cerca para tocarla. Es solo magia. Una ilusión convertida de algún modo en realidad por un tambor de piel humana, por mi sangre deslizándose sobre el *áthame*. En algún lugar a mi derecha, Carmel dice algo, pero no la oigo y resulta imposible ver a través del humo.

El suelo se sacude bajo el cuerpo de Anna. Se sujeta con ambas manos y se encoge de miedo cuando algo, en algún lugar no muy lejano, brama. Es un sonido cruel, que el eco devuelve desde un millón de paredes. El sudor me produce un hormigueo al deslizarse por mi espada y mis piernas se mueven solas; el temor de Anna me empuja a incorporarme un poco.

—Anna, dime cómo encontrarte. ¿Lo sabes?

Se tapa los oídos con las manos y agita la cabeza con violencia atrás y adelante. La ventana que nos separa se está estrechando, o ensanchando, no podría decir el qué;

un olor nauseabundo a podrido y rocas húmedas flota hasta mi nariz. La ventana no puede cerrarse. Voy a destrozarla, a abrirla por completo. Da igual que me abra. No me importa. Cuando ella se sacrificó por nosotros, cuando arrastró al hechicero a las profundidades...

Y de repente, sé quién está allí con ella.

—Es él, ¿verdad? —grito—. Es el hechicero *obeah*. ¡¿Estás atrapada con él?! —ella sacude la cabeza bruscamente, sin convicción—. ¡Anna, no mientas! —me callo. Da igual lo que ella diga. Lo sé. Algo en mi pecho se retuerce como una serpiente. Sus cicatrices. La manera en que se acuclilla como un perro apaleado. Le está rompiendo los huesos. Asesino. Asesino.

Me arden los ojos. El humo es denso; lo noto rozándome las mejillas. En algún lugar el tambor sigue sonando, más y más fuerte, pero ignoro si el sonido procede de la izquierda, o de la derecha, o de detrás. Me he levantado sin darme cuenta.

—Voy a por ti —grito por encima del tambor—. Y voy a por él. Dime cómo. ¡Dime cómo llegar allí! —Anna se encoge—. Hay humo, y viento, y gritos, y resulta imposible distinguir de qué lado procede todo. —Bajo la voz— Anna. ¿Qué quieres que haga?

Durante un instante, tengo la sensación de que me contestará con evasivas. Respira de manera profunda y temblorosa y con cada exhalación reprime sus palabras. Pero entonces me mira, directamente, a los ojos, y olvido todo lo que dijo antes. Me ve. Sé que es así.

—Casio —susurra—. *Sácame de aquí.*

Antes que nada, me doy cuenta de que Carmel me está abofeteando. Luego aparece el auténtico dolor. Podría tener la cabeza partida en tres o cuatro partes; me duele horriblemente. Noto sangre por toda la boca, en la lengua. Sabe igual que los peniques antiguos, y siento en el cuerpo un entumecimiento y una ligera palpitación que me indican que acabo de volar por los aires y caer de golpe. Mi mundo se reduce a dolor y una tenue luz amarilla. Escucho voces familiares. Carmel y Thomas.

—¿Qué ha pasado? —pregunto—. ¿Dónde está Anna? —unos cuantos parpadeos dispersan la niebla de mis ojos. La luz del foco de *camping* brilla amarillenta. Carmel está arrodillada a mi lado con manchas de tierra en la cara y un hilillo de sangre goteando de su nariz. Thomas se encuentra junto a ella. Parece aturdido, da la impresión de que le hubieran vapuleado y está absolutamente empapado en sudor, pero no sangra.

—No sabía qué más hacer —gime Carmel—. Ibas a pasar al otro lado. No me respondías. No creo siquiera que me oyeras.

—No te oía —respondo y me alzo sobre los codos, con cuidado de no agitar demasiado la cabeza—. El hechizo era potente. El humo y el tambor... Thomas, ¿estás bien? —él asiente con la cabeza y hace un leve gesto de que no pasa nada—. ¿Intenté pasar al otro lado? ¿Es eso lo que provocó la explosión?

—No —contesta Carmel—. Agarré el *áthame* y prendí la sangre, como Thomas me pidió. No pensé que sería tan... No me imaginé que estallaría como un maldito bloque de goma 2. Apenas acerqué la llama.

—Yo tampoco lo sabía —murmura Thomas—. No debería haberte pedido que lo hicieras —aprieta su mano sobre la mejilla de Carmel y ella le permite mantenerla ahí un instante antes de retirársela.

—Pensé que ibas a pasar al otro lado —repite ella. Algo presiona la palma de mi mano: el *áthame*. Thomas y Carmel me cogen cada uno por un brazo y me ayudan a ponerme en pie—. No sabía qué más hacer.

—Hiciste lo correcto —la tranquiliza Thomas—. Si lo hubiera intentado, probablemente habría acabado vuelto del revés. Era solo una ventana. No una puerta. Ni un acceso.

Recorro con la mirada el solar donde solía alzarse la casa victoriana de Anna. La tierra que estaba dentro del círculo aparece más oscura que el resto, y hay ondas dibujadas por el viento, como dunas en un desierto. El lugar donde he aterrizado se encuentra a unos tres metros de donde estaba sentado.

—¿Hay una puerta? —pregunto en voz alta—. ¿Hay un acceso?

Thomas me mira de repente. Ha estado deambulando con piernas temblorosas por lo que quedaba del círculo, recogiendo sus instrumentos dispersos: el tambor, el

palillo, el *áthame* ornamental.

—¿De qué estás hablando? —preguntan ambos.

Noto el cerebro como unos huevos revueltos, y mi espalda debe de estar tan amoratada como el trampolín de un hipopótamo, pero recuerdo todo lo que ha sucedido. Recuerdo las palabras de Anna, y su aspecto.

—Estoy hablando de una puerta —repito—, suficientemente grande para franquearla. Estoy hablando de abrir un acceso para traer a Anna de vuelta —durante unos minutos escucho cómo balbucean y me aseguran que es imposible. Dicen cosas como: «Eso no era de lo que iba el ritual». Me aseguran que voy a conseguir que me maten. Tal vez tengan razón. Probablemente la tengan. Pero eso no importa.

—Escuchadme —digo con cautela mientras sacudo el polvo de mis vaqueros y devuelvo el *áthame* a su funda—. Anna no puede quedarse allí.

—Cas —empieza a decir Carmel—, no puede ser. Es una locura.

—La has visto, ¿verdad? —le pregunto, e intercambian una mirada culpable.

—Cas, sabías que podría ser así. Ella... —Carmel traga saliva—. Ella mató a un montón de gente.

Cuando me vuelvo hacia ella, Thomas se interpone entre los dos.

—Pero nos salvó —dice.

—Lo sé —murmura Carmel.

—Él también está allí. El hechicero *obeah*. El bastardo que asesinó a mi padre. Y no voy a permitirle que esté toda la eternidad alimentándose de ella —aprieto el mango del *áthame* con tal fuerza que me crujen los nudillos—. Voy a franquear esa puerta. Y a hundirle este cuchillo en la garganta hasta que se asfixie con él.

Cuando digo esto, Carmel y Thomas cogen aire. Los miro, magullados y arañados como un par de zapatos viejos. Son valientes; han demostrado más valentía de la que les reconocí o tenía derecho a esperar.

—Si tengo que hacerlo solo, lo comprenderé. Pero voy a sacarla de ahí.

Cuando estoy a medio camino del coche, empieza la discusión. Escucho «misión suicida» y «nefasta búsqueda como colofón», ambas frases en voz de Carmel. Luego estoy demasiado lejos en el camino de acceso para escuchar lo que dicen.

\*\*\*

Es cierto lo que se dice de que las respuestas solo te conducen a más preguntas. Siempre habrá más cosas que descubrir, más cosas que aprender, más cosas que hacer. Ahora sé que Anna se encuentra en el infierno. Así que tengo que encontrar una manera de sacarla de ahí. Sentado en la mesa de la cocina, pinchando con el tenedor una de las tortillas de champiñones de mi madre, me siento como embutido dentro de un cañón. Hay tanto por hacer. ¿Por qué demonios estoy aquí picoteando

una tortilla con queso?

—¿Quieres tostadas?

—En realidad, no.

—¿Qué te pasa? —mi madre se sienta envuelta en su albornoz algo desgastado. Anoche añadí unas cuantas canas más a su pelo al regresar con la cabeza amoratada. Permaneció en vela mientras yo dormía, y me despertó de una sacudida cada hora y media para asegurarse de que no sufría una conmoción y me moría. Anoche no hizo preguntas. Supongo que el alivio de verme vivo fue suficiente. Y quizás parte de ella prefiera no saber nada.

—El tambor funcionó —respondo bajito—. Vi a Anna. Está en el infierno.

Sus ojos se iluminan y se apagan en el intervalo de un parpadeo.

—¿El infierno? —pregunta—. ¿Te refieres a fuego y azufre? ¿A un tipo pequeño y rojo con tridente y cola puntiaguda?

—¿Te parece divertido?

—Por supuesto que no —responde—. Es que nunca pensé que existiera de verdad —y ella también se queda sin palabras.

—Que conste que no vi ninguna cola puntiaguda. Pero está en el infierno. O en algún lugar parecido. Supongo que no importa si es *el* infierno o no.

Mi madre suspira.

—Imagino que varias décadas de asesinatos necesitan mucha expiación. No me parece justo, pero... no podemos hacer nada, cariño.

Expiación. Esa palabra llena mi mirada con tanto odio que podría lanzar rayos por los ojos.

—En mi opinión —exclamo—, ha sido todo una gran cagada.

—Cas.

—Y voy a sacarla de ahí.

Mi madre baja los ojos hacia el plato.

—Sabes que no es posible. Que no puedes hacerlo.

—Yo creo que sí. Mis amigos y yo simplemente abrimos una ventana entre este plano y el infierno, y apostarí a lo que fuera a que podemos abrir una puerta.

Se produce un largo y tenso silencio.

—Es imposible y probablemente baste con intentarlo para que acabes muerto.

Trato de recordar que es mi madre y que su tarea es hablarme de lo imposible, así que asiento con la cabeza. Pero adivina mi intención y se altera. De un tirón me amenaza con arrancar mi culo de Thunder Bay, para alejarme de Thomas y sus brujerías. Incluso me asegura que cogerá el *áthame* y se lo enviará a Gideon.

—¿Es que no escuchas? Cuando Gideon y yo te decimos algo, ¿lo escuchas? —sus labios se aprietan formando una línea delgada y tensa—. Detesto lo que le sucedió a Anna. No es justo. Podría ser el peor caso de injusticia del que haya oído

hablar. Pero no vas intentar eso, Cas. No, en absoluto.

—Claro que lo haré —gruño—. Y no se trata solo de ella. Sino de él. El bastardo que asesinó a papá. Está también allí. Así que voy a ir tras él y a matarle de nuevo. Voy a matarle mil veces —mi madre empieza a llorar, y yo estoy peligrosamente cerca de hacerlo también—. Tú no la has visto, mamá —tiene que entenderlo. No puedo sentarme a la mesa y tratar de comerme unos huevos cuando sé que ella está atrapada allí. Debería dedicarme únicamente a una cosa y no tengo ni idea de por dónde empezar.

*La quiero*, estoy a punto de decir. *¿Qué harías tú si se tratara de papá?* Me siento totalmente vacío. Mi madre se está secando las lágrimas de las mejillas y sé que está pensando en el coste, en cuánto nos ha costado todo esto. Yo ya no pienso en ello. Lo siento mucho, pero no puedo. Ni siquiera por ella. No cuando tengo trabajo que hacer.

Mi tenedor repiquetea al dejarlo sobre el plato. Se acabó el desayuno. Y el instituto también. Solo quedan cuatro días de clase, y la mayoría dedicados a espectáculos de animadoras. Hice mi último examen el jueves pasado, y lo aprobé con un notable alto. No es que me vayan a expulsar.

\*\*\*

Los labradores negros probablemente no deberían comer galletas de mantequilla de cacahuete. Tal vez tampoco deberían beber leche. Pero seguramente les gustan ambas cosas. Stella tiene la cabeza sobre mi regazo, y ha apoyado gran parte del cuerpo sobre los cojines color borgoña del sofá en el que estoy sentado. Sus ojos de cría de foca se dirigen de mi cara a mi vaso de leche, así que lo ladeo para permitir que su gran lengua rosada se ponga a trabajar. Cuando ha terminado, me da un lametón de agradecimiento en la palma de la mano.

—De nada —respondo yo, y la rasco. De todas maneras, no me apetecía comer. He venido a la tienda justo después de mi desayuno frustrado para ver a Morfran. Al parecer, Thomas y él estuvieron despiertos gran parte de la noche hablando del ritual porque tiene una expresión taciturna y compasiva detrás de sus gafas, e instantáneamente me ha empujado a este sofá y me ha servido un aperitivo. ¿Por qué la gente sigue tratando de alimentarme?

—Toma, bebe esto —dice Morfran, surgiendo de quién sabe dónde. Me coloca delante de la cara una taza con alguna extraña mezcla de hierbas, y retrocedo.

—¿Qué es esto?

—Una poción reconstituyente con raíz de angélica. Mezclada con un poquito de cardo. Después de lo que ese *obeah* le hizo a tu hígado el otoño pasado, tienes que cuidártelo.

Miro la taza con desconfianza. Está caliente y huele como si la hubiera hecho con agua estancada.

—¿Es segura?

—Mientras no estés embarazado —resopla—. He llamado a Thomas. Viene de camino. Se fue al instituto esta mañana pensando que estarías allí. Vaya un telépata, ¿eh? —dejamos escapar una especie de sonrisa e imitando la voz de Thomas, decimos al unísono—: Solo funciona algunas veces.

Doy un sorbo a la poción, vacilante. Sabe peor de lo que huele, es amarga y por alguna razón casi salada.

—Está asquerosa.

—Bueno, se suponía que la leche te protegería el estómago y que las galletas habrían disfrazado el sabor. Pero se lo diste todo al perro, idiota —le da una palmadita a Stella en los cuartos traseros y ella se aleja pesadamente del sofá—. Escucha, muchacho —dice Morfran; yo dejo de sorber al escuchar su tono serio—. Thomas me contó lo que vas a intentar hacer. Creo que no necesito recordarte que probablemente consigas que te maten.

Bajo la mirada hacia el líquido marrón verdoso. Por mi lengua se desliza un comentario jocosos, algo sobre cómo sus pociones me matarán primero, sin embargo trago con fuerza para contenerlo.

—Ni tampoco voy a decirte que no tienes elección —suspira—. Noto una energía fluyendo de ti en ondas como nunca antes había conocido. Y no procede únicamente de esa mochila —indica bruscamente con el dedo hacia mi bolsa, colocada a mi lado en el sofá. Luego se sienta en el brazo de la silla que hay enfrente, y desliza la mano por su barba. Lo que quiera que necesite decirme no le resulta sencillo—. Thomas va a ayudarte en esto —continúa—. No podría detenerle aunque lo intentara.

—No permitiré que le suceda nada, Morfran.

—Esa es una promesa que no puedes hacer —exclama con voz severa—. ¿Crees que te enfrentas únicamente a las fuerzas del otro lado? ¿A ese sombrío tipo con rastas que quiere terminar de digerirte de dentro afuera? Deberías tener esa suerte.

Doy un trago a la poción. Se está refiriendo de nuevo a la tormenta. A lo que siente que se aproxima hacia mí, o que me arrastra, o que me pone la zancadilla, o lo que demonios quisiera decir con esa manera de hablar vaga e incomprensible que tiene.

—Pero no vas a pedirme que me detenga —le digo.

—Ignoro si puede detenerse. Creo que tal vez tengas que pasar por ello. Quizás salgas por el otro lado. Tal vez con aspecto de egagrópila de búho —se frota la barba; ha perdido el hilo—. Oye. No quiero que te suceda nada a ti tampoco. Pero como mi nieto resulte herido, o algo peor... —me mira a los ojos—. Me habrás convertido en tu enemigo. ¿Entiendes?



A lo largo de estos meses, Morfran ha llegado a ser una especie de abuelo también para mí. Tenerle por enemigo es lo último que deseo.

—Entiendo.

Me agarra, lanzando su mano como una serpiente y sujetando la mía con rapidez. Un cuarto de segundo antes de que una ráfaga de energía desboque mi pulso bajo la piel, siento su anillo: un pequeño aro con calaveras talladas. Nunca se lo había visto puesto, pero sé lo que es, y lo que significa. Quiere decir que no solo me habría enemistado con Morfran, sino con el propio vudú.

—Asegúrate de que así sea —dice, y me suelta. No sé qué ha sido lo que me ha recorrido el cuerpo, pero tengo sudor en la frente. E incluso en las palmas de las manos.

La puerta de la tienda tintinea y Stella sale trotando para saludar a Thomas, rascando el suelo con las uñas. Cuando él entra, la tensión se disipa y Morfran y yo respiramos hondo. Espero que en estos momentos Thomas no tenga en funcionamiento lo de la telepatía, y que tampoco esté especialmente observador, o si no, va a preguntarnos por qué parecemos tan incómodos y cohibidos.

—¿No viene Carmel hoy? —le pregunto.

—Se ha quedado en casa con dolor de cabeza —responde—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran lanzado tres metros por el aire y hubiera aterrizado sobre quemaduras de segundo grado. ¿Y tú?

—Grogui, y débil como un fideo cocido. Además, creo que podría haber olvidado una letra del alfabeto. Si no hubiera pedido permiso para marcharme, la señorita Snyder me habría mandado a casa de todas maneras. Dijo que estaba pálido. Pensó que podría tener mononucleosis —sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa y nos sentamos en silencio. El ambiente es extraño y hay mucha tensión, pero también resulta agradable. Resulta agradable entretenerse un rato aquí, contener la impaciencia y no apresurarse a dejar atrás este instante. Porque cualquier cosa que digamos a continuación va a catapultarnos hacia algo peligroso, y no creo que ninguno de nosotros sepa realmente hacia dónde podría conducir.

—Entonces, vas a intentarlo de verdad —dice Thomas. Ojalá su voz no sonara tan dubitativa, tan escéptica. Puede que la misión esté abocada al fracaso, pero no existe razón alguna para pintarla de ese modo desde el principio.

—Supongo que sí.

Sonríe con la boca ladeada.

—¿Quieres un poco de ayuda?

Thomas. Es mi mejor amigo, pero en ocasiones consigue que suene como si todavía fuera un acompañante indeseado. Por supuesto que quiero su ayuda. Más que eso: la necesito.

—No tienes que hacerlo —le digo.

—Pero lo haré —responde—. ¿Tienes idea de por dónde empezar?

Me paso la mano por el pelo.

—En realidad, no. Solo siento la necesidad de moverme, como si hubiera un reloj haciendo tictac en alguna parte y apenas pudiera oírlo.

Thomas se encoge de hombros.

—Tal vez lo haya. En sentido figurado. Cuanto más tiempo permanezca Anna donde está, más difícil podría resultarle pasar a otro lado. Podría quedarse atascada. Por supuesto, es solo una conjetura.

Una conjetura. Para ser sincero, las suposiciones prematuras sobre los peores escenarios no son lo que necesito justo ahora.

—Esperemos que no sea un reloj de verdad —digo yo—. Ya lleva mucho tiempo allí, Thomas. Un segundo es demasiado, después de lo que hizo por nosotros.

Sus rasgos se contraen al pensar en lo que Anna hizo a los fugitivos de su sótano —todos los jóvenes que acabaron en el lugar equivocado y los vagabundos atrapados en su red—. Algunas personas juzgarían el destino de Anna como un castigo adecuado. Tal vez muchas. Pero yo no. Anna tenía las manos atadas por la maldición que le lanzaron cuando la asesinaron. Cada una de sus víctimas murió a consecuencia de esa maldición, no a manos de la muchacha. Es lo que yo pienso. Aunque soy absolutamente consciente de que ninguna de las personas a las que despedazó diría lo mismo.

—No podemos precipitarlo, Cas —me advierte Thomas, y yo coincido con él. Sin embargo, tampoco podemos seguir esperando.

Morfran le escribe una nota a Thomas para librarle de los últimos días de instituto, explicando que ha caído enfermo con un caso grave de mononucleosis. Cada instante que hemos pasado despiertos lo hemos dedicado a leer libros atentamente —antiguos volúmenes mohosos que han sido traducidos de volúmenes más antiguos y mohosos—. Me sentí agradecido de tener algo que hacer, de sentir que avanzábamos. Pero después de tres días durmiendo poquísimo y comiendo a base de bocadillos y pizzas congeladas, nuestros esfuerzos no han producido prácticamente ningún fruto. Cada libro es un callejón sin salida que regresa una y otra vez a los contactos con el más allá, pero sin mencionar jamás la posibilidad de pasar al otro lado, y mucho menos la de traer algo de vuelta. He llamado a cada contacto que podría ofrecerme información, pero no he conseguido nada.

Estamos sentados en la mesa de la cocina de Thomas y Morfran, rodeados por más libros inservibles, mientras Morfran añade patatas a un guiso de carne que tiene al fuego. Al otro lado de las ventanas, los pájaros revolotean de árbol en árbol, y unas cuantas ardillas grandes están luchando por hacerse con el control del comedero de los pájaros. No he visto a Anna desde la noche que contactamos con ella. No sé por qué. Me convenzo a mí mismo de que teme por mí, que se arrepiente de haberme pedido que vaya a buscarla, y que se está manteniendo alejada a propósito. Es una ilusión agradable. Tal vez incluso sea cierta.

—¿Has sabido algo de Carmel últimamente? —pregunto a Thomas.

—Sí. Dice que no nos estamos perdiendo mucho en el instituto. Que principalmente están asistiendo a espectáculos de animadoras, uno detrás de otro, y a círculos de amistad.

Resoplo. Recuerdo haber pensado que seguramente sería así. Thomas no parece preocupado, pero me pregunto por qué no me habrá llamado Carmel. No deberíamos haberla dejado sola tantos días. El ritual seguramente la afectó.

—¿Por qué no se ha pasado por aquí? —le pregunto.

—Ya sabes lo que piensa de esto —responde Thomas sin alzar la vista del libro que está leyendo. Doy unos golpecitos con el bolígrafo sobre la página abierta frente a mí. Aquí no hay nada de utilidad.

—Morfran —digo—. Cuéntame algo sobre los zombis. Dime cómo levantan a los muertos los hechiceros vudú y los *obeah*.

Un ligero movimiento capta mi atención: Thomas está agitando la mano sobre su garganta, haciéndome el gesto de que corte.

—¿Qué pasa? —pregunto—. Ellos resucitan a los muertos, ¿no? Eso es cruzar al otro lado, según creo. Tiene que haber algo que podamos utilizar.

Morfran coloca la cuchara de golpe sobre la encimera. Se vuelve hacia mí con

expresión irritada.

—Para ser un asesino de fantasmas profesional, preguntas un montón de tonterías.

—¿Cómo?

Thomas me da un codazo.

—Morfran se ofende cuando la gente asegura que el vudú puede resucitar a los muertos. Es una especie de estereotipo, ¿sabes?

—Es una completa basura hollywoodiense —refunfuña Morfran—. Esos «zombis» no eran más que pobres infelices a los que sedaban, enterraban y luego desenterraban. Después deambulaban arrastrando los pies porque los habían drogado con veneno de pez globo, que les había ablandado los sesos.

Entorno los ojos.

—¿Así que nunca ha habido ningún zombi de verdad? ¿Ni siquiera uno? Pues es por lo que el vudú tiene fama.

No debería haber añadido esto último. Los ojos de Morfran se agrandan momentáneamente, y su mandíbula se tensa.

—Ningún verdadero hechicero vudú ha intentado jamás levantar a un zombi. Es imposible devolver la vida a algo una vez que la ha perdido —regresa a su guiso. Supongo que es el final de la cuestión.

—No estamos consiguiendo nada —mascullo—. No creo que estas personas supieran de verdad lo que era el otro lado. Tengo la sensación de que se refieren simplemente a contactar con fantasmas que siguen atrapados aquí, en este plano.

—¿Por qué no llamas a Gideon? —propone Thomas—. Él es quien más sabe del *áthame*, ¿no? Y según Carmel, el *áthame* vibraba increíblemente la noche del ritual. Por eso creyó que estabas intentando cruzar al otro lado. Pensó que podrías.

—He tratado de hablar con Gideon una docena de veces. Le pasa algo. No me devuelve las llamadas.

—¿Está bien?

—Creo que sí. Siento que sí. Y si no, alguien se habría enterado y me habría avisado.

La habitación se queda en silencio. Incluso Morfran remueve el guiso más lentamente mientras finge no escuchar. A ambos les gustaría saber más cosas del cuchillo. En su fuero interno, Morfran lo está deseando, estoy seguro de ello. Pero Gideon me lo ha contado todo. Me ha cantado ese estúpido acertijo: *La sangre de tus ancestros forjó este áthame. Hombres poderosos con sangre de guerrero para enviar a los espíritus bajo tierra...* Y el resto ha quedado perdido en el tiempo. Recito la adivinanza en alto, distraídamente.

—Tía Riika dijo algo también sobre el cuchillo —susurra Thomas con la mirada perdida, pero dirigiendo los ojos hacia el *áthame* guardado en mi mochila. Empieza a sonreír—. Dios, somos idiotas. ¿El cuchillo es la puerta? ¿Se balancea a un lado y a

otro? Es exactamente como dijo Riika. En realidad, nunca se ha cerrado —su voz adquiere intensidad, sus ojos se agrandan tras sus gafas—. ¡Por eso durante el ritual del tambor no hubo únicamente viento y voces como se suponía que pasaría! Por eso pudimos abrir una ventana hacia el infierno de Anna. Probablemente por eso Anna fue capaz de comunicarse contigo desde el otro lado en un primer momento. El corte que recibió del *áthame* y que no la envió al más allá. Tiene el pie en la proverbial puerta.

—Espera —le interrumpo. El *áthame* es una hoja de acero y un mango de oscura madera engrasada. No es algo que pueda abrirse para cruzar a través de él. A menos que... Me está empezando a doler la cabeza. No soy bueno con esta mierda metafísica. Un cuchillo es un cuchillo, pero no es una puerta además de eso—. ¿Estás diciendo que puedo utilizar el cuchillo para cortar una puerta?

—Estoy diciendo que el cuchillo es la puerta.

Me acaba de matar con eso.

—¿De qué estás hablando? No puedo caminar a través del cuchillo. No podemos traer a Anna de regreso a través del cuchillo.

—Cas, estás pensando en cuerpos sólidos —me explica Thomas mientras sonrío a Morfran, que debo decir que parece jodidamente impresionado con su nieto—. Recuerda lo que dijo Riika. No sé por qué no lo pillé antes. No pienses en el cuchillo. Piensa en lo que hay detrás del cuchillo, en lo que es el *áthame* en esencia. En realidad, no se trata en absoluto de un cuchillo. Sino de una puerta disfrazada de cuchillo.

—Estoy flipando.

—Simplemente tenemos que encontrar a las personas que puedan decirnos cómo usarlo de verdad —continúa Thomas sin mirarme ya, fijo ahora en Morfran—. Tenemos que descubrir cómo abrirlo de par en par.

\*\*\*

Ahora que llevo en la mochila una puerta entera, la siento pesada. El entusiasmo de Thomas es suficiente para elevarle del suelo, aunque a mí no me ha quedado claro lo que pretende hacer. Quiere abrir el cuchillo. Asegura que ¿al otro lado del *áthame* se encuentra el infierno de Anna? No. El cuchillo es el cuchillo. Encaja en mi mano. Y al otro lado del cuchillo está... el otro lado del cuchillo. Pero esa intuición es lo único que tenemos para continuar, y cada vez que le pregunto por la viabilidad del asunto, me sonrío como si él fuera Yoda y yo, un tarado que no siente la Fuerza.

—Vamos a necesitar a Gideon, eso seguro. Tenemos que saber más sobre la procedencia del *áthame* y cómo se utilizaba en el pasado.

—Claro —respondo yo. Thomas está conduciendo un pelín deprisa y sin prestar

demasiada atención. Cuando frena en la señal de *stop* antes del instituto, lo hace de manera brusca y salgo disparado hacia delante, hasta casi pegar con el salpicadero.

—Carmel sigue sin contestar —murmura—. Espero que no tengamos que entrar a buscarla.

Es poco probable. Cuando llegamos a lo alto de la colina, parece como si la mayoría del instituto estuviera reunida alrededor del patio interior y en el aparcamiento. Pues claro. Es el último día de clase. Ni siquiera me había dado cuenta.

Thomas no tarda mucho en localizar a Carmel; su pelo rubio brilla unos tonos más intenso que el de cualquier otra persona. Está en medio de una multitud, riendo, con la mochila en el suelo y apoyada sobre la parte baja de su pierna. Cuando escucha el característico petardeo del Tempo, sus ojos se dirigen rápidamente hacia nosotros y su rostro se tensa. Luego recupera la sonrisa como si nunca la hubiera perdido.

—Tal vez deberíamos esperar y llamarla luego —sugiero, sin saber por qué. A pesar de su estatus de abeja reina, Carmel es sobre todo nuestra amiga. O al menos solía serlo.

—¿Para qué? —pregunta Thomas—. Querrá saber lo que hemos descubierto —permanezco en silencio mientras él estaciona en doble fila en el primer hueco que encuentra. Tal vez tenga razón. Después de todo, ella siempre ha querido enterarse de las cosas con antelación.

Cuando bajamos del coche, Carmel nos está dando la espalda. Está en un círculo de gente, pero de algún modo consigue parecer su centro. Todo el mundo tiene el cuerpo ligeramente orientado hacia el suyo, incluso cuando ella no es la que habla. Aquí pasa algo raro, de repente me entran ganas de agarrar a Thomas por el hombro y darle la vuelta. *Nosotros no encajamos aquí*, es lo que me grita mi instinto, pero no sé por qué. Ya había visto antes a las personas que rodean a Carmel. Es gente con la que he hablado de pasada y siempre se han mostrado suficientemente amables. Natalie y Katie forman parte del grupo. Igual que Sarah Sullivan y Heidi Trico. Los tíos son los restos del ejército troyano: Jordan Driscoll, Nate Bergstrom y Derek Pimms. Saben que nos estamos acercando, pero ninguno nos saluda. Y sus sonrisas parecen como congeladas. Se muestran triunfantes. Igual que unos gatos que se hubieran tragado una bandada de canarios.

—Carmel —exclama Thomas, y da los últimos pasos hasta ella trotando.

—Hola, Thomas —responde ella, y sonrío. A mí no me dirige ni una palabra, y ninguno de los demás me presta atención tampoco. Todos tienen su mirada de depredador clavada en Thomas, pero él no se da cuenta de nada.

—Hola —dice él, y cuando Carmel no contesta, sino que se queda ahí parada, mirándole con expectación, Thomas empieza a titubear—. Eh, no has respondido al teléfono.

—Sí, es que he estado por ahí —dice ella, encogiéndose de hombros.

—Pensé que tenías mononucleosis o algo así —interviene Derek con sonrisa de superioridad—. Aunque no me imagino cómo has podido cogerla.

Thomas se encoge unos centímetros. Me gustaría decir algo, pero es Carmel quien debería tomar la palabra. Estos son sus amigos, y en un día normal habrían tenido la sensatez de no hacer ningún comentario fuera de lugar sobre Thomas. En un día normal, Carmel les habría pateado el culo por mirarle de manera rara.

—Bueno, eh, ¿podemos hablar contigo un minuto? —Thomas tiene las manos hundidas en los bolsillos; no podría parecer más incómodo, aunque empezara a dar puntapiés contra el suelo. Y Carmel sigue ahí, como ausente.

—Claro —responde ella con otra media sonrisa—. Te llamaré, luego.

Thomas no sabe qué hacer. En la punta de la lengua tiene preguntarle que qué pasa, que de qué va esto, y lo único que puedo hacer es mantener la boca cerrada, contenerme para no pedirle que se calle, que no les siga la corriente. No merecen la satisfacción de ver esa expresión en su rostro.

—O tal vez mañana —añade Derek, acercándose a Carmel. La está mirando de una manera que me revuelve el estómago—. Esta noche vamos a salir, ¿verdad? —la toca, le rodea la cintura con el brazo, y Thomas se queda pálido.

—Tal vez te llame mañana —dice Carmel. No se aparta del abrazo de Derek y su rostro apenas se inmuta mientras el de Thomas se derrumba.

—Vamos —digo por fin, y agarro a Thomas por el hombro. En el instante en que le rozo, se vuelve y se dirige hacia el coche, medio corriendo, humillado y destrozado de tal modo que prefiero no pensarlo.

—Esto ha sido una verdadera canallada, Carmel —le espeto, y ella cruza los brazos sobre su pecho. Por un instante, da la sensación de que fuera a llorar. Pero al final, únicamente baja los ojos al suelo.

\*\*\*

El silencio es absoluto en el trayecto del instituto a mi casa. No se me ocurre nada que decirle y me siento inútil. Mi falta de experiencia en cuestiones de amistad resulta evidente. Thomas parece tan frágil como una hoja seca. Otra persona sabría qué contarle, alguna anécdota o una historia. Otra persona sabría qué hacer, aparte de permanecer sentado en el asiento del copiloto y sentirse incómodo.

Ignoro si Thomas y Carmel estaban saliendo realmente. Así que podría librarse del título de mentirosa por un tecnicismo. Pero solo es eso. Un tecnicismo. Porque ella y yo y todo el mundo sabemos que Thomas está enamorado de Carmel. Y durante los últimos seis meses, ha fingido bastante bien que ella también estaba enamorada de él.

—Oye, eh, necesito estar solo un tiempo, ¿vale, Cas? —habla sin mirarme—. No

voy a lanzarme con el coche por las cataratas ni nada por el estilo —añade, y trata de sonreír—. Únicamente necesito estar solo.

—Thomas —cuando pongo la mano sobre su hombro, él levanta el brazo y me la aparta con suavidad. Lo pillo—. Vale, tío —le digo, y abro la puerta—. Solo pega un grito si necesitas cualquier cosa —salgo del coche.

Debería decirle algo más, hacer algo mejor. Pero lo único que se me ocurre es mantener los ojos fijos al frente y no mirar atrás.



La casa está tristemente silenciosa. Es lo que noto cuando entro. No hay nada dentro de ella excepto yo, ni vivo ni muerto, y de algún modo eso no hace que parezca segura, aparte de insustancial. Los ruidos que produce, el susurro y el chasquido de la puerta al cerrarse y los crujidos de los tablones, suenan huecos y vulgares. O tal vez solo lo parezcan porque me siento como si estuviera suspendido en medio de un choque de trenes. Todo se ha derrumbado a mi alrededor y no parece existir solución alguna. La relación de Thomas y Carmel se está desmoronando. A Anna la están rompiendo a pedazos. Y yo no puedo hacer nada para solucionarlo.

No le he dirigido más de cinco palabras a mi madre desde nuestra última discusión sobre seguirle la pista a Anna hasta el infierno, así que cuando paso junto a la ventana de la cocina y la veo en el patio trasero, sentada con las piernas cruzadas frente al cerezo de Virginia embarrado, estoy a punto de pegar un salto. Lleva puesto un sencillo vestido de verano y hay unas cuantas velas blancas encendidas a su alrededor, tres que yo vea. Un humo, tal vez de incienso, asciende por encima de su cabeza y desaparece. No reconozco ese hechizo, así que salgo por la puerta trasera. Últimamente, la finalidad de los hechizos de mi madre es en su mayoría comercial. Solo en circunstancias especiales dedica tiempo a preparar algo personal. Como esté tratando de amarrarme a la casa, o de obligarme a no hacerme daño, juro que me largo de aquí.

Permanece callada mientras me acerco, ni siquiera se vuelve cuando mi sombra cae sobre ella. Una fotografía de Anna descansa contra la base del árbol. Es la que arranqué del periódico este otoño. Siempre la llevo conmigo.

—¿Dónde la conseguiste? —le pregunto.

—La cogí de tu cartera esta mañana, antes de que te marcharas con Thomas — responde. Su voz suena triste y serena, aún teñida por el hechizo que estaba haciendo. Mis manos caen flácidas a ambos lados de mi cuerpo. Estaba dispuesto a arrebatársela la fotografía, pero mis brazos pierden su voluntad.

—¿Qué haces?

—Rezo —contesta simplemente; me agacho junto a ella en la hierba. Las llamas en las mechas de las velas son tan pequeñas y están tan inmóviles que podrían ser sólidas. El humo que vi ascendiendo por encima de la cabeza de mi madre procedía de un trozo de ámbar, que arde suavemente con un tono azulado y verdoso.

—¿Funcionará? —le pregunto—. ¿Lo sentirá ella?

—No lo sé —responde—. Tal vez. Probablemente no, pero espero que sí. Está tan lejos. Más allá del límite.

Permanezco en silencio. Anna está lo bastante cerca de mí, unida con suficiente fuerza a mí como para encontrar el camino de regreso.

—Tenemos una pista —le digo—. El *áthame*. Tal vez podamos utilizarlo.

—¿Usarlo cómo? —su voz suena entrecortada; preferiría no saberlo aún.

—Tal vez pueda abrir una puerta. O el *áthame* es la puerta. Quizás seamos capaces de *abrirlo* —sacudo la cabeza—. Thomas lo explica mejor. Bueno, en realidad, no.

Mi madre suspira, bajando los ojos hacia la fotografía de Anna. En ella se ve a una muchacha de dieciséis años con el pelo castaño oscuro, una blusa blanca, y una sonrisa apenas visible.

—Sé por qué tienes que hacer esto —dice mamá por fin—. Pero no puedo convencerme de querer que lo hagas. ¿Lo entiendes?

Asiento con la cabeza. Es lo máximo que voy a obtener, y en realidad, más de lo que debería pedir. Respira hondo y sopla todas las velas al mismo tiempo y sin girar la cabeza, un gesto que me hace sonreír. Es un viejo truco de bruja que hacía todo el tiempo cuando yo era un niño. Luego apaga el ámbar y alcanza la fotografía de Anna. Me la acerca. Mientras la devuelvo a mi cartera, mi madre saca un delgado sobre blanco que tenía bajo la rodilla.

—Te ha llegado esto en el correo de hoy —me dice—. De Gideon.

—¿De Gideon? —pregunto distraídamente, y cojo el sobre. Es un poco extraño. Normalmente cuando nos envía algo, es un enorme paquete con libros y las galletas de avena cubiertas de chocolate que le gustan a mi madre. Pero al rasgarlo y volcar el contenido en mi palma, lo único que cae es una antigua fotografía borrosa.

A mi alrededor, escucho el chasquido de la cera mientras mi madre recoge las velas del suelo. Me dice algo, alguna pregunta vaga mientras rodea el árbol, embadurnando la roca con la ceniza del ámbar. En realidad, no la estoy escuchando. Lo único que puedo hacer es contemplar la fotografía que tengo en la mano.

En ella aparece una figura con toga y capucha, de pie frente a un altar. Tras esta hay otras figuras, vestidas con togas rojas similares. Es una fotografía de Gideon, realizando un ritual con mi *áthame* en la mano. Pero esa no es la parte que paraliza mi cerebro, sino el hecho de que las demás figuras de la fotografía parecen estar sujetando mi *áthame* también. Hay al menos cinco cuchillos idénticos en la imagen.

—¿Qué es esto? —pregunto a mi madre, y se lo muestro.

—Es Gideon —responde distraída, y entonces se queda parada al ver los *áthames*.

—Sé que es Gideon —replico—. Pero ¿quiénes son ellos? ¿Y qué demonios es esto? —señalo los cuchillos. Quiero creer que se trata de cuchillos ficticios. Imitaciones. Pero ¿por qué? ¿Y si no lo fueran? ¿Hay otros por ahí haciendo lo mismo que yo? ¿Cómo es posible que no me haya enterado? Esos son mis primeros pensamientos. Lo siguiente que se me pasa por la cabeza es que estoy mirando a las personas que crearon el *áthame*. Pero eso no puede ser. Según mi padre, y según Gideon también, el *áthame* podría ser literalmente más antiguo que el mundo.

Mi madre sigue contemplando la fotografía.

—¿Puedes explicarlo? —le pregunto, aunque resulta obvio que no—. ¿Por qué me enviaría Gideon esto? ¿Sin ninguna explicación?

Ella se inclina y recoge el sobre roto.

—No creo que lo haya mandado él —responde ella—. Es su dirección, pero no su caligrafía.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez? —le pregunto, pensando de nuevo en si le habrá sucedido algo.

—Ayer mismo. Está bien. No mencionó nada de esto —mi madre mira hacia la casa—. Le llamaré para pedirle una explicación.

—No —exclamo de repente—. No lo hagas —me aclaro la garganta, preguntándome cómo explicarle lo que surca mi mente, pero cuando ella suspira, me doy cuenta de que ya sabe lo que estoy pensando—. Creo que debería ir allí.

Hay una breve pausa.

—¿Quieres hacer la maleta y marcharte a Londres sin más? —pestañea. No ha sido el no categórico que esperaba. De hecho, percibo más curiosidad en los ojos de mi madre de la que había visto en ellos tal vez jamás. Ha sido la fotografía. Ella también lo ha sentido. Quienquiera que la haya enviado, la mandó como un señuelo, y nos está atrayendo a los dos—. Me voy contigo —exclama—. Reservaré los billetes por la mañana.

—No, mamá —coloco la mano sobre su brazo y rezo para conseguir que lo comprenda. No puede acompañarme. Porque alguien, o algo, quiere que yo vaya allí. Se trata de ese conjuro del que Morfran ha estado hablando, esa tormenta que empuja y arrastra; por fin estoy percibiendo su aroma. Esta fotografía no es en absoluto una fotografía, sino una enorme miga de pan. Y si la sigo, me conducirá hasta Anna. Lo siento en las entrañas—. Escucha —añado—, yo iré a ver a Gideon. Me explicará esto y me mantendrá alejado de los problemas. Sabes que lo hará.

Echa un vistazo a la fotografía con la duda parpadeando en sus rasgos. No está preparada para dejar que una imagen cambie su concepción sobre un hombre al que conocemos desde siempre. A decir verdad, yo tampoco. Gideon me lo explicará todo cuando llegue allí.

—Quienquiera que sean los de la fotografía —dice ella—, ¿crees que tienen información sobre el *áthame*? ¿Sobre su procedencia?

—Sí —respondo. Y creo que Gideon también. Creo que la ha tenido todo el tiempo.

—¿Y crees que sabrán cómo abrirlo, como dijo Thomas?

—Sí —afirmo. Y más que eso. Todo parece estar relacionado. Mamá baja los ojos hacia el árbol, hacia la mancha negra de ceniza que ha quedado de la plegaria.

—Quiero que hagas algo por mí, Cas —me pide con voz distante—. Sé que

quieres salvarla. Y que piensas que debes hacerlo. Pero cuando llegue el momento, si el precio es demasiado alto, quiero que recuerdes que eres mi hijo. ¿Me lo prometes?

Trato de sonreír.

—¿Qué te hace pensar que habrá un precio?

—Siempre lo hay. Ahora, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

Sacude la cabeza y se limpia la hierba y la tierra del vestido, logrando diluir la gravedad del instante anterior.

—Llévate a Thomas y a Carmel contigo —me dice—. Yo puedo echar una mano con los billetes.

—Puede que haya un problema con eso —comento, y le cuento lo que ha sucedido. Por un momento, tengo la sensación de que va a hacer alguna sugerencia (algo que debería hacer o cómo reunirlos de nuevo), pero luego sacude la cabeza.

—Lo siento, Cas —dice, y me da unos golpecitos en el brazo como si fuera yo el que hubiera roto.

\*\*\*

Ha pasado un día y medio y no he recibido ni siquiera un mensaje de texto de Thomas. Miro el teléfono cada cinco minutos como una colegiala enamorada, preguntándome si debería llamarle, o si será mejor dejarle solo. Tal vez Carmel y él hayan conseguido aclararlo todo. Si ese fuera el caso, no me gustaría interrumpirlos. Aun así, me va a reventar la cabeza como no le cuente pronto lo de la fotografía. Y lo del viaje a Londres. Tal vez no quiera venir.

Mi madre y yo estamos en la cocina, manteniéndonos ocupados. Se ha tomado el día libre del trabajo de bruja y ha decidido experimentar con un nuevo guiso. Una mezcla de pollo y legumbres que no me emociona demasiado, pero parece alegremente distraída e intrépida embutida en su delantal con un gallo pintado, así que yo cumpliré mi parte y me mostraré lo bastante intrépido como para probarlo cuando salga del horno. Hasta ahora, hemos evitado hablar de nada relacionado con Anna, o el *áthame*, o el infierno, o Gideon. De hecho, resulta tranquilizador tener otras cosas sobre las que conversar.

De repente, alguien llama a la puerta y pego un respingo en la silla. Pero no es Thomas. De pie en nuestra entrada está Carmel. Tiene expresión de culpabilidad y parece algo perdida, pero su ropa aún combina y su pelo sigue perfecto. Por el contrario, en otro lugar de Thunder Bay, Thomas estará hecho un verdadero desastre.

—Hola —nos saluda. Mi madre y yo nos miramos. No conseguimos reaccionar con naturalidad; simplemente nos quedamos como petrificados, yo medio sentado en la silla y mi madre medio inclinada sobre la cocina, con las agarraderas del horno en

las manos.

—¿Puedo hablar contigo? —me pregunta Carmel.

—¿Has hablado con Thomas?

Ella aparta la mirada.

—Tal vez sería mejor que hablaras primero con él —le reprocho.

Su actitud me obliga a rendirme. Jamás había visto a Carmel Jones con aspecto de encontrarse fuera de lugar. Está inquieta, tratando de decidir si se queda o se marcha, con una mano en el pomo de la puerta y la otra aferrada a la correa de su bolso con tal fuerza que va a partirla. Mi madre hace un gesto con la cabeza, que va de la puerta en dirección a mi habitación, y me empuja con la mirada. Suspiro.

—Puedes quedarte a comer, Carmel —dice mi madre.

Ella le regala una sonrisa temblorosa.

—Gracias señora Lowood. ¿Qué está preparando?

—No lo sé. Me lo he inventado.

—Bajaremos en unos minutos, mamá —digo yo, y rozo a Carmel al pasar junto a ella de camino a las escaleras. Las preguntas invaden mi mente mientras nos dirigimos hacia la habitación. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué quiere? ¿Por qué no está arreglando las cosas con Thomas?

—¿Cómo fue tu gran cita con Derek? —le pregunto mientras cierro la puerta.

Se encoge de hombros.

—Bien.

—¿Entonces no mereció la pena romperle el corazón a Thomas? —le espeto. No sé por qué me siento tan traicionado. Parte de mí pensó que la cita con Derek era simplemente una tapadera y que en realidad no iría. Me fastidia y estoy deseando que suelte lo que ha venido a decirme, que me pregunte si seguiremos siendo amigos, para contestarle que no, y que se largue de mi casa.

—Derek no es tan malo —asegura ella, increíblemente—. Pero él no es la razón. De nada.

Cuando estoy a punto de lanzar mi siguiente insulto, cierro la boca. Carmel me mira sin alterarse, y el arrepentimiento de su rostro no es solo por lo de Thomas. No ha venido aquí a explicarse. Ni a preguntarme si vamos a seguir siendo amigos. Ha venido a decirme que nunca lo fuimos.

—Mi madre tenía razón —murmuro. Me estoy desmoronando.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Qué está pasando, Carmel?

Oscila una cadera. Tenía algo planeado, un gran discurso, pero ahora que está aquí le está fallando. Las expresiones «yo nunca» y «es solo que» brotan de sus labios, así que me apoyo contra la cómoda. Se van a producir unos cuantos comienzos fallidos antes de que lo logre. A su favor tengo que decir que no hace

mohínes, ni trata de dirigirme con sus preguntas para que yo le facilite las cosas. Carmel es siempre más dura de lo que pienso que va a ser, razón por la no tiene sentido lo que está sucediendo. Por fin, me mira directamente a los ojos.

—No hay ninguna manera de decir esto para que no suene egoísta —empieza—. Es egoísta. Y lo acepto.

—Vale —respondo yo.

—Me sigue alegrando haberte conocido, y a Thomas. Y aparte de los asesinatos —contrae el rostro—, no me arrepiento de nada de lo que ha sucedido.

Permanezco en silencio, a la espera del *pero*. Está al caer.

—Pero, supongo que el balance es que no quiero continuar haciéndolo. Tengo una vida repleta de planes y objetivos y cosas que no encajan bien con la muerte y los muertos. Pensé que podría hacer las dos cosas. Que podría disfrutar de ambas. Pero no puedo. Así que voy a elegir el otro camino —mantiene la barbilla alzada, dispuesta a luchar, esperando a que yo la ataque. Lo curioso es que no me apetece hacerlo. Carmel no está atada a esto como yo, o incluso como Thomas. Nadie la educó para ser bruja, ni forjó su sangre con acero quién sabe cuántos cientos de años atrás. Ella puede elegir. Y a pesar de mi amistad con Thomas, no puedo enfadarme por ello—. Supongo que he elegido un momento bastante inoportuno —continúa—. Con todo lo que está sucediendo con Anna.

—No pasa nada —respondo yo—. Y no es egoísta. Quiero decir que sí lo es, pero... está bien. Lo que no estuvo tan bien fue lanzar a Derek a la cara de Thomas de ese modo.

Sacude la cabeza con expresión culpable.

—Fue lo único que se me ocurrió para alejarle.

—Fue frío, Carmel. El chaval te quiere. Lo sabes, ¿no? Si hablaras con él...

—¿Desistiría? —Carmel sonrío—. Nunca le pediría tal cosa.

—¿Por qué no?

—Porque yo también le quiero —se muerde el labio, se mueve inquieta. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho hasta el punto de abrazarse a sí misma. Independientemente de lo que pareciera el último día de instituto, la decisión que tomó Carmel no fue sencilla. Aún sigue dándole vueltas. Lo noto. Quiere preguntar si está cometiendo un error, si se arrepentirá, pero le asusta lo que pueda contestarle.

—Le cuidarás, ¿verdad? —me pregunta.

—Estaré aquí si me necesita. Le guardaré las espaldas.

Carmel sonrío.

—Mejor cuídale por todas partes. A veces es verdaderamente torpe —se le descompone un poco el rostro y se limpia rápidamente la mejilla, apartando tal vez una lágrima—. Voy a echarle de menos, Cas. No tienes ni idea de cuánto.

Sus palabras me dan pie a acercarme a ella y darle el abrazo más extraño que

jamás haya recibido. Pero lo acepta, y reposa lo que parece todo su peso sobre mi hombro.

—Nosotros también vamos a echarle de menos, Carmel —le digo.

—Thomas, ¿estás en casa?

Llamo varias veces con los nudillos, pero la puerta se abre cuando la empujo. Al meter la cabeza dentro de la casa, no veo nada desordenado. Morfran y Thomas mantienen todo bastante limpio para ser un par de solteros. La única crítica que se les podría hacer es que siempre se les mueren las plantas. Silbo a Stella, aunque no me sorprende que no acuda. El coche de Morfran no está y ella siempre le acompaña a la tienda. Cierro la puerta tras de mí y entro, atravesando la cocina. De la puerta cerrada de la habitación de Thomas sale una música amortiguada. Golpeo suavemente con los nudillos y luego giro el pomo.

—¿Thomas?

—Hola, Cas.

La escena no es la que esperaba. Está levantado, vestido y activo, deambulando entre el abarrotado escritorio y la cama, más abarrotada aún. Hay libros abiertos por todas partes y hojas sueltas desparramadas alrededor. También tiene el portátil encendido, colocado entre unos tres ceniceros repletos. Vaya asco. Entre sus dedos hay un cigarrillo encendido y el humo le sigue en una lánguida estela que se va elevando.

—Te he estado llamando —le digo, entrando en la habitación.

—Apagué el teléfono —responde, y le da una calada al cigarrillo. Le tiemblan las manos y no me mira en ningún momento. Simplemente continúa pasando hojas. Este es el aspecto que presenta Thomas cuando está sumergido en una investigación que le absorbe y durante la que no para de fumar. ¿Hace cuánto que no come? ¿O duerme?

—Deberías tranquilizarte con eso —señalo el cigarrillo, y él lo mira como si hubiera olvidado que estaba ahí, antes de apagarlo en un cenicero ya lleno. El gesto parece hacerle reaccionar un poco, así que se detiene y se rasca la cabeza como alguien que despierta de un sueño.

—Supongo que he estado fumando mucho —comenta, y se lame los labios. Cuando traga, su rostro muestra expresión de asco y empuja el cenicero—. ¡Aj! Tal vez ahora lo deje por fin.

—Tal vez.

—¿A qué has venido?

Le lanzo una mirada incrédula.

—¿A ver cómo estabas? —respondo—. Han pasado cuatro días. Pensé que vendría y, como poco, te encontraría con el pelo teñido de negro y escuchando a Staind.

Thomas sonríe.

—Bueno, la situación ha sido delicada durante varios días.



—¿Quieres hablar de ello?

Su *no* es tan brusco que casi doy un paso atrás. Pero luego se encoge de hombros y sacude la cabeza.

—Lo siento. Iba a llamarte hoy. De verdad. He estado hundido hasta los ojos en papeles tratando de conseguir algo útil. Pero no he tenido mucha suerte.

Estoy a punto de decirle que no tiene por qué hacer esto en un momento así, pero por la manera nerviosa de rascarse la cabeza está prácticamente rogándome que no lo haga. La distracción es buena, es lo que dice ese gesto. La distracción es necesaria. Así que saco de mi bolsillo la fotografía de un joven Gideon con toga.

—Supongo que yo he tenido un poco —respondo. Thomas la coge y la examina—. Es Gideon —añado, porque probablemente no le reconozca. Solo ha visto una o dos fotografías de Gideon ya de bastante mayor.

—Los cuchillos —comenta Thomas—. Parecen todos exactamente iguales que el tuyo.

—Por lo que sé, uno de ellos es el mío. Creo que estamos viendo a los que crearon el *áthame*. Es lo que me dicen las tripas.

—¿Tú crees? ¿Dónde la has conseguido?

—Alguien me la envió desde la dirección de Gideon.

Thomas echa un nuevo vistazo a la fotografía. Entonces, descubre algo que eleva sus cejas unos cinco centímetros.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras empieza a rebuscar en la cama, revolviendo pilas de papeles y libros.

—No sé si será algo —responde—. Es solo que creo haber visto esto en algún sitio —revisa un montón de fotocopias, manchándose los dedos de tinta negra—. ¡Aquí está! —saca un taco de papeles grapados y va doblando las páginas hacia atrás hasta que sus ojos se iluminan—. Mira estas túnicas —me dice, enseñándome la hoja—. El nudo celta en el extremo del cinturón de cuerda y en el cuello. Es el mismo que el de la fotografía.

Lo que estoy mirando es una fotocopia de otra fotocopia, pero tiene razón. Las túnicas son iguales. Y no creo que puedan comprarse en una feria renacentista. Están hechas a medida. Y las utiliza únicamente un grupo específico y selecto de gente que al parecer se hace llamar la Orden del Biodag Dubh.

—¿Dónde has conseguido esto? —le pregunto.

—Uno de los viejos amigos de mi abuelo tiene una biblioteca impresionante sobre ocultismo. Ha estado copiándome todo lo que tiene y enviándomelo por fax. Esto lo ha recopilado de una antigua edición de la revista *Fortean Times* —me arrebató los papeles y comienza a leer, pronunciando el gaélico fonéticamente, lo que es más que probable que sea incorrecto—. La Orden del Biodag Dubh. La Orden de la Daga Negra. Supuestamente era un grupo que controlaba algo a lo que ellos

llamaban «el arma oculta» —hace una pausa y escruta mi mochila, donde descansa el *áthame*—. Se desconoce qué arma era exactamente, aunque se cree que los miembros de la orden la forjaron ellos mismos en torno al momento de su fundación, que se estima entre el tercer siglo y el primero antes de Cristo. También se desconoce el poder exacto del arma; sin embargo, varios documentos aluden al uso de una daga negra para matar a los monstruos de los lagos, similares al actual Nessie —hace una mueca y deja los ojos en blanco—. No se sabe si la daga negra y el arma oculta son el mismo artefacto —hojea las demás páginas, buscando el resto del artículo, pero no encuentra nada.

—Es lo más vago que he oído jamás.

—Es bastante malo. Normalmente son mucho mejores. Debió de escribirlo un colaborador chapucero —baja el fax de la cama—. Pero tienes que admitir que, si quitas la parte del monstruo del lago Ness, hay una sombra de algo ahí. Las referencias a un arma desconocida, una daga oculta tal vez, y las dos fotografías que coinciden... quiero decir que, bueno, son puntos que hay que unir.

La Orden del Biodag Dubh. ¿Existe realmente? ¿Son ellos los que crearon el *áthame*? ¿Y por qué estas cosas tienen que llamarse siempre la Orden de Algo?

—De todas maneras, ¿cuánto sabes de Gideon Palmer? —pregunta Thomas.

—Es amigo de mi padre. Es como un abuelo para mí —respondo, y me encojo de hombros. No me gusta el tono de voz de Thomas. Transmite demasiada desconfianza, y después de ver la foto, ya desconfío yo bastante de todo el mundo—. Oye, no anticipemos conclusiones. Esta fotografía podría ser de cualquier cosa. Gideon ha estado relacionado con el ocultismo desde que era un niño.

—Pero ese es tu *áthame*, ¿no? —pregunta Thomas, revisando de nuevo la fotografía para asegurarse de que no se ha equivocado.

—No lo sé. Es difícil de decir —respondo, aunque no es así.

—Eso no es lo que piensas en realidad —replica él, irrumpiendo en mi mente—. Solo estás tratando de convencerte de ello.

Tal vez sí. Tal vez la implicación de Gideon en todo este asunto sea lo único que preferiría no saber.

—Oye —le digo—. Eso da igual. Podemos preguntárselo a él en persona —Thomas alza los ojos—. Mi madre va a comprar dos billetes de avión a Londres. ¿Quieres venir?

—¿Para enfrentarnos a una antigua orden drúidica secreta que obviamente quiere que sepas que existe? —Thomas resopla. Sus ojos vagan hasta el paquete de cigarrillos, pero un segundo después opta por restregarse la cara bruscamente con la mano. Cuando veo de nuevo sus ojos, aparecen cansados, como si la máscara de distracción se estuviera desvaneciendo y no le importara mucho una cosa u otra—. ¿Por qué no? —responde—. Estoy seguro de que podemos pillarlos.

\*\*\*

—No sé por qué no quieres que le avise de que vas —protesta mi madre mientras mete otro par de calcetines en mi maleta. Ya está hasta los topes, pero ella continúa añadiendo cosas. Me costó diez minutos convencerla de que sacara los paquetes de romero para que el tufo no alertara a los perros de seguridad.

—Quiero que sea una sorpresa —es cierto. Quiero llevarle la delantera, porque desde que vi esa fotografía siento que él ha estado actuando con ventaja. Le confiaría mi vida a Gideon. Siempre lo he hecho, igual que mi padre. Nunca haría nada que me perjudicara, ni me implicaría en nada peligroso. Lo sé. ¿O es que me estoy dejando llevar por la estupidez?

—Una sorpresa —dice mi madre de ese modo en que las madres repiten las cosas únicamente para tener la última palabra. Está preocupada. Se le ha formado una arruga entre las cejas, y las comidas de estos últimos días han sido formidables. Me ha estado preparando todos mis platos favoritos, como si fuera mi última oportunidad de comerlos. Sus manos exprimen la vida a mis calcetines, y suspira antes de cerrar la maleta y correr la cremallera.

Nuestro vuelo sale en cuatro horas. Tenemos que hacer escala en Toronto, y deberíamos aterrizar en Heathrow a las diez de la noche, hora de Londres. Thomas no ha parado de mandarme mensajes de texto en la última hora y media, preguntándome qué debería llevar, como si yo lo supiera. No he estado en Londres, ni he visto a Gideon, desde que tenía cuatro años. Toda aquella experiencia es un mero recuerdo vago y difuso.

—Oh —dice mi madre de repente—. Casi lo olvido —abre de nuevo la cremallera de la maleta y me mira, alargando la mano con actitud expectante.

—¿Qué?

Ella sonríe.

—Teseo Casio, no puedes volar con eso en el bolsillo.

—Cierto —respondo, y llevo la mano hacia el *áthame*. Parece un olvido estúpido, algo que mi mente estuviera haciendo a propósito. La idea de llevar el cuchillo en el equipaje facturado, arriesgándome a perderlo, me provoca más que un ligero mareo—. ¿Estás segura de que no puedes lanzarle ningún conjuro? —le pregunto, bromeando solo a medias—. ¿Como hacerlo invisible a los detectores de metales?

—Ojalá —responde ella. Se lo paso y contemplo con los dientes apretados cómo lo hunde, justo en el centro, y lo cubre con ropa—. Gideon te mantendrá a salvo —susurra, y luego de nuevo—: Gideon te mantendrá a salvo —como un cántico. Las dudas revolotean a su alrededor como insectos, pero mantiene los brazos quietos y apretados a ambos lados del cuerpo. Pienso que la he ligado a este asunto tan fuerte como si la hubiera atado con una cuerda, debido a mi tozudez, a mi negativa a dejar

marchar a Anna.

—Mamá —le digo, y luego me quedo en silencio.

—¿Qué pasa, Casio?

*Regresaré*, es lo que iba a decirle. Pero esto no es un juego, y no debería hacerle una promesa así.

Thomas lleva bien el vuelo hasta Toronto, pero se pasa la primera hora y media del trayecto a Londres aferrado a una bolsa para el mareo. En realidad no vomita, pero está claramente verduoso. Aunque después de tomarse un par de refrescos de jengibre, se tranquiliza y se siente lo suficientemente a gusto como para intentar leer el libro de Joe Hill que se ha traído.

—Las palabras no dejan de moverse —murmura después de un minuto, y cierra el libro. Mira por la ventana (le dejé sentarse en el asiento de ventanilla) hacia la absoluta oscuridad.

—Deberíamos intentar dormir un poco —le digo—, para que no vayamos a rastras cuando aterricemos.

—Pero en Londres serán la diez de la noche. ¿No deberíamos mantenernos despiertos para dormir allí?

—No. A saber cuánto tiempo pasa antes de que tengamos la oportunidad de meternos en una cama. Descansa mientras puedas.

—Ese es el problema —refunfuña, y le da un puñetazo a la incómoda almohada del avión. Pobre chaval. Debe de tener un millón de cosas en la cabeza, y el miedo a volar no será de las más importantes. No he reunido el valor suficiente para preguntarle si ha hablado con Carmel, y él no lo ha mencionado. Tampoco me ha preguntado mucho sobre qué demonios hacemos viajando a Londres, algo muy propio de Thomas. Tal vez este viaje le sirve de adecuada huida. Aunque es completamente consciente del peligro. El prolongado apretón de manos que intercambió con Morfran en el aeropuerto lo dejó claro.

Se acurruca todo lo que puede en la estrecha butaca. Thomas es educado hasta el extremo, y no ha reclinado el asiento hacia atrás. Cuando se despierte va a tener el cuello como una galleta pisoteada, si es que logra dormir algo. Yo cierro los ojos e intento ponerme cómodo. Es casi imposible. No puedo dejar de pensar en el *áthame*, enterrado en el fondo de mi equipaje en la bodega del avión, o eso espero. Tampoco puedo dejar de pensar en Anna, ni en el sonido de su voz pidiéndome que la saque del infierno. Estamos volando a 800 kilómetros por hora, pero no es en absoluto velocidad suficiente.

\*\*\*

Cuando aterrizamos en Heathrow, he entrado oficialmente en el modo zombi. El sueño ha sido fugaz: media hora aquí, quince minutos allá, y en todo momento con un calambre en el cuello. A Thomas no le ha ido mucho mejor. Tenemos los ojos rojos y escocidos, y el ambiente en el avión era tan seco que nuestros cuerpos están a punto

de desconcharse y deshacerse en un par de montones de arena de Thomas y Cas. Todo parece irreal: colores demasiado brillantes y un suelo sin la suficiente solidez bajo mis pies. A las diez y media de la noche la terminal está tranquila, y eso al menos facilita las cosas. No tenemos que enfrentarnos a un torrente de personas.

Aun así, nuestros cerebros reaccionan con lentitud, y después de recoger el equipaje (lo que fue una tarea angustiada, esperando alrededor de la cinta transportadora sobre los metatarsos de mis pies, con la paranoia de que el *áthame* no subiera al vuelo de conexión en Toronto, o que alguien lo cogiera antes que yo), empezamos a pulular, inseguros de adónde dirigirnos a continuación.

—Pensé que ya habías estado aquí —comenta Thomas malhumorado.

—Sí, cuando tenía cuatro años —respondo igual de malhumorado.

—Deberíamos coger un taxi. Tenemos su dirección, ¿no?

Recorro la terminal con la mirada, leyendo los carteles que cuelgan sobre nuestras cabezas. Tenía pensado comprar unos abonos de transporte y coger el metro. Ahora parece complicado. Pero no quiero comenzar este viaje transigiendo, así que arrastro la maleta por la terminal, siguiendo las flechas en dirección a los trenes.

\*\*\*

—No ha sido tan difícil, ¿no? —le digo a Thomas media hora después, mientras nos sentamos, agotados, en un vagón del metro. Él responde alzando una ceja, y yo sonrío. Después de otro cambio de línea solo ligeramente desconcertante, nos bajamos en la estación Highbury and Islington y subimos renqueando hacia la calle.

—¿Nada familiar todavía? —pregunta Thomas, contemplando la calle con farolas que iluminan la acera y los escaparates de las tiendas. Me resulta vagamente familiar, aunque sospecho que todo Londres me provocaría esa misma sensación. Respiro hondo. El aire está despejado y frío. En una segunda inhalación me llega un tufillo a basura. Eso también me es familiar, aunque probablemente porque no se diferencia en nada de cualquier otra gran ciudad.

—Tranquilízate, tío —le digo—. Llegaremos —ladeo la maleta y abro la cremallera. En cuanto guardo el *áthame* en el bolsillo trasero, mi sangre circula con mayor fluidez. Siento como si tomara de nuevo aliento, pero será mejor que no me entretenga; Thomas parece lo bastante cansado como para matarme, destriparme y utilizarme como hamaca.

Afortunadamente, busqué en los planos de Google la dirección de Gideon desde esta estación, y su casa no está a más de un kilómetro y medio.

—Vamos —le animo, y él gruñe. Caminamos deprisa, con las maletas bamboleándose sobre el pavimento irregular, y pasamos junto a restaurantes indios con carteles de neón y *pubs* con puertas de madera. Cuatro manzanas más abajo, me

desvío a la derecha donde creo que es mejor. Las carreteras no están bien señalizadas, o tal vez lo estén pero la oscuridad me impide ver los carteles. En las calles laterales, la luz de las farolas es más tenue, y la zona no se parece en nada al barrio de Gideon. A un lado hay alambradas de tela metálica, y al otro, un muro alto de ladrillos. Latas de cerveza y basura abarrotan las alcantarillas, y da la sensación de que todo esté húmedo. Tal vez las cosas siempre fueran así, y yo era tan joven que no las recuerdo. O quizás sea en lo que se han convertido desde entonces.

—Está bien, para —resopla Thomas. Se detiene y se apoya sobre la maleta.

—¿Qué pasa?

—Estás perdido.

—No estoy perdido.

—No me vengas con tonterías —se da unos golpecitos con el dedo índice en la sien—. Le estás dando vueltas y vueltas, aquí dentro.

Su rostro engreído me hace gracia, así que pienso con fuerza, *Esta mierda de leer la mente es jodidamente irritante*, y sonrío.

—De cualquier modo, sigues perdido.

—Me he desviado, solo eso —le aseguro. Pero tiene razón. Tendremos que buscar un teléfono, o preguntar en un *pub*. El último por el que pasamos parecía acogedor; las puertas estaban abiertas y una luz amarilla iluminó nuestros rostros. En su interior, la gente estaba riendo. Vuelvo a mirar hacia el lugar por donde hemos venido y veo que una sombra se mueve.

—¿Qué es eso? —pregunta Thomas.

—Nada —respondo mientras parpadeo—. Es solo que tenemos los ojos cansados —pero mis pies no me llevarán de nuevo en esa dirección—. Vamos a seguir adelante.

—Vale —responde Thomas, y mira por encima de su hombro.

Caminamos en silencio y mantengo los oídos atentos a los ruidos que surgen a nuestras espaldas, descartando los chirridos de las ruedas de las maletas. No hay nada ahí detrás. Es el cansancio, jugando una mala pasada a mis ojos, y a mis nervios. Solo que no me lo creo. El ruido de mis pasos parece pesado y demasiado alto, como si algo estuviera utilizando su sonido para esconderse. Thomas ha acelerado el ritmo para caminar a mi lado, en vez de a mi estela. Su radar se ha activado también, aunque podría estar influenciado por mí. No podríamos encontrarnos en un sitio peor que esta calle secundaria oscura y desierta, flanqueada por callejones entre los edificios y espacios negros entre los coches aparcados. Ojalá no nos hubiéramos parado a hablar, ojalá algo rompiera el espeluznante silencio que amplifica cada sonido. El silencio está pudiendo más que nosotros. No nos sigue nada. No hay nada ahí detrás.

Thomas camina más deprisa. El pánico le está atenazando, y de poder elegir entre

luchar o escapar sé hacia qué opción se inclinaría. Pero escapar, ¿adónde? No tenemos ni idea de hacia dónde vamos. ¿Cuánto avanzaríamos? ¿Y cuánto de esto es producto de la falta de sueño y una imaginación hiperactiva?

A tres metros, la acera desaparece bajo una larga sombra. Nos quedaremos a oscuras al menos durante seis metros. Me detengo y miro a mi espalda, escudriñando los huecos tras los coches aparcados, atento a cualquier movimiento. No veo nada.

—No te equivocas —susurra Thomas—. Hay algo ahí detrás. Creo que nos ha estado siguiendo desde que salimos de la estación.

—Tal vez sea solo un carterista —murmuro. Mi cuerpo se tensa como un muelle al escuchar un movimiento delante de nosotros, en la sombra. Thomas lo oye también y se aprieta contra mí. De algún modo nos ha adelantado. O tal vez haya más de uno. Saco el *áthame* de mi bolsillo trasero, sin funda, y dejo que la luz de la farola se refleje en la hoja. Resulta estúpido, pero tal vez los asuste. Con lo agotado que estoy, no tengo bastante energía para enfrentarme a más de un gato callejero, y no digamos a otra cosa.

—¿Qué hacemos? —murmura Thomas. ¿Por qué me lo pregunta? Lo único que sé es que no podemos quedarnos bajo la farola hasta que amanezca. No hay otra opción que continuar adelante, hacia la sombra.

Estoy apoyado sobre una rodilla y al principio creo que se trata de Thomas, hasta que grita: «¡Cuidado!», unos tres segundos tarde. Mis nudillos se deslizan sobre el cemento y me pongo de nuevo en pie. Mis ojos agotados parpadean en la oscuridad mientras deslizo el *áthame* de nuevo hacia el bolsillo. Lo que quiera que me haya golpeado no estaba muerto, y el cuchillo no puede utilizarse con los vivos. Un objeto redondo vuela en mi dirección; me agacho y repiquetea contra el edificio que hay detrás de mí.

—¿Qué es? —pregunta Thomas, y entonces le empujan hacia atrás, o eso creo. La calle está muy oscura y hay poco espacio. Thomas cae de nuevo dentro de la luz de la farola, rebota sobre un coche aparcado junto al bordillo y se tambalea hasta golpear los ladrillos del muro como si estuviera en una máquina de *pinball*. Mis ojos se van adaptando y perciben una figura que gira y descarga un pie con fuerza sobre mi pecho. Caigo de culo en el pavimento. Arremete de nuevo y levanto el brazo para defenderme, pero lo único que consigo es un burdo empujón. Resulta desorientador cómo se mueve, con ataques rápidos y lentos. Me hace perder el equilibrio.

*Vamos*. Es solo el cansancio; no es ninguna droga. *Céntrate y recupérate*. Cuando ataca de nuevo, me agacho, bloqueo su investida y descargo un golpe sobre su cabeza que le aleja dando vueltas.

—Fuera de aquí —grito, y esquivo por los pelos un intento de barrido con la pierna. Durante un segundo pienso que retrocederá sin más y echará a correr. Pero se pone en pie y crece treinta centímetros. Unas palabras golpean mis oídos,



pronunciadas en un idioma que me parece gaélico, y el aire a mi alrededor se vuelve denso.

Es una maldición. Ignoro su intención, pero la presión que siento en los oídos es diez veces mayor que la del avión.

—Thomas, ¿qué está haciendo? —grito. Ha sido un error. No debería haber dejado escapar el aire. Tengo los pulmones demasiado oprimidos para coger una nueva bocanada. El cántico se apodera de todo. Me arden los ojos. No puedo respirar. Soy incapaz de soltar aire, o de tomarlo. Todo se ha quedado paralizado. La acera presiona mis rodillas. Me he caído.

Mi mente llama a gritos a Thomas, le pide ayuda, pero ya le escucho, susurrando un cántico para contrarrestar el otro. El del atacante está lleno de lirismo y sonidos oclusivos; el de Thomas es profundo y repleto de melodía. Thomas canta cada vez más alto, superando con su voz la otra hasta que esta vacila y jadea. Mis pulmones quedan libres. La repentina ráfaga de aire que entra en mi garganta y la sangre que sube a mi cerebro me provocan temblores.

Thomas no se detiene, aunque la figura que nos ha atacado se ha encogido. Agita un brazo en un débil intento de defensa, y el aire que arrastra hacia sus pulmones produce un sonido agudo y tenue.

—¡Para!

Alargo la mano y Thomas interrumpe el cántico. No he sido yo quien ha gritado.

—¡Para, para! —exclama la figura, y agita una mano para que nos alejemos—. Habéis ganado, ¿vale? Habéis ganado.

—¿Ganado el qué? —ladro—. ¿Qué estabas intentando hacer?

La figura se aleja lentamente, bajando por la acera. Entre los jadeos, escuchamos lo que parecen retazos de risa. La figura regresa a la luz de la farola, agarrándose el pecho, y se quita la capucha de la sudadera.

—Es una chica —espeta Thomas, y le pego un codazo. Pero tiene razón. Es una chica, de pie frente a nosotros con una gorra a cuadros escoceses y un aspecto bastante inocente. Incluso sonrío.

—No es esta calle —nos dice. Su acento suena como el de Gideon, pero más vago y menos escrupuloso—. Si estáis buscando a Gideon Palmer, será mejor que me sigáis.

La chica se da la vuelta y se aleja de inmediato. Sin más, como si hace dos minutos no nos hubiera tendido una emboscada en la calle y hubiera tratado de matarme. Pretende que la sigamos, imagina que lo haremos, si es que queremos llegar a casa de Gideon antes de que nuestras piernas no resistan más. Y la seguimos, pero con reservas. Por su manera de comportarse, y también por el ataque, podría decirse que tiene agallas, o como poco que es una descarada. ¿No es esa la palabra que utilizaría Gideon?

—Os habéis pasado solo dos calles —nos dice—. Pero en esta zona, dos calles pueden suponer una gran diferencia —su mano señala hacia la derecha y nos desviamos juntos—. Por aquí están las casas de verdad.

Mantengo la mirada fija en su espalda. Bajo la gorra de cuadros escoceses, aparece una apretada trenza de pelo rubio. Hay confianza en sus pasos y en su manera de no prestarnos atención alguna, aunque estemos detrás de ella. En la acera, bajo la luz de la farola, no se ha disculpado. Tampoco parecía lo más mínimamente avergonzada. Ni por atacarnos, ni por perder.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Gideon me envió a buscaros a la estación —no es exactamente una respuesta. Una a medias. Bueno, algo.

—Mi madre le contó que veníamos.

Se encoge de hombros.

—Tal vez sí. Tal vez no. Hubiera dado lo mismo. Gideon lo habría sabido. Tiene maneras de enterarse de todo. ¿No crees?

—¿Por qué nos atacaste? —pregunta Thomas. Pronuncia las palabras con los dientes apretados. Sigue acribillándome con la mirada. No cree que debemos confiar en ella. Y *no* confío en ella. Solamente la estoy siguiendo porque estamos perdidos.

Se ríe; con una risa cantarina e infantil, pero sin ser aguda.

—No tenía intención de hacerlo. Pero entonces alardeaste con ese cuchillo, a lo Cocodrilo Dundee. No pude resistirme a armar un poco de follón —gira ligeramente el cuerpo y nos lanza una sonrisilla de granuja—. Quería ver de lo que estaba hecho el asesino de fantasmas.

Parece absurdo, pero parte de mí desea explicarse, decir que estaba confuso por el desfase horario y que había dormido solo una hora. Aunque no debería tratar de impresionarla. No lo hago. Es su sonrisa engreída lo que me empuja a pensar eso.

La calle en la que nos encontramos ahora me resulta más familiar que las otras. Estamos pasando junto a casas con cercas de ladrillo y verjas de hierro de poca altura, setos bien podados alrededor y bonitos coches aparcados en el camino de acceso. Una luz blanca y amarilla se escabulle entre las cortinas corridas, y en torno a los

cimientos hay parterres de flores, cuyos pétalos aún no se han cerrado para la noche.

—Hemos llegado —anuncia, deteniéndose tan de repente que casi tropiezo con ella. La curva de su mejilla me indica que lo ha hecho a propósito. Esta chica está acabando rápidamente con mi paciencia. Pero cuando me sonrío, tengo que contener mi propia sonrisa. Quita el pestillo de la verja y la mantiene abierta con un exagerado gesto de bienvenida. Me detengo un segundo, lo suficiente para darme cuenta de que la casa de Gideon apenas ha cambiado, o tal vez nada. Entonces la chica trota hasta la fachada para llegar a la puerta. La abre y la franquea sin llamar.

Nos apretujamos en el recibidor de Gideon, montando tal alboroto que dejaríamos en evidencia a los búfalos de agua; golpeamos las maletas contra las paredes y hacemos chirriar los zapatos sobre el suelo de madera. Frente a nosotros, al otro lado de un estrecho pasillo, está la cocina. Vislumbro una tetera en el fuego, expulsando vapor. Gideon nos ha estado esperando. Su voz me llega antes de que vea su rostro.

—¿Por fin los encontrarse, querida? Estaba a punto de llamar a Heathrow para preguntar por el vuelo.

—Se desviaron un poco —responde la chica—. Pero están de una pieza.

*No gracias a ti*, pienso, pero entonces aparece Gideon por el rincón y al verlo en carne y hueso por primera vez en unos diez años, me quedo paralizado.

—Teseo Casio Lowood.

—Gideon.

—No deberías haber venido.

Trago saliva. Su avanzada edad no ha restado gravedad a su voz, ni rigidez a su espalda.

—¿Cómo supiste que estaba en camino? —le pregunto.

—De la misma manera que sé todo —responde él—. Tengo espías por todas partes. ¿Es que no has visto cómo se mueven los ojos en los cuadros de tu casa?

No sé si sonreír o no. Era una broma, aunque no ha sonado como tal. Hace más de diez años que no he estado aquí, y tengo la sensación de que me fueran a echar.

—Eh, yo soy Thomas Sabin —interviene Thomas. Bien pensado. Gideon solo es capaz de permanecer unos segundos de pie en la cocina antes de que sus modales británicos le dominen. Se acerca para darle la mano.

—Ese de ahí es peligroso —dice la chica desde la cocina, donde permanece con los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora que hay más luz veo que es aproximadamente de nuestra edad, o algo más joven. Tiene los ojos vivaces y de color verde oscuro—. Pensé que iba a reventarme el corazón. Creo que dijiste que no se relacionaba con hechiceros de magia negra.

—No soy un hechicero de magia negra, ni nada parecido —replica Thomas. Se ruboriza, aunque al menos no arrastra los pies.

Finalmente, Gideon me mira de nuevo, y no puedo evitar bajar los ojos de golpe

al suelo. Tras lo que parecen horas y un suspiro cansado, me da un abrazo. Los años no han disminuido tampoco su fuerza. Aunque resulta extraño el ser lo bastante alto para que mi cabeza sobresalga por encima de su hombro, en vez de quedar aplastada contra su estómago. Me produce tristeza, pero no sé por qué. Tal vez porque haya pasado tanto tiempo.

Cuando se aparta, la expresión dura de su mandíbula no puede tapar el cariño que transmiten sus ojos. Aunque lo intenta.

—No has cambiado nada —me dice—. Solo has crecido un poco. Tendrás que perdonar a Jessy —se gira ligeramente y hace un gesto a la chica para que se acerque—. Tiene la costumbre de sacar los puños primero —cuando Gideon le tiende el brazo, ella se entrega suavemente al abrazo—. Como imagino que habrá sido lo suficientemente grosera para no hacerlo ella misma, la presentaré yo. Teseo, esta es Jestine Rearden. Mi sobrina.

Lo único que se me ocurre decir es:

—No sabía que tuvieras una sobrina.

—No hemos tenido mucha relación —Jestine se encoge de hombros—. Hasta hace poco —Gideon la sonrío, aunque con una sonrisa que parece un picahielos. Es un gesto sincero pero al mismo tiempo no lo es, y por mi mente surca la idea de que esta tal Jestine no es en absoluto la sobrina de Gideon, sino su novia o algo así. Pero eso no me parece bien. De hecho, me entran unas ligeras ganas de vomitar.

—Danos un minuto, ¿quieres, cariño? Estoy seguro de que Thomas y Teseo necesitan descansar un poco.

Jestine asiente con la cabeza y sonrío sin mostrar los dientes. Sus ojos se detienen en mí, joviales e inquisitivos. ¿Qué está mirando? Todo el mundo tiene este aspecto tan cutre después de un vuelo internacional. Cuando se marcha sin despedirse, Thomas suelta bien alto a su estela: «Buenas noches», y deja los ojos en blanco. Independientemente de quién sea ella, ha logrado entrar a formar parte de su lista negra.

Después de que Thomas y yo dediquemos unos minutos a llamar a Morfran y a mi madre para asegurarles que hemos llegado a salvo, Gideon nos conduce escaleras arriba, hacia la habitación de invitados donde me alojé cuando era un niño y mi madre, mi padre y yo compartimos un verano con él.

—¿Esto es todo? —le digo—. ¿No vas a preguntarme por qué estoy aquí?

—Sé por qué has venido —responde Gideon enigmáticamente—. Podéis dormir en la habitación de invitados. Y por la mañana, os marcharéis a casa.

\*\*\*

—Maldito comité de bienvenida —gruñe Thomas después de que hayamos acarreado

las maletas hasta la habitación del segundo piso, y tengo que reprimir una sonrisa. Cuando está disgustado, habla exactamente igual que Morfran—. No sabía que tuviera una sobrina.

—Yo tampoco —respondo.

—Vaya un torbellino —Thomas ha colocado su maleta a los pies de la mejor cama. Curiosamente, la habitación parece preparada para nosotros, con dos camas en vez de una de matrimonio como cabría esperar en cualquier habitación de invitados. Entonces, Gideon sabía que veníamos. Thomas retira el edredón hacia abajo y se sienta, empujando cada zapato con los dedos del pie contrario para sacárselo.

—Aparte de eso, ¿qué fue lo que me hizo? —le pregunto.

—Algún tipo de maldición. No lo sé. No era algo muy habitual.

—¿Me hubiera matado?

Quiere responder que sí, pero Thomas es sincero incluso cuando está de mal humor.

—No, siempre que hubiera parado una vez que te hubieras desmayado —dice por fin—. Aunque, quién sabe si habría parado.

Lo habría hecho. Había algo en la manera en que saltó sobre nosotros, en cómo lanzaba los puñetazos; era simple práctica, una mera prueba. Lo percibí en el tono de su voz y en la forma en que se rindió. Le divirtió haber perdido.

—Conseguiremos nuestras respuestas por la mañana —le aseguro, retirando mi edredón.

—No me gusta esto. No me siento seguro en esta casa. Voy a ser incapaz de dormir. Tal vez deberíamos hacerlo por turnos.

—Thomas, nadie va a hacernos daño aquí —le tranquilizo mientras me quito los zapatos y me meto en la cama—. Además, estoy seguro de que podrías detenerla si lo intentara. Por cierto, ¿dónde aprendiste ese hechizo?

Se encoge de hombros sobre la almohada.

—Morfran me ha enseñado mi ración de magia negra —cierra la boca en una línea apretada—. Pero no me gusta utilizarla. Me fastidia y me siento falso —me lanza una mirada acusadora—. Sin embargo a *ella* no parecía suponerle ningún problema.

—Hablemos de eso por la mañana, Thomas —le pido. Él gruñe un poco más, pero a pesar de lo que ha dicho sobre no sentirse seguro, empieza a roncar treinta segundos después de que las luces se hayan apagado. En silencio, deslizo el *áthame* bajo mi almohada y trato de imitarle.

\*\*\*

A la mañana siguiente, cuando bajo al primer piso, Jestine está en la cocina. Está de

espaldas a mí mientras friega los cacharros y no se vuelve, aunque siente que estoy ahí. Hoy no lleva la gorra puesta, y alrededor de medio metro de pelo dorado oscuro cae sobre su espalda. Unas mechaz rojizas lo salpican como cintas.

—¿Te preparo algo para desayunar? —me pregunta.

—No, gracias —respondo. Hay cruasanes en un cestillo sobre la mesa. Cojo uno y corto un extremo.

—¿Quieres mantequilla? —me pregunta, y se vuelve. Tiene un enorme y oscuro moratón en el mentón. Se lo hice yo. Recuerdo cómo fue, cómo ella se encogió. Cuando ocurrió, ignoraba quién era. Ahora el moratón me mira fijamente como una acusación. Pero ¿por qué tengo que sentirme mal? Ella me atacó, y obtuvo lo que se merecía.

Se acerca al armario y saca un platillo y un cuchillo de untar, luego coloca un recipiente con mantequilla sobre la mesa y se zambulle en la nevera en busca de la mermelada.

—Siento lo de la cara —me disculpo, y hago un gesto vago hacia el moratón.

Ella sonríe.

—No es cierto. Igual que yo tampoco siento haberte dejado sin aire en los pulmones. Tenía que ponerte a prueba. Y francamente, no me impresionaste demasiado.

—Estaba aturdido por el desfase horario.

—Excusas, excusas —se apoya sobre la encimera y desliza un dedo por una de las presillas de sus vaqueros—. He oído hablar de ti desde que tenía edad suficiente para escuchar. Teseo Casio, el gran cazador de fantasmas. Teseo Casio, el que empuña el arma. Y cuando te conozco, te pateo el culo en un callejón —sonríe—. Pero supongo que si hubiera estado muerta, habría sido otra historia.

—¿Quién te ha hablado de mí? —le pregunto.

—La Orden del Biodag Dubh —responde, con un destello verde en los ojos—. Por supuesto, de los actuales miembros, Gideon es el que sabe los mejores relatos.

Corta un trozo de cruasán y se lo mete en la boca, masticándolo en un carrillo como una ardilla. La Orden del Biodag Dubh. Hasta hace unos días jamás había oído hablar de ella. Ahora aparece de nuevo, y esta vez pronunciada correctamente. Me resulta difícil evitar el temblor en la voz.

—¿La orden del qué? —pregunto, alcanzando la mantequilla—. ¿Del Beedak Dube?

Ella sonríe con superioridad.

—¿Te estás burlando de mi acento?

—Un poco.

—Ah. ¿O te estás haciendo el tonto?

—Un poco también —desvelar demasiado sería un error. Sobre todo porque lo

que estaría desvelando es que no sé prácticamente nada.

Jestine se vuelve hacia el fregadero y sumerge las manos en el agua, terminando con los últimos platos.

—Gideon ha salido a por algunas cosas para el almuerzo. Quería regresar antes de que os despertarais —vacía el fregadero y se seca las manos en un paño—. Oye, siento si asusté a tu amigo. Para ser sincera, no creí que fuera capaz de vencerte —se encoge de hombros—. Es como dice Gideon. Siempre voy con los puños por delante.

Asiento con la cabeza, pero Thomas va a necesitar una disculpa mejor que esa.

—¿Quién te enseñó a hacer magia? —le pregunto—. ¿La Orden?

—Sí. Y mis padres.

—¿Y quién te enseñó a pelear?

Alza la barbilla y responde:

—No necesité que me enseñaran mucho. Algunas personas simplemente tienen facilidad para ello, ¿no es así?

Esta chica provoca un nudo de inquietud en mi interior que tira en sentidos opuestos. Hacia un lado, me dice que es la sobrina de Gideon, y que puedo confiar en ella solo por eso. Hacia el otro, me asegura que, sea su sobrina o no, Gideon no podría controlarla. Nadie podría. Tiene intenciones ocultas escritas por todo el cuerpo.

Thomas está deambulando por el segundo piso. Escuchamos el crujido de sus pisadas y el tumulto del agua cuando abre la ducha. Resulta extraño estar aquí. Es casi como una experiencia extrasensorial, o como soñar despierto. La mayoría de las cosas siguen igual que como las recordaba, hasta la disposición de los muebles. Pero otras han cambiado por completo. La presencia de Jestine, por ejemplo. Se mueve por la cocina, limpiando, pasando un trapo por los cacharros. Parece estar en su casa; como si fuera familia de Gideon. No sé por qué, pero esa sensación de pertenencia me hace añorar a mi padre como no lo había hecho en años.

La puerta se abre, y unos segundos después Gideon entra con andar pesado en la cocina. Jestine coge la bolsa de la compra y empieza a vaciarla.

—Teseo —dice Gideon, volviéndose—. ¿Cómo has dormido?

—Estupendamente —respondo con una educada mentira. A pesar del desfase horario y del absoluto agotamiento, había demasiada inquietud en el ambiente. Permanecí despierto hasta que el tiempo dejó de existir, escuchando el suave ronquido de Thomas. Cuando llegó el sueño, fue ligero y cargado de amenazas.

Gideon me examina. Aún parece joven. Quiero decir que tiene aspecto mayor, pero no mucho más viejo que hace diez años, y en mi opinión eso es joven. Lleva las mangas de su camisa gris enrolladas hasta el codo, sobre unos pantalones color caqui. Es un estilo algo desenfadado, como de Indiana Jones jubilado. Me siento arrepentido de haber estado a punto de acusarle de pertenecer a una sociedad secreta, y de ser un

mentiroso y un traicionero.

—Supongo que deberíamos hablar —comenta, y me indica con un gesto que salgamos de la cocina.

Cuando llegamos al estudio, cierra las puertas a nuestras espaldas; respiro hondo. Dicen que los olores son lo que se recuerda con mayor intensidad. Lo creo. El cerebro nunca olvida un olor característico, y el aroma de los libros antiguos y encuadernados en cuero que llenan esta habitación es absolutamente característico. Echo un vistazo a las estanterías, empotradas en las paredes y abarrotadas no solo con libros de ocultismo, sino también con copias de los clásicos: entre los montones destacan *Alicia en el país de las maravillas*, *Historia de dos ciudades* y *Anna Karenina*. La antigua escalera deslizante sigue también ahí, descansando en el rincón, esperando a que alguien se suba a ella. O a que la use, supongo.

Me vuelvo con una gran sonrisa en el rostro, sintiéndome como si tuviera cuatro años, pero la sensación se desvanece rápidamente cuando veo cuánto se han resbalado las gafas de Gideon sobre su nariz. Esta va a ser una de esas conversaciones en las que se dicen cosas que nunca se olvidan, y me sorprende descubrir que no quiero tenerla aún. Sería bonito revivir momentos, escuchar antiguas historias de Gideon sobre mi padre, y salir juntos por ahí. Sería bonito.

—Sabías que iba a venir —empiezo—. ¿Intuyes por qué?

—Imagino que gran parte del mundo paranormal sabe por qué estás aquí. Tu investigación ha sido tan sutil como una estampida de elefantes —hace una pausa y se coloca las gafas—. Pero eso no responde a tu pregunta. Podría decirse que sé lo que andas buscando. Aunque no exactamente por qué has venido.

—Para pedirte ayuda.

Gideon deja escapar una sonrisa.

—¿Qué tipo de ayuda crees que podría prestarte?

—El tipo de ayuda que nos permita a Thomas y a mí abrir una puerta hacia el otro lado.

Parpadea dirigiendo los ojos hacia el pasillo.

—Ya te dije, Teseo —responde con cuidado—, que eso no es posible. Que tienes que olvidarte de la muchacha.

—No puedo olvidarme de ella. Aquel corte que Anna recibió después del primer ritual en su casa, de algún modo la ha unido al *áthame*. Se está abriendo camino hasta aquí. Solo dime cómo sacarla para que todo vuelva a la normalidad —o al menos a la normalidad de antes.

—¿Estás escuchando lo que te digo? —me espeta—. ¿Qué te hace pensar que sé cómo hacer tal cosa?

—No creo que tú lo sepas —respondo. Me llevo la mano al bolsillo trasero y saco la fotografía en la que aparecen él y el resto de la Orden. Incluso viéndola en mi



mano, parece mentira que haya estado implicado en algo como esto todo el tiempo y nunca nos hablara de ello—. Pero ellos sí.

Gideon mira la fotografía. No trata de cogerla, ni de hacer nada. Esperaba algo distinto. Indignación, o al menos que lo negara todo. En vez de eso, respira hondo y se quita las gafas para frotarse el puente de la nariz entre los dedos pulgar e índice.

—¿Quiénes son? —pregunto cuando me hartó de su silencio.

—Miembros de la Orden del Biodag Dubh —responde pesaroso.

—Los creadores del *áthame* —añado.

Gideon se vuelve a poner las gafas y avanza con paso cansino para sentarse tras su escritorio.

—Sí —responde—. Los creadores del *áthame*.

Justo lo que pensaba. Aun así, me cuesta creerlo.

—¿Por qué no me lo contaste? —le reprocho—. ¿Todos estos años?

—Tu padre me lo prohibió. Se desvinculó de la Orden antes de que tú nacieras. Cuando desarrolló sus propios valores. Cuando empezó a decidir a qué fantasmas matar y a cuáles no —la voz de Gideon se altera momentáneamente. Luego se calma de nuevo y parece derrotado—. La Orden del Biodag Dubh piensa que el *áthame* tiene un propósito puro. No se trata de un instrumento para ser blandido según el deseo de alguien más. A sus ojos, tú y tu padre lo habéis pervertido.

¿Que mi padre lo pervirtió? Eso es jodidamente ridículo. El *áthame* y su propósito han guiado toda mi vida. A mi padre le costó la suya. Así que, para variar, el maldito cuchillo podría servir a mi propósito. Me lo debe. Nos lo debe.

—Sé lo que está pasando por tu cabeza, Teseo. Quizás no tan bien como tu amigo telépata que está en el piso de arriba, pero lo sé. Mis palabras no te están persuadiendo. No te está llegando ninguna de ellas. La Orden creó el *áthame* para enviar a los muertos al otro lado. Ahora tú quieres utilizarlo para traer de vuelta a una muchacha muerta. Incluso si hubiera una manera de conseguirlo, preferirían destruir el cuchillo antes que dejar que sucediera.

—Tengo que hacerlo. No puedo dejarla allí sufriendo, sin intentarlo —trago saliva y aprieto los dientes—. La quiero.

—Está muerta.

—Para mí, eso no significa lo mismo que para otras personas.

Se rostro se inunda de un vacío que me preocupa. Parece alguien enfrentándose a un pelotón de fusilamiento.

—La última vez que estuviste aquí eras tan pequeño —recuerda—. Lo único que te preocupaba era si tu madre te dejaría o no tomar dos raciones de tarta de manzana —sus ojos se dirigen hacia la escalera deslizante del rincón. Me está imaginando en ella, riendo mientras él la empujaba por las estanterías.

—Gideon. Ya no soy un niño. Trátame como hubieras tratado a mi padre —pero

no son las palabras adecuadas, y entorna los ojos como si le hubiera golpeado en la cara.

—Ahora no puedo hacerlo —se disculpa, hablando para él y para mí. Agita una mano restándole importancia al asunto y se hunde en el sillón, encorvando los hombros de tal manera que parte de mí desea dejarle descansar. Sin embargo, el grito de Anna jamás abandona mis oídos.

—No tengo tiempo para esto —exclamo, pero él cierra los ojos—. Me está esperando.

—Está en el infierno, Teseo. El tiempo no tiene ningún significado para ella, sea mucho o poco. El dolor y el miedo son constantes, y descubrirás que los minutos o las horas que le evites resultan irrelevantes.

—Gideon...

—Déjame descansar —suplica—. Mis palabras carecen de importancia. ¿No lo entiendes? Yo no te envié esa fotografía. Fue la Orden. Quieren que estés aquí.

La puerta se cierra suavemente tras de mí. Me sorprende, porque deseo correrla de golpe y que arme estruendo en su recorrido. Pero Gideon sigue en su estudio, pensando en silencio, o tal vez incluso dormitando, y el sonido de su voz en mi cabeza me dice que una pataleta así no servirá de nada.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Thomas, sacando la cabeza de la cocina.

—Está echándose una siestecita —respondo—. ¿Qué te dice eso?

Al entrar en la cocina, encuentro a Thomas y a Jestine sentados juntos a la mesa, compartiendo una granada.

—Es mayor, Cas —dice ella—. Ya lo era la última vez que estuviste aquí. Dormitar no es nada fuera de lo común —coge una cucharada de fruta color púrpura y mastica cuidadosamente entre las semillas.

A mi derecha, Thomas muerde su granada y escupe las semillas en una taza.

—No hemos cruzado un océano para tener que estar esperando ni para montar en el London Eye —espetea. Al principio creo que lo dice pensando en mí, pero no. Tiene una expresión irritada y malhumorada; su pelo húmedo después de haberse duchado le da el aspecto de un gato casi ahogado.

—Oye —le digo—. No le arranques la cabeza a Jestine de un mordisco. No es culpa suya —Thomas arruga un labio, y Jestine sonrío.

—Lo que vosotros necesitáis es distraeros —sugiere ella, y se levanta de la mesa—. Vamos. Cuando volvamos, Gideon ya estará levantado.

\*\*\*

Alguien debería explicarle a Jestine que las distracciones solo funcionan cuando no sabes que te están distraendo. Y alguien debería explicárselo a Thomas también, porque parece ajeno a todo excepto a ella; están hablando animadamente de proyecciones astrales o algo así. No estoy realmente seguro. La conversación ha dado al menos seis vuelcos desde que salimos del metro en la estación de London Bridge, y no me he preocupado de seguir el hilo. Jestine se lo ha ganado charlando de brujería. El hecho de que sea una chica atractiva también ha ayudado. Quién sabe, tal vez le ayude a superar lo de Carmel.

—Vamos, Cas —Jestine alarga la mano hacia atrás y me arrastra por la camisa—. Ya casi estamos allí.

El «allí» al que se refiere es la Torre de Londres, la fortaleza con aspecto de castillo situada en la orilla norte del Támesis. Es un lugar turístico e histórico, y el escenario de numerosas torturas y ejecuciones, desde la de lady Jane Grey hasta la de Guy Fawkes. Al mirarla mientras atravesamos el puente de la Torre, me pregunto

cuántos alaridos habrán rebotado contra sus muros de piedra. Cuánta sangre recuerda el suelo. Solían colocar las cabezas cortadas en picas y exponerlas en el puente hasta que caían al río. Bajo la mirada hacia el agua parduzca. En algún lugar ahí debajo podría haber huesos antiguos tratando todavía de salir del limo.

Jestine compra las entradas y entramos. Nos dice que no es necesario esperar a la visita guiada; ha estado aquí lo bastante a menudo como para recordar todas las partes interesantes. La seguimos mientras nos guía a través de los diferentes pisos, contándonos historias sobre los gordos cuervos negros que se bambolean por el césped. Thomas escucha, sonrío y hace algunas preguntas educadamente, pero la historia no le atrapa. Unos diez minutos después, le pillo contemplando melancólicamente, con expresión abatida, la larga melena rubia de Jestine. Le recuerda a Carmel, aunque no debería; la de Jestine está salpicada con mechchas de color rojo intenso. En realidad, no se parece en nada a Carmel. Los ojos de Carmel son cálidos y marrones. Los de Jestine parecen cristal verde. La belleza de Carmel es clásica, mientras que Jestine es simplemente llamativa.

—Cas, ¿me estás escuchando? —sonríe, y yo me aclaro la garganta. Me había quedado con la mirada fija.

—En realidad, no.

—¿Habías estado aquí antes?

—Una vez. Ese verano que vine de visita, Gideon nos trajo a mi madre y a mí. No te sientas mal. Entonces me resultó bastante aburrido también —perdiendo el tiempo de este modo, mi mente regresa a Anna. En mi imaginación, está sufriendo, y yo sufro con ella. Invento lo peor, cada dolor que soy capaz de concebir, para torturarme. Es la única penitencia que puedo cumplir, hasta que la saque de allí.

Detrás de nosotros, uno de los *beekeepers* que guían las visitas encabeza un grupo de turistas y hace comentarios irónicos que arrancan risas afables de sus gargantas, utilizando las mismas bromas que dice una docena de veces al día. Jestine me mira en silencio. Después de unos segundos, nos conduce hacia adelante, en dirección a la Torre Blanca.

—¿No podíamos haber ido a algún sitio que tuviera menos escaleras? —pregunta Thomas después de recorrer el tercer piso. Está lleno de escudos, estatuas de caballos y caballeros con cota de malla y armadura. Los niños lanzan exclamaciones y señalan con los dedos. Sus padres, también. La torre vibra con las pisadas y las conversaciones. Hace calor debido a la temperatura de junio y al exceso de cuerpos, y el zumbido de las moscas resulta audible.

—¿Oís ese zumbido? —pregunta Thomas.

—Moscas —respondo yo, y él me mira.

—Sí, pero ¿qué moscas?

Miro a mi alrededor. El zumbido es lo suficientemente alto como para recordar el

interior de un establo, pero no hay ninguna mosca. Y nadie más parece darse cuenta. Hay también un olor empalagoso y metálico. Lo reconocería en cualquier parte. Sangre antigua.

—Cas —dice Thomas en voz baja—. Vuélvete.

Cuando me giro, me encuentro frente a una vitrina con armas viejas. No las han limpiado ni pulido, y están cubiertas con sangre reseca y trozos de tejido. En el extremo de una larga maza con clavos, hay un trozo de cuero cabelludo y pelos colgando. La utilizaron para destrozarle la cabeza a alguien. El zumbido de las moscas fantasma empuja a Thomas a golpear el aire con la mano, aunque no sean reales. A nuestro alrededor, el resto de la muestra es igual. Una vitrina detrás de otra llena de reliquias de guerra salpicadas y manchadas de rojo. Bajo la armadura de uno de los caballeros, cuelga un trozo enrollado de intestino color rosa plástico. Mi mano se dirige hacia mi bolsillo, hacia el *áthame*, y siento que Jestine me toca la espalda.

—No vayas a sacar eso otra vez —me advierte.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunto—. No era así cuando nosotros vinimos.

—¿Las utilizaban de este modo? —quiere saber Thomas—. ¿Realmente pasó esto?

Jestine recorre con la mirada la truculenta muestra y se encoge de hombros.

—No lo sé. Es bastante probable. Aunque, tal vez no. Podría ser simplemente un espectáculo, la ira impotente de las docenas de cosas muertas que circulan por este lugar como una corriente. Son tantos que carecen de voces propias. Ya no tienen idea de quiénes son. Simplemente se manifiestan, de este modo.

—¿Recuerdas que pasara esto cuando estuviste aquí, Cas? —me pregunta Thomas. Yo niego con la cabeza.

—Creía que habrías sintonizado con ello al instante —dice Jestine—. Aunque, tal vez no te enseñaron cómo. La mayoría de la gente no puede verlo, por supuesto, pero la última vez que vine aquí, una niña pequeña entró y empezó a llorar. Nadie pudo hacerla callar. No decía qué la disgustaba, pero yo sabía qué era. Recorrió esta sala con su familia, llorando, mientras ellos intentaban que mirara al caballero destripado, como si fuera a ponerla contenta.

Thomas traga saliva.

—Qué inquietante.

—¿Cuándo lo viste tú por primera vez? —le pregunto.

—Mis padres me trajeron aquí cuando tenía ocho años.

—¿Lloraste?

—Nunca —responde ella, y alza la barbilla—. Pero luego, lo comprendí —ladea la cabeza hacia la puerta—. Bueno, ¿queréis conocer a la reina?

\*\*\*

La reina se encuentra en la capilla. Está sentada en la primera fila, en silencio, apartada hacia la izquierda. Una oscura melena castaña cae sobre su espalda, y su cuerpo se mantiene erguido, sujeto dentro de un corpiño. Incluso desde atrás, a diez metros de distancia, resulta indudable que está muerta.

En estos momentos, la capilla se encuentra en el intervalo entre dos visitas; cuando entramos, una pareja joven estaba terminando de tomar una fotografía de la vidriera. Ahora estamos solos.

—No sé qué reina es —dice Jestine—. La mayoría asegura que se trata del fantasma de Ana Bolena, la segunda esposa de Enrique VIII. Pero podría ser lady Jane Grey. No habla. Y no se parece a ninguno de los retratos.

Es extraño. Delante de mí hay una mujer muerta igual a las docenas de mujeres muertas que he visto. Pero esta es una reina, y una famosa. Si es posible quedarse deslumbrado con los muertos, entonces supongo que eso es lo que me está sucediendo.

Jestine se desliza hacia la parte trasera de la capilla, cerca de la puerta.

—¿Responde si le hablas? —le pregunto. Probablemente, no. No es corpórea; si lo fuera, todo el mundo la vería, y la pareja que estaba tomando fotografías ignoraba que tuvieran compañía. Aunque, tal vez aparezca en algunas de las imágenes al revelarlas y les proporcione una buena historia que contar a sus amigos y vecinos.

—A mí no —contesta Jestine en un susurro, mientras la reina se gira, lentamente, para dirigir su mirada hacia mí. Se mueve de manera regia, o cuidadosa. Tal vez ambas. Está manteniendo en equilibrio sobre el cuello su cabeza seccionada. Por debajo del corte, solo se ve sangre, aunque hay algo más. Escucho el susurro de su vestido contra el banco. Ha dejado de ser solamente vapor.

Nunca he visto los retratos que ha mencionado Jestine, así que no puedo hablar de ningún parecido. Tiene un cuerpo muy pequeño y los labios delgados, y está pálida. Sus ojos son lo único hermoso, oscuros y limpios. Muestra una delicada dignidad, y una ligera conmoción. Es la reacción que tendría cualquier reina si de repente se encontrara frente a un muchacho con el pelo sobre los ojos y la ropa arrugada.

—¿Debería hacer una reverencia o algo así? —pregunto por la comisura de la boca.

—Deberías darte prisa, eso es lo que deberías hacer —replica Jestine, echando un vistazo a través de la puerta—. El próximo grupo de visita aparecerá por aquí en dos minutos.

Thomas y yo intercambiamos una mirada.

—¿Darme prisa para hacer qué? —le pregunto.

—Para enviarla al otro lado —susurra Jestine, y arquea las cejas—. Usa el *áthame*.

—¿Ha matado a gente? —pregunta Thomas—. ¿Ha hecho daño a alguien?

Lo dudo. Dudo siquiera que haya asustado a nadie. No me puedo imaginar que esta muchacha, esta reina en otro tiempo, haya supuesto jamás una amenaza para ninguna persona. Está seria, y extrañamente en paz. Resulta difícil de explicar, pero creo que encontraría la idea burda e inapropiada. Pensar en apuñalarla, o en «enviarla al otro lado», como al parecer lo llama Jestine, me sonroja.

—Salgamos de aquí —mascullo, y me dirijo hacia la puerta. Por el rabillo del ojo, atisbo a Thomas insinuando una extraña reverencia mientras me sigue. Vuelvo la vista atrás una vez más. La reina ya no está mirándonos. Mora en su iglesia sin preocuparse por los vivos, manteniendo en equilibrio la cabeza sobre su cuello anómalo.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Jestine una vez que estamos de nuevo al aire libre. Los conduzco rápidamente hacia la salida. Gideon debe de haberse despertado ya, y yo estoy harto de este sitio—. Oye —exclama, agarrándome el brazo—. ¿Te he ofendido? ¿He hecho algo fuera de lugar?

—No —respondo. Inhalo profundamente y exhalo. Jestine es intrépida, y un poco agresiva. Pero trato de no olvidar el hábito por el que ya se disculpó antes: el de ir siempre con los puños por delante, sin pensar—. Es solo que... yo no «envío al otro lado» a ningún fantasma a menos que sea una amenaza para los vivos.

La expresión de su rostro es de auténtica sorpresa.

—Pero ese no es tu propósito.

—¿Cómo?

—Tú eres el instrumento. El que empuña el arma. Es la voluntad del arma lo que importa. No la tuya. Y el *áthame* no hace distinciones.

Estamos parados ante los escalones que hay junto a la puerta de salida, uno frente al otro. Sus palabras han sonado cargadas de convicción. De fe. Probablemente le hayan inculcado esa norma desde que tiene conciencia. Su forma de mirarme, directamente a los ojos, es un reto a decirle lo contrario. Aunque no fuera a cambiar su parecer.

—Bueno, yo soy el que lo empuña, como tú dices. Mi sangre está en su hoja. Así que ahora que soy yo el que lo utiliza, supongo que el *áthame* hace distinciones.

—Espera un segundo —interviene Thomas—. ¿Ella es miembro de la...?

—De la Orden del Bla Bla Bla. Sí, creo que sí.

Jestine alza la barbilla. No ha hecho nada para disimular el moratón del mentón. Ni ponerse maquillaje, ni nada. Aunque tampoco lo luce como una medalla.

—Por supuesto que lo soy —afirma con una sonrisa—. ¿Quién crees que te envió la fotografía?

Thomas se queda ligeramente boquiabierto.

—¿No te preocupó que a tu tío pudiera fastidiarle? —le pregunto. Jestine se encoge de hombros. Creo que se encoge de hombros incluso más que yo.

—La Orden creyó que había llegado el momento de que lo supieras —responde—. Pero no te enfades demasiado con Gideon. Lleva décadas sin ser un verdadero miembro.

Debió de desvincularse al mismo tiempo que mi padre.

—Si él ya no pertenece a la Orden, ¿qué vamos a hacer? —pregunta Thomas.

—Oh, yo no me preocuparía por eso —responde Jestine—. Os estábamos esperando.

\*\*\*

De pie en su estudio, Gideon nos mira fijamente a los tres durante largo rato. Cuando sus ojos finalmente se detienen, lo hacen sobre Jestine.

—¿Qué les has contado? —le pregunta.

—Nada que no supieran ya —responde ella.

Siento que Thomas me lanza una mirada, pero no se la devuelvo. Solo haría que acrecentara la sensación de vértigo *hitchcockiano* que me ha estado subiendo lentamente por la garganta desde que abandonamos la Torre de Londres.

Tengo la impresión de que no tenemos nada que ver con este espectáculo. Todo el mundo parece saber más que yo, y ser el que menos información maneja está empezando a fastidiarme.

Gideon respira hondo.

—Este es el punto en el que es posible el retorno, Teseo —me dice, y baja la mirada hacia el escritorio. Como de costumbre, tiene razón. Lo noto. Lo he sentido desde que decidí venir aquí. Pero aquí estamos. Este es el último momento, el último segundo, en el que podría darme la vuelta; Thomas y yo regresaríamos a Thunder Bay y nada cambiaría. Permaneceríamos como hasta ahora, y Anna seguiría donde está.

Echo una ojeada a Jestine. Sus ojos están dirigidos hacia el suelo, pero tiene una curiosa expresión de astucia en el rostro. Como si tuviera claro que el punto de retorno quedó atrás hace varios países.

—Simplemente dime —respondo— ¿qué es exactamente la Orden de... la Daga Negra? —Jestine arruga la nariz al escuchar mi versión traducida, pero no estoy de humor para balbucear ni para pronunciar chapuceramente el gaélico.

—Son los descendientes de los que crearon el cuchillo —responde Gideon.

—Como yo —le digo.

—No —replica Jestine—. Tú eres el descendiente del guerrero al que lo vincularon.

—Estos son los descendientes de los que le otorgaron su poder. Magos. Solían llamarlos druidas y adivinos. Ahora no reciben ningún nombre en especial.



—Y tú eras uno de ellos —añado, pero él niega con la cabeza.

—Tradicionalmente, no. Me admitieron después de que entablara amistad con tu padre. Mi familia tiene relación con ellos, por supuesto. La mayoría de las familias antiguas la tiene; tras miles de años casi todo se diluye y se pervierte —Gideon sacude la cabeza, se queda abstraído. Suena como si estuvieran por todas partes, aunque a mí me ha costado diecisiete años encontrarlos.

Tengo la sensación de que me hubieran dado vueltas con los ojos tapados, para luego descubrírmelos y empujarme hacia la luz del día. Nunca me imaginé que fuera un forastero para este antiguo club. Pensé que yo era el club. Yo solo. Mi sangre. Mi cuchillo. Y ya.

—¿Qué pasa con los *áthames* de la fotografía, Gideon? ¿Son simples imitaciones? ¿O hay otros ahí fuera como el mío?

Gideon extiende una mano.

—¿Podrías dejármelo, Teseo? Solo un momento.

Thomas sacude la cabeza, pero no pasa nada. Siempre había sabido que Gideon tenía secretos. Debe de ocultar muchos más aparte de este. Pero eso no significa que no confíe en él.

Alargo la mano hacia mi bolsillo trasero, deslizo el *áthame* fuera de su funda con los dedos, y le doy la vuelta suavemente para colocar el mango en la palma de Gideon. Él lo recoge con solemnidad y se vuelve hacia una oscura estantería de roble. Abre y cierra cajones. Está manipulando algo a escondidas, pero aún vislumbro el destello del acero. Cuando se gira de nuevo hacia nosotros, lleva una bandeja en las manos y sobre ella, cuatro cuchillos, todos idénticos. Réplicas exactas de mi *áthame*.

—Los *áthames* tradicionales de la Orden —nos explica Gideon—. No valen un pimiento, como diríais vosotros, y... no. No son como el tuyo. No hay otros como el tuyo —Gideon le hace un gesto a Jestine, le indica con los dedos que se acerque. Cuando ella lo hace, su rostro muestra tal reverencia que estoy a punto de soltar una carcajada sarcástica. Aunque al mismo tiempo me siento un poco avergonzado. Parece tan... respetuosa. No sé si alguna vez habré mirado el *áthame* de esa manera.

Gideon deja la bandeja al borde de su escritorio y recoloca los cuchillos, mezclándolos como un trilero. Cuando Jestine se sitúa frente a la bandeja, él se yergue y le ordena que seleccione el de verdad.

Aunque mi *áthame* jamás ha sufrido ningún desperfecto, y no tiene mellas ni marcas que lo diferencien del resto, yo lo distingo inmediatamente. Es el tercero empezando por la izquierda. Lo siento con tal fuerza que es como si estuviera haciéndome señas. Jestine no tiene ni idea, pero sus ojos verdes brillan ante el desafío. Tras unas cuantas respiraciones profundas, extiende la mano sobre la bandeja y la mueve lentamente de un lado a otro. Mi pulso se acelera cuando vacila sobre uno que no es. No quiero que acierte. Es ruin, pero no quiero.

Jestine cierra los ojos. Gideon está conteniendo el aliento. Tras treinta segundos de tensión, sus ojos se abren de repente y sonrío, antes de bajar la mano hacia la bandeja y coger mi cuchillo.

—Bien hecho —dice Gideon, aunque no parece satisfecho. Jestine asiente con la cabeza y me devuelve el *áthame*. Lo deslizo dentro de su funda y mientras lo hago, intento no parecer un niño con un juguete roto.

—Todo esto está muy bien —digo yo—, pero ¿qué tiene que ver con nuestro asunto? Decidme, ¿la Orden sabe cómo pasar al otro lado, o no?

—Por supuesto que sabe —replica Jestine. Cualquiera que haya sido el truco de salón que ha utilizado para identificar mi cuchillo le ha iluminado el rostro—. Ya lo han hecho otras veces. Y lo harán de nuevo por ti, si estás dispuesto a pagar el precio.

—¿Qué precio? —preguntamos Thomas y yo al unísono, pero ellos mantienen los labios apretados, ignorando nuestra pregunta como si no hubiera sido formulada.

—Contactaré con ellos —dice Gideon, y cuando Jestine le mira, él lo repite con más firmeza. No ha dirigido sus ojos hacia mí en ningún momento y se ha mantenido concentrado en los cuchillos falsos, limpiándolos con un trapo suave como si fueran algo importante, antes de colocarlos de nuevo en sus cajones—. Descansa un poco, Teseo —me dice, insinuando por el tono que voy a necesitarlo.

Arriba, en la habitación de invitados, Thomas y yo nos sentamos en nuestras respectivas camas sin decir palabra. Thomas está inquieto por todo esto. No se lo reprocho. Pero no he llegado tan lejos para quedarme sin hacer nada. Anna sigue esperándome. Aún puedo escuchar su voz, y sus gritos.

—¿Qué crees que va a hacer la Orden? —me pregunta.

—Ayudarnos a abrir una puerta hacia el infierno, si tenemos suerte —respondo. Suerte. Ja, ja. Qué ironía.

—Jestine dijo que habría un precio. ¿Lo sabe seguro? ¿Tienes idea de qué será?

—En absoluto. Pero siempre hay un precio; tú lo sabes bien. ¿No es eso lo que tratáis de hacer siempre los brujos? ¿Dar y tomar, equilibrar las cosas, tres pollos por medio kilo de mantequilla?

—Yo nunca he dicho nada sobre intercambiar comida —protesta, pero en su voz distingo una sonrisa. Tal vez debería enviarle a casa mañana. Antes de que acabe herido, o se involucre en algo que después de esta noche parece solo asunto mío.

—¿Cas?

—¿Sí?

—No creo que debas confiar en Jestine.

—¿Por qué no? —le pregunto.

—Porque —responde bajito—, cuando estaba haciendo ahí abajo lo de los *áthames* en fila, estaba pensando en cuánto lo deseaba. En que era suyo.

Parpadeo. ¿Y *qué?*, es el exabrupto que me sale. Es un deseo inalcanzable. Una

fantasía. El *áthame* es mío, y siempre lo será.

—¿Thomas?

—¿Sí?

—¿Podrías haber distinguido el *áthame* en esa bandeja?

—Nunca —responde—. Ni en un millón de años.

*Anna y yo estamos sentados alrededor de una mesa redonda de madera, contemplando un campo de hierba larga y verde, jamás rozada por las cuchillas de ningún cortacésped.*

*Los capullos blancos y amarillos de la maleza y las flores silvestres se balancean ligeramente con una brisa que no siento, repartidos en manchas irregulares. Estamos en un porche, tal vez es el porche de su antigua casa victoriana.*

*—Me encanta el sol —comenta ella, e indudablemente resulta hermoso con su blancura brillante e intensa que baña la hierba y la convierte en navajas plateadas. Pero no proporciona calor. No tengo ninguna sensación en el cuerpo, tampoco noto la silla o el banco sobre el que debo de estar sentado, y si girara la cabeza para mirar más allá del rostro de Anna, no encontraría nada. A nuestras espaldas no hay ninguna casa. Es solo la impresión de una casa, en mi mente. Todo está en mi mente.*

*—Es tan extraño —continúa, y por fin la veo. Mi perspectiva cambia y ahí está, con el rostro oculto tras las sombras. Su pelo oscuro permanece quieto sobre sus hombros, excepto unos cuantos mechones sueltos junto a su garganta que se ondulan con la brisa. Alargo la mano sobre la mesa, seguro de que no se estirará lo suficiente, o de que la jodida mesa perderá sus dimensiones espaciales, pero mi palma sube hasta su hombro y noto su pelo negro y frío entre los dedos. Al tocarla, siento un intenso alivio. Está a salvo. Ilesa. Con el sol en las mejillas.*

*—Anna.*

*—Mira —exclama ella, y sonrío. Ahora hay árboles bordeando el claro. Entre los troncos se distingue la silueta de un ciervo. Es una forma oscura que surge y se oculta, recordándome a cuando se borra un dibujo a carboncillo. Luego desaparece y Anna se encuentra junto a mí. Está demasiado cerca para estar al otro lado de la mesa. Tiene todo el cuerpo apoyado sobre mi costado.*

*—¿Es esto lo que se suponía que nos estaba esperando? —le pregunto.*

*—Esto es lo que tenemos —responde ella.*

*Bajo los ojos hacia su mano y le retiro un escarabajo que le está subiendo por ella. Aterrizo de espaldas, retuerce las patas. Rodeo a Anna con los brazos.*

*Le beso el hombro, la curva del cuello. Sobre las tablas del piso, el escarabajo se ha convertido en un cascarón vacío que se va descomponiendo. Seis patas articuladas descansan sueltas junto a él. Sobre mi mejilla, la piel de Anna resulta agradablemente fresca. Me gustaría quedarme aquí para siempre.*

*—Para siempre —susurra Anna—. Pero ¿qué habrá que hacer?*

*—¿Cómo?*

*—¿Qué nos pedirán ellos? —repito.*

*—¿Ellos? —pregunto, y la vuelvo entre mis brazos. Tiene la carne dura y las articulaciones, sueltas y colgando. Cuando cae al suelo, tabletea y me doy cuenta de que era solo una marioneta de madera con un vestido de papel gris. El rostro está sin tallar, vacío, a excepción de una palabra grabada a fuego en negro intenso.*

*ORDEN.*

\*\*\*

Me despierto con el cuerpo medio colgando de la cama y la mano de Thomas en el hombro.

—¿Estás bien, tío?

—Ha sido una pesadilla —murmuro—. Algo inquietante.

—¿Inquietante? —Thomas coge el borde de mi manta—. No sabía que se pudiera sudar tanto. Voy a traerte un vaso de agua.

Me siento y enciendo la lámpara de la mesilla.

—No, estoy bien.

Pero no es cierto y, por la expresión de su rostro, parece que resulta evidente.

Siento como si fuera a vomitar, o a gritar, o ambas cosas a la vez.

—¿Era sobre Anna?

—Últimamente, siempre es sobre Anna —Thomas permanece callado, y yo bajo los ojos al suelo. Ha sido solo un sueño. Una pesadilla como las que he tenido toda mi vida. No significa nada. No puede significar nada. Anna no sabe lo de la Orden; no sabe nada de nada. Lo único que ve y siente es dolor. Al pensar que está allí, atrapada con el hechicero *obeah*, con su perdición, me entran ganas de golpear algo hasta quedarme sin huesos en las manos. Sufrió una maldición durante décadas y de algún modo logró seguir siendo ella misma, pero esto la destrozará. ¿Y si cuando llegue allí no sabe quién soy, o quién es ella? ¿Y si ha dejado de ser humana?

¿Qué habrá que hacer? ¿Un intercambio? Lo haría. Yo, yo...

—Oye —dice Thomas de repente—. Eso no va a pasar. La sacaremos. Lo prometo —alarga las manos y me sacude—. Deja de pensar esa mierda —me ofrece una especie de sonrisa—. Y no pienses tan alto. Me da dolor de cabeza.

Le miro. En la mitad izquierda de la cabeza, tiene el pelo liso. En la mitad derecha, de punta. Parece salido de una película de Sabretooth. Pero habla totalmente en serio cuando me promete que lo conseguiremos. Está asustado, tanto que está a punto de mearse en los pantalones. Aunque Thomas siempre está asustado. Lo importante es que se trata de un tipo de miedo que no le atenaza. No le impide cumplir su cometido. Lo cual no quiere decir que no sea valiente.

—Tú eres el único que me ha apoyado realmente en esto —le digo—. ¿Por qué? Se encoge de hombros.

—No puedo hablar por los demás, pero... Anna es tu chica —se vuelve a encoger de hombros—. Te preocupas por ella, ¿sabes? Es alguien importante. Oye —se restriega la mano por la cara y por el pelo de punta—, si se tratara... si se tratara de Carmel, yo querría hacer lo mismo. Y esperarí que tú me ayudaras.

—Siento lo de Carmel —le digo, y él agita la mano como restándole importancia.

—Supongo que no lo vi venir. Tengo la sensación de que debería habérmelo imaginado. De que tendría que haberme dado cuenta de que ella realmente no... —su voz se va apagando, y sonrío con tristeza. Podría decirle que no ha tenido nada que ver con él. Que Carmel le quiere. Pero eso no facilitaría las cosas, y tal vez no me creyera—. Bueno, pues por eso te estoy ayudando —concluye, y se yergue—. ¿Qué pasa? ¿Creías que era únicamente por ti? ¿Que me vuelves tan emotivo?

Me río. Los restos de la pesadilla se están desvaneciendo de mi mente. Sin embargo, la cara de madera y las letras grabadas a fuego van a merodear por ella largo tiempo.

\*\*\*

Tengo la sensación de que lo único que hace Jestine en esta casa es preparar el desayuno. El olor a huevos con mantequilla impregna toda la planta baja, y cuando vuelvo la esquina hacia la cocina hay una variada selección de platos sobre la mesa: un cuenco con gachas de avena, huevos cocinados de dos formas (revueltos y fritos por ambos lados), salchichas y beicon, un cestillo con fruta, un pequeño montón de tostadas y todas las jaleas que Gideon tiene en existencia (incluida una de verduras que ellos llaman Marmite. Asquerosa).

—¿Es que Gideon y tú tenéis un *bed and breakfast* clandestino? —le pregunto, y ella hace una mueca.

—Como si dejara a muchos extraños franquear su puerta. No, es solo que me gusta cocinar, y quiero que esté bien alimentado. Pero no te sientes todavía —me advierte, señalándome el pecho con una espátula—. Está en el estudio preparándose para marcharse. Tal vez deberías desearle suerte.

—¿Por qué? ¿Está en peligro?

Los ojos de Jestine no me dan ninguna pista, y ella ni se inmuta. Mi mente me dice que no debería caerme bien. Pero de todas maneras me gusta.

—Vale —me rindo un segundo después.

El estudio permanece en silencio, pero cuando la puerta se desliza él está ahí, detrás de su escritorio, abriendo suavemente un cajón y recorriendo con los dedos los contenidos de su interior. Me dedica una única mirada, sin interrumpir el deliberado y concentrado movimiento de sus manos.

—Vosotros partiréis mañana —dice Gideon—. Yo me marcho hoy.

—¿Adónde vas?

—A reunirme con la Orden, por supuesto —responde lacónicamente. Pero eso ya lo sabía yo. Me refería a qué lugar, es decir, a qué punto en el mapa. Aunque probablemente, él también supiera a lo que me refería.

Gideon abre otro cajón y saca los *áthames* falsos de su caja de terciopelo rojo. Introduce cada uno en una funda de cuero y luego en una bolsa de seda, que anuda y guarda en su maleta abierta. Ni siquiera me había fijado en ella, apoyada sobre la silla.

Un extraño alivio me está relajando músculos que llevaban atenazados semanas. Meses. Es el alivio de tener una oportunidad, de vislumbrar incluso un diminuto atisbo de luz al fondo del túnel.

—Jestine ha preparado el desayuno —le digo—. Tienes tiempo de comer antes de irte, ¿verdad?

—No especialmente —le tiemblan las manos mientras coloca unas cuantas camisas dobladas en la parte alta de la maleta.

—Bueno... —no sé qué decir. Ese temblor me pone nervioso. Refleja su edad, y la manera en que se inclina sobre la silla mientras coloca sus cosas tampoco ayuda;

parece que tuviera la espalda encorvada.

—Se lo prometí a tu padre —susurra—. Pero habrías seguido insistiendo. No te das por vencido. Lo has heredado de él. De hecho, de tu padre y de tu madre.

Empiezo a sonreír, aunque Gideon no pretendía que fuera un cumplido.

—¿Por qué no vamos juntos? —le pregunto, y él me escruta bajo su ceño fruncido. *Tú empezaste esto*, dice esa mirada. Pero no voy a venirme abajo, ni a mostrarme inquieto. No permitiré que descubra que estoy nervioso por el asunto en el que voy a meterme—. ¿Cómo llegamos hasta allí? ¿Está lejos? —una vez pronunciadas, las preguntas suenan ridículas. Como si esperara montarme en el metro y recorrer cuatro estaciones para llegar al umbral de una antigua orden druídica. Aunque bien pensado, por qué no. Estamos en el siglo XXI. Llegar y encontrarse con un grupo de tipos viejos con túnicas marrones resultaría igualmente extraño.

—Jestine os llevará —contesta Gideon—. Ella conoce el camino.

Las preguntas rondan por mi mente y se deslizan a toda velocidad hacia la fantasía y la conjetura. Imagino el posible aspecto de los miembros de la Orden. A Anna, mientras trato de agarrarla a través de una puerta abierta entre dimensiones. Se interpone la cara de madera de la marioneta, con las letras negras talladas apareciendo ante mis ojos como la escena más terrorífica de una película de terror.

—Teseo.

Levanto la mirada. Gideon tiene ahora la espalda recta, y la maleta está cerrada.

—Yo nunca habría optado por esto —se exculpa—. Pero en el momento en que viniste, me ataste las manos.

—Es una prueba, ¿verdad? —le pregunto, y Gideon baja los ojos—. ¿Cómo es de dura? ¿Qué nos espera mientras tú te quedas en el vagón de un tren privado, o en el asiento trasero de un Rolls, dando instrucciones al conductor? —parece que le da lo mismo. De hecho, se pone a dar cuerda a su reloj de bolsillo—. ¿Ni siquiera estás preocupado por Jestine?

Gideon coge la maleta.

—Jestine —exclama con reticencia mientras pasa a mi lado—. Jestine sabe cuidarse sola.

—No es tu sobrina, ¿verdad? —pregunto bajito. Gideon se detiene justo antes de abrir la puerta corredera—. Entonces, ¿quién es? ¿Quién es en realidad?

—¿Es que todavía no lo has adivinado? —me pregunta—. Es la chica a la que ellos han entrenado para sustituirte.

\*\*\*

—Esta salchicha está increíble —dice Thomas con la boca llena.

—Embutido —le corrige Jestine—. Nosotros lo llamamos embutido.

—¿Y por qué demonios lo llamáis así? —pregunta Thomas con expresión asqueada, aunque se traga el resto.

—No lo sé —se ríe Jestine—. Porque sí.

Apenas los estoy escuchando. Me meto cosas en la boca mecánicamente, tratando de no mirar a Jestine. La manera en que sonrío, su risa fácil, cómo ha logrado ganarse a Thomas a pesar de sus sospechas, todo eso se yuxtapone a las palabras de Gideon. Quiero decir que es... agradable. No nos ha ocultado nada, no nos ha mentado. Ni siquiera ha actuado como si valiera la pena molestarse en mentarnos. Y parece preocuparse por Gideon, aunque resulta obvio que es leal a la Orden.

—Estoy hasta arriba —exclama Thomas—. Voy a darme una ducha —se aparta de la mesa y vacila con expresión avergonzada—. Pero primero te ayudaré a recoger.

Jestine se ríe.

—Vete —le anima, y aparta la mano de Thomas de su plato—. Cas y yo podemos fregar los cacharros.

Después de cerciorarse de que lo dice en serio, se encoge de hombros al tiempo que me mira y sube las escaleras dando brincos.

—No parece muy preocupado por nada de esto —observa Jestine mientras recoge los platos y los lleva al fregadero. Y tiene razón. No lo está—. ¿Thomas es siempre tan... temerario? ¿Cuánto tiempo lleva contigo?

¿Temerario? Nunca había considerado a Thomas un temerario.

—Un tiempo —respondo—. Tal vez se esté acostumbrando.

—¿Te has acostumbrado tú?

Suspiro y me levanto para colocar las mermeladas y las jaleas de nuevo en la nevera.

—No. En realidad, no llegas a acostumbrarte.

—¿Cómo es? Me refiero a si estás siempre asustado —me da la espalda mientras me hace preguntas. Mi sustituta me está sonsacando información. Como si fuera a aconsejarla o a entrenarla antes de que pasen mis últimas dos semanas. Me mira por encima del hombro, expectante.

Respiro hondo.

—No. No es exactamente estar asustado. Te mantiene alerta. Supongo que es un poco como limpiar la escena del crimen. Solo que interactivo.

Jestine se ríe entre dientes. Se ha recogido el pelo hacia atrás para alejarlo del fregadero, y le cuelga a lo largo de la espalda como una larga cuerda de un dorado rojizo. Me recuerda el aspecto que tenía la noche que llegamos aquí, cuando saltó sobre nosotros. Tal vez tenga que acabar con esta chica.

—¿A qué viene esa sonrisa? —me pregunta.

—A nada —respondo—. ¿Es que no sabes ya cosas de los fantasmas? La Orden debe de habértelas enseñado.



—Supongo que he visto una buena cantidad de ellos. Estoy lista para defenderme, si me atacan —enjuaga una taza de café y la coloca en el escurrerplatos—. Pero no como tú —sus manos se sumergen de nuevo en el agua jabonosa, y lanza un grito.

—¿Qué pasa?

—Me he cortado en un dedo —murmura, y lo levanta. Tiene un corte entre el primer nudillo y el segundo, y la sangre de color rojo brillante se mezcla con el agua, chorreando por su palma—. El plato de la mantequilla se ha desportillado. No es nada; el agua hace que parezca más.

Lo sé, pero aun así cojo un trapo y se lo envuelvo alrededor del dedo, presionándolo. Siento su pulso a través de la delgada tela mientras el corte palpita.

—¿Dónde están las tiritas?

—No es para tanto —me asegura—. Dejará de sangrar en un minuto. Aunque tal vez deberías acabar tú con los platos —sonríe—. No quiero que me escueza.

—Claro —respondo, y le devuelvo la sonrisa. Inclina la cabeza para rozar el corte con los labios y soplarlo, y me llega su perfume. Estoy todavía medio sujetando su mano.

De repente, suena el timbre de manera estridente; me aparto bruscamente y estoy a punto de arrancarle el paño. No sé por qué, pero durante un segundo, mi cerebro ha creído que podría ser Anna, y que aporrearía la puerta hasta echarla abajo con los puños cubiertos de venas negras, dispuesta a pillarme con los pantalones bajados. Pero solo estábamos fregando los cacharros. Y mis pantalones están firmemente sujetos.

Jestine sale a abrir la puerta y yo meto las manos en el agua jabonosa, tratando de pescar con cuidado el plato de la mantequilla roto. No me interesa en absoluto quién haya llamado. Lo único que importa es que no sea Anna, y aunque lo fuera, soy completamente inocente, y únicamente estoy restregando la sartén de los huevos. Pero Jestine empieza a elevar el tono de su voz, y le responde una chica. En la nuca se me erizan pelos que nunca imaginé que tuviera. Me estiro hacia atrás para echar un vistazo desde la esquina, justo a tiempo de ver a Carmel irrumpiendo en el recibidor.

—¿Le arrastras al otro lado del mundo? —protesta Carmel, dando golpecitos de indignación con el pie—. ¿Donde no tiene contactos ni ventaja? ¿Metiéndole en quién sabe qué infierno? —entorna los ojos—. Me prometiste que cuidarías de él.

—De hecho, Carmel, te dije...

—¡Oh, no me importa lo que dijeras!

—De todos modos, ¿cómo nos has encontrado? —le pregunto, y ella por fin toma aire. Ha entrado como un torbellino, como un terremoto con botas hasta la rodilla, y todo se ha detenido haciendo un derrape. Oigo cómo se para la ducha de manera abrupta en el piso de arriba. Espero que Thomas no resbale y se abra la cabeza en su precipitación por bajar. Y espero que se acuerde de envolverse con una toalla.

—Morfran me lo dijo —responde Carmel—. Tu madre me lo dijo —su voz mantiene un fragor constante, sin que aumente ni disminuya. Sus ojos se detienen en mis manos, estudiando mis mangas subidas y los retazos de espuma de jabón que gotean sobre el suelo. Debe de resultar una escena doméstica muy pintoresca. Nada que ver con el torrente de peligros que ella esperaba. Me limpio la espuma en los laterales de los vaqueros.

Jestine se desliza desde atrás, con cuidado de no darle la espalda a Carmel, a quien no conoce. Sus movimientos reflejan también tensión, como si estuviera preparada para saltar. Quienquiera que la instruyera, lo hizo bien. Se mueve como yo y es dos veces más desconfiada. Llamo su atención y sacudo la cabeza. Carmel no necesita ser recibida igual que nosotros, con Jestine salmodiando maleficios y arrebatándole el aire de los pulmones.

—Me aseguró que os conocía —dice Jestine—. Supongo que será verdad.

—Por supuesto que sí —exclama Carmel, echando un vistazo a Jestine mientras se coloca a mi lado. Alarga la mano—. Soy Carmel Jones. Amiga de Thomas y Cas —cuando se estrechan la mano, mi estómago se relaja. Jestine solo muestra curiosidad y la hostilidad de Carmel está dirigida hacia mí. Es extraño, pero mi instinto me decía que se llevarían casi como una serpiente y una mangosta.

—¿Me pasas tu bolso? —le pregunta Jestine, señalando el grandísimo bolso de viaje de Carmel, uno blanco y de diseño con cierres de cremallera enjorjados.

—Claro —responde Carmel, y se lo acerca—. Gracias.

Nos miramos el uno al otro con templanza hasta que Jestine está en el piso de arriba, fuera del alcance de nuestras palabras. Resulta verdaderamente difícil mantener la expresión seria. Carmel muestra su mejor rostro enfadado-frustrado, pero en realidad quiere abrazarme, estoy seguro. En vez de eso, me empuja con tal fuerza que me tambaleo y caigo sobre el brazo del sofá.

—¿Por qué no me dijiste que veníais aquí? —me pregunta.

—Tenía la ligera impresión de que no querías saberlo.

Contrae el rostro.

—No quería saberlo.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Los dos miramos hacia arriba. Thomas está de pie en medio de la escalera. Ha bajado en absoluto silencio. Yo esperaba cierto atropello. Casi que rodara y acabara a nuestros pies, con champú en el pelo y en cueros. Observo atentamente la expresión de Carmel cuando le ve. Refleja la misma felicidad que cualquiera que sabe que no tiene derecho a estar feliz.

—¿Podemos hablar? —pregunta ella. El pulso se acelera en su cuello cuando Thomas frunce los labios, pero ambos le conocemos. No permitiría que haya atravesado un océano simplemente para darle la espalda.

—Fuera —responde él, y se abre paso entre nosotros en dirección a la puerta. Carmel le sigue y yo escudriño a través de varias ventanas, estirando el cuello y vigilando su avance mientras rodean la casa.

—Vaya lío que hay ahí —me dice Jestine al oído, y pego un respingo. Este lugar permite a la gente acercarse sigilosamente con demasiada facilidad—. ¿Vendrá ella con nosotros?

—Creo que sí. Espero que sí.

—Entonces espero que arreglen sus asuntos. Lo último que necesitamos es melodrama y angustia y gente tomando decisiones estúpidas —cruza los brazos y regresa a la cocina para terminar de limpiar los restos del desayuno.

Probablemente debería preguntarle a Jestine que a qué se refiere, a qué vamos a enfrentarnos, pero Thomas y Carmel han desaparecido de mi campo de visión. La idea de que Carmel esté aquí me marea. Es algo casi surrealista, un inesperado pedazo de Thunder Bay añadido a la fotografía. Después de lo que me dijo aquel día en mi habitación, pensé que había desaparecido para siempre. Había tomado una decisión, llevar la vida que Thomas y yo no íbamos a disfrutar. Pero mientras regreso a la cocina detrás de Jestine, noto un gran alivio en el pecho, y alegría también, de que esta cosa de la que yo no puedo escabullirme tampoco resulte fácil de abandonar.

Después de recorrer todas las ventanas, consigo atisbarlos a través de la que está más al oeste, una que mira hacia el jardín trasero, si me inclino lo suficiente hacia la izquierda. La escena refleja bastante tensión; miradas directas a los ojos y manos abiertas. Pero, mierda, no puedo leerles los labios.

—Pareces una vieja —bromea Jestine—. Limpia la huella de tu nariz del cristal y ayúdame con los platos —me coloca el estropajo en la mano—. Tú friegas. Yo seco.

Frotamos en silencio durante un minuto y la sonrisa de su boca se amplía cada vez más. Supongo que piensa que estoy tratando de escuchar lo que dicen Carmel y Thomas.

—Deberíamos salir por la mañana —dice Jestine—. Tenemos que hacer un largo trayecto en tren y luego una buena caminata. Serán dos días de viaje sin parar.

—¿De viaje adónde, exactamente?

Alarga la mano para coger un plato.

—No hay ningún *exactamente*. La Orden no está señalada con un punto en ningún mapa. Está en algún lugar en las tierras altas escocesas. Las tierras altas occidentales, al norte del lago Etive.

—¿Así que ya has estado allí? —tomo su silencio por una afirmación—. Ponme al día. ¿Qué vamos a encontrarnos?

—No lo sé. Un montón de pinos y tal vez un par de pájaros carpinteros.

¿Ahora es cuando no me parece de fiar? El enfado asciende por mis brazos, empezando en el agua caliente de fregar y terminando en mi mandíbula apretada.

—Detesto fregar —exclamo—. Y detesto la idea de vagar por Escocia detrás de alguien a quien apenas conozco. Van a ponerme a prueba. Al menos podrías decirme cómo.

Su rostro se muestra entre sorprendido e impresionado.

—Vamos —continúo—. Está bastante claro. Si no, ¿por qué no nos hemos ido con Gideon? Así que, ¿de qué se trata? ¿Se supone que no debes contármelo?

—Te gustaría eso, ¿verdad? —dice ella, y tira el paño sobre la encimera—. Eres tan transparente —se inclina hacia mí, escrutándome—. El reto te excita. Y también la confianza de saber que lo superarás.

—Corta el rollo, Jestine.

—No es ningún rollo, *Teseo Casio*. No puedo decírtelo porque no lo sé —aparta la mirada—. Tú no eres el único al que van a poner a prueba. Somos iguales, tú y yo. Sabía que sería así. Solo que ignoraba cuánto.

\*\*\*

Thomas y Carmel regresan después de una hora y me encuentran desplomado en el sofá del salón de Gideon, cambiando entre la BBC 1 y la BBC 2. Entran arrastrando los pies y se sientan, Carmel a mi lado y Thomas en una silla. Parecen extrañamente, incómodamente reconciliados, como con una especie de maquillaje que no se ha llegado a fijar. Carmel es la que parece más abatida, aunque podría deberse únicamente al desfase horario.

—¿Entonces? —pregunto—. ¿Volvemos a ser una gran familia feliz? —los dos me miran amargamente. No ha salido como yo esperaba.

—Creo que estoy a prueba —responde Carmel. Echo una ojeada a Thomas. Parece feliz, pero cauteloso. Eso está bien. Su confianza fue traicionada. Por mi cerebro rondan frases extrañas. Me apetece cruzar los brazos y decir cosas como:

«¡No os reconciliéis si no va a durar!». Pero seguramente Carmel ya haya escuchado todo eso de Thomas. Yo no era el novio. No sé por qué siento que debería tener también la oportunidad de gritarla.

Por Dios. Me he convertido en lo que llaman el tercero en discordia.

—¿Cas? ¿Algo va mal? —Thomas tiene el ceño fruncido.

—Nos vamos mañana —respondo—. A conocer a la Orden del Bla Bla Bla.

—¿La Orden del qué? —pregunta Carmel, y como yo no le ofrezco ninguna explicación, lo hace Thomas. Le escucho a medias, me río entre dientes al oír su pronunciación, y añado datos triviales cuando me preguntan.

—El viaje va a ser una prueba —les explico—. Y no creo que sea la única —el comentario de Jestine sobre disfrutar de la emoción del reto sigue bullendo en mi interior. Disfrutarla. ¿Por qué habría de disfrutarla? Excepto que lo hago, más o menos, y exactamente por las razones que ella describió. Y ahora que lo pienso, resulta bastante morboso—. Oye. Vamos a dar un paseo —les propongo.

Se levantan e intercambian una mirada, captando mi tono siniestro.

—Que sea un paseo corto, ¿vale? —murmura Carmel—. No sé en qué estaba pensando cuando me puse estas botas para viajar en avión.

Fuera, el sol ha salido y el cielo aparece despejado. Nos dirigimos hacia la arboleda para poder hablar sin tener que entrecerrar los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunta Thomas cuando nos detenemos.

—Gideon me dijo algo antes de marcharse. Algo sobre la Orden y Jestine —arrastró los pies. Aún parece imposible—. Me dijo que la estaban entrenando para sustituirme.

—Sabía que no debías confiar en ella —exclama Thomas, y se vuelve hacia Carmel—. Lo supe desde el instante en que le lanzó aquella maldición en el callejón.

—Oye, porque la hayan preparado para el puesto no significa que vaya a tratar de robármelo. Jestine no es el problema. Podemos confiar en ella —evidentemente, Thomas piensa que soy un imbécil. Carmel se reserva el juicio—. Creo que podemos. Más vale que podamos. Mañana va a guiarnos a través de las tierras altas escocesas.

Carmel ladea la cabeza.

—No tienes por qué usar ese tonillo cuando dices «tierras altas escocesas». Sabes tan bien como nosotros que esto no es una broma. ¿Quién es esa gente? ¿En qué nos estamos metiendo?

—No lo sé. Esa es la cuestión. Aunque no esperéis que se alegren de verme —en absoluto. Continúo pensando en las palabras de Jestine cuando salimos de la capilla de la Torre de Londres, en la reverencia con la que mira el *áthame*. Para esta gente, he cometido un sacrilegio.

—Si quieren que Jestine te releve, ¿qué supone eso para ti? —pregunta Carmel.

—No lo sé. Cuento con que su respeto hacia el *áthame* se extienda, al menos en

parte, al linaje original del guerrero —miro a Thomas—. Pero cuando descubran lo que pretendo hacer con Anna, se opondrán. No vendría mal tener la red vudú de Morfran bajo la manga.

Él asiente con la cabeza.

—Se lo diré.

—Y después de que lo hagas, deberíais quedaros aquí los dos. Esperándome en casa de Gideon. Él me cubrirá las espaldas. No quiero que os impliquéis en esto.

Se quedan pálidos. Cuando Carmel desliza su mano hacia la de Thomas, veo que le tiembla.

—Cas —dice ella con suavidad, y me mira directamente a los ojos—. Cállate.

El trayecto en tren me resulta largo. Lo cual no tiene sentido. Debería parecerme breve y que acaba demasiado pronto, debería tener los nervios de punta, estar preguntándome qué demonios voy a encontrarme en el extremo opuesto de la vía. Los sermones de advertencia de mi madre, de Morfran, de Gideon van y vienen entre mis oídos. También escucho a mi padre, diciéndome como siempre solía hacer que no hay ninguna excusa para no estar asustado. Aseguraba que el miedo te mantiene alerta, aferrado incondicionalmente a tu vida. Latidos rápidos para mantener esa fuerza motora fresca en la mente. Tal vez sea el único de sus consejos que he desechado. Ya soporté bastante miedo en los años posteriores a su asesinato. Y además, cuando pienso en su muerte, no me gusta creer que murió asustado.

Fuera, no hay nada aparte de espacios verdes bordeados de árboles. El paisaje sigue siendo pastoril, y si viera un carro circulando por uno de los prados, ni pestañearía. Hay tanto campo que podría continuar para siempre. La ciudad no tardó en desvanecerse a nuestras espaldas después de que abandonáramos la estación de King's Cross.

Estoy sentado al lado de Jestine, que ha cerrado el pico y está tensa como un arco. Supongo que esto será lo que ha estado esperando toda su vida. Sustituirme. La idea se me aferra a la garganta. Y si me piden eso, ¿lo haré? Si ese es el precio por salvar a Anna, si llegamos allí y lo único que quieren a cambio es que les entregue educadamente el *áthame* de mi padre, ¿se lo daré? No estoy seguro. Nunca pensé que dudaría.

A otro lado del compartimento, Carmel y Thomas van juntos. Hablan un poco, pero la mayor parte del tiempo miran por la ventana. Desde que Carmel llegó, parece que estuviéramos actuando, tratando de recuperar nuestra antigua dinámica cuando resulta obvio que ha quedado alterada. Pero seguiremos intentándolo, hasta que lo consigamos.

Mi mente vaga hasta concentrarse en Anna, y su imagen golpea con tal fuerza mis sentidos que casi puedo ver su reflejo en la ventana. Me resisto todo lo que puedo a parpadear y dejar de verlo.

—¿Por qué no quieres pensar en ella? —me pregunta Thomas, y doy un respingo. Ahora está sentado detrás de mí, inclinado sobre el hueco que hay entre los asientos. Estúpido ruido del tren. Carmel se ha estirado sobre las butacas y a mi lado, Jestine se ha quedado dormida también, acurrucada sobre su bolsa de viaje.

—Ella es la razón de todo esto —dice Thomas—. Entonces, ¿a qué viene tanta culpa?

Le miro con los ojos entrecerrados. Logra colarse en mi mente en los momentos más inoportunos.

—Carmel va a tener una vida insufrible.

—Carmel ha descubierto cómo bloquearme, casi siempre —se encoge de hombros—. Tú, no tanto. ¿Entonces?

—No lo sé —suspiro—. Porque cuando lo hago, olvido un montón de mierda.

—¿Como qué?

Thomas sabe que no quiero hablar realmente de esto. Apenas puedo ordenarlo dentro de mi cabeza.

—¿Y si pienso de manera aleatoria en todas las estupideces que se me pasan por la cabeza y tú les buscas el sentido?

—¿Si quieres provocarme una hemorragia nasal imparable? —me sonrío—. Simplemente... habla.

Como si fuera lo más sencillo del mundo. Las palabras se han formado en mi garganta, así que como abra la boca voy a estar vomitándolas quién sabe cuánto tiempo.

—Bien. Por un lado, el hechicero *obeah*. Si estoy en lo cierto, se encuentra allí también. Y todos recordamos lo fácilmente que me pateó el culo la última vez. Ahora se lo ha pateado incluso a Anna. Por otro, ¿en qué clase de mierda maquiavélica va a involucrarme la Orden? Jestine dijo que habría un precio, y no tengo ninguna duda al respecto. Y luego está la prueba hacia la que todos estamos corriendo a ciegas.

—No tenemos elección —responde Thomas—. El reloj avanza. La prudencia se ha convertido en un lujo.

Resoplo. Asumo que la prudencia sea un lujo para mí. Sé lo que estoy dispuesto a pagar. Pero Thomas y Carmel no forman parte de esto, aunque podrían verse arrastrados de todas maneras.

—Oye —dice Thomas—. La situación está negra. Tal vez incluso tanto como el alquitrán, si quieres ponerte realmente dramático —sonrío—. Pero no te sientas culpable por estar entusiasmado de verla otra vez. *Yo estoy* entusiasmado de verla otra vez.

Sus ojos no albergan la más mínima duda. Está absolutamente seguro de que el plan se desarrollará según lo previsto, y que todo acabará con arcoíris y ollas de oro. Es como si hubiera olvidado por completo cuántas personas acabaron muertas el otoño pasado.

\*\*\*

Cambiamos de tren en Glasgow y por fin desembarcamos en el lago Etive, una extensa masa de agua azul que refleja el cielo con una escalofriante quietud. Cuando cogimos el transbordador hacia la orilla norte, no pude dejar de pensar en la profundidad existente bajo el barco, ni desechar la idea de que el reflejo del cielo y



las nubes estaba ocultando un mundo lleno de oscuridad, cuevas y cosas nadando. Me alegra haberlo cruzado, estar en tierra firme. Hay musgo, y humedad en el aire que me limpia los pulmones. Pero incluso ahora siento el lago sobre mis hombros, silencioso y siniestro como las mandíbulas abiertas de una trampa. Prefiero con creces el lago Superior, con sus olas y su cólera. Su violencia no permanece oculta.

Jestine ha mantenido el teléfono a mano. Lo ha estado mirando de vez en cuando por si recibía algún mensaje de Gideon, aunque en realidad no espera ninguno.

—En el norte la cobertura de móvil es irregular —nos explica.

Ahora lo cierra e inclina el cuello hacia atrás, lo gira, estirándose después de dormir durante horas en el tren hecha un cuatro. Lleva el pelo suelto sobre los hombros. Vamos todos vestidos de forma cómoda, con varias capas de ropa, calzado deportivo y mochilas a la espalda, aparentando ante todo el mundo ser senderistas de excursión por el campo, lo que supongo que es bastante habitual. Lo único que nos distingue son nuestras expresiones nerviosas y contraídas. Entre nosotros fluyen unas intensas vibraciones de extraños en tierra extraña. Yo estoy acostumbrado a encontrar rápidamente mi lugar en los sitios nuevos. Dios sabe que me he mudado suficientes veces. Aunque, tal vez, echar raíces en Thunder Bay me haya convertido en un flojo. Tener que confiar en Jestine para todo tampoco resulta fácil, pero no hay alternativa. Al menos está consiguiendo de manera aceptable alejar las mentes de Thomas y Carmel de lo que nos espera contándoles originales leyendas locales. Habla de héroes antiguos y sabuesos leales, y sobre el tipo de *Braveheart* y dónde organizaba sus encuentros. Cuando nos arrastra dentro de un *pub* para comer patatas fritas y hamburguesas, me doy cuenta de que también ha distraído mi mente de todo.

—Me alegro de que hayáis arreglado las cosas —dice Jestine mirando a Carmel y Thomas, que están sentados al otro lado de la mesa—. Hacéis muy buena pareja.

Carmel sonrío y se arregla el pelo, recogido en una informal coleta.

—Qué va —responde, y le da un golpecito a Thomas con el hombro—. Es demasiado guapo para mí. Thomas hace una mueca, le coge la mano y se la besa. Desde que se han reconciliado, estoy dispuesto a permitir que este asunto de las muestras de afecto en público empeore.

Jestine sonrío y respira hondo.

—Podríamos pasar la noche aquí y continuar por la mañana. Tienen habitaciones para alojarse en el piso de arriba y mañana nos espera una larga caminata —alza las cejas en dirección a Thomas y Carmel—. ¿Cómo queréis que nos repartamos? ¿Vosotros dos y nosotros dos? ¿O chicos en una habitación, y chicas en la otra?

—Los chicos en una —respondo rápidamente.

—Vale. Vuelvo en un minuto —Jestine se levanta para hacer las gestiones, dejándome con mis boquiabiertos amigos.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta Carmel.

—¿A qué ha venido el qué?

Como de costumbre, hacerme el tonto no me conduce a ninguna parte.

—¿Ha pasado algo? —hace un gesto con la cabeza en dirección a Jestine—. No —responde a su propia pregunta. Pero observa a Jestine, considerando lo atractiva que es.

—Por supuesto que no —aseguro yo.

—Por supuesto que no —repite Thomas—. Aunque —añade, entornando los ojos—, Cas tiene debilidad por las chicas que pueden patearle el culo.

Me río y le tiro una patata frita.

—Jestine no me pateó el culo. Y además, ¿como si Carmel no pudiera pateártelo a ti?

Sonreímos y retomamos la comida con un estado de ánimo más relajado. Sin embargo, cuando Jestine regresa a la mesa, evito mirarla, solamente para dejar clara la cuestión.

\*\*\*

Tengo los ojos abiertos en la oscuridad. No hay verdadera luz en la habitación, solo unos suaves y fríos reflejos azulados entrando por la ventana. Thomas está roncando en la cama junto a la mía, aunque no como si estuviera serrando un tronco o algo así. No ha sido él quien me ha despertado. Tampoco una pesadilla. No siento adrenalina en la sangre, ni nerviosismo en la espalda o las piernas. Susurros. Recuerdo susurros, aunque no puedo distinguir si se trataba de sonidos que procedían del sueño o la vigilia. Mis ojos se dirigen hacia la ventana, hacia el lago. Pero no es eso. Por supuesto que no. Ese lago no va a abandonar sus orillas ni a deslizarse hasta aquí detrás de nosotros, independientemente de cuántas cosas haya arrastrado y ahogado en sus profundidades.

Probablemente sean los nervios. Pero a pesar de eso, mis piernas se arrastran fuera de la cama, me pongo los vaqueros y saco el *áthame* de debajo de la almohada. *Sigue tu instinto* es el credo que mejor me ha funcionado, y mi instinto me dice que hay una razón por la que me he despertado de repente en medio de la noche. Y estoy despierto de verdad, absolutamente despierto. Ni siquiera me estremezco al sentir el frío seco del suelo contra mis pies desnudos.

Cuando abro la puerta de nuestra habitación, el pasillo está en silencio. Es algo que casi nunca sucede; siempre hay algún sonido de algún tipo viniendo de alguna parte: el crujido del edificio sobre sus cimientos, el zumbido distante de una nevera en marcha. Pero justo ahora no se escucha nada, y parece como un manto.

No hay suficiente luz. No importa cuánto abra los ojos, pues son incapaces de absorber la claridad necesaria para distinguir algo, y solo recuerdo vagamente la

distribución del pasillo de cuando subimos a nuestras habitaciones. Giramos dos veces a la izquierda. Carmel y Jestine continuaron más hacia el fondo; la puerta de su habitación estaba a la vuelta de la esquina. El *áthame* se agita en mi palma; la madera se desliza sobre mi piel.

Alguien grita y salgo corriendo hacia el sonido. Carmel me está llamando. Luego de repente se calla. Cuando su voz se corta, mi adrenalina alcanza su nivel máximo. Estoy en su puerta abierta en dos segundos, entornando los ojos frente a la luz de la lamparita de Jestine.

Carmel está fuera de la cama, apretujada contra la pared. Jestine continúa bajo las sábanas, pero sentada. Sus ojos están fijos en el extremo opuesto de la habitación, sus labios se mueven rápidamente mientras articulan un cántico en gaélico, y su voz surge uniforme e intensa de su garganta. Hay una mujer de pie en el centro de la habitación con un largo camisón blanco. Unas greñas de pelo rubio blanquecino serpentean sobre sus hombros y por su espalda. Obviamente está muerta, y tiene la piel más púrpura que blanca y unas profundas marcas parecidas a arrugas, solo que no es mayor. Su piel está plegada, como si la hubieran dejado descomponerse en una bañera.

—Carmel —susurro al tiempo que alargo la mano. Ella me oye, pero no reacciona; tal vez esté demasiado impresionada para moverse. La voz de Jestine sube progresivamente de volumen y el fantasma se eleva del suelo. Enseña sus dientes amarillentos; la mujer está cada vez más y más cabreada. Cuando empieza a revolverse, lanza agua putrefacta por todas partes. Carmel chilla y se cubre la cara con el brazo.

—¡Cas! No voy a poder sujetarla mucho más —exclama Jestine, y en el momento en que lo hace, el hechizo pierde su fuerza y el fantasma se abalanza hacia la cama.

No lo pienso; simplemente lanzo el cuchillo. Abandona mi mano y se clava en su pecho con un sonido seco, como si acabara de impactar contra el tronco de un árbol. La deja en el sitio.

—¿Qué pasa? —pregunta Thomas, chocándose con mi espalda y empujándome al pasar para llegar hasta Carmel.

—Buena pregunta —respondo yo, y entro en la habitación para poder cerrar la puerta. Jestine se inclina sobre el borde de la cama y mira fijamente el cuerpo. Antes de que pueda decirle algo tranquilizador, ella alarga la mano y lo empuja, girándolo boca arriba, con la empuñadura del *áthame* clavada de lleno en el pecho.

—¿No se supone que tendría que... desintegrarse o algo así? —pregunta Jestine, ladeando la cabeza.

—Bueno, algunas veces explotan —respondo yo, y ella se aparta rápidamente. Me encojo de hombros—. Hubo uno al que ya le habían destripado, pero cuando clavé el *áthame* en lo que le quedaba, sus entrañas... reventaron. No en trocitos

pequeños ni nada por el estilo.

—¡Aj! —Jestine hace una mueca.

—Cas —dice Carmel, y cuando la miro, sacude la cabeza. Me callo, pero si esperaba delicadeza, entonces no debería haber regresado. Me acerco al fantasma. Ya no se le ven los ojos; o han desaparecido o se han caído dentro del cráneo. A pesar de la repugnancia inherente a una piel púrpura y putrefacta, y de la manera en que brilla como si la acabaran de sacar del agua, no es peor que otras cosas que haya visto. Si esto es lo que la Orden considera una prueba, me he estado preocupando en exceso. Vacilante, toco el fantasma con la punta del pie. Ahora es simplemente un cascarón corpóreo. Se degradará como le corresponda, y si no lo hace, supongo que podremos bajarlo a cuevas y tirarlo al lago.

—¿Qué ha pasado? —pregunto a Jestine.

—Ha sido raro —responde ella—. Estaba dormida, y de repente ya no. Había algo moviéndose por la habitación. Estaba inclinado sobre la cama de Carmel —hace un gesto con la cabeza hacia Carmel, que sigue de pie junto a la puerta, con el brazo de Thomas alrededor de los hombros—. Así que empecé a salmodiar.

Miro a Carmel en busca de confirmación, pero se encoge de hombros.

—Cuando me desperté, lo vi al lado de mi cama. Jestine estaba diciendo algo —se inclina hacia Thomas—. Sucedió todo bastante deprisa.

—¿Qué era ese cántico? —pregunta Thomas.

—Un hechizo de amarre en gaélico. Lo sé desde que era pequeña —se encoge de hombros—. No era lo que tenía planeado utilizar. Fue lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿A qué te refieres con que no era lo que tenías planeado utilizar? ¿Por qué pensaste que tal vez tendrías que utilizar algo? —le pregunto.

—Bueno, no pensé eso; no realmente. Solo sabía que este lugar estaba encantado. No estaba segura de si el fantasma aparecería. Simplemente dije unas cuantas palabras al cruzar el umbral, para atraerlo, y luego me fui a dormir con ese deseo.

—¿Estás jodidamente loca? —chilla Thomas. Alargo la mano, haciendo gestos para que mantenga la voz baja. Él aprieta los labios y me mira con los ojos desencajados.

—¿Lo hiciste a propósito? —pregunto a Jestine.

—Pensé que sería un buen entrenamiento —responde ella—. Y admito que tenía curiosidad. Me han enseñado cómo se utiliza el *áthame*, pero por supuesto nunca lo había visto.

—Pues la próxima vez que tengas curiosidad por algo, podrías avisar a tu compañera de habitación —suelta Carmel. Thomas la besa en lo alto de la cabeza y la abraza con más fuerza.

Bajo la mirada hacia el cadáver, preguntándome quién sería. Preguntándome si

sería un fantasma al que habría necesitado asesinar. Jestine se sienta con total tranquilidad a los pies de la cama. Me gustaría estrangularla, gritarle hasta que le reventaran los oídos que no se debe poner a la gente en peligro. En vez de eso, alargo la mano para recuperar el *áthame*. Cuando mis dedos se cierran en torno al mango, vacilan, y mi estómago da un pequeño vuelco al tener que dar un tirón para sacar la hoja del hueso.

El cuchillo sale, cubierto por una ligera capa de sangre púrpura. Tan pronto como la punta de la hoja está fuera, la herida se agranda, enrollando la piel a capas, rasgando la tela sintética del camisón. La carne desaparece hasta que quedan solo los huesos, y luego estos se ennegrecen y se convierten en polvo; la descomposición total de músculos, tendones, ropa y pelo dura menos de cinco segundos.

—No vuelvas a poner a mis amigos en peligro jamás —le advierto. Jestine clava sus ojos en los míos, desafiante como de costumbre. Unos segundos después, asiente con la cabeza y pide disculpas a Carmel. Pero en esos escasos segundos he adivinado lo que estaba pensado. Que soy un hipócrita por decirle eso.

Trasladamos las cosas de las chicas a nuestra habitación, pero después de lo que ha pasado, nadie se vuelve a dormir. Thomas y Carmel se sientan juntos en la cama de él, acurrucados y sin decir mucho. Jestine se mete en mi cama, y yo paso las últimas horas hasta el amanecer junto a la ventana, sentado en una silla y contemplando la mancha negra del lago.

—Fue un lanzamiento magnífico —me dice Jestine en cierto momento, tratando tal vez de hacer las paces; dejo escapar una especie de sonido afirmativo gutural, sin estar dispuesto todavía a dirigirle la palabra. Tengo la sensación de que se habría quedado dormida de nuevo, pero también de que la culpabilidad no se lo permite, viendo lo sobresaltada que está Carmel. Tan pronto como hay suficiente luz, empezamos a prepararnos.

—Ya está pagado —dice Jestine, empujando el pijama dentro de la mochila—. Supongo que podríamos dejar las llaves sin más en el bar y marcharnos.

—¿Estás segura de que llegaremos esta noche adonde está la Orden? —pregunta Carmel, contemplando por la ventana la extensión de bruma y árboles. Ahí fuera hay absoluta oscuridad y nada más, y da la sensación de que pudiera durar para siempre.

—Ese es el plan —responde Jestine; y nos cargamos las mochilas a la espalda.

Bajamos las escaleras, haciendo el menor ruido posible. Aunque supongo que no es necesario, teniendo en cuenta el alboroto que armamos a las tres de la madrugada. Supuse que se encenderían todas las luces y que la mesonera abriría de golpe la puerta con un bate de béisbol en la mano. Solo que en este país no juegan al béisbol. Entonces tal vez habría aparecido con un palo de críquet, o una rama larga, no sé.

Al final de la escalera, me vuelvo y extendiendo la mano para que me pasen los dos juegos de llaves. Los dejaré cerca de la caja registradora.

—Espero que anoche no se rompiera nada.

La voz es tan inesperada que Thomas resbala los últimos escalones y Carmel y Jestine tienen que sujetarle. Es la propietaria de la posada, una mujer corpulenta con el pelo gris oscuro y una camisa de cambray. Está detrás de la barra del bar, mirándonos fijamente mientras seca vasos con un paño blanco.

Me acerco al bar y le alargó las llaves.

—No —respondo—. No se rompió nada. Siento si la despertamos. Nuestra amiga tuvo una pesadilla y los demás reaccionamos de manera exagerada.

—Que reaccionasteis de manera exagerada —repite ella, alzando una ceja. Cuando coge las llaves, lo hace bruscamente, prácticamente arrebatándomelas de la mano. Su voz es un gruñido grave y áspero; tiene un fuerte acento, y el palillo que sobresale por una de las comisuras de su boca no facilita nada el poder entenderla—. Debería cobraros otra noche de alojamiento —añade—. Por los esfuerzos adicionales

que vamos a tener que hacer a partir de ahora.

—¿Esfuerzos adicionales? —pregunto yo.

—Todas las posadas escocesas necesitan un fantasma —responde ella, soltando un vaso y empezando con otro—. Una historia para los turistas. Unas cuantas pisadas recorriendo los pasillos vacíos por la noche —levanta los ojos hacia mí—. Supongo que a partir de ahora tendré que encontrar alguna manera de hacerlo yo misma.

—Lo siento —me disculpo sinceramente. Me rechinan los dientes de las ganas que tengo de volverme y fulminar con la mirada a Jestine, aunque no serviría de nada. Ella solo me devolvería un parpadeo inocente, sin reconocer su error. No me gusta la idea de tener que seguirla por terreno desconocido. Especialmente porque es lo suficientemente inteligente para obligarme a romper mis propias reglas.

\*\*\*

—¿Qué demonios ha querido decir? —pregunta Thomas una vez que estamos fuera—. ¿Cómo lo ha sabido la posadera?

Nadie responde. No tengo ni idea. Este lugar es extraño. La gente te traspasa con una sola mirada, y tienen afinidad con la magia, como si todos fueran primos segundos lejanos de Merlín. La dueña de la posada era una mujer corriente, pero al hablar con ella daba la sensación de que estuvieras conversando con un *hobbit*. Ahora, en el exterior, incluso el frío en el aire resulta extraño, y las oscuras siluetas de los árboles parecen demasiado oscuras. Pero no tenemos otra opción que seguir a Jestine, y ella nos guía hacia una carretera mal pavimentada, donde llenamos las cantimploras en una fuente antes de continuar por un sendero de grava y guijarros a través del bosque.

Una vez que estamos en marcha y que el sol se alza en el cielo, resultando visible por fin a través de las copas de los árboles, las cosas parecen mejorar. No es una caminata dura, simplemente un sendero bien cuidado y unas cuantas colinas. Nos cruzamos con pequeños grupos de gente que regresan hacia el lago y más allá. Todos parecen animados, curtidos y normales, y van equipados con material de senderismo y gorras color caqui. Algunos pájaros y pequeños mamíferos se escabullen entre el sotobosque y las ramas, y Jestine señala algunos de los más vistosos. Cuando nos detenemos para almorzar fruta y barritas de cereales, incluso Carmel ha recuperado su color normal.

—Hay que seguir unas cuantas horas más por este camino y luego salirse de él y atravesar el bosque.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Tenemos que andar por el sendero durante medio día y luego deberíamos ver la señal —contesta Jestine.

—¿Qué señal?

Se encoge de hombros, y los demás intercambiamos una mirada. Carmel pregunta si se refiere a la Orden, pero yo sé que no es eso. Jestine no sabe cuál es la señal.

—Dijiste que habías estado aquí antes —le reprocho, y sus ojos se agrandan con inocencia—. Que conocías el camino.

—Yo no dije eso. He estado en la Orden antes, pero no sé exactamente cómo llegar, y desde luego no a pie —da un mordisco a una barrita de cereales. El crujido suena como huesos rompiéndose.

Hago memoria. De hecho, no lo dijo. Gideon aseguró que ella conocía el camino. Pero probablemente se refería a que se lo habían explicado, no a que lo hubiera hecho.

—¿Cómo puedes haber estado en la Orden y no saber dónde se encuentra? ¿No te has criado prácticamente allí? —le pregunto.

—Yo me crié con mis padres —responde ella, arqueando las cejas—. He estado en el complejo de vez en cuando. Pero siempre que he ido, ha sido con los ojos tapados.

Thomas y yo intercambiamos una mirada, simplemente para confirmar lo absurdo de la cuestión.

—Es la tradición —exclama Jestine al captar nuestra mirada—. No todos hemos roto con ella, ¿sabes? —no tengo que preguntar a qué se está refiriendo.

—En la posada la cagaste, Jestine.

—¿De verdad? Estaba muerta y el *áthame* la envió al otro lado —se encoge de hombros—. Es muy simple, en realidad.

—No es simple —replico yo—. Ese fantasma probablemente no hubiera hecho daño a ningún vivo en toda su vida después de la muerte.

—¿Y qué? No pertenece a este mundo. Está muerto. Y no me mires así, como si me hubieran lavado el cerebro. Tu moral no es la única que existe. Solo porque sea la tuya no quiere decir que sea la correcta.

—Pero ¿no te preguntas dónde podrían acabar? —pregunta Thomas, tratando de mantener la conversación dentro de unos límites razonables. Porque yo estoy a punto de hacerle un gesto con el dedo corazón a Jestine.

—El *áthame* los envía donde tienen que estar —responde ella.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿La Orden?

Jestine y yo nos miramos fijamente. Voy a conseguir que sea ella la que aparte los ojos primero. Aunque se me queden los globos oculares completamente secos.

—Esperad un segundo —interviene Carmel—. Volviendo a lo importante, ¿estáis diciendo que nadie sabe adónde vamos? —mira a su alrededor; nuestros rostros inexpresivos sirven de confirmación—. ¿Y se supone que vamos a dejar este sendero bien trazado para atravesar un bosque sin señalizar?



—Hay una marca —dice Jestine con tranquilidad.

—¿El qué, una bandera o algo así? A menos que haya una hilera de ellas a través de los árboles, no me quedaré tranquila —dirige los ojos hacia mí—. Tú miraste por la ventana esta mañana. Hay kilómetros de árboles. Y ni siquiera tenemos una brújula. Hay gente que muere así.

Tiene razón. Hay gente que muere así. Con más frecuencia de lo que nos gusta plantearnos. Pero Gideon sabe que vamos de camino. Si no aparecemos según lo previsto, enviará a alguien a buscarnos. Y además, mi intuición me dice que no podemos perdernos. Al mirar a Jestine, tengo la sensación de que ella piensa lo mismo. ¿Pero, cómo se lo explico a Carmel?

—Thomas, ¿has estado alguna vez en los Boy Scouts? —le pregunto, y él me mira con los ojos entrecerrados. Por supuesto que no—. Escuchad, si queréis, podéis regresar por el camino hasta la posada.

Thomas se pone tenso al escuchar mi sugerencia, pero Carmel se cruza los brazos sobre el pecho.

—Yo no voy a ninguna parte —replica con obstinación—. Solo pensé que merecía la pena mencionar que estamos haciendo una estupidez y que probablemente vayamos a morir.

—Lo apunto —respondo yo, y Jestine sonrío. Su sonrisa me tranquiliza. No me guarda rencor; puedes discrepar con ella sin convertirte en su enemigo. Desde que la conozco, he querido estrangularla la mitad del tiempo, pero eso me gusta.

—Deberíamos ponernos en marcha sin tardar —comenta Jestine—. Así no nos quedaremos sin luz.

\*\*\*

Después de otra hora y quién sabe cuántos kilómetros más, Jestine empieza a caminar más despacio. De vez en cuando, se detiene y mira hacia el bosque en todas direcciones. Cree que hemos caminado lo suficiente. Ahora se está poniendo nerviosa porque la señal no aparece. Cuando se para en la cresta de una pequeña colina, nos quitamos las mochilas y nos sentamos mientras ella otea el horizonte. A pesar de llevar un buen calzado y de estar en relativamente buena forma, nos sentimos cansados. Carmel se está frotando la corva de las rodillas mientras Thomas se restriega un hombro. Ambos están ligeramente pálidos, y sudorosos.

—Allí está —dice Jestine con un tono que implica que estaba segura de que la encontraría. Se vuelve hacia nosotros, triunfante, con un brillo travieso en los ojos. La veo al final del camino, en los árboles que bordean el sendero: es una cinta negra atada alrededor de un tronco, a unos cuatro metros del suelo.

—Hay que salirse del camino allí —nos explica—. Y en el extremo opuesto está

la Orden. Gideon me dijo que serían solo dos horas a través del bosque. Solo unos cuantos kilómetros más.

—Podemos hacerlo —les digo a Thomas y Carmel; ellos se levantan, miran la cinta y tratan de calmar su desasosiego.

—Al menos, el suelo del bosque estará más mullido —dice Thomas.

Jestine sonrío.

—Así es. Vamos.

—Es un bosque virgen —nos explica Jestine, después de que el paisaje cambie gradualmente de pradera y pinos a árboles de hoja caduca y troncos caídos cubiertos de musgo.

—Es precioso —dice Carmel, y tiene razón. Los árboles se elevan enormes sobre nuestras cabezas, y nuestros pies susurran sobre la cobertura de pequeños helechos y musgo. Todo lo que aparece ante nuestros ojos es verde o gris. Cuando se atisba algo de tierra, surge negra como el carbón. La luz se filtra a través de las hojas, rebota, se refleja sobre las suaves superficies, pintándolo todo de nitidez y claridad. Los únicos sonidos los producimos nosotros, ofensivos intrusos que se abren paso con sus rechinantes mochilas de lona y sus torpes pies.

—Mirad —exclama Thomas—. Un cartel.

Miro hacia arriba. Hay un letrero negro de madera clavado a uno de los troncos. Escrita con pintura blanca se lee la frase: *El mundo tiene muchos sitios hermosos*.

—Qué raro —dice Thomas, y nos encogemos de hombros.

—Suenan modesto. Como si supieran que su bosque es hermoso, pero no el *más* hermoso —comenta Carmel. Jestine sonríe al escucharla, pero mientras pasamos junto al cartel, algo empieza a palpar en el fondo de mi mente. Por mi cabeza revolotean ideas inconexas, imágenes inventadas de cosas que nunca he visto en realidad, como fotografías en un libro.

—Conozco este lugar —murmuro justamente cuando Thomas señala algo y dice —: Hay otro.

Esta vez el letrero reza: *Ten en cuenta el amor de tu familia*.

—Es un poco extraño —dice Carmel.

—No te parecería extraño, si supieras dónde estamos —respondo yo, y los tres me miran con expresión tensa. No sé en qué estaría pensando Gideon al enviarnos aquí. Cuando le vea en la Orden, tal vez le retuerza el pescuezo. Respiro hondo y presto atención a los sonidos; un absoluto montón de nada golpea mis oídos. Ni trinos de pájaros, ni carreras de patas de ardilla. Ni siquiera el sonido del viento. La densidad de la arboleda ahoga la brisa. Bajo la capa de aire limpio, mi nariz apenas lo detecta, mezclado con el olor a marga y vegetación en descomposición. Este sitio está impregnado de muerte. Es un lugar del que solo he oído hablar a charlatanes como Daisy Bristol, un lugar que ha quedado relegado a las historias de fuego de campamento.

Es el bosque de los Suicidas. Estoy atravesando el jodido bosque de los Suicidas con dos brujos y un cuchillo que lanza destellos a los muertos como un maldito faro.

—¿El bosque de los Suicidas? —chilla Thomas—. ¿Qué quieres decir con el «bosque de los suicidas»? —lo que, por supuesto, desencadena un estallido de

preguntas igualmente alarmadas por parte de Carmel, e incluso unas cuantas de Jestine.

—Quiero decir exactamente lo que parece —respondo, mirando con actitud sombría el inútil cartel pintado que apenas sirve para cambiar la decisión de nadie—. Aquí es donde viene la gente a morir. O, más exactamente, donde viene a suicidarse. Llegan de todas partes. Para inyectarse una sobredosis, o cortarse las venas o ahorcarse.

—Eso es terrible —dice Carmel. Se rodea con los brazos y se acerca a Thomas, que también se desliza hacia ella, con un tono de piel tan verdoso como el musgo—. ¿Estás seguro?

—Bastante.

—Bueno, pues es horrible. ¿Y lo único que tienen son esos miserables carteles? Debería haber... patrullas de vigilancia o... ayuda, o algo.

—Imagino que habrá patrullas —dice Jestine—. Solo que se dedicarán principalmente a retirar los cadáveres, no a evitar los suicidios.

—¿Que quieres decir con que te imaginas? —le pregunto—. No me digas que no sabías dónde nos estábamos metiendo. Si yo estaba en el otro lado del mundo y lo conocía, tú tenías que saberlo también, lo tienes en el jardín trasero.

—Por supuesto que había oído hablar de él —dice ella—. A las chicas de la escuela y en otras situaciones similares. Nunca pensé que existiera de verdad. Era como la historia de la niñera que contesta al teléfono y las llamadas se las han hecho desde dentro de la casa. O como el hombre del saco.

Thomas sacude la cabeza, pero no hay ninguna razón para no creerla. El bosque de los Suicidas no es algo a lo que la policía quiera que se dé publicidad. Eso provocaría que más gente viniera a suicidarse.

—No quiero atravesarlo —anuncia Carmel—. Es solo que... no me parece bien. Vamos a rodearlo.

—No hay forma de rodearlo —asegura Jestine. Pero, por supuesto, tiene que haberla. El bosque de los Suicidas no puede estar rodeado por un espacio vacío—. Tenemos que atravesarlo. Si no, podríamos perdernos, y tenías razón cuando dijiste que había kilómetros y kilómetros de bosque donde morir. No me gustaría terminar como un cadáver más en el bosque.

Estas palabras enfrentan a Thomas y Carmel con la cruda realidad, y sus ojos parpadean hacia el suelo y los árboles que los rodean. Mi voto es el decisivo. Si propongo tratar de buscar un camino alternativo, Jestine vendrá con nosotros. Tal vez debería. Pero no lo haré. Porque ese fantasma de la posada no era la prueba que la Orden había planeado. Esto sí. Y hemos conseguido llegar hasta aquí.

—Simplemente permaneced juntos —les digo, y la esperanza se desvanece del rostro de Carmel—. Probablemente no sea nada peor que unos cuantos cuerpos

muertos. Manteneos alerta.

Cambiamos la formación: yo me pongo al frente y Jestine al final, con Thomas y Carmel entre medias. Al pasar junto al segundo cartel, no puedo evitar sentir que nos estamos metiendo en un agujero negro. Pero es una sensación a la que tal vez debería acostumbrarme.

\*\*\*

Pasan diez tensos minutos antes de que entreveamos algo. Carmel lanza un grito ahogado, pero es solo un montón de huesos desperdigados, una caja torácica y gran parte de un brazo, cubiertos de musgo.

—No pasa nada —susurra Thomas mientras yo vigilo para asegurarme de que no se recompone.

—Sí pasa —contesta Carmel también en un susurro—. Y mucho. No sé por qué, pero es así.

Tiene razón. El bosque ha quedado despojado de su belleza. Aquí no hay nada, excepto tristeza y silencio. Parece imposible que alguien quiera pasar sus últimos momentos en este lugar, y me pregunto si el bosque los atraerá con falsas brisas y luz del sol, vistiendo una máscara de paz, mientras el maldito entramado de raíces y ramas colgantes los acecha como una araña.

—Lo habremos atravesado dentro de poco —asegura Jestine—. No puede quedar más de kilómetro y medio. Manteneos en dirección noreste.

—Jestine tiene razón —digo yo, pasando sobre un tronco caído—. Media hora más y habremos salido —otro cadáver aparece de repente en mi visión periférica, algo más fresco, aún con ropa y de una pieza. Está colgando sobre el tronco de un árbol. Solo veo su costado; mantengo los ojos dirigidos hacia delante al tiempo que permanezco atento a cualquier movimiento, por si el cuello roto se girara bruscamente en nuestra dirección. Nada. Pasamos a su lado y es solo un cuerpo más. Solo un alma perdida.

La marcha continúa y tratamos de caminar en silencio, aunque tenemos ganas de echar a correr. Hay cuerpos por todo el bosque, algunos en montones y otros desperdigados en pedazos. Alguien con traje y corbata yace bocabajo sobre un tronco caído y permanece quieto, con la mandíbula abierta en un bostezo y las cuencas de los ojos negras. Me gustaría alargar la mano hacia atrás y tomar la de Carmel. Deberíamos encontrar una manera de aferrarnos los unos a los otros.

—Explícame de nuevo por qué estás pasando por todo esto —dice Jestine a mi espalda—. Gideon me contó algo y luego Thomas me contó un poco más. Pero repítemelo. ¿Por qué todo este lío, por una chica muerta?

—Esa chica muerta nos salvó la vida —respondo.

—Eso había oído. Pero una cosa así solo conlleva encenderle una vela y hacerle una seña con la cabeza de vez en cuando. No cruzar un océano y atravesar el bosque de los muertos solo para encontrar un modo de llegar al otro lado y traerla de regreso. Lo hizo a propósito, ¿no?

Echo un vistazo a mi alrededor. No hay cuerpos a la vista, de momento.

—No como estos —respondo—. Hizo lo que tenía que hacer. Y acabó en un lugar que no le corresponde.

—Dondequiera que esté, es lo que se merecía —asegura Jestine—. Lo sabes, ¿no? Sabes que donde se encuentra no es lo que la mayoría de la gente tiene en mente como el cielo o el infierno. Es simplemente fuera. Fuera de todo. Fuera de las normas, y la lógica, y las leyes. Nada es bueno ni malo. Correcto o incorrecto.

Camino más deprisa, aunque siento las piernas tan firmes como fideos cocidos.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto—, y ella se ríe entrecortadamente.

—No lo sé. Es únicamente lo que me han enseñado; lo que me han contado.

Miro por encima del hombro hacia Thomas, que se encoge de hombros.

—Cada doctrina tiene su propia teoría —dice él—. Tal vez sean todas ciertas. Tal vez, ninguna. Lo que sea, yo no soy un filósofo.

—Bueno, ¿qué diría Morfran?

—Que somos unos idiotas por atravesar el bosque de los Suicidas. ¿Vamos todavía en la dirección correcta?

—Sí —respondo yo, aunque nada más preguntármelo, dejo de estar seguro. Aquí la luz es rara, y no puedo orientarme por el sol. Tengo la sensación de que hemos estado avanzando en línea recta, pero una línea puede curvarse hasta encontrarse consigo misma si caminas lo suficiente. Y nosotros llevamos mucho tiempo caminando.

—Así que —empieza de nuevo Jestine después de unos cuantos minutos de tenso silencio—, ¿erais todos amigos de esa chica muerta?

—Sí —responde Carmel. Su tono es cortante. Le gustaría que Jestine se callara. No porque se sienta ofendida, sino porque preferiría que toda nuestra atención se centrara en los árboles y los cadáveres. Aunque hasta ahora, solo se trata de cadáveres. Metros y metros cuadrados de cuerpos en descomposición. Resulta inquietante, pero no peligroso.

—¿Y tal vez más que amigos?

—¿Tienes algún problema con ese asunto, Jestine? —pregunta Carmel.

—No —responde ella—. En realidad, no. Solo me intriga por qué lo hace. Incluso si no muere en el intento, y de algún modo logra sacarla... no es que Cas y ella vayan a sentar la cabeza y a formar una familia.

—¿Podemos permanecer en silencio y atravesar el bosque de la muerte? —les espeto, manteniendo la mirada al frente. ¿Para qué estamos hablando de eso cuando

hay gente colgando de las ramas como malditos adornos en un árbol de Navidad? Concentrarse en el momento actual parece más importante que hablar elocuentemente sobre teorías.

Jestine no cierra la boca. Continúa parloteando, pero sin dirigirse a mí. Habla con Thomas, en voz baja, de cosas triviales sobre Morfran y la magia. Tal vez lo haga para demostrar que no soy su jefe. Aunque me da la impresión de que es para enmascarar su creciente nerviosismo. Porque llevamos caminando demasiado tiempo y no parece haber ninguna salida. Aun así, nuestras piernas continúan moviéndose hacia adelante, y el pensamiento común es que no puede quedar mucho. Tal vez si lo pensamos con suficiente fuerza, se convierta en realidad.

Hemos recorrido seguramente otro medio kilómetro antes de que Carmel susurre por fin:

—No vamos bien. Deberíamos haber llegado ya.

Ojalá no lo hubiera dicho. En mi frente brilla un ligero sudor provocado por el pánico. Durante al menos los últimos cinco minutos, he estado pensando lo mismo. Hemos ido demasiado lejos. O Jestine se equivocó al decirnos la distancia, o el bosque de los Suicidas está agrandando sus dimensiones. El pulso en mi garganta me dice que es lo último, que nos hemos internado en él y no nos deja salir. Después de todo, tal vez nadie intente suicidarse aquí. Simplemente lo hacen después de que el bosque los vuelva locos.

—Para —exclama Carmel, y me agarra la espalda de la camiseta—. Estamos andando en círculo.

—No estamos andando en círculo —replico yo—. Tal vez estemos completamente perdidos, pero estoy seguro de que he ido caminando en línea recta, y la última vez que me medí las piernas, tenía las dos iguales.

—Mira —dice ella, y lanza el brazo por encima de mi hombro, señalando hacia los árboles. A nuestra izquierda, hay un cadáver colgando contra un tronco, ahorcado con una cuerda negra de nailon. Lleva un chaleco de tela ruda y una camiseta marrón hecha jirones. Le falta un pie.

—A ese lo hemos visto antes. Es el mismo. Lo recuerdo. Estamos avanzando en círculo. No sé cómo, pero es así.

—Mierda —tiene razón. Yo también me acuerdo de ese. Pero no tengo ni idea de cómo hemos podido volver sobre nuestros pasos.

—No es posible —asegura Thomas—. Lo habríamos notado, si hubiéramos girado tanto.

—No voy a ir otra vez por ahí —Carmel sacude la cabeza. Tiene los ojos desencajados, rodeados de blanco—. Tenemos que intentarlo por otro lado. En otra dirección.

—Solo hay un camino para llegar a la Orden —interrumpe Jestine, y Carmel se

vuelve hacia ella.

—¡Tal vez no vayamos hacia la Orden! —baja la voz—. Tal vez la intención era que nunca llegáramos.

—No te dejes llevar por el pánico —es lo único que se me ocurre decir. Es lo único importante. No comprendo cómo es posible que la arboleda se esté expandiendo. Ni cómo me he desviado tanto del camino que he terminado volviendo al principio. Pero sé que si a cualquiera de nosotros le entra ahora el pánico, todo habrá acabado. El que sucumba primero desatará el terror en los demás, como un disparo, y echaremos todos a correr. Nos perderemos y tal vez acabemos separados antes de darnos cuenta siquiera de lo que estamos haciendo.

—Oh, mierda.

—¿Qué pasa? —pregunto, mirando a Thomas. Tiene los ojos grandes como huevos tras sus gafas. Está mirando a lo lejos, por encima de mi hombro.

Me vuelvo. El cadáver sigue ahí, colgado del árbol, con la mandíbula inferior medio caída y la piel hecha jirones. Mis ojos escudriñan el entorno y nada se mueve. El cadáver está simplemente colgado. Solo que —parpadeo un segundo— parece más grande. Pero no es que sea más grande, es que está más cerca.

—Se ha movido —susurra Carmel, y se aferra a mi manga—. Antes no estaba ahí. Sino allí —señala con el dedo—. Estaba más lejos; estoy segura.

—Tal vez no —dice Jestine—. Tal vez sean tus ojos que te están jugando una mala pasada —por supuesto. Es una explicación razonable, y una que no me quita las ganas de mearme encima y echar a correr dando gritos. Llevamos demasiado tiempo en este bosque, eso es todo. Estamos empezando a tergiversar la realidad.

Algo se mueve detrás de nosotros, arrastrándose entre las hojas y partiendo ramitas. Nos giramos de manera instintiva; es el primer ruido que llega de los árboles desde que nos internamos en ellos. Lo que lo haya producido no está lo bastante cerca para verlo. Parece como si esos cuantos helechos pegados a ese gran fresno estuvieran balanceándose, aunque no puedo asegurar que sea así, o si es mi cabeza la que lo está imaginando.

—¡Daos la vuelta!

El grito de Thomas me eriza el cuero cabelludo mientras me giro. El cuerpo se ha vuelto a mover. Se ha acercado al menos tres árboles, y esta vez está colgando hacia nosotros. Sus ojos empañados y en descomposición nos miran casi con interés. A nuestras espaldas, los árboles vuelven a susurrar, pero no me vuelvo para mirar. Sé lo que sucederá. La próxima vez que me dé la vuelta, esos ojos blanquecinos podrían estar a unos centímetros de mi cara.

—Formad un círculo —les digo, manteniendo la voz tan calmada como puedo.

Nuestro tiempo es limitado. Ahora hay movimiento entre los árboles y alrededor, y no se detiene. Todos los cadáveres junto a los que pasamos antes están de camino.



Han debido de estar acechándonos todo el tiempo, y me desagrada pensar en sus cabezas girándose para observarnos a nuestro paso.

—Mantened los ojos abiertos —les insisto cuando siento sus hombros apretados contra los míos—. Avanzaremos tan deprisa como podamos, pero tened cuidado. No tropecéis. —A mi espalda, a la izquierda, noto que Carmel se agacha y oigo cómo recoge del suelo lo que debe de ser un palo grueso—. La buena noticia es que no hemos estado caminando en círculo. Así que estaremos fuera de aquí dentro de poco.

—Una noticia jodidamente buena —suelta Carmel con sarcasmo, y a pesar de todo esboza una sonrisa. Cuando está asustada, se cabrea un montón.

Nos ponemos en marcha, moviéndonos como uno solo, vacilantes al principio, y luego más rápido. Pero no tanto como para dar la sensación de que tenemos prisa. Nada les gustaría más a esas cosas que perseguirnos.

—Hay otro —nos informa Thomas, pero yo mantengo los ojos fijos en el tipo de los ojos nublados—. Mierda, y otro.

—Y dos más por mi lado —añade Jestine—. Todo sucede demasiado rápido para mantenerlos controlados. Aparecen sin más, por el rabillo del ojo.

A medida que avanzamos, llega un momento en el que tengo que mirar hacia delante, apartando la vista de Johnny Ojos Lechosos. Espero que alguien le mantenga a raya, aunque cuando veo otros tres cadáveres, dos colgando en los árboles delante de nosotros y uno apoyado contra un tronco lejano, sé que no tenemos suficientes ojos.

—Esto no va a funcionar —dice Jestine.

—¿Cuánto falta para el límite del bosque? —pregunta Carmel—. ¿Podríamos correr?

—Acabarían con nosotros, uno tras otro. No me gustaría darles la espalda —responde Thomas.

Pero volverles la espalda es inevitable. La cuestión es cómo hacerlo. ¿Trato de abrir camino? ¿O vamos todos juntos? El trío de muertos que hay delante de nosotros fija las negras cuencas de sus ojos en mí. Sus rostros inexpresivos parecen un desafío. Nunca había visto cadáveres con un aspecto tan *impaciente*, como perros esperando a ser liberados de sus correas.

Carmel lanza un grito; suena un fuerte golpe del palo que está blandiendo y un esqueleto cae al suelo junto a nosotros. El círculo se rompe cuando ella retrocede. Lo golpea de nuevo, descargando el trozo de madera sobre su espina dorsal y partiéndosela. No me doy cuenta de nuestro error hasta que veo el cadáver que hay detrás de Thomas y siento una blanda mano muerta alrededor de mi garganta. Hemos bajado la guardia todos. Todos nos hemos girado.

Retuerzo los dedos que intentan partirme la tráquea y levanto el codo a ciegas para bloquear su avance. El *áthame* está en mi mano en un instante; la hoja penetra en

el cadáver que hay a mi espalda y suena como si se hiciera añicos. Cuando atravieso el esqueleto que Carmel ha derribado, se licua y la tierra lo absorbe.

Dos fuera de combate, veinticinco por abatir. Al mirar entre los árboles, veo cuerpos por todas partes. Da la impresión de que no se mueven, no se apresuran; simplemente *están* ahí y cada vez que apartamos la mirada, se acercan. Carmel no deja de gemir y gruñir, balanceando el palo contra todo lo que se aproxima. Escucho a Jestine y a Thomas, dos cánticos en diferentes lenguas, pero no tengo ni idea de lo que están haciendo. Mi cuchillo atraviesa el agujero negro de un ojo y el cadáver se desintegra en una nube de lo que parece tierra granulada.

—Hay demasiados —grita Carmel. Acabar con ellos es un objetivo imposible.

—¡Corred! —grito, pero Jestine y Thomas no se mueven. La voz de Thomas repiquetea en mis oídos. El dialecto me recuerda a Morfran, al hechicero *obeah*. Es puro vudú. Tres metros por delante de él, un cuerpo medio descompuesto y tirado sobre una rama baja, se desploma de repente. Un instante después, no queda nada excepto un montón de gusanos retorciéndose.

—No está mal, Thomas —le digo, y cuando me mira por encima del hombro, aparece otro cadáver frente a él, demasiado deprisa para que pueda verlo. Hunde los dientes en el cuello de Thomas, que lanza un alarido.

Jestine brama algo en gaélico y hace un barrido con los brazos sobre su pecho; el cadáver suelta a Thomas, cae y empieza a retorcerse.

—¡Corred! —grita ella, y esta vez lo hacemos, abriéndonos paso entre las hojas caídas y los helechos.

Permanezco al frente tanto tiempo como puedo, rebanando todo lo que se interpone en nuestro camino. A mi izquierda, Carmel está dejando salir su princesa guerrera interior, usando el palo con una mano con un resultado bastante bueno. Con la otra, agarra a Thomas. La sangre oscurece por completo la mitad superior de su camiseta. Necesita ayuda. No puede seguir corriendo. Pero ahí delante hay una luz distinta y una abertura entre los árboles. Estamos casi fuera.

—¡Cas! ¡Cuidado!

Vuelvo la cabeza al escuchar la advertencia de Jestine, justo a tiempo de ver los ojos nublados justo donde temía encontrarlos, a cinco centímetros de mi cara. Caigo debajo de él.

Su peso es inesperado. Es como si me estuvieran apisonando. Y a pesar de su fuerza, tiene los brazos chiclosos y blandos; mi nariz está demasiado cerca de su cuello. Puedo escuchar sus dientes rechinando en mi oreja, y veo la piel alrededor del nudo de la cuerda, hinchada y negra como un neumático demasiado inflado. Al caer rodando al suelo, he sujetado el *áthame* en mal ángulo. No puedo clavárselo en el estómago y apenas soy capaz de mantenerlo inclinado lejos del mío. Cuando le aparto la cabeza con la otra mano, él se revuelve y me muerde los dedos. Sus dientes

musgosos se hunden hasta el hueso y, en un acto reflejo, cierro la mano en torno a su mandíbula. Mis dedos aprietan algo blando y granuloso. Su lengua putrefacta.

—¡Seguid corriendo! —grita Jestine, y entonces su pie golpea la caja torácica del cadáver.

No sale despedido, pero en ese instante, puedo recolocar el cuchillo. Cuando vuelve a lanzarse sobre mí, la hoja se desliza justo por debajo de su esternón, y se desvanece formando una nube de la cosa con peor olor que me haya encontrado jamás.

—¿Estás bien? —me pregunta Jestine. Asiento con la cabeza mientras ella tira de mí para ponerme en pie, pero después de palpar esa lengua y de oler ese putrefacto gas de ciénaga, tal vez vomite. Nos tambaleamos y echamos a correr. Los árboles dejan paso a un día despejado y una pradera verde, donde Carmel está arrodillada junto a un Thomas desplomado. En el extremo opuesto del claro, se encuentra Gideon con otros dos, delante de un coche largo y negro.

Es como tener una pesadilla y caerse de la cama. Nos derrumbamos al salir del bosque de los Suicidas, demacrados, ensangrentados y casi de rodillas. Y terminamos sobre medio palmo de blanda hierba, entornando los ojos ante la cálida luz del sol, y contemplando unos rostros relajados y condescendentemente tranquilizadores.

El *áthame* sigue en mi mano; vuelvo la mirada hacia los árboles, esperando encontrar una hilera de pálidos rostros entre los troncos, mirándonos como prisioneros desde el interior de sus celdas. Pero solo hay árboles, y hojas, y musgo. En el instante en que traspasamos su límite, se retiraron para regresar al lugar donde estaban colgados o apilados en montones.

—Parece que tenía razón, señor Palmer —dice alguien—. Lo ha conseguido.

Echo un vistazo hacia el coche. El hombre que está hablando es ligeramente más bajo y joven que Gideon. No podría determinar cuánto más joven exactamente. Tiene el pelo rubio y salpicado de gris, por lo que, de algún modo, la lacia maraña acaba pareciendo plateada. Lleva una camisa negra abotonada hasta arriba y pantalones oscuros. Al menos no viste una túnica marrón, ni balancea un incensario.

—No os preocupéis —nos tranquiliza, mientras avanza hacia nosotros—. No cruzarán a la pradera.

Su tono despreocupado me irrita, y Carmel me agarra el brazo justo cuando estoy a punto de decirle a ese payaso dónde puede meterse su pradera.

—Sigue sangrando —dice ella. Bajo los ojos hacia Thomas. Respira con normalidad y la sangre que sale entre los dedos con los que Carmel le presiona la herida fluye de manera lenta, no a chorros como si saliera de una arteria. Creo que gran parte de su agotamiento se debe a ese hechizo tan potente que ha lanzado en el bosque, más que al mordisco del cadáver, pero ni en un millón de años le diría eso a Carmel justo ahora. Está dispuesta a lanzar fuego por la boca.

Junto a nosotros, el hombre ha colocado las manos sobre los hombros de Jestine, y la mira con cariño.

—Lo has hecho bien —le dice, y ella inclina levemente la cabeza—. No tienes ni un solo rasguño.

—Este chico necesita un médico —siseo, y como don Gilipollas no me responde, Jestine se lo repite.

—Sigue sangrando. ¿Está el doctor Clements aquí?

—Sí —responde él, pero no parece tener mucha prisa. Al sonreír, me recuerda la manera en que una serpiente agranda la boca antes de comerse un ratón—. No os preocupéis. El complejo no está lejos. Nos ocuparemos de vuestro amigo brujo. Y de ti —sus ojos se dirigen hacia mis dedos destrozados, y juraría que las comisuras de sus labios se agitan nerviosas.

—Me llamo Colin Burke —tiene el descaro de alargar la mano hacia mí. Carmel se la aparta de un golpe, dejándole un rastro rojo en la palma.

—No me importa tu nombre —le sisea—. Y tampoco quién eres. Pero como no le consigas ayuda, incendiaré vuestro jodido complejo.

A por él, Carmel. Burke no parece demasiado preocupado, pero Gideon abre por fin la boca y le pide a Carmel que deje a Thomas en sus manos. Le ayuda a ponerse en pie y le sujeta de camino al coche, evitando mis ojos mientras lo hace.

—Pon algo sobre el asiento —dice Burke, y estoy *así de cerca* de dejarle inconsciente. Pero Thomas necesita ayuda, así que me callo y me dirijo al coche.

\*\*\*

El trayecto es breve, por una carretera en parte pavimentada y en parte de tierra que discurre entre los árboles del extremo opuesto de la pradera, aunque el tipo que conduce definitivamente no se apresura. No ha dicho nada a nadie, así que podría pensar que es simplemente un conductor, si no fuera porque aquí nadie parece ser «simplemente» nada. Echo una ojeada a Jestine. Ha sacado un trapo de su mochila para que Carmel presione el cuello de Thomas. La preocupación arruga su frente.

Coronamos una pequeña colina y empezamos a reducir la velocidad. Enclavada en un pequeño y verde valle está lo que debe de ser la Orden. Parece uno de esos complejos turísticos elegantes y exclusivos de Aspen: unos cuantos edificios rojos de madera con paneles solares y paredes enteras con ventanales de cristal ahumado. Tiene que valer millones, pero aun así resulta menos llamativo que una fortaleza de piedra grisácea o un monasterio. Thomas debe de haber notado mi asombro porque se esfuerza por levantarse del regazo de Carmel para mirar por la ventana. La hemorragia casi se ha detenido. No le pasará nada, siempre que los incisivos del muerto no le provoquen una infección.

—Bienvenidos —nos dice un tipo al abrir la puerta del coche cuando este se detiene junto al edificio principal. Es joven y va arreglado con un traje negro, como recién salido de la revista *GQ*. El conductor y él podrían ser gemelos. Resulta desconcertante, da la sensación de que fueran andróides. Apuesto a que el cocinero también se parece a ellos.

—Robert, por favor, avisa al doctor Clements —dice Burke—. Dile que tiene que dar unas cuantas puntadas —Robert se marcha en busca del médico y Burke se vuelve hacia mí—. Son los miembros más jóvenes —me explica—. Conocen la Orden mediante la observación, y prestan algunos servicios.

—Tiene sentido —afirmo yo, y me encojo de hombros. También resulta completamente repulsivo, aunque creo que Burke lo sabe.

Mientras miro a mi alrededor, siento como si me hubieran lanzado un cubo de

agua fría. No sé qué esperaba, pero no era esto. Pensé... Supongo que pensé que me encontraría con más Gideons. Ancianos con jerséis cómodos, protestando en torno a mí como abuelos. En vez de eso me topo con Burke, y una instantánea aversión recíproca surge entre los dos como electricidad estática. Por otro lado, Gideon sigue sin mirarme. Está avergonzado, y con razón. Hemos salido todos de una pieza, pero podría no haber sido así.

—Ah, el doctor Clements —ahí llega lo que había esperado. Un hombre con barba y pelo gris, un jersey color burdeos y pantalones caquis. Se dirige sin más hacia Thomas y levanta con cuidado el trapo manchado de sangre, dejando a la vista un corte desigual en forma de media luna. Mi estómago da un vuelco cuando se deslizan ante mis ojos recuerdos sobre Will y Chase, e imágenes inventadas sobre mi padre. Malditas heridas de mordiscos.

—Es necesario limpiar y dar unos puntos —dice él—. Con una cura de hierbas debería cerrarse bien, sin dejar apenas cicatriz —coloca de nuevo el trapo sobre la herida y Thomas lo sujeta—. Doctor Marvin Clements —se presenta, y le da la mano. Cuando aprieta la mía, le da la vuelta y examina mis dedos—. Ahí también se podrían dar unos puntos.

—No es nada —le aseguro.

—Lávatela al menos —me recomienda—. Es podredumbre —se vuelve y agarra a Thomas por el brazo para conducirlo adentro. Yo entro también, y Carmel justo detrás. Jestine se queda con Burke, algo que no me sorprende.

\*\*\*

Después de que curen a Thomas y me restrieguen la mano con tintura de yodo, nos conducen hasta una serie de habitaciones distribuidas en torno a una zona común. Me ducho con nerviosismo y me vuelvo a vendar la mano. No me fío ni un pelo de este sitio, y dejar a Thomas y Carmel solos aunque sea únicamente veinte minutos me pone tenso.

La habitación que me han asignado es grande y tiene una pequeña chimenea y una gran cama con sábanas de aspecto caro. Me recuerda a un pabellón de caza que vi una vez en una película. Lo único que le falta son las cabezas disecadas en las paredes.

—Creo que si en este lugar hubiera cabezas disecadas, serían humanas —bromea Thomas. Carmel y él entran agarrados de la mano.

—Es cierto —hago una mueca. Hay cristaleras en las paredes y claraboyas en el arco del techo. Tiene que haber un millón de ventanas por todo el complejo, aunque no por eso parece amplio, o bien iluminado, sino bajo vigilancia.

Gideon llama con los nudillos en la puerta abierta, y Thomas se vuelve demasiado

deprisa; hace un gesto de dolor y aprieta la mano sobre el vendaje recién colocado.

—Lo siento, muchacho —se disculpa Gideon, y le da unos golpecitos en el hombro—. El doctor Clements prepara una excelente cataplasma de beleño. El dolor habrá desaparecido en una hora —inclina la cabeza hacia Carmel, esperando una presentación.

—Gideon, Carmel. Carmel, Gideon —digo yo.

—Así que tú eres Gideon —dice ella con los ojos entrecerrados—. ¿Era demasiado problema coger el coche y esperar el transbordador en el lago como demonios se llamara? —aparta la mirada disgustada, sin esperar respuesta.

—No puedo creer que nos enviaras allí —le recrimino, y él me mira a los ojos sin acobardarse. Está serio, y tal vez arrepentido, aunque ya no parece avergonzado, si es que se sintió así alguna vez.

—Te lo advertí —responde él—. Decídete, Teseo. O eres un niño, o no.

A la mierda él y sus opiniones.

—Nunca tuve la intención de que vinieras aquí. Quería cumplir la promesa que les hice a tus padres, y mantenerte alejado del peligro. Pero eres hijo de tu padre. Siempre te expones. Dispuesto por completo a perderlo todo.

Su voz es afectuosa, rozando lo sentimental. Y tiene razón. Esto fue decisión mía. Todo lo ha sido, hasta empezar a utilizar el *áthame* cuando tenía catorce años.

—Colin quiere verte —añade, y reposa una mano sobre el hombro de Thomas para indicar que debo ir solo. Probablemente colocaría la otra sobre el hombro de Carmel, si no temiera que le diera un mordisco. En cualquier caso, no los dejará solos. Así que supongo que no debo preocuparme, por ahora.

\*\*\*

Una mujer me conduce a través de pasillos y escaleras hasta donde me espera Burke. Es la primera mujer que he visto, y resulta una especie de alivio saber que hay mujeres, aunque esta sea ligeramente escalofriante. Tiene unos cincuenta años y lleva una elegante media melena de color rubio ceniza. Al reunirnos fuera de la habitación que me han asignado, sonrió e inclinó la cabeza con la cortesía desafectada y ensayada de una gran dama de la sociedad. Vamos dejando atrás habitaciones con anchas puertas dobles abiertas, cada una con una chimenea encendida. En una de ellas, a la izquierda, veo un grupo de gente sentada en círculo. Cuando pasamos, todos giran la cabeza para mirarnos. Y me refiero a que todos lo hacen. Juntos, como sincronizados.

—Eh, ¿qué están haciendo? —pregunto.

—Rezan —me sonrío. Me gustaría preguntarle que a qué, pero me asusta que responda que al *áthame*. Es fuerte pensar que Jestine fuera criada por estas personas.

Son todos espeluznantes. Incluso el doctor Clements, cuando me lavó y me vendó la mano, miró mi sangre como si se tratara del Santo Grial. Probablemente quemará las gasas en un brasero con salvia o algo así.

—Ya hemos llegado —anuncia mi escolta. Luego permanece allí, junto a la puerta, aunque hago gestos para insinuarle que puede marcharse. Fanáticos.

Cuando entro en la habitación, Colin Burke está de pie junto a otra chimenea más. Tiene los dedos unidos por las yemas en ese gesto tan falso, y las llamas parpadean con luz rojo-anaranjada en sus mejillas. De repente, pienso en Fausto.

—Así que tú eres Teseo Lowood —me dice, y sonrío.

—Así que tú eres Colin Burke —respondo yo. Luego me encojo de hombros—. La verdad es que nunca había oído hablar de ti.

—Bueno —se aparta del fuego para colocarse junto a una alta silla de cuero—, algunas personas guardan sus secretos mejor que otras.

Oh. Así son las cosas.

Me coloco el pulgar y el índice en la barbilla, pensativo.

—Me suena ese apellido. Burke. Un asesino en serie inglés, ¿no? —levanto la palma de la mano—. ¿Alguna relación contigo?

Tras esa sonrisa apacible, está rechinando los dientes. Estupendo. Aunque por el fondo de mi mente ronda la idea de que no debería enemistarme con este tipo, de que he venido aquí para pedirle ayuda. Luego, otra parte de mi cerebro me asegura que nada de lo que yo haga le convertiría en otra cosa que no sea un enemigo.

Burke extiende las manos y sonrío. Resulta un gesto desconcertantemente encantador. Cálido, y en un tris de ser genuino.

—Estamos muy complacidos de tenerte aquí, Teseo Casio Lowood —me dice—. Deseábamos tu regreso desde hacía mucho tiempo —sonrío de nuevo, con más calidez incluso—. El guerrero vuelve a casa.

Cuántos falsos cumplidos. Pero no bastan para hacerme olvidar que es un cretino. Aunque, ciertamente, un cretino con carisma.

—¿Complacidos? —le pregunto—. Entonces no debéis de saber por qué estoy aquí.

Burke baja la mirada, casi con tristeza, y sus ojos titilan, tan grises como su pelo.

—Has tenido un duro día de viaje. Podemos hablar de eso más tarde. Durante la cena, quizás. He organizado un banquete de bienvenida, para que los otros miembros tengan oportunidad de conocerte. Todos tienen curiosidad.

—Escucha —exclamo—, eso... eso es realmente amable de tu parte y todo eso. Pero no tengo tiempo...

—Sé por qué has venido —responde bruscamente—. Sigue mi consejo. Ven a la cena. Y permite que los demás traten de convencerte de no morir.

Tengo un montón de comentarios sarcásticos en la punta de la lengua.



Pero logro contenerlos.

—Lo que tú digas —sonrió—. Tú eres el anfitrión.

\*\*\*

De camino al comedor junto a Thomas, Carmel y Gideon, voy recorriendo las paredes con la mirada. Realmente hay cabezas en ellas, de alce, oso y un tipo de cabra. Me recuerdan la broma que hizo Gideon en Londres, lo de los ojos moviéndose en los cuadros de mi casa.

—¿Por qué hacemos esto? —pregunta Carmel, mirando fijamente una cabeza de cabra—. No me fío de este sitio. Y todos estos animales masacrados están a punto de convertirme en vegetariana.

El comentario arranca una sonrisa a Gideon.

—Hacemos esto para que Colin pueda interpretar el papel de líder razonable. Él quiere matarte, Teseo —su manera relajada de decirlo me irrita—. Quiere matarte y reclamar el *áthame* para Jestine. Para luego fundirlo y forjarlo de nuevo con su sangre. En su opinión, así quedará purificado.

—Entonces, ¿no deberíamos huir? —pregunta Carmel—. ¿Y por qué le organiza una cena?

—No todo el mundo en la Orden está convencido. Respetan las antiguas costumbres, y eso incluye el linaje original del guerrero. Te apoyarán, si juras conservar la tradición.

—¿Y si no lo hago?

Gideon permanece callado. Hemos llegado al comedor, que en realidad no es mucho mayor que las otras estancias. En él hay, por supuesto, una chimenea, y una lámpara de araña que lanza destellos desde el alto techo, reflejando las llamas amarillas. Hay al menos una docena de personas sentadas a la mesa, atendidos por otros cuantos miembros jóvenes con aspecto de androide. No veo a Jestine por ninguna parte. Probablemente esté escondida y vigilada, como un tesoro. Cuando entramos, todo el mundo se pone en pie. Burke se encuentra entre ellos y consigue que parezca que él preside la mesa, aunque sea redonda.

El hombre más próximo a mí alarga la mano y sonrío. Le saludo y él se presenta como Ian Hindley. Tiene el pelo castaño y ralo, y bigote. Su sonrisa parece sincera, y me pregunto si será un simpatizante. Mientras avanzo, estrechando manos y escuchando nombres, soy incapaz de distinguir a los que quieren verme muerto ahora de los que lo querrán más tarde.

Me sientan junto a Burke, y la comida llega casi inmediatamente. Medallones de carne con algún tipo de salsa de zarzamora. De repente, me encuentro sumergido en una distendida charla. Alguien incluso me pregunta por el instituto. Pensé que me

sentiría demasiado tenso para comer, pero cuando bajo los ojos, mi plato está vacío.

Su conversación es tan amable, tan agradable, que no percibo en qué momento se desvía hacia la tradición. El tema se desliza lenta y fácilmente hacia mis oídos. Sus palabras sobre los valores del *áthame* y el propósito de su creación zumban como abejas. Resulta interesante. Es otra perspectiva. Parece razonable. Si juro atenerme a ello, me apoyarán. Si juro atenerme a ello, Anna se queda en el infierno.

Mis ojos empiezan a vagar por la mesa, por sus sonrisas y caras amables, pasando por alto sus vestimentas siniestramente iguales. Gideon charla afablemente con ellos. Thomas también, e incluso Carmel, con los ojos ligeramente vidriosos. A mi derecha está sentado Burke, que no ha apartado el peso de su mirada de mi perfil.

—Ellos creen que me han convencido —le digo, volviéndome hacia él—. Pero tú sabes que no, ¿verdad?

De repente, la mesa queda sumida en el silencio. Como si realmente no hubieran estado enfrascados en sus propias conversaciones.

Burke mira a su alrededor con un pesar bastante bien fingido.

—Confiaba en que conocer a la Orden, y escuchar lo que se espera de ti, te alejaría de cometer tal error —dice él.

—No lo hagas —exclama una voz femenina, y al mirar al otro lado de la mesa veo a la mujer de pelo color ceniza que me acompañó antes, cuyo nombre sé ahora que es Mary Ann Cotton—. No te deshonres a ti mismo, ni al Biodag Dubh.

Oh, Mary Ann. El Beedak Doo y yo estamos bien.

—Os habéis montado una buena secta aquí, Burke —comento.

—Somos una orden sagrada —me corrige.

—No. Sois una secta. Muy británica y elitista y gruñona, pero aun así una secta —me vuelvo hacia los demás y saco el *áthame* del bolsillo, fuera de su funda, y les permito que contemplen el brillo del fuego reflejado en su hoja—. Esto es mío —exclamo por encima de sus repulsivos suspiros—. Fue de mi padre, y de su padre antes que de él. ¿Queréis recuperarlo? Quiero una puerta hacia el otro lado para liberar a alguien que no pertenece a ese lugar.

El silencio es tan profundo que escucho cómo Gideon y Thomas se suben las gafas. Entonces Burke dice:

—No podemos tomar el *áthame* sin más —y cuando el doctor Clements protesta, haciendo una última súplica en favor del antiguo linaje, alza la mano y acalla sus palabras—. El Biodag Dubh servirá por siempre a tu sangre. Hasta que esa sangre quede extinguida.

Por el rabillo del ojo, veo que Carmel aferra su silla con la mano, siempre dispuesta a aporrear algo.

—Esta no es manera —protesta Gideon—. No se puede asesinar al guerrero sin más.

—Usted no tiene derecho a hablar, señor Palmer —exclama uno de los miembros con el pelo negro y muy corto. Es el más joven, y probablemente el último en incorporarse—. No forma parte de la Orden desde hace décadas.

—En cualquier caso —continúa Gideon—, no me diréis que ninguno de vosotros piensa lo mismo. El linaje ha existido durante miles de años. ¿Y vais a hacerlo desaparecer simplemente porque Colin lo diga?

Se produce un efecto dominó de personas mirando a un lado y a otro, Thomas, Carmel y yo incluidos.

—Tiene razón —afirma el doctor Clements—. Nuestro deseo no importa.

—Entonces, ¿qué sugerís? —pregunta Burke—. ¿Que abramos esa puerta y permitamos que una muerta asesina regrese al mundo? ¿Creéis que eso se corresponde con el deseo del *áthame*?

—Dejemos que el *áthame* elija —propone Clements de repente, como si le hubiera golpeado la inspiración. Mira en torno a la mesa—. Abramos la puerta y dejemos que Jestine le acompañe. Que vayan los dos. El guerrero que regrese será el digno portador del Biodag Dubh.

—¿Y si ninguno regresa? —pregunta alguien—. ¡Nos quedaremos sin el *áthame*!

—¿Y si regresa con la chica muerta? —pregunta alguien más—. Ella no puede quedarse aquí. No podemos permitirlo.

Thomas, Carmel y yo nos miramos. La oposición procede de los partidarios más acérrimos de Burke, pero el resto de la mesa parece apoyar al doctor Clements. Burke parece dispuesto a masticar vidrio, pero un instante después, su rostro despliega la sonrisa cálida y ligeramente cohibida de un hombre que reconoce su error.

—Entonces, eso será lo que se haga —anuncia—. Si Teseo Casio está dispuesto a pagar el precio.

Allá vamos.

—¿Cuánto me va a costar?

—¿A costar? —Burke sonrío—. Mucho. Pero llegaremos a ese asunto en un momento —por increíble que parezca, pide el café—. Cuando se forjó el *áthame*, sus creadores sabían cómo abrir una puerta hacia el otro lado. Pero esos conjuros se perdieron hace siglos. Hace decenas de siglos. Ahora la única manera de abrir la puerta descansa en tu mano —continúa, y bajo los ojos hacia el cuchillo—. La puerta solo puede abrirse mediante el Biodag Dubh. Ya ves, has tenido la llave todo el tiempo. Simplemente no sabías cómo girarla en el candado.

Me estoy cansando de que hablen del cuchillo como si no fuera un cuchillo. Como si se tratara de una puerta, o de una llave o de un par de zapatillas rojas.

—Simplemente dime lo que me va a costar —repito.

—El precio —dice él, y sonrío—. El precio es la sangre que te da la vida, goteando de tu vientre.

En algún lugar a mi alrededor, Thomas y Carmel dejan escapar un grito ahogado. Burke parece apesadumbrado, pero no me lo creo ni por un instante.

—Si insistes —continúa—, podemos realizar el ritual mañana por la noche.

La sangre que me da la vida, goteando de mi vientre. Debería haber contestado: «Oh, ¿solo eso?». No tenía que haberle permitido ver el escalofrío de miedo que me recorrió. Le produjo demasiada satisfacción saber que estaba asustado, y que no me volvería atrás. Porque no lo haré. Aunque Thomas y Carmel me estén mirando con los ojos desenchajados.

—Vamos —les digo—. Desde el principio sabía que podría acabar así. Sabía que si quería salvarla, tal vez tuviera que caminar por la delgada línea entre respirar y no respirar. Todos lo sabíamos.

—Es distinto cuando se trata solo de una posibilidad —responde Carmel.

—Sigue siendo únicamente una posibilidad. Ten fe —noto la boca seca. ¿A quién estoy tratando de convencer? Prácticamente me van a destripar mañana para abrir esa puerta. Hacia el infierno. Y una vez que sangre para abrirla, van a empujarnos a Jestine y a mí a través de ella.

—Ten fe —repite Carmel, y le da un codazo a Thomas para que diga algo, pero no lo hará. Él me ha apoyado en esto. Todo el tiempo.

—Tal vez no sea una idea tan estupenda —susurra.

—Thomas.

—Oye, no te he contado todo lo que me dijo mi abuelo —añade—. No te apoyan. Sus amigos, los hechiceros vudú, no están pendientes de ti —mira a Carmel—. Están pendientes de nosotros.

Suelto una especie de resoplido de enfado y decepción por la nariz y la garganta, pero es fingido. No me pilla por sorpresa. Desde el principio, dejaron bien clara su postura respecto a traer de vuelta a Anna.

—Creen que está fuera de su jurisdicción —continúa Thomas—. Que es un asunto de la Orden.

—No tienes que darme explicaciones —le tranquilizo. Además, eso es solo una excusa. Nadie, excepto nosotros, quiere que Anna esté en el mundo. Cuando la saque del infierno, aparecerá en una estancia repleta de gente deseosa de enviarla de nuevo allí. Será mejor que se prepare para luchar. La imagino explotando en la habitación como una nube negra, y levantando a Colin Burke por la nuca como si fuera un cachorro.

—Podemos encontrar otra manera de ayudar a Anna —insiste Carmel—. No me obligues a llamar a tu madre.

Sonrío a medias. Mi madre. Antes de partir hacia Londres me hizo prometer que recordaría que soy su hijo. Y lo soy. Soy el hijo que ella educó para luchar, y para hacer lo correcto. Anna está atrapada en la cámara de tortura del hechicero *obeah*. Y eso no puede quedar así.

—¿Podéis ir a buscar a Gideon, chicos? —les pregunto—. Quiero que... ¿Haríais algo por mí?

Por la expresión de sus rostros, esperan todavía que cambie de idea, pero asienten con la cabeza.

—Quiero que estéis allí, durante el ritual. Que participéis en él —como alguien a mi favor. Tal vez como meros testigos.

Se dirigen de nuevo hacia el salón, y Carmel me repite una vez más que lo piense; que puedo elegir. Aunque no se trata de una verdadera elección. Se marchan, y yo me doy la vuelta para deambular por los pasillos de este campamento de verano druídico infestado de chimeneas y dedicado al lavado de cerebros. Al volver una esquina hacia un largo pasillo rojo, resuena la voz de Jestine.

—Oye, Cas, espera —se acerca corriendo. Tiene el rostro inexpresivo y serio. Sin su sonrisilla confiada, no parece la misma—. Me han contado lo que has propuesto —dice, ligeramente sonrojada—. Lo que has decidido.

—Lo que ellos han decidido —la corrijo. Me mira sin alterarse, esperando, aunque no sé el qué. Mañana por la noche ella y yo vamos a desaparecer por completo del mapa, vamos a ir al otro lado, y se supone que solo uno de nosotros regresará—. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—No creo que signifique lo que tú piensas que significa —replica ella.

—Por Dios —exclamo, dándole la espalda—. No tengo tiempo para adivinanzas. Y tú tampoco.

—No sé por qué te enfadas conmigo —me reprocha. Recupera la sonrisilla y la actitud de superioridad—. No hace ni cuatro horas le salvé la vida a tu mejor amigo. Si no hubiera sido por mí, ese cadáver le habría seccionado la carótida sin darte tiempo ni a pestañear.

—Thomas me advirtió que no debía confiar en ti. Pero no creí que supieras ningún peligro. Y sigo sin creerlo.

Ella reacciona enfadándose, como esperaba. Aunque sepa que es una mentira.

—Yo no elegí nada de esto, ¿vale? Y tú deberías saber lo que eso significa.

Se muestra inquieta mientras camina. A pesar de su discurso firme, debe de estar aterrorizada. El pelo le cae sobre los hombros en mechones húmedos y ondulados. Debe de haberse duchado. Cuando lo tiene mojado, adquiere un tono dorado oscuro. El rojo se difumina, desaparece.

—Deja de mirarme así —suelta de golpe—. Como si fuera a intentar matarte mañana.

—¿Y no lo vas a hacer? —pregunto—. Pensé que se trataba de eso.

Entrecierra los ojos.

—¿Te pone nervioso? ¿Te preguntas quién ganará? —aprieta la mandíbula con fuerza y por un instante me parece estar mirando a una persona realmente loca. Pero

entonces sacude la cabeza, y su expresión de frustración se asemeja mucho a la de Carmel—. ¿No has pensado que tal vez tenga un plan?

—Nunca pensé que no lo tuvieras —respondo. Pero lo que ella llama un plan para mí es un fin oscuro—. ¿No has pensado que tal vez sea un pelín injusto? Estaré sangrando por la barriga.

—Ja —resopla Jestine—. ¿Crees que vas a ser el único? La sangre es un billete para un solo pasajero.

Me paro.

—Por Dios, Jestine. Niégate.

Sonríe y se encoge de hombros, como si la apuñalaran como un cerdo un jueves sí y otro no.

—Si tú vas, yo también.

Permanecemos en silencio. Ellos pretenden que uno de los dos regrese con el *áthame*. Pero ¿y si ninguno lo trae de vuelta? Parte de mí se pregunta si no sería mejor dejar el *áthame* allí para siempre, y que se queden sin él; sin una manera de abrir la puerta y sin un propósito. Tal vez entonces desaparecerían y apartarían sus garras de Jestine. Pero mientras pienso eso, otra parte de mí sisea que el *áthame* es mío, y resuena en mis oídos esa estúpida rima sobre el lazo de sangre, y que si la Orden ha clavado sus garras en Jestine, el *áthame* las ha clavado en mí.

Sin decir una palabra, empezamos a avanzar juntos por el largo pasillo. Me siento tan recluso y enfadado con este lugar; me gustaría abrir a patadas las puertas cerradas e irrumpir en un círculo de oración, tal vez hacer malabarismos con el *áthame* y un par de velas solo para ver las expresiones horrorizadas de sus rostros y escuchar sus gritos de «¡Sacrilegio!».

—Esto te va a sonar raro —dice Jestine—, pero ¿puedo pasar con vosotros esta noche? No voy a dormir mucho y —mira a su alrededor con expresión culpable— este lugar está empezando a darme escalofríos.

\*\*\*

Cuando aparezco con Jestine, Thomas y Carmel se sorprenden, pero no muestran hostilidad. Probablemente los dos se sientan bastante agradecidos de que Thomas conserve la carótida intacta. Gideon está con ellos en la zona común, sentado en un sillón de orejas. Había estado contemplando el fuego hasta que entramos, y ahora que estamos aquí no parece realmente concentrado. La luz de la hoguera ahonda las arrugas de su rostro. Por primera vez desde que estoy con él, aparenta la edad que tiene.

—¿Le habéis comentado a la Orden lo de asistir al ritual? —les pregunto.

—Sí —responde Carmel—. Se asegurarán de que estemos preparados. Pero no sé

qué voy a hacer yo. He estado un poco ocupada para recibir clases extra de brujería.

—Independientemente de que seas bruja o no, tienes sangre en las venas —dice Gideon—. Cuando la Orden cree esa puerta mañana, surgirá el hechizo más fuerte que se haya intentado en quizás los últimos cincuenta años. Y cada uno de nosotros tendrá que aportar algo, no solo Teseo y Jestine.

—Vas a entrar —me dice Thomas, un tanto aturdido—. Supongo que no se me había pasado por la cabeza. Pensé que simplemente la sacaríamos. Que tú permanecerías aquí. Que los dos estaríamos allí.

Sonrío.

—Quita esa expresión de culpabilidad de la cara. Un cadáver ha tratado de devorarte. Ya has hecho bastante.

Aunque no sirve de nada, puedo verlo en el fondo de sus ojos. Sigue tratando de pensar en algo más.

Todos me miran. Tienen miedo, aunque no pánico. Ni tampoco dudas. Parte de mí desea darles un pescozón, llamarles ciegos seguidores y yonquis de la adrenalina. Pero no es así. Ni uno de ellos estaría aquí si no fuera por mí, y no sé si eso está bien o mal. Lo único que sé es que me siento agradecido. Resulta casi imposible pensar que hace menos de un año podría haber estado solo.

\*\*\*

Gideon dijo que sería bueno que durmiéramos un poco, pero ninguno de nosotros le hizo realmente caso. Ni siquiera él. Ha pasado gran parte de la noche en el mismo sillón de orejas, dormitando inquieto, a ratos, despertándose de golpe cada vez que el fuego crepitaba demasiado alto. El resto nos tumbamos donde pudimos sin salir de la estancia, en uno de los sofás, o acurrucados en una silla. La noche ha transcurrido en silencio, concentrados todos en nuestros propios pensamientos. Creo que me dormí alrededor de las tres o las cuatro de la madrugada. Cuando me desperté unas cuantas horas después parecía que no había transcurrido nada de tiempo, excepto porque el fuego estaba apagado y blanquecino, y una vaga luz se colaba a través de la hilera de ventanas próximas al techo.

—Deberíamos comer algo —sugiere Jestine—. Más tarde estaré demasiado nerviosa, y no me gustaría que me dejaran sin una gota de sangre con el estómago vacío —se estira, y las vértebras de su cuello crujen con una prolongada serie de chasquidos—. No era una silla cómoda. Bueno, ¿queréis que encontremos la cocina?

—Puede que el cocinero no esté allí tan temprano —dice Gideon.

—¿El cocinero? —exclama Carmel—. Me importa una mierda el cocinero. Voy a buscar lo más caro que haya en esa cocina, a dar un mordisco y a tirar el resto al suelo. Y luego voy a romper unos cuantos platos.



—Carmel —empieza a decir Thomas. Se calla cuando ella fija sus ojos en él, y sé que le está leyendo la mente—. Al menos, no malgastes la comida —murmura por fin, y sonríe.

—Adelantaos vosotros tres —dice Gideon, tomándome del brazo—. Os alcanzaremos en un instante.

Asienten con la cabeza y se dirigen hacia la puerta. Cuando giran hacia el pasillo, escucho a Carmel murmurar lo mucho que odia este lugar, y que espera que Anna consiga de algún modo que implosione como la casa victoriana. Me arranca una sonrisa. Luego, Gideon se aclara la garganta.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

—Se trata de las cosas que Colin no te contó. Cosas que podrías no haber considerado —se encoge de hombros—. Tal vez sean simplemente corazonadas inútiles de viejo.

—Papá siempre confió en tus corazonadas —le digo—. Parecía que siempre le ayudabas.

—Hasta que no pude —añade. Supongo que no debería sorprenderme que aún cargue con eso, aunque lo que sucedió no fuera culpa suya. Sentiré lo mismo por mí, si no consigo regresar. Tal vez igual que Thomas y Carmel, y tampoco habrá sido culpa suya.

—Es sobre Anna —dice de repente—. Algo sobre lo que he estado reflexionando.

—¿De qué se trata? —le pregunto, pero no responde—. Vamos, Gideon. Tú fuiste quien me mantuvo alejado de esto.

Respira hondo y se frota la frente con los dedos. Está tratando de decidir cómo, o por dónde, empezar. Va a decirme de nuevo que no debería hacerlo, que Anna está donde debe estar, y yo voy a repetirle que lo haré, y que debería dejar de meterse en mis asuntos.

—No creo que Anna se encuentre en el lugar adecuado —dice—. O al menos, no exactamente.

—¿A qué te refieres, exactamente? ¿Crees que le corresponde estar al otro lado, sea en el infierno o no?

Gideon sacude la cabeza con gesto de frustración.

—Lo único que sabemos sobre el otro lado es que no sabemos nada. Escucha. Anna abrió una puerta hacia el más allá y arrastró al hechicero *obeah*. ¿Hacia dónde? Tú dijiste que parecía como si estuvieran los dos atrapados allí. ¿Y si estás en lo cierto? ¿Y si están enganchados, como un corcho al cuello de una botella?

—Y qué si fuera así —susurro, aunque conozco la respuesta.

—Entonces, tal vez deberías considerar cuál será tu elección —responde Gideon—. Si existe alguna manera de separarlos, ¿la traerás de vuelta o la dejarás marchar?

Marchar. ¿Adónde? ¿A otro lugar oscuro? ¿Tal vez a uno peor? No hay respuestas

fiables. Nadie lo sabe. Es como el remate de una mala película de terror. ¿Qué ha pasado con el tipo con un gancho por mano? *Nadie lo sabe.*

—¿Crees que merece estar donde está? —le pregunto—. Y te estoy preguntando a ti. No a un libro, ni a una filosofía, ni a la Orden.

—Ignoro qué es lo que determina esas cosas —responde—. Si hay un poder superior que juzga, o es simplemente la culpabilidad atrapada dentro del espíritu la que actúa. Nosotros no llegamos a decidir.

Por Dios, Gideon. Eso no es lo que te he preguntado. Estoy a punto de decirle que esperaba una repuesta mejor cuando añade:

—Pero, por lo que tú me has contado, esa chica ha soportado su ración de tormento. Así que, si me encomendaran juzgarla, no podría condenarla a más.

—Gracias, Gideon —respondo, y se muerde la lengua sobre lo demás. Ninguno de nosotros sabe lo que sucederá esta noche. Se percibe una extraña sensación de irrealdad, espolvoreada con negación, como si nunca fuera a ocurrir, como si estuviera muy lejos, cuando el tiempo que resta puede contarse en horas. ¿Cómo es posible que en ese breve intervalo de tiempo pueda verla otra vez? Podré tocarla. Podré sacarla de la oscuridad.

*O enviarla hacia la luz.*

Calla. No compliques las cosas.

Caminamos el uno junto al otro hasta la cocina. Carmel se ha mantenido fiel a su promesa y ha roto al menos un plato. Le hago un gesto con la cabeza y se ruboriza. Sabe que es algo insignificante, y que para la Orden no supondría ninguna diferencia aunque rompiera doce vajillas completas. Pero esta gente la hace sentir indefensa.

Cuando nos ponemos a comer, resulta sorprendente la cantidad que logramos engullir. Gideon improvisa una salsa holandesa y combina unos impresionantes huevos Benedicto con una abundante guarnición de salchichas. Jestine asa seis de las granadas más grandes y rojas que jamás haya visto, con miel y azúcar.

—Deberíamos mantener tantos ojos como podamos pendientes de la Orden —dice Thomas entre mordisco y mordisco—. No me fío de ellos ni un pelo. Carmel y yo podemos vigilar mientras ayudamos a preparar el ritual.

—No te olvides tampoco de llamar a tu abuelo —sugiere Gideon, y Thomas levanta los ojos, sorprendido.

—¿Conoces a mi abuelo?

—Solo por su buena reputación —contesta Gideon.

—Él ya lo sabe —dice Thomas, bajando la mirada—. Mantendrá a toda la red vudú a la espera. Estarán cubriéndonos las espaldas desde su lado del mundo.

Toda la red vudú. Mastico lentamente. Habría sido agradable tener a Morfran de mi parte. Habría sido como guardar un huracán bajo la manga.

\*\*\*

En atención a la rebelión de Carmel, dejamos la cocina hecha un completo desastre. Después de arreglarnos, Gideon acompañó a Thomas y Carmel a reunirse con los miembros de la Orden. Jestine y yo decidimos recorrer los alrededores, para fisgonear y quizás por matar el tiempo.

—No tardarán en venir a por el uno o a por el otro —le digo mientras caminamos junto a la hilera de árboles, escuchando el leve borboteo del arroyo cercano.

—¿Para qué? —pregunta Jestine.

—Bueno, para hablarnos del ritual —respondo, y ella sacude la cabeza.

—No esperes demasiado, Cas. Tú eres simplemente el instrumento, ¿recuerdas? —arranca un palito de una rama baja y me da un golpe con ella en el pecho.

—¿Entonces van a enviarnos a ciegas y a esperar que seamos lo bastante buenos para lograrlo sin información? —me encojo de hombros—. Eso es o una estupidez, o realmente halagador.

Jestine sonrío y se detiene.

—¿Tienes miedo?

—¿De ti? —pregunto, y ella hace una mueca.

La adrenalina fluye por nuestros cuerpos y hay una ligera tensión en nuestros músculos. Cuando ella balancea la ramita hacia mi cabeza, la veo venir a un kilómetro de distancia y la bloqueo con la punta del pie. Su respuesta es un golpe definido con el codo en mi cabeza y una carcajada, pero sus movimientos son precisos. Tiene práctica y se mueve con fluidez; está bien entrenada. Contraataca con respuestas que no había visto antes, y cuando me pega en el estómago hago un gesto de dolor, aunque esté conteniendo los puñetazos. Aun así, devuelvo y bloqueo más golpes de los que me alcanzan. El *áthame* sigue en mi bolsillo. Esto no es ni la mitad de lo que puedo hacer. Aunque sin él, estamos casi igualados. Cuando nos detenemos, nuestro pulso se ha acelerado y la ráfaga de adrenalina ha desaparecido. Estupendo. Es un fastidio cuando no puedes dirigirla hacia ningún lado, como cuando despiertas de una pesadilla.

—No te supone ningún problema pegar a las chicas —dice ella.

—Y a ti no te supone ningún problema pegar a los chicos —respondo—. Pero esto no es real. Esta noche lo será. Como me dejes al otro lado, puedo darme por muerto.

Ella asiente con la cabeza.

—A la Orden del Biodag Dubh le fue encomendada una labor. Tú la perviertes trayendo de vuelta a una muerta asesina.

—Ya no es una asesina. En realidad, nunca lo fue. Le echaron una maldición —

¿por qué es tan difícil comprenderlo? Pero ¿qué esperaba? No se pueden cambiar las creencias de una persona en solo un par de días—. De todas maneras, ¿qué sabes de todo esto? Y me refiero a saber realmente. ¿Qué has visto? ¿Nada? ¿O es que simplemente te tragas lo que te cuentan?

Me mira fijamente, con resentimiento, como si estuviera siendo injusto. Pero probablemente vaya a intentar matarme, y matarme *justificadamente*, así que, que se joda.

—Sé muchas cosas —sonríe—. Tal vez creas que soy una zángana estúpida, pero aprendo. Escucho. Investigo. Mucho más que tú. ¿Sabes siquiera cómo funciona el *áthame*?

—Lo clavo y los muertos desaparecen.

Jestine se ríe y murmura algo en voz baja. Creo pillar la expresión «cabeza hueca». Con énfasis en «hueca».

—El *áthame* y el otro lado están unidos —me explica—. El cuchillo procede de allí. Así es como funciona.

—Quieres decir que viene del infierno —exclamo. En mi bolsillo, el *áthame* se agita, como si le pitaran los oídos.

—Infierno. Abadón. Acheron. Hades. El otro lado. Esos son simplemente nombres que la gente da al lugar donde van las cosas muertas —Jestine sacude la cabeza. Sus hombros se desploman con un repentino cansancio—. No tenemos mucho tiempo —continúa—. Y sigues mirándome como si te fuera a robar el dinero del almuerzo. No quiero que mueras, Cas. Nunca lo he querido. Simplemente no comprendo qué te empuja a hacer lo que haces.

Tal vez sea la pequeña refriega que acabamos de tener, pero se me contagia su fatiga. Ojalá no estuviera implicada en esto. A pesar de todo, me cae bien. Pero sé lo que dicen sobre desear un imposible. Jestine se acerca a mí y sus dedos recorren el perfil de mi mandíbula. Se los aparto, pero con suavidad.

—Háblame de ella, al menos —me pide.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto, y aparto la mirada hacia los árboles.

—Lo que sea —se encoge de hombros—. ¿Qué la ha convertido en algo tan especial? ¿Qué te ha hecho a ti tan especial para que se haya sumido en el olvido por ti?

—No lo sé —respondo. ¿Por qué he dicho eso? Sí que lo sé. Lo supe en el instante en que escuché el nombre de Anna, y la primera vez que me habló. Lo supe cuando salí de su casa con las tripas aún en su sitio. Era admiración, y entendimiento. Nunca había sentido algo así, ni ella tampoco.

—Bueno, pues dime qué aspecto tenía —insiste Jestine—. Si vamos a desangrarnos para encontrarla, me gustaría saber a quién estoy buscando.

Metó la mano en el bolsillo para coger la cartera y saco la fotografía de Anna del

periódico, de cuando estaba viva. Se la paso a Jestine.

—Es bonita —comenta después de unos instantes. Bonita. Es lo que dice todo el mundo. Lo dijo mi madre, y también Carmel. Pero en sus bocas, sonó como un lamento, como si hubiera sido una pena que tal belleza se perdiera. Al decirlo Jestine, ha parecido desdeñoso, como si fuera la única palabra agradable que se le había ocurrido. O tal vez me esté poniendo a la defensiva. Me da igual, así que alargo la mano para reclamar la fotografía y la devuelvo a la cartera.

—No le hace justicia —le aseguro—. Es feroz. Y más fuerte que cualquiera de nosotros.

Jestine se encoge de hombros, con un gesto de «lo que tú digas». Los pelos de la nuca se me erizan unos cuantos centímetros. Da igual. En unas horas, verá a Anna con sus propios ojos. La verá vestida de sangre, con el pelo flotando como si estuviera suspendido en el agua y los ojos negros y brillantes. Y cuando lo haga, será incapaz de recuperar el aliento.

Jestine se equivocó. La Orden apareció en busca de uno de los dos. Se la llevaron a ella, justo antes del atardecer. Llegaron dos mujeres sin decir una palabra. No eran mucho mayores que nosotros, las dos con el pelo completamente negro y suelto. Jestine las presentó como Hardy y Wright. Supongo que a los miembros más jóvenes los llaman por su apellido. O eso, o sus padres eran unos idiotas.

Gideon vino a por mí poco después. Me encontró deambulando bajo las farolas, por el camino pavimentado. El paseo me vino bien. Me había subido de nuevo la adrenalina, y estaba a punto de ponerme a hacer *sprints*. Me llevó de regreso al complejo y a través de los edificios hasta su habitación, donde hileras de velas blancas se habían desecho por completo y tres de los *áthames* falsos descansaban sobre un terciopelo rojo.

—Entonces —digo mientras él cierra la puerta—, ¿qué puedes contarme del ritual?

—Que no tardará en empezar —contesta. Una respuesta un tanto vaga. Es como si estuviera hablando con Morfran.

—¿Dónde están Carmel y Thomas?

—De camino —me dice. Una sonrisa rompe la solemnidad de su rostro—. Esa muchacha —se ríe entre diente—. Es dinamita. Nunca había escuchado una lengua así. En circunstancias normales, habría afirmado que es una insolente, pero según están las cosas... ha resultado encantador ver el rostro de Colin adquirir ese tono rojizo —arquea una ceja—. ¿Por qué no le tiraste los tejos?

Carmel fastidiando a Burke durante todo el día. Ojalá pudiera haberlo visto.

—Thomas se me adelantó —respondo, y hago una mueca.

Nuestras sonrisas se desvanecen poco a poco, y me quedo fijo en las velas que van derritiéndose. Las llamas flotan sobre las mechas, muy pequeñas. Parece mentira que puedan hacer desaparecer por completo la columna de cera. Gideon se dirige a su armario y abre la puerta corredera. Al principio, da la impresión de que estuviera cogiendo un fardo de cortinas rojas, pero cuando las extiende sobre la cama, veo que son túnicas ceremoniales, iguales que la que llevaba puesta en la fotografía.

—Ah —exclamo—, me preguntaba cuándo aparecerían las túnicas y los incensarios.

Gideon estira ambas túnicas, tirando de las capuchas y las mangas. Yo voy vestido con una camiseta verde militar y unos vaqueros. A mí, me parece una vestimenta adecuada. Las túnicas aparentan pesar diez kilos cada una.

—¿Si me pongo una de esas, me ayudará con el hechizo? —le pregunto—. Quiero decir que, bueno, tú sabes que gran parte del ritual es puro ritual.

—El ritual es puro ritual —repite, casi igual que mi madre—. No, en realidad no

te ayudará. Es solo una tradición.

—Entonces, olvídalo —respondo, echando una ojeada a la cuerda que se ata a la cintura—. La tradición puede meterse la túnica por donde le quepa. Y además, Anna se partiría el culo.

Sus hombros se desploman y me preparo para el impacto. Ahora va a gritarme que nunca me tomo las cosas en serio, que jamás muestro respeto. Cuando se da la vuelta, retrocedo, y él me agarra por el hombro.

—Teseo, si sales ahora mismo por esa puerta, te dejarán marchar.

Le miro. Tiene los ojos brillantes, casi temblorosos tras sus gafas metálicas. Que me dejarán marchar, dice. Tal vez sí y tal vez no. Burke probablemente me perseguiría con un candelero si lo intentara, y esto se convertiría en una partida de Cluedo a tamaño natural. Aparto su mano con suavidad.

—Dile a mamá —empiezo, y luego me callo. Tengo la mente en blanco. El rostro de mi madre flota un instante por ella, y desaparece—. No sé. Dile algo bueno.

—Toc, toc —dice Thomas, y asoma la cabeza. Cuando le sigue el resto del cuerpo, y Carmel tras él, no puedo evitar una sonrisa. Llevan puestas unas largas túnicas rojas, con las capuchas a la espalda y las mangas ocultando sus manos.

—Chicos, parecéis unos monjes —les digo. Las puntas de las Converse de Thomas asoman por debajo—. Sabéis que no tenéis que poneros eso, ¿verdad?

—No queríamos, pero a Colin le dio un ataque —Carmel deja los ojos en blanco—. Son realmente pesadas. Y pican un poco.

Detrás de nosotros, Gideon descuelga su túnica de la percha y se la pone. Se ajusta la cintura y estira la capucha a su espalda. Luego coge uno de los cuchillos falsos que hay sobre el terciopelo y lo introduce bajo la cuerda, junto a la cadera.

—Necesitaréis uno cada uno —les dice a Thomas y Carmel—. Ya están afilados.

Intercambian una mirada, pero ninguno palidece cuando se acercan y cogen los cuchillos.

—He hablado con mi abuelo —comenta Thomas—. Dice que somos unos idiotas.

—¿Todos? —le pregunto.

—Bueno, principalmente tú —nos reímos. Puede que yo sea un idiota, pero Morfran estará vigilando. Si Thomas necesita ayuda, puede enviársela desde el otro lado del océano.

Me aclaro la garganta.

—Escuchad, yo... no sé en qué estado estaremos cuando volvamos. Pero si tratan de hacerle algo a Anna...

—Estoy casi seguro de que Anna podrá hacer pedazos la Orden —dice Thomas—. Pero por si acaso, conozco algunos trucos para detenerlos.

Carmel sonrío.

—Debería haberme traído el bate —una expresión extraña invade su rostro—.

¿Ha pensado alguien cómo vamos a llevar a Anna a Thunder Bay? —pregunta—. Quiero decir que me da la impresión de que tiene el pasaporte caducado.

Me río, igual que los demás, incluso Gideon.

—Sería mejor que vosotros dos os marcharais —interviene Gideon, y señala la puerta—. Iremos justo después.

Asienten con la cabeza y me rozan el brazo al pasar.

—¿Necesito pedirte que los mantengas a salvo, si...? —pregunto a Gideon una vez que se han marchado.

—No —responde él. Coloca su mano sobre mi hombro, pesada—. Te juro que no.

\*\*\*

En el transcurso de un día, este lugar ha envejecido un siglo. La electricidad ha sido sustituida por la luz de las velas. Titila en las paredes de los pasillos y se refleja en la superficie de piedra del suelo. Los trajes también han desaparecido; todas las personas con las que nos cruzamos visten túnica, y cuando pasamos hacen ese gesto de bendición y rezo. O tal vez sea un mal de ojo, dependiendo de la persona. Yo no respondo. Solo se me viene a la cabeza un gesto con la mano, y no resulta apropiado.

Gideon y yo avanzamos por el laberinto de pasillos y estancias comunicadas hasta que llegamos ante unas enormes puertas de madera de roble. Antes de que pueda preguntarle dónde guarda la Orden el ariete, las puertas se abren desde el interior para dejar paso a una escalera de piedra, que desciende en espiral hacia la oscuridad.

—Linterna —solicita Gideon secamente, y una de las personas que hay junto a la puerta le alarga una. La luz descubre unos escalones de granito finamente labrados. Esperaba que estuvieran ennegrecidos y húmedos, con aspecto tosco.

—Ten cuidado —le digo a Gideon cuando empieza a bajar.

—No voy a caerme —replica él—. ¿Para qué crees que he cogido la linterna?

—No es eso. Me preocupa que te pises la túnica y te partas el cuello.

Gruñe algo sobre ser perfectamente capaz, pero avanza con cuidado. Yo le sigo, y hago lo mismo. Con linterna o sin ella, la escalera marea. No hay pasamanos y gira una y otra vez, hasta que pierdo el sentido de la orientación y no tengo ni idea de cuánto hemos descendido. El aire es cada vez más frío, y húmedo. Parece que estuviéramos bajando por la garganta de una ballena.

Cuando llegamos al final, tenemos que rodear un muro, de modo que la luz de las velas nos golpea de repente al entrar en la gran estancia circular. Las velas están alineadas en las paredes en tres filas: una blanca, una negra, y entre medias, otra con una combinación de ambos colores. Están colocadas sobre repisas talladas en la roca.

Las túnicas están de pie en el centro, formando un semicírculo a la espera de cerrarse. Solo los miembros más veteranos de la Orden están presentes; miro sus



rostros, todos viejos y anónimos, excepto los de Thomas y Carmel. Ojalá se quitaran las capuchas. Tienen un aspecto raro con el pelo tapado. Burke está, por supuesto, de pie en el centro, como la piedra angular. Esta vez no muestra ninguna cordialidad. Sus rasgos aparecen afilados a la luz de las velas, y así es justo como le recordaré. Con aspecto de gilipollas.

Thomas y Carmel se encuentran en el extremo del semicírculo, Thomas tratando de no parecer fuera de lugar y Carmel sin importarle un pimiento ni lo uno, ni lo otro. Me regalan una sonrisa nerviosa, y yo echo un vistazo a los miembros de la Orden. En el cinturón de cada uno reluce un afilado cuchillo; miro a Gideon. Como esto salga mal, será mejor que guarde algún truco debajo de la manga, o Thomas, Carmel y él acabarán como Julio César antes de decir una sola palabra.

Thomas clava sus ojos en los míos, y los dos miramos hacia arriba. No se ve el techo. Es demasiado alto para que lo alcance la luz de las velas. Vuelvo a mirar a Thomas y sus ojos se agrandan. Odiamos este lugar. Parece como si estuviera bajo todo. Bajo tierra. Bajo el agua. Un mal lugar para morir.

Nadie ha dicho nada desde que Gideon y yo hemos llegado. Aunque siento sus ojos en mi cara y dirigidos hacia el mango del cuchillo en mi bolsillo trasero. Quieren que lo saque. Quieren verlo y lanzar sus exclamaciones una vez más. Pues olvidadlo, cabrones. Voy a atravesar esa puerta, a encontrar a mi chica y a regresar. Luego veremos qué tenéis que decir.

Me han empezado a temblar las manos; me las sujeto con fuerza. A nuestras espaldas, se escucha el eco de unas pisadas en la escalera. Jestine baja conducida por Hardy y Wright, aunque conducida no es la palabra adecuada. Escoltada es mejor. Para la Orden, este espectáculo está dedicado por completo a ella.

También le han permitido ir sin la túnica roja. O tal vez se negara a llevarla. Al mirarla, noto todavía esa punzada persistente en el estómago que me asegura que no es mi enemiga, y resulta difícil no confiar en esa sensación después de tanta insistencia, aunque parezca una locura. Jestine entra en el círculo y su escolta se retira escaleras arriba. El círculo de túnicas se cierra tras ella, dejándonos solos en el centro. Saluda a la Orden y luego me mira, tratando de sonreír con superioridad, pero titubea. Va vestida con una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones negros de cintura baja. No lleva ningún talismán a la vista, ni medallones, ni joyas. Pero noto un tufillo a romero. La han ungido como protección. Alrededor de la pierna lleva una correa que parece contener un cuchillo, y tiene otra similar amarrada al otro muslo. En algún lugar, Lara Croft quiere que le devuelvan su atuendo.

—¿Es imposible que te hagamos cambiar de opinión? —pregunta Burke sin un atisbo de sinceridad.

—Continuemos con esto sin más —mascullo. Él sonríe sin mostrar los dientes. Algunas personas solo logran poner caras deshonestas.

—El círculo ha quedado trazado —dice suavemente—. La puerta está despejada. Solo resta abrirla por completo. Pero primero, debes elegir tu ancla.

—¿Mi ancla?

—La persona que te servirá de conexión con este plano. Sin ella, serías incapaz de regresar. Debéis elegir los dos.

Mi mente se dirige a Gideon. Entonces, miro a la izquierda.

—Thomas —digo.

Sus ojos se agrandan. Creo que está tratando de mostrarse alagado, pero solo consigue dar la impresión de que tiene acidez de estómago.

—Colin Burke —dice Jestine a mi lado. No me sorprende.

Thomas traga saliva y da un paso adelante. Saca el *áthame* falso del cinturón y rodea la hoja con el puño. Cuando arrastra el filo por su palma, consigue no estremecerse, ni siquiera cuando la sangre fluye y gotea por el extremo del puño. Limpia el *áthame* sobre la túnica, lo desliza de nuevo bajo el cinturón, y hunde el pulgar en la sangre acumulada en su palma. La noto caliente cuando dibuja una pequeña media luna en mi frente, justo encima de la ceja. Hago una inclinación de cabeza, y él retrocede. A su lado, Carmel tiene los ojos muy abiertos. Ambos pensaban que elegiría a Gideon. Yo también, hasta que abrí la boca.

Me vuelvo; Burke y Jestine repiten el ritual. La sangre de él aparece brillante y color carmesí sobre la piel de ella. Cuando Jestine se gira hacia mí, tengo que reprimir el deseo de limpiársela. Traga saliva, y sus ojos se ponen brillantes. La adrenalina se libera en nuestra sangre, volviendo el mundo más definido, más claro, más inmediato. No es igual que cuando empuño el *áthame*, pero casi. A una señal de Burke, el resto de la Orden saca sus cuchillos. Carmel va solo un poco por detrás de ellos cuando arrastran las hojas sobre sus palmas; sus ojos se entrecierran ante el leve escozor. Luego todos, incluidos Thomas y Burke, giran las manos, dejando que la sangre gotee sobre el suelo, salpicando el mosaico de baldosas asimétricas color amarillo pálido. Cuando las gotitas golpean el suelo, las llamas de las velas se reavivan y una energía parecida a las ondas de un intenso calor se despliega hacia el centro y reverbera hacia fuera. La siento bajo mis pies, transformando el suelo. De qué manera, es difícil de explicar. Es como si la superficie bajo nuestros pies *perdiera consistencia*. Como si estuviera estrechándose, o despojándose de una dimensión. Estamos de pie sobre un suelo que ya no es un suelo.

—Ha llegado el momento, Cas —dice Jestine.

—El momento —repito yo.

—Ellos han cumplido su parte, allanando el camino. Pero no pueden abrir la puerta. Eso tienes que hacerlo tú.

La magia me atraviesa la cabeza como un jodido torrente. Al mirar alrededor del círculo, apenas distingo a Carmel y Gideon de los demás. Bajo las capuchas, sus

rasgos quedan desdibujados. Entonces veo a Thomas, tan claramente como si estuviera lanzando destellos, y mi estómago se descuelga unos centímetros. Se me mueve el brazo; no me doy cuenta de que estoy alcanzando el *áthame* hasta que lo tengo en la mano, hasta que bajo los ojos y veo las llamas de las velas parpadeando anaranjadas en su hoja.

—Yo primero —me dice Jestine. Está justo delante de mí. El *áthame* apunta hacia su estómago.

—No —retrocedo, pero me agarra por el hombro. No sabía que la intención de la Orden fuera esta. Creí que lo haría Burke. Que sería un corte superficial en el brazo. No sé lo que creí. No pensé en nada; no quise hacerlo. Retrocedo otro paso.

—Si tú vas, yo voy —dice Jestine con los dientes apretados. Y antes de que pueda reaccionar, me agarra la mano en la que tengo sujeto el *áthame* y lo hunde profundamente en su costado. Veo la hoja clavarse como una pesadilla, lenta pero fácilmente, como si estuviera deslizándose por el agua. Cuando sale, brilla con un rojo translúcido.

—¡Jestine! —grito. La palabra muere estrepitosa en mis oídos. Las paredes no devuelven ningún eco. Su cuerpo se dobla, y Jestine cae de rodillas. Se aprieta el costado; a través de sus dedos solo fluye una pequeñísima cantidad de sangre, pero sé que es mucho más grave.

*La sangre que te da la vida.*

Mientras la contemplo, pierde una dimensión, pierde consistencia, como el aire que nos rodea y el suelo bajo nuestros pies. Se ha marchado, ha cruzado. Lo que queda está vacío, no es más que un indicador de posición.

Bajo los ojos hacia ella, hipnotizado, y giro el *áthame* hacia dentro. Cuando penetra en mi piel, el mundo gira. Siento como si arrastraran mi mente a través de un agujerito. Aprieto los dientes y clavo más el cuchillo, pensando en Jestine, pensando en Anna. Mis rodillas golpean el suelo y todo queda oscuro.

Aquí no hay nada bueno. Nunca lo ha habido. Mi mejilla descansa sobre una superficie que no está ni caliente ni fría, que no es ni roma ni afilada. Pero está dura. Cada parte de mi cuerpo que la roza está a punto de hacerse añicos. Ha sido un error. Nosotros no pertenecemos a este lugar. Dondequiera que esté, carece de todo. Ni luz, ni oscuridad. Ni aire, ni sensaciones. Nada; un vacío.

No quiero seguir pensando. Mis ojos podrían saltar y rodar fuera de mi cabeza. Podría romperme el cráneo contra el fondo y escuchar el ruido de los trozos vacíos, bamboleándose como la cáscara desechada de un huevo.

(Cas, abre los ojos).

Tengo los ojos abiertos. No hay nada que ver.

(Tienes que abrir los ojos. Tienes que respirar).

Este lugar es lo que hay tras la locura. Aquí no hay nada bueno. Está fuera del mapa. Si comes frustración, se te atraganta. Este lugar es lo que existe a la estela de un grito.

(Escucha mi voz. Escucha. Estoy aquí. Es difícil, pero tienes que *hacerlo*. En tu mente. Fórmalo en tu mente).

La mente se me va aclarando. No logro que permanezca concentrada. Hacer todo este camino para quedarme frito y hecho pedazos. Hay cosas que son necesarias. Aire. Agua. Risa. Fuerza. Respirar.

Respirar.

—Eso es —dice Jestine—. Poco a poco —su rostro se materializa como niebla en un espejo y después el resto del mundo, relleniéndose como uno de esos dibujos que se pintan por números. Estoy tumbado sobre lo que parece una piedra en una cámara de ingravidez, con una pesada densidad sobre mi cráneo, presión en los omóplatos. Así debe de sentirse un pez al que capturan, al que arrastran sobre un muelle, con la madera presionando sus agallas y su ojo cuando nada los había aplastado hasta ese momento. Sus agallas palpitan inútiles. Mis pulmones se mueven inútiles. Algo entra y sale de ellos, pero no es aire. No hay sensación de que mi sangre se esté nutriendo. Me aferro el pecho.

—Que no te entre el pánico. Solo sigue respirando. No importa si es real o no. Deja que se vuelva familiar —me agarra los brazos; su piel es cálida, más cálida que nada que recuerde. No sé cuánto tiempo llevamos aquí. Parecen haber pasado horas. Segundos. Podría ser lo mismo—. Todo está en la mente —continúa—. Ahí es donde existimos. Mira —me toca el estómago y me estremezco, anticipando el dolor. Solo que no se produce ninguno. La herida no está ahí. Debería estarlo. Debería haber un agujero rasgado en mi camiseta y sangre extendiéndose en círculo. El cuchillo debería sobresalir de mi cuerpo.

—No, no pienses en ello —dice ella. Bajo de nuevo los ojos. Donde no había nada, ahora veo un pequeño desgarrón y una oscura mancha de humedad—. No pienses en ello —repite Jestine—. Aún existe. Más allá. En el otro lado, nuestros cuerpos están sangrando. Si no regresamos antes de que se vacíen, moriremos.

—¿Cómo volvemos?

—Mira a tu espalda.

Detrás de mí hay piedra. Estoy tumbado sobre la espalda. Pero giro la cabeza ligeramente.

Thomas. Le veo. Y si me concentro, la ventana se ensancha hasta revelar el resto de la habitación. Los cortes en las manos de la Orden siguen abiertos, goteando lentamente sobre el suelo. Nuestros cuerpos están allí, el mío y el de Jestine, acurrucados donde cayeron.

—Estamos al otro lado del espejo —exclamo.

—Es una manera de decirlo. Pero en realidad, seguimos allí. Seguimos vivos. Lo único que traspasó, físicamente, es el *áthame*.

Miro hacia abajo. Está en mi mano y no hay sangre en la hoja. Lo aprieto, y el gesto provoca una ráfaga de sensibilidad. La sensación familiar en este lugar vacío casi me hace desear hundirlo de nuevo en mi estómago.

—Tienes que levantarte ya —Jestine se pone en pie. Parece varios tonos más brillante que cualquier otra cosa. Alarga la mano hacia mí, y tras su cabeza se extiende un infinito cielo negro. Sin estrellas. Sin límites.

—¿Cómo sabes todo esto? —le pregunto, y lucho por levantarme sin ayuda. Dondequiera que estemos, no existen las normas de perspectiva. Parece como si pudiera divisar hasta el infinito y aun así, solo unos cuantos centímetros en cada dirección. Y no hay luz. Al menos, lo que para nosotros sería luz. Las cosas simplemente son. Y son piedra lisa, muros tallados como barrancos de algo que podría ser gris y podría ser negro.

—La Orden escribió crónicas cuando recogieron el metal para el *áthame*. La mayoría se perdió y lo que se conserva es poco fiable, pero yo he estudiado hasta la última palabra.

—¿Vas a intentar deshacerte de mí aquí, Jestine?

Mira hacia abajo y a un lado. No distingo nada detrás de ella, pero si al volver la cabeza yo veo a Thomas, entonces ella debe de ver a Burke. Es su ancla.

—Si mueres aquí, entonces es que este es tu sitio.

—¿Hay algo que realmente pertenezca a este lugar?

—Yo no he venido aquí para ayudarte a sacar a la chica. Tengo mi propio plan.

Aprieto el *áthame* más fuerte. Al menos Anna es ahora «la chica», y no «la muerta asesina».

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto.

—Hasta que se nos acabe —Jestine se encoge de hombros—. Es difícil de precisar. Aquí el tiempo no es lo mismo. Aquí el tiempo no es tiempo. No hay reglas. Yo no uso reloj, pero si lo llevara, me asustaría mirarlo. Mis manos estarían haciendo probablemente ese extraño giro fuera de control. ¿Cuánto tiempo crees que ha pasado desde que empezaste a sangrar?

—¿Eso importa? Me equivocaría, ¿no?

Jestine sonrío.

—Exactamente.

Miro a mi alrededor. Este lugar parece igual en todas direcciones. Más raro incluso resulta el hecho de que, a pesar de saber que me estoy muriendo en algún lugar detrás de mí, no noto sensación de urgencia. Podría permanecer en el mismo lugar y buscar tranquilamente a Anna por los alrededores hasta que hubieran pasado demasiados días, hasta que mi cuerpo al otro lado hubiera sido enviado a casa y estuviera enterrado. Mover las piernas es un acto de voluntad. Aquí todo es un acto de voluntad.

Cuando camino, la piedra se clava en mis pies, como si no llevara zapatos. Al parecer, los zapatos de la mente tienen unas suelas de mierda.

—Esto es inútil —gimoteo—. No está en ninguna parte. No hay ningún sitio donde pueda estar. Es una extensión enorme.

—Si la buscas, doblarás una esquina y allí estará —replica Jestine.

—No hay ninguna esquina que doblar.

—Hay esquinas por todas partes.

—Te odio —levanto las cejas al mirarla y ella sonrío. Jestine también está buscando algo, moviendo los ojos de un lado a otro con desesperación. Tengo que recordarme que a ella la eligieron, y que es culpa de la Orden, y no suya, que esté tumbada sangrando a mi lado. Tiene que estar asustada. Y está resultando una guía mejor de lo que podría haber pedido.

De repente, aparece un muro delante de nosotros, un muro de piedra negra y porosa por la que se filtra agua igual que en el lecho de roca junto a las carreteras que conducen a Thunder Bay. Al girar la cabeza, encuentro más muros a izquierda y a derecha. Se extienden a nuestra espalda en línea recta durante kilómetros, como si hubiéramos estado caminando por un laberinto. Excepto que no ha sido así hasta ahora. Giro más la cabeza para mirar hacia atrás, a través de la ventana, a Thomas. Sigue ahí, mi ancla. ¿Seguimos adelante o regresamos? ¿Es este el camino? Su rostro no reacciona a mis preguntas. Sus ojos están fijos en mi cuerpo, contemplando cómo la sangre empapa mi camiseta.

Pasamos al lado de algo tirado en el suelo. Es un cadáver sobre el que trabajan apresuradamente los insectos. Independientemente de lo que fuera, tenía la piel blanca, pero solo se distinguen cuatro patas, así que podría tratarse de cualquier cosa.

Un perro tal vez, o un gato grande. Podría haber sido un ternero pequeño. Lo dejamos atrás sin hacer ningún comentario y trato de mantener los ojos alejados del movimiento bajo el pellejo. No importa. No es lo que estamos buscando.

—¿Qué pone ahí? —pregunta Jestine, y señala hacia el muro situado delante. Aunque en realidad no es un muro, sino una formación caliza de poca altura, blanca y erosionada, lo bastante baja para escalarla. En ella hay un mensaje escrito con pintura negra aún fresca que dice: *marinette de los brazos secos*. Junto a él, lo que parece un dibujo poco definido: los huesos ennegrecidos de unos antebrazos y unos dedos y una gruesa cruz negra. Ignoro lo que significa. Pero sospecho que Morfran sí lo sabría.

—No deberíamos ir por aquí —digo yo.

—En realidad, solo hay un camino —Jestine se encoge de hombros.

Hacia delante el muro se transforma de roca húmeda y porosa a piedra incolora otra vez. Mientras nos acercamos, parpadeo y se vuelve translúcida, como un grueso cristal polvoriento. Hay una masa blanquecina en el centro, algo congelado o atrapado. Limpio la piedra con la mano, sintiendo el polvo granuloso contra la palma. Quedan al descubierto un par de ojos, muy abiertos, amarillentos y llenos de odio. Continúo limpiando el cristal hacia abajo a medida que mi mano desciende, y veo que el delantero de su camisa blanca sigue conservando las manchas de sangre de su esposa. La afilada línea de su pelo es impresionante y está suspendida en la roca. Es Peter Carver. El primer fantasma al que maté.

—¿Qué es eso? —pregunta Jestine.

—Una pesadilla —contesto yo.

—¿Tuya o de ella?

—Mía —miro fijamente el rostro congelado y recuerdo cómo me persiguió, cómo gateó por el suelo tras de mí, arrastrando la barriga y con las piernas colgando inútiles. Se forma una grieta en el cristal.

—No le tengas miedo —dice Jestine—. Es solo una pesadilla, como tú has dicho. Tu pesadilla.

La grieta es una pequeña fisura, pero se va alargando. Mientras la miro, corre rápidamente hacia arriba, crujiendo como un rayo a través de las manchas de sangre de su camisa.

—Concéntrate —sisea Jestine—. Antes de que lo saques de la roca.

—No puedo —respondo—. No sé a qué te refieres. Tenemos que avanzar. Tenemos que seguir adelante —me doy la vuelta. Muevo mis pesadas piernas tan deprisa como soy capaz. Doblo una esquina y luego otra. Siento ganas de correr, pero es una estupidez. Lo último que necesitamos es perdernos. Dejar de prestar atención y que el camino entre en una cueva. Mis piernas se van deteniendo. No me llegan sonidos de arañazos a nuestras espaldas. Peter Carver no se está arrastrando tras nuestras huellas. Incluso podría haberme imaginado la fisura en la roca.

—No creo que haya pasado nada —le digo, pero ella no contesta—. ¿Jestine? —miro a mi alrededor. No está aquí. Sin pensarlo, retrocedo por donde he venido. No debería haber corrido, haberla dejado frente a Carver, pensando que era ella quien tenía que hacer algo al respecto. ¿Qué demonios pasa conmigo?

—¡Jestine! —grito; ojalá mi voz traspasara las rocas en vez de desplomarse. No me llega ningún sonido, ni mío ni su grito de respuesta. Doblo una esquina, luego otra. Jestine no está. Y tampoco Peter Carver. Han desaparecido los dos.

—Estaba aquí —exclamo sin dirigirme a nadie. Estaba. Solo que regresar por donde vine no funciona. Ninguno de los muros tiene el mismo aspecto que cuando pasé la primera vez—. ¡Jestine!

Nada. ¿Por qué no me advirtió que no podíamos separarnos? ¿Por qué no me siguió? Me duele el estómago. La herida está traspasando.

*No pienses en ello. Lo has dejado atrás. Necesito concentrarme. Encontrar a Anna, y a Jestine.*

Unas cuantas respiraciones profundas y retiro la mano seca. Noto viento en las mejillas, la primera sensación de este tipo desde que estoy aquí. Llega acompañado de un sonido. Una frenética risita femenina que no me parece ni de Jestine ni de Anna. Odio este lugar. Incluso el viento está loco. Retumban unas pisadas a mi espalda, pero cuando me vuelvo no hay nada. ¿Qué estoy haciendo aquí? Parece que olvidar. Noto una presión en el hombro; estoy apoyado contra la pared del barranco. Cuando el viento trae de nuevo la risa, cierro los ojos hasta que siento su pelo rozándome la mejilla.

Tiene el cuerpo medio hundido en la roca. Sus ojos carecen de vida, pero se parece un montón a Cait Hecht.

—Emily Danagger —susurro, y ella sonrío sin ganas mientras penetra de nuevo en la roca. En el instante en que desaparece, sus pisadas suenan detrás de mí, corriendo más cerca. Me empuja hacia delante, dando traspiés. Esquivo formaciones rocosas que parecen fósiles espinosos y tropiezo con piedras que no estaban ahí antes de golpear con ellas. Otra pesadilla más, pienso sin parar, pero corro durante no sé cuánto tiempo antes de que el viento cambie la risita por un murmullo duro e ininteligible. Deseo con tal fuerza taparme los oídos con las manos que al principio no percibo qué otra cosa arrastra: un fuerte aroma a humo dulzón. El mismo humo que se deslizó sobre mi cama el otoño pasado. El mismo humo que mi padre olió justo antes de morir. Es el hechicero *obeah*. Está aquí. Está cerca.

De repente, siento las piernas varios kilos más ligeras. El *áthame* vibra en mi mano. ¿Qué fue lo que dijo Jestine? Si la busco, doblaré una esquina y estará ahí. Pero ¿y él? ¿Debería sentirme tan impaciente? ¿Qué puede hacerme aquí, en este lugar?

Sucede justo como Jestine dijo. Una esquina de piedra y ahí está, al final del



laberinto de muros, como si me hubieran estado conduciendo hacia él.

El hechicero *obeah*. Giro el *áthame* con destreza entre los dedos. Había estado esperando este momento. Y no lo había sabido hasta ahora. Al mirarle, al contemplar su espalda encorvada, vestido con la misma chaqueta larga de color verde oscuro, con las mismas rastas podridas colgando sobre sus hombros, mi estómago se retuerce como una anguila. Asesino. ASESINO. Devoraste a mi padre en una casa de Baton Rouge. Robaste el poder del cuchillo y absorbiste la energía de cada fantasma que quise enviar al otro lado.

Pero aunque mi mente grite esas cosas, mi cuerpo permanece escondido tras un muro de piedra, medio agachado. Ojalá le hubiera preguntado a Jistine qué podría pasarnos aquí. ¿Es como lo que dicen de los sueños? ¿Que cuando mueres en ellos, mueres en la vida real? Me deslizo hacia el borde de la esquina, asomo un trocito del ojo. El hechicero *obeah* surge más grande de lo que le recuerdo, si eso es posible. Sus piernas parecen más largas, y tiene más dobleces en la espalda. Es como mirarle en el espejo de una casa de la risa, alargado y antinatural. Aún no me ha visto, tampoco me ha olfateado ni oído. Está inclinado sobre una piedra plana y de poca altura, con los brazos trabajando como una araña en su red, y juraría que le ha salido una articulación más en cada uno de ellos.

Recuerdo el hechizo con el tambor lapón, y lo asustada que parecía Anna. Dijo que este era el mundo del hechicero *obeah*.

Tira con fuerza de algo. Le da unas sacudidas; parece una cuerda blanca, como la que usan los carniceros para atar los rollos de carne. Cuando tira de nuevo de ella, alza el brazo y cuento cuatro articulaciones distintas.

Abalanzarme sobre él sería un error. Necesito algo más de información. Al mirar en torno al laberinto de muros, descubro unos cuantos escalones tallados de manera tosca a la derecha. No los vi cuando pasé. Probablemente porque no estuvieran ahí. Los subo en silencio, y cuando alcanzo la parte alta apoyo las manos en el suelo y me arrastro hasta el borde. Tengo que hundir los dedos en la roca para evitar lanzarme sobre él.

Es Anna la que está sobre la piedra. La tiene ahí tumbada como en la mesa de una morgue. Su cuerpo está completamente envuelto con cuerda blanca, y tiene manchas oscuras de sangre en algunos lugares. Los tirones que estaba dando con los brazos eran para coserle la boca y los ojos.

No puedo mirar, pero mis ojos no se cierran mientras él aprieta los nudos y corta la cuerda con los dedos. Cuando se endereza y supervisa su trabajo, le sostiene el rostro con la mano como si fuera una muñeca. Se inclina para acercarse a su cara, tal vez para susurrarle algo, o para besarle la mejilla. Entonces su brazo articulado retrocede de golpe en el aire y descubro que sus dedos se han afilado, antes de incrustárselos en el estómago a Anna.

—¡No! —mi grito surge desgarrador mientras el cuerpo de Anna se contrae, y su cabeza se mueve atrás y adelante con los ojos cosidos para evitar las lágrimas, con la boca cosida para evitar cualquier sonido.

El hechicero *obeah* gira la cabeza hacia arriba. Su expresión es inequívocamente de sorpresa, aunque también tenga los ojos cosidos con una cuerda negra que se entrecruza enlazada a unas hendiduras. Las puntadas negras parecen agitarse sobre su cara en un psicodélico garabateo y tras ellas, los ojos se elevan y sangran. Cuando era un fantasma, no sucedía eso. ¿En qué se ha convertido?

Saco rápidamente el cuchillo y él ruge con un sonido que solo provocan las máquinas; no transmite ninguna emoción, así que no sé si está asustado, o encolerizado, o simplemente loco. Aunque al ver el cuchillo retrocede, y luego se vuelve y desaparece entre las rocas.

No pierdo tiempo y me lanzo de la roca como un cangrejo, temeroso de perder a Anna de vista, no sea que este lugar se la trague como a Jistine. Aterrizo sin ningún estilo, de golpe y cayendo casi sobre la cadera y el hombro. Duele, mucho, y hay una zona sensible en el estómago donde siento como un enorme moratón.

—Anna, soy yo.

No sé qué más decir. No parece que mi voz la tranquilice. Sigue contorsionándose y tiene los dedos crispados a ambos lados del cuerpo, tiesos como un puñado de ramitas. Entonces se desploma y se queda rígida.

Miro a mi alrededor y respiro hondo. No hay ningún rastro de olor ni ninguna señal del hechicero *obeah*, y el callejón por el que desapareció en la roca ya no está. Bien. Espero que se pierda por completo. Aunque no creo que eso suceda. Es como si este lugar fuera suyo, parece sentirse tan cómodo en él como un perro en su propio jardín trasero.

—Anna.

Mis dedos recorren suavemente la cuerda y sopeso si utilizar el *áthame*. Como vuelva a moverse, podría terminar cortándola. En torno a la herida que le ha hecho en el estómago se va extendiendo una sangre oscura, casi negra, que mancha la cuerda y la tela blanca de su vestido. Me resulta difícil tragar, o pensar.

—Anna, no...

He estado a punto de decir, *Anna, no te mueras*, pero es una estupidez. Ya estaba muerta cuando la conocí. Concéntrate, Cas.

Y entonces, casi como si lo hubiera deseado, la cuerda se afloja. Serpentea, alejándose de su cuerpo como si nunca hubiera estado ahí, y la sangre desaparece con ella. Incluso la cuerda entrecruzada sobre sus párpados y sus labios se suelta y desaparece, sin dejar ningún agujero tras ella. Sus ojos se abren y se dirigen a mí con cuidado. Se alza sobre los codos y coge aire por la boca. Me mira fijamente. Sus ojos no transmiten pánico. Ni aflicción. Están ausentes, y no parecen verme en absoluto.

Su nombre. Debería decir su nombre. Debería decir algo, pero noto algo distinto en ella, algo que no cuadra. Me recuerda la primera vez que la vi, descendiendo aquellas escaleras con su vestido goteando sangre. Me sentía asombrado. No podía parpadear. Pero no tenía miedo. Esta vez sí lo tengo; me asusta que no sea la misma. Que no me comprenda o no sepa quién soy. Y tal vez parte de mí tema que si me muevo demasiado rápido, me lance sus dedos de granito y me arrebatase las palabras de la garganta.

Le tiemblan las comisuras de los labios.

—No eres real —dice ella.

—Tú tampoco —respondo yo. Anna parpadea una vez y se gira hacia mí. El instante anterior a mirarla a los ojos noto una ráfaga de pánico, pero cuando me recorre con ellos desde el estómago hasta la parte superior del pecho, veo tanta incredulidad en ellos y tanta esperanza callada que lo único que pienso es: esta es mi chica, esta es mi chica, esta es mi chica. Los detiene en mi barbilla y una de sus manos se alza, deslizándose por mi camisa.

—Como esto sea un truco —me dice, y empieza a sonreír—, voy a enfadarme mucho, mucho.

—Anna —devuelvo el *áthame* rápidamente a su funda, en mi bolsillo, y alargo las manos para bajarla de la losa de piedra, pero sus brazos me envuelven y aprietan. Reposo su cabeza sobre mi hombro y permanezco quieto; ninguno de los dos quiere apartarse.

Su cuerpo carece de temperatura. Las reglas de este lugar se la han arrebatado, y anhelo el roce de su piel fría, que es como la recuerdo. Aunque supongo que debería alegrarme de que siga teniendo el número correcto de articulaciones.

—Supongo que no me importa si eres real —suspira sobre mi hombro.

—Soy real —murmuro contra su pelo—. Me pediste que viniera —hunde los dedos en mi espalda, tira de mi camisa. Noto como si su cuerpo se contrajera entre mis brazos, y al principio creo que se siente mal. Pero entonces se aparta para mirarme.

—Espera —dice—. ¿Por qué estás aquí? —sus ojos me recorren desenfrenados y siento sus puños cerrados como rocas contra mis costillas. La está invadiendo el pánico. Piensa que tal vez esté muerto.

—No estoy muerto —la tranquilizo—. Lo prometo.

Anna baja de la roca, ladeando la cabeza con recelo.

—Entonces, ¿cómo es posible? Aquí no hay nada que no esté muerto.

—De hecho, hay dos cosas que no están muertas —respondo, apretando su mano—. Yo y una chica insufrible a la que tenemos que encontrar.

—¿Cómo? —Anna sonrío.

—Eso da igual. Lo que importa es que nos marchamos —solo que no sé en

realidad cómo vamos a hacerlo. No tengo una cuerda alrededor de la cintura para dar un tironcito de ella y que me arrastren. Necesitamos a Jestine.

Anna tiene los ojos brillantes y sus dedos recorren mis hombros, esperando aún que desaparezca.

—No deberías haber venido —me dice con tono de reprimenda, pero apenas consigue mantener la actitud.

—Tú me lo pediste —respondo—. Dijiste que no podías seguir aquí.

Parpadea.

—¿Lo hice? —pregunta—. Ahora mismo no parece un lugar tan malo.

Estoy a punto de soltar una carcajada. Ahora mismo, no. Cuando no tiene quemaduras, ni cortes, ni está atada con cordel de carnicero, no parece tan malo.

—Tienes que regresar, Casio —susurra Anna—. Él no me soltará —en sus ojos brillantes percibo lo que este lugar le ha hecho. De algún modo, parece más pequeña. Hay felicidad en su rostro por verme, pero realmente no cree que pueda sacarla.

—Él no decide —le digo.

—Él siempre decide —me corrige—. Siempre se hace lo que él desea.

La abrazo con más fuerza. Lleva aquí más de seis meses, pero ¿qué significa eso? El tiempo no existe. Incluso yo llevo demasiado tiempo en este lugar. Parece como si hubiera caminado con Jestine por ese laberinto durante una hora, y luego otra hora más sin ella. Pero no es así. En absoluto.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto—. ¿Cómo logró vencerte?

Anna se aparta y tira con una mano del tirante de su vestido blanco. La otra la mantiene aferrada a mí, y yo tampoco la suelto.

—Lucho y pierdo, una y otra vez, sin parar, por siempre —sus ojos se pierden por encima de mi hombro y me pregunto qué estará viendo. Si yo mirara en esa misma dirección, tal vez no encontrara lo mismo. Aguza la mirada—. Prometeo en la roca. ¿Conoces ese mito? Cada día le castigan por haber entregado el fuego a los mortales encadenándole a una roca y dejando que un águila devore su hígado. Yo siempre había pensado que era un castigo suave. Que simplemente se acostumbraría al dolor, y que el águila tendría que pensar en un nuevo tormento. Pero no te acostumbras. Y él imagina nuevas torturas.

—Lo siento mucho, Anna —le digo, pero mis palabras no tienen sentido. No se está quejando. No cree que se haya cometido ningún delito. Lo considera un castigo justo. Considera que se ha hecho justicia.

Escudriña mi rostro.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? No te recuerdo bien. Tengo una imagen demasiado lejana, como si te conociera de cuando estaba viva —sonríe—. Creo que he olvidado lo que es el mundo.

—Lo recordarás.

Sacude la cabeza.

—Él no me soltará.

El movimiento resulta extraño. No encaja; sino que cuelga de ella de manera asimétrica y me pregunto cuánto daño habrá sufrido.

La arrastro suavemente para que se ponga en pie.

—Tenemos que irnos. Tenemos que encontrar a mi amiga, Jestine. Tenemos que... —me encojo al sentir un dolor agudo en el estómago. Luego desaparece y puedo respirar de nuevo.

—Cas —Anna está mirando fijamente el delantero de mi camiseta. No necesito bajar los ojos para saber que la sangre está empezando a traspasar. No estoy seguro de si significa que no me estoy concentrando lo suficiente en olvidarlo, o que me queda poco tiempo. Pero lo mejor será no arriesgarse—. ¿Qué has hecho? —pregunta. Aprieta la mano contra mi estómago.

—No te preocupes. Solo tenemos que encontrar a Jestine y podremos salir de aquí.

Noto unos golpecitos en el hombro. Cuando me giro, ahí está Jestine, tan satisfecha de sí misma como siempre.

Tiene cortes y heridas en casi todas las yemas de los dedos y en los nudillos. Unos rastros de sangre manchan sus mejillas y su frente, como una pintura de guerra, probablemente de restregarse la cara con las manos heridas.

—¿Dónde has estado? —le pregunto—. ¿Qué te ha pasado?

—He estado solucionando nuestros problemas —responde, y hunde la mano en el bolsillo. El gesto le arranca una mueca de dolor, pero al sacar de nuevo la mano, se muestra absolutamente radiante. Cuando abre los dedos, veo unos toscos pedazos de reluciente plata en su palma.

—Dos bolsillos llenos —me dice—. Encontré una veta de metal. Del mismo con el que está hecho el Biodag Dubh —lo devuelve al bolsillo, lejos de mi vista. Dos bolsillos llenos. Suficiente para que la Orden forje un nuevo *áthame*. Algo en mi interior se estremece, una callada sensación de celos que gruñe—. Ahora la Orden tendrá su propio guerrero. Os dejará en paz a ti y a tu cuchillo.

Quiero decirle que yo no contaría con eso, pero ella hace un gesto con la cabeza hacia mi camiseta.

—La herida está empezando a aparecer. Yo también puedo sentir la mía. Creo que ha llegado el momento de que nos marchemos —sus ojos se dirigen hacia Anna, y ambas se miran de manera inexpresiva. Jestine sonrío con superioridad—. Es igual que en la foto.

Rodeo a Anna con el brazo con gesto protector.

—Vamos a sacarla de aquí.

—No —exclama Anna, y cuando habla, el hechicero *obeah* ruge, emitiendo un

chirrido intenso y mecánico que suena por todas partes, como si estuviera justo encima de nosotros, o debajo.

Jestine se estremece y saca un pequeño cuchillo y lo que parece un cincel, ambos con arañazos y mellas. Supongo que son lo que ha utilizado para extraer el metal de la roca.

—¿Qué es eso? —pregunta con sus improvisadas armas preparadas.

—El hechicero *obeah* —le explico—. El fantasma al que Anna arrastró hasta aquí el otoño pasado.

—No es un fantasma —grita Anna—. Ya no. Aquí no. Aquí es un monstruo. Una pesadilla. Y no me soltará.

—No dejas de repetir eso —le digo.

—Donde él va, yo voy —Anna cierra los ojos, frustrada—. No puedo explicarlo. Es como si ahora fuera uno de ellos. Uno de los suyos. Veinticinco muertos asesinos. Cuatro inocentes que gimen. Él es como unas cadenas —desliza sus dedos pálidos y crispados por sus brazos y sacude la tela de su falda. Es un gesto traumático de limpieza. Pero cuando ve que Jestine la está observando, coloca las manos de nuevo en sus costados.

—Está atado a ella —exclama Jestine—. Si tiramos de Anna, él se apunta al viaje —suspira—. ¿Qué hacemos? Tú no vas a estar en muy buena forma para devolverle aquí cuando llegemos a casa. Supongo que la Orden podría sujetarle, tal vez amarrarle o alejarle unos momentos.

—No —insiste Anna—. Él está por encima de todo eso.

Mis oídos se han cerrado casi por completo mientras ellas continúan toma y daca. Veinticinco muertos asesinos. Están todos aquí, atrapados en su interior. Cada uno de los que maté. El autoestopista de pelo engominado. Incluso Peter Carver. Por eso lo vi en la roca, por eso Emily Danagger me persiguió entre los barrancos. Ninguno acabó donde se suponía que debía ir. Él estaba atento como un tiburón, con la boca abierta, esperando a tragárselos enteros.

—Anna —me oigo decir—. Cuatro inocentes que gimen. ¿A qué te refieres con eso? ¿Quiénes son?

Sus ojos se dirigen hacia los míos. Hay pesar en ellos. No había tenido intención de decirlo. Pero lo ha hecho.

—Dos chicos a los que conoces —responde lentamente—. Un hombre al que no —baja los ojos. Will y Chase. El corredor del parque.

—Eso son tres. ¿Quién es el cuarto? —pregunto, aunque ya lo sé. Necesito escucharlo. Mira hacia atrás y respira hondo.

—Te pareces mucho a él —responde.

Cierro los puños, y cuando grito, lo hago al límite de mis pulmones, para que el sonido se aleje lo suficiente en este jodido lugar y ese bastardo lo oiga.

—¡Oye! —grita Jestine. Me agarra por los hombros y me sacude una vez. Me libero de sus manos—. Este no es el momento de hacer ninguna estupidez.

Mierda, claro que no lo es. Camino a un lado y a otro sobre la maldita roca, apretando los dientes cada vez que mis pies golpean la dura superficie. Me envían ráfagas de dolor hasta las rodillas. ¿Con qué cuento? El cuchillo en la mano. La rabia en la garganta. Este cuerpo, sangrando en otra dimensión. Me vuelvo hacia Anna. Sus ojos rastrean el horizonte, preguntándose por qué la roca parece lanzar destellos rojizos y electricidad. El paisaje está captando mis intenciones. Los bordes se vuelven más afilados.

—¿Podemos vencerle?

Sus labios se separan con sorpresa, pero algo se mueve también en sus iris. Algo rápido y oscuro que yo recuerdo. Me acelera el pulso.

Jestine me da un empujón en el hombro.

—¡No, maldita sea, no podemos vencerle! Aquí no. Ella no ha podido, y por lo que sé, es un fantasma chungo —Jestine mira a Anna, que permanece en silencio, con su oscuro pelo colgando a ambos lados del rostro—. Por supuesto, ahora no lo parece. Pero aunque pudiéramos, no tenemos tiempo. ¿Es que no lo sientes? ¿No lo oyes? Colin me está avisando de que mi respiración es cada vez más lenta. ¿Qué te dice Thomas?

—Nada —respondo. Y es cierto. No le he oído decir ni mu desde que cruzamos. Si mirara hacia atrás, le vería, pero no lo hago. La respiración de Jestine es cada vez más lenta. La mía debe de serlo también. Pero el tiempo aquí es diferente. Podríamos disponer de horas. Y no pienso marcharme hasta que haya solucionado esto.

—¿Qué es esto aquí? —le pregunto a Jestine, levantando el cuchillo delante de sus ojos.

—¿Has perdido la cabeza? —lo aparta de un golpe como si fuera una amenaza—. No tenemos tiempo.

—Solo dímelo —insisto, y lo levanto de nuevo—. Está donde surgió. ¿Aquí es solo un cuchillo? ¿O puedo seguir utilizándolo?

Jestine aleja los ojos de la hoja, y los fija en los míos. No vacilo, y ella aparta la mirada primero.

—No sé lo que es —responde—. Pero está unido a la magia de la Orden. Siempre es más que un cuchillo.

—Yo puedo sentirlo —exclama Anna—. No resuena como antes pero... él lo notó también. Por eso echó a correr.

—¿Está asustado por el cuchillo?

—No —Anna sacude la cabeza—. Asustado, no. Tal vez ni siquiera sorprendido.

Quizás enfadado.

*¿Cas? ¿Puedes oírme? El tiempo se acaba. Regresa.*

Ahora no, Thomas. Todavía no.

—Jestine —le digo—. No te arriesgues. Regresa. Anna y yo iremos detrás, si podemos.

—Cas —responde ella, pero retrocedo y cojo a Anna de la mano.

—No puedo marcharme hasta que haya acabado con él —les digo a ambas—. Hasta que todos queden libres y él esté destrozado. No puedo permitir que los retenga más tiempo. Ni a Will, ni a Chase, ni a ese pobre corredor del parque. Ni a mi padre —las comisuras de mis labios se contraen, y miro a Anna—. Ni siquiera a ese cabrón de Peter Carver. Voy a liberarlos. Y a ti también.

—Una vez más —dice ella, y cuando sus ojos encuentran los míos, es la muchacha que recuerdo. Su mano aprieta mi estómago. Sí, ya lo sé. Tenemos que apresurarnos.

—A la mierda todo —exclama Jestine—. Tú te quedas, yo me quedo. Puedes utilizarme. Tengo estos cinceles, y magia —se pasa el dorso de la muñeca por la frente—. Pero empecemos —hace un gesto con la cabeza hacia Anna—. Será mejor que te quedes cerca. Algo me dice que no tendremos tiempo para salvar damiselas en apuros.

Anna frunce el ceño.

—¿Damiselas? Cuando te corten en pedazos, te queman y te estrellen contra las rocas unas mil veces o así, entonces veremos quién es la damisela.

Jestine deja caer la cabeza hacia atrás y se ríe como una loca; el sonido se desliza por el aire muerto sin producir eco.

\*\*\*

—Enfrentarnos a él individualmente sería un problema. No sé si aquí puede matarnos, pero en la lucha cuerpo a cuerpo podría destrozarnos, arrancarnos la columna vertebral como si estuviera quitando la espina a un pescado. Y eso bastaría. Nos quedaríamos tirados hasta que nuestros cuerpos se desangraran sobre el suelo de la cámara subterránea. Habría acabado con nosotros —Jestine se cruza de brazos.

—Entonces, deberíamos hacerlo juntos —propone Anna—. ¿Puedes luchar?

Jestine hace un gesto con la cabeza hacia mí.

—Me he enfrentado a Cas con bastante facilidad.

—¿Y eso debería impresionarme? —pregunta Anna, inclinando la cabeza, y Jestine se ríe.

—Cas, vaya lengua que tiene tu chica —se acerca un poco más a mí y entrecierra los ojos—. Y, de manera sospechosa, parece haber recuperado de repente la lucidez.



—Porque tengo un objetivo —replica Anna—. Aquí no hay ningún propósito. Ninguna razón. Esto está desconectado de todo. Si tuviera que describir este lugar con una palabra, sería esa. Tener un objetivo me cura.

Me mira. Jestine no la conoce lo bastante para distinguir la sombra que oscurece su mirada, pero yo sí. No está bien. Se mueve por inercia y se oculta tras esa máscara. Habrá tiempo, después, para curarla y hacerla olvidar. Me lo repito a mí mismo. Aunque para ser sincero, no tengo ni idea de cómo podré conseguirlo.

*Cas. Tienes que regresar ahora.*

No, Thomas. Ahora, no. Mis ojos recorren el amplio y sombrío paisaje. Es llano, con alguna ligera pendiente aquí y allá. La falta de horizonte y perspectiva me marean. Pero es un engaño. Todo es un engaño. Él está ahí fuera, en algún lugar, y dispone de infinitud de lugares para esconderse.

—Él no nos atacará —les digo—. Creo que sabe lo que pretendo.

—Bueno, no puede quedarse por ahí sin más —dice Jestine. Parpadea rápidamente y sacude la cabeza de forma rápida y espasmódica. Debe de estar escuchando a Burke.

—Vendría —sugiere Anna—, si dejáramos que nos cazara.

—Suenan divertido —murmura Jestine con sarcasmo. Me mira—. Supongo que una presa solitaria resulta más atractiva que una multitud. Si grito, venid rápido —respira hondo y se dispone a salir corriendo.

—No —exclamo—. Si nos alejamos los unos de los otros, podríamos perdernos por completo. Este lugar te traga.

Ella sonrío por encima del hombro.

—Este lugar te lleva donde tú quieras. Nosotros le buscamos a él y él a nosotros, y luego nuestros caminos volverán a cruzarse. Aquí siempre estás perdido, Cas. De una manera o de otra.

Hago una mueca.

Antes no la perdí. Desapareció a propósito, para poder buscar su maldita veta de metal. Está bien. Debería haberlo supuesto.

—No corras riesgos —le advierto—. Si tienes que retroceder, retrocede.

—No te pongas dramático —se burla—. Soy tu amiga, pero no pienso morir por ti. Yo no soy Thomas. Ni soy *ella* —sus pisadas suenan sordas sobre las rocas mientras se aleja, silbando una melodía que parece la de Elmer Fudd cuando va detrás de los conejos. Cuando Anna y yo nos miramos, sé que a nuestras espaldas Jestine ya ha desaparecido.

\*\*\*

Mientras camino con Anna por el infierno, siento que tal vez debería soltar todo lo

que he querido decirle durante los últimos seis meses. Parece como si nos hubieran concedido una prórroga, aunque esté aquí para llevarla a casa. Nunca pensé que volvería a verla.

Era solo un sueño. Una misión, como un caballero detrás del Santo Grial. Pero ahora estoy aquí, con un agujero en el estómago que empieza a palpar, tratando de sacar al asesino de mi padre a campo abierto. La irrealidad del momento probablemente esté provocando una hemorragia en mi cerebro por al menos nueve puntos.

—No voy a decirte que no deberías hacerlo —dice Anna—. Lo de tratar de liberar a tu padre. Yo lo haría, si fuera el mío.

—¿Es eso lo que estoy tratando de hacer? ¿Liberarle?

—¿No es así?

Supongo que sí. Quiero liberarlos a todos. A Will y a Chase —habrían permanecido aquí encerrados para siempre, si no hubiera venido en busca de Anna, y de pensarlo se me retuercen las tripas—. Y a mi padre. Pensé que Anna lo había logrado hace seis meses, cuando arrastró al hechicero *obeah* hasta aquí.

Por el rabillo del ojo, vislumbramos algo que se mueve y pegamos un respingo. Pero no es él. Es una cosa a lo lejos, colgando de las ramas de un árbol solitario. Seguimos adelante, caminando sin caminar, porque a simple vista no se distingue si hemos avanzado algo en realidad. El paisaje se desplaza y cambia; las formaciones rocosas surgen de la nada y desaparecen. Es como estar en una gigantesca cinta de correr. Ahora miramos hacia una especie de profundo cañón cortado en la roca. Al fondo, distinguimos lo que parece un río negro como el petróleo.

—¿Alguna vez... has hablado con él? Con mi padre, quiero decir.

Anna niega con la cabeza suavemente.

—Aquí es solo una sombra, Casio. Todos los son.

—Pero ¿crees que sabe dónde está? ¿Que lo ha sabido todo el tiempo?

—Ignoro lo que saben —contesta Anna. Pero aparta la mirada. No lo sabe, aunque cree que él sí.

Por delante de nosotros, el cañón va aproximándose, pero demasiado rápido para la velocidad a la que nos movemos. Detesto este lugar. Volvería absolutamente loco a un profesor de Física en tres segundos. ¿Dónde está el hechicero? ¿Y dónde está Jistine? El dolor de mi costado es intenso, y cada vez me resulta más difícil caminar. Si la respiración de Jistine ha seguido decayendo, tal vez ya no esté aquí. Imagino que es mejor así. A mi lado, Anna permanece tensa mientras escudriña el paisaje. Pero sigue sin haber nada.

—Oye —le digo—. Cuando esto haya acabado, y suponiendo que siga vivo para regresar, quiero llevarte conmigo. Vine a buscarte, igual que Thomas y Carmel. Queremos que regreses —trago saliva—. Quiero que regreses. Pero la decisión es

tuya.

—Seguiré estando muerta, Casio.

—Yo también lo estaré, algún día. Eso no importa —le rozo el hombro, nos detenemos y la miro a los ojos—. No importa.

Anna parpadea, lentamente, con sus negras pestañas sobre sus mejillas.

—De acuerdo —responde, y suelto todo el aire de mis pulmones—. Regresaré.

El alarido del hechicero *obeah* rompe el silencio y notamos las vibraciones resonando bajo nuestros pies.

—Ahí está.

La distante y estilizada figura que camina por el fondo del cañón podría ser cualquiera. Pero no lo es. Es el asesino, el carcelero de mi padre. En nuestro anterior enfrentamiento, logró vencerme, me lanzó una maldición que estuvo a punto de matarme. Esta vez será distinto. Esta vez acabaré con él.

Sus pisadas resuenan en nuestros oídos, demasiado altas para estar tan lejos. A medida que se acerca, nuestra ubicación cambia; los barrancos se desplazan en el intervalo de un parpadeo. Estábamos mirando hacia abajo. Ahora él está justo delante de nosotros.

—¿Qué le pasa en los brazos y las piernas? —le pregunto a Anna.

—Articulaciones prestadas. Fuerza prestada —los ojos de Anna son de acero; no pestañea al verlo aproximarse.

Las articulaciones adicionales le dan un aspecto desgarrado. Antes su andar era rígido, casi se arrastraba. Ahora sus piernas se sacuden como si estuvieran enganchadas en ángulos equivocados. Se acerca al muro y sonrío mientras se aferra a él con las manos, elevándose por la pared de roca, desafiando la gravedad. Cuando se gira y se desliza hacia delante más deprisa, a cuatro patas, retrocedo sin querer.

—Vaya un fanfarrón —exclamo, pretendiendo que parezca una burla, pero mi voz suena aguda y nerviosa, casi como un chillido. Es como dijo Anna. Aquí, él es el que manda. Probablemente pueda dar un giro completo a la cabeza. Ojalá pudiera decirle a mi padre lo bien que estoy siguiendo su consejo de estar siempre asustado.

—Le detendré, trataré de contenerle —me dice Anna, y su pelo se torna negro y empieza a elevarse. El blanco se desvanece de sus ojos y aparecen venas negras bajo su piel. El vestido se vuelve rojo, empapándose de sangre de manera lenta y pausada.

El hechicero *obeah* ha descendido de la pared y avanza rápidamente sobre sus piernas descoyuntadas. Dirige sus ojos cosidos hacia mí. Ha dejado de sentir interés por Anna. Ella ya le pertenece. Yo soy el último cabo suelto.

—Primero me romperá los brazos —me dice Anna.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes —replica ella, como si fuera algo habitual—. Voy a tratar de sujetarle los brazos, así que él me romperá los míos. No puedo vencerle. No cuentes conmigo. Y no sé si tú podrás —me mira y su expresión es fácil de interpretar. Pesar. Deseos vanos de contar con más tiempo o mejores oportunidades.

Ojalá Thomas y Carmel estuvieran aquí. Aunque mejor no. Ojalá tuviera un plan, o contara con una trampa como la última vez. Me gustaría disponer de algún tipo de ventaja, aparte de la que tengo aferrada con la mano. Anna se adelanta.

—¿No tienes miedo? —le pregunto.

—No es la primera vez que lo hago —responde. De hecho, logra esbozar una

sonrisa. Luego avanza, acercándose con movimientos más rápidos de los que le recordaba. Le lanza un puñetazo y los dientes del hechicero le abren un rojo corte en el antebrazo. Anna no se estremece, ni grita. Lucha de manera mecánica. Sabe que va a perder y está acostumbrada a ello. Ni siquiera siente dolor.

—¡No te quedes ahí pasmado! ¡Ayúdala! —me grita Jestine mientras pasa a mi lado como un rayo para lanzarse a la pelea. No tengo ni idea de dónde ha aparecido. Es como si hubiera salido de la roca. Pero eso no importa; no vacila. Esquiva uno de los brazos del hechicero y le incrusta el extremo de su cincel en el hombro. Anna le ha sujetado la cabeza, aunque no con suficiente fuerza.

Tengo las piernas paralizadas. No sé a cuál de las dos ayudar, ni dónde atacar. Ninguno de sus movimientos parece surtir ningún efecto. Deberíamos habernos marchado. Haber salido cuando podíamos. Dentro de mi cabeza, Thomas me habla con tono apremiante. No le presto atención ni miro hacia atrás. Solo contemplo cómo el hechicero *obeah* parte los brazos de Anna como si fueran ramitas, le da un empujón y la lanza rodando. A Jestine se la aparta como si fuera un incordio del que no hay que preocuparse. Ni por un solo instante ha apartado su mirada de mí. Miro donde deberían estar sus ojos, observando el movimiento de las puntadas negras y el lento goteo de la sangre. Me da miedo. Siempre le he tenido miedo. Sacude la cabeza una vez y desencaja su mandíbula. Se abalanzará sobre mí en segundos para despedazarme como hizo con los demás, y mi padre y yo nos quedaremos aquí para siempre.

Unos mechones de pelo negro se elevan sobre sus hombros un instante antes de que el brazo de Anna serpentea alrededor de su cabeza y se aferre a su mentón, cerrando el puño contra sus dientes y tirando hacia abajo. El hechicero *obeah* chilla, su negra lengua da latigazos mientras ella le disloca la mandíbula, lo que provoca sus muecas.

—Aléjate de él —gruñe Anna, y lanza el cuerpo del *obeah* contra la roca. La fuerza del impacto es suficiente para que salten esquivas. Lo vuelve a hacer, una y otra vez, golpeándole contra el muro. Escucho cómo crujen sus articulaciones.

Oigo a Jestine que dice: «Maldita sea», con voz ahogada.

El hechicero *obeah* es como un animal enfurecido. Las puntas de sus dedos se afilan y abren cortes en el pecho y los hombros de Anna, haciendo jirones sus músculos hasta que ella le arranca un brazo y él logra aferrarse al suelo. Aun así Anna no se detiene, sigue sacudiendo el hombro, golpeándole la cabeza contra la roca con tal fuerza que en cualquier momento se le va a abrir como una sandía. Pero eso no sucede. Y la única sangre que chorrea por la barbilla del *obeah* es de los cortes que sus dientes están dejando en la palma de Anna mientras ella le agarra la mandíbula. La chica cae sobre una rodilla y finalmente su mano falla. Él la araña en la espalda y Anna se desploma sobre el suelo.

Imposible, es lo que pienso mientras avanza lentamente hacia mí con la sangre de Anna goteando de las puntas de sus dedos. Quiero matarle más que cualquier otra cosa, por ella, por mi padre. Pero parece imposible. Ahora está más cerca. Lo bastante cerca para que pueda oler su humo.

Jestine se levanta con dificultad del suelo; se coloca tras él, grita: «¡*Leithlisigh!*!», y le golpea la parte trasera de la cabeza con la mano. El hechicero cae hacia delante, pero no sin antes agarrarla con el brazo y lanzarla, con gran fuerza, contra la roca. Grito su nombre, pero el sonido de sus huesos despedazándose es más alto que mi voz.

Echo a correr y tiro de ella para sacarla de debajo del brazo del *obeah*. Tiene sangre en los dientes, también le gotea por las comisuras de los labios. Sus piernas avanzan a rastras, rebotando sobre el suelo como si fueran de goma.

—Ya está —gime—. Se acabó —levanta la cabeza y mira hacia atrás, hacia el hechicero *obeah*. No sé qué tipo de hechizo le ha lanzado, pero sigue encogido. Y sucede algo más: ahora hay sombras a su alrededor, y tal efecto es como si se moviera demasiado deprisa para verle de forma definida. A veces, se distingue un brazo, o una cabeza que no es suya. Me parece reconocer al autoestopista del Condado 12, aún con su camiseta blanca y la chaqueta de cuero. Luego desaparece. Pero eso es lo que está sucediendo. Se está separando.

—¿Qué le has hecho? —bajo los ojos hacia Jestine. Tiene la frente perlada de sudor y su piel ha adquirido un tono azulado. Anna ha logrado ponerse en pie y se arrodilla junto a nosotros.

—Es una maldición —responde Jestine, salpicando sangre por su barbilla—. Le he desestabilizado. Pensé que podría hacer más, pero... —empieza a toser—. Estoy acabada. Me muero. Y no quiero que sea aquí —hay sorpresa en su voz. Me gustaría hacer algo, mantenerla caliente o contener la hemorragia. Pero es inútil. Su interior probablemente se parezca al de alguien a quien han machacado con un mazo.

—Regresa —le digo, y ella asiente con la cabeza. Se gira sobre un hombro y cuando baja los ojos hacia el suelo, sé que no es piedra lo que está viendo, sino a Colin Burke. Mira una vez a Anna, ve sus venas negras y sonrío. Me mira a mí, una vez más, y me hace un guiño. Entonces frunce el ceño y cierra los ojos. Da la impresión de que se rindiera, de que se viniera abajo, y luego desaparece, como si nunca hubiera existido.

A nuestras espaldas, el hechicero *obeah* sigue retorciéndose, apretándose la cabeza con las manos, tratando de mantenerse unido. Miro el brazo destrozado de Anna, sus cortes escurriendo sangre sobre su vestido.

—No te hagas más daño —le pido.

—Luego dará igual —dice ella, pero permanece arrodillada donde está cuando le doy la espalda.

Tengo el *áthame* en la mano. No espero nada. No sé qué va a suceder. Lo único que tengo claro es que voy a acuchillarle, y a descubrirlo.

Cuando me acerco, su olor penetra en mis fosas nasales, el nauseabundo humo, y por debajo, el aroma rancio a cosas viejas y muertas. Me apetece decir algo, soltar un último comentario sarcástico, pero no lo hago. En vez de eso, coloco el pie bajo su estómago y le empujo, volteándole lo suficiente para hundir el *áthame* en su pecho.

No sucede nada. Grita, pero ya gritaba antes. Saco el cuchillo y le doy otra puñalada, pero al hacerlo, sus dedos se cierran en torno a mi brazo y aprietan. Me tritura los huesos bajo la piel mientras me arrastra, al ponerse en pie. Las sombras de los espíritus siguen parpadeando en el aire. Me fijo más, buscando la cara de mi padre. Dejo de mirar cuando los dientes del hechicero *obeah* se clavan en mi carne. Mi brazo se flexiona y se contrae de manera instintiva, pero son unas alas de mariposa contra una excavadora. Sacude la cabeza, desgarrando y arrancando gran parte de mi hombro.

Me invade el pánico. Ataco con todo mi cuerpo e intento desesperadamente agarrar el *áthame* con el brazo sano. Cuando lo logro, solo consigo lanzar tajos al aire. Quiero que desaparezca. No quiero ver cómo se traga pedazos de mi carne. En una de las arremetidas corto un brazo. No el suyo, sino el de alguno de los fantasmas atrapados, pero es el hechicero *obeah* el que suelta un alarido mientras ese cuerpo se retuerce y se libera, saliendo a través de la herida de su pecho. Parece como si nos olvidáramos el uno del otro mientras contemplamos al fantasma con el familiar rostro de Will Rosenberg ascendiendo hacia el cielo. Durante un instante, me mira y me pregunto qué verá, y si lo comprende. Abre la boca, pero nunca sabré si quería decir algo. Su sombra parpadea y se desvanece. Hacia el lugar al que Will estuviera destinado antes de que el hechicero *obeah* le pusiera las garras encima.

—Lo sabía, cabrón —digo, y pienso que es una estupidez. Yo no sabía nada. No tenía ni idea, pero ahora sí, y corto el aire a su alrededor y sobre él, deslizando la hoja del cuchillo y rebanando sus hombros y su cabeza, contemplando los espíritus mientras se liberan de una sacudida y vuelan. Algunas veces dos al mismo tiempo. Me está gritando en el oído, pero estoy buscando a mi padre. No quiero dejarle pasar. Y quiero que él me vea. Cuando ruedo y esquivo, lo hago de manera automática; es solo cuestión de tiempo que la fastidie. La distracción de lo que parece una cola negra basta para restarme velocidad, y el puño del hechicero *obeah* golpea mi esternón como un ariete, destrozándome el pecho. Luego solo queda aire, y dolor, y el duro suelo de piedra.

\*\*\*

Anna está gritando. Abro los ojos. Está luchando con él. Va perdiendo, pero hace lo

que puede para mantenerle alejado. Debería dejar que se acercara. Tengo demasiada sangre en la garganta para hablar. No puedo decirle nada. Nada excepto balbuceos y sangre rociada. Jestine está muerta. Y yo estoy muerto. Todo ha terminado.

Aunque podría regresar. Podría hacer lo mismo que Jestine, y morir junto a Thomas y Carmel y Gideon. La habitación tendría aún la calidez de las velas encendidas. Giro a medias la cabeza, pensando en ello. Si me vuelvo solo un centímetro más, seré capaz de ver a Thomas, de ver toda la estancia, y si aprieto hasta que el cristal se haga añicos, regresaré allí.

—¡Casio, márchate!

*Anna, no puedo respirar.* Ella continúa peleando con un solo brazo, negándose a caer. ¿Cuántos fantasmas he liberado en esos segundos? ¿Tres? ¿Tal vez cinco? ¿Era alguno de ellos mi padre? No estoy seguro. Me pregunto si cuenta que lo haya intentado con todas mis fuerzas. Me pregunto si sabe que estoy aquí.

¡CAS!

Mi cuerpo da una sacudida. Esta vez lo he sentido. Justo entre los ojos: la voz de Thomas corriendo por mis neuronas.

*¡Regresa! ¡Tienes que regresar! No te queda sangre en el cuerpo. ¡Se te está parando el corazón! ¡La sangre ya no circula! Estamos conteniendo la hemorragia, ¿me escuchas? ¡La estoy conteniendo!*

No me queda sangre en el cuerpo. Qué gracia, Thomas. Porque tengo un montón de ella fluyendo hacia mis pulmones. Litros de ella, llenándome como un barco que se hunde. Solo que... no la hay. En realidad, no. Y me noto lúcido, a pesar de no haber tomado una bocanada decente de aire durante lo que parece una hora.

Miro a Anna, utilizando ahora su brazo roto como si no le importara si se le arranca por completo. Y es que no le importa. Nada importa. Nada, ni siquiera los restos desgarrados de mi hombro, o mi pecho destrozado. El hechicero *obeah* lanza una patada lateral a la pierna de Anna, hacia su rodilla, y ella cae.

Me incorporo sobre los codos y escupo sangre en la piedra. El dolor se amortigua, sigue siendo fuerte pero ya no intenso. Parece... intrascendente. Doblo las rodillas, coloco las piernas bajo mi cuerpo y me levanto. Cuando bajo los ojos hacia mi brazo sano, sonrío. ¿Has visto, papá? El *áthame* no se me ha caído en ningún momento de la mano.

El hechicero *obeah* ve que me levanto, pero yo apenas me doy cuenta. Estoy demasiado ocupado contemplando los fantasmas que tratan de liberarse de su cuerpo, siguiendo sus movimientos para ver de dónde emerge la mayoría. Las vibraciones del cuchillo suben hasta mi muñeca. Entra. Sal. Corta.

Cuando me abalanzo hacia él, le pillo desprevenido. El primer corte alcanza a un fantasma que se arrastra tras su pierna izquierda. Lanzo una patada y le tiro sobre una rodilla, luego me pongo de pie y le doy una cuchillada en la espalda encorvada,



cortando otro espíritu antes de alejarme de un salto. Dos giros más y alcanzo su pecho, y él grita, lo que resulta música para mis oídos. Un brazo con cuatro articulaciones se balancea en dirección a mi cabeza; me agacho y le corto entre las costillas, luego una vez más en la parte trasera de la cabeza. No hay tiempo para pensar, ni para mirar. Solo hay tiempo para sacarlos. Para liberarlos.

Dos más. Luego otro más. La voz de mi padre resuena en mis oídos. Cada consejo que me dio surca rápidamente mi mente y me vuelve más rápido, mejor. Esto es lo que se suponía que debía hacer, lo que he querido hacer, para lo que me he entrenado.

—No me produce la sensación que pensé —digo, preguntándome si él podrá oírme, si sabrá a lo que me refiero. No me produce la sensación que pensé. Pensé que sentiría rabia. Pero solo noto euforia. Él y Anna están conmigo. El cuchillo lanza destellos y el hechicero *obeah* no puede detenernos. Cada vez que un fantasma se desvanece el *obeah* se enfurece más, se frustra más. Trata de taponar el agujero de su pecho, introduciendo los dedos en la herida. Pero los fantasmas la desgarran cada vez más.

Anna lucha conmigo, arrastrándole hacia el suelo. Yo corto y cuento y los veo volar. Los últimos lo abandonan en tromba; brotan de su pecho como una erupción, ensanchando la herida a la fuerza. El hechicero yace sobre la piedra, partido casi en dos mitades, vacío de todo excepto de sí mismo.

Todo ha sucedido muy deprisa. Mis ojos escudriñan el vacío que debería ser el cielo, pero no hay nadie. Mi padre no está ahí. Le he perdido en medio del tumulto. Lo único que queda es el hijo de puta que se lo llevó al principio.

Doy un paso adelante y me arrodillo. Luego, sin saber realmente por qué, arrastro el *áthame* sobre las puntadas de sus ojos.

Los párpados se abren de golpe. Sus ojos continúan ahí, pero podridos y negros. Los iris han adquirido un color amarillo antinatural, casi iridiscente, como los ojos de una serpiente. Se vuelven hacia mí y me miran fijamente, con expresión incrédula.

—Márchate al infierno al que pertenezcas —le digo—. Deberías haber acabado allí hace diez años.

—Cas —dice Anna, y me coge la mano. Nos ponemos en pie y retrocedemos. El hechicero *obeah* nos contempla; por pupilas tiene unos exasperantes puntitos sobre los iris amarillos. La herida de su pecho ya no se agranda, pero los bordes se están resecaando, y al levantarnos, la sequedad se extiende, transformando su carne y su ropa en una cosa marrón ceniza antes de desmoronarse. Mantengo la mirada fija en sus ojos hasta que la descomposición los alcanza. Durante un segundo, permanece como una estatua de cemento sobre la roca, y luego se viene abajo, y los fragmentos se dispersan en todas direcciones hasta que desaparecen.

No llegué a ver a mi padre.

Cuando me di cuenta de que la sangre no importaba, todo sucedió muy deprisa. Corté y corté, sin pensar. Y salieron todos. Ahora, todo parece vacío a nuestro alrededor.

—No está vacío —sostiene Anna, aunque estoy bastante seguro de no haber dicho nada en voz alta—. Le has liberado. Le has permitido seguir adelante —coloca su mano sobre mi hombro; bajo la mirada hacia el *áthame*. La hoja brilla, más que cualquier otra cosa aquí.

—Ha continuado su viaje —respondo. Pero parte de mí esperaba que se hubiera quedado. Aunque solo hubiera sido el tiempo suficiente para verle. Tal vez para decirle..., no sé el qué. Quizás que estamos bien.

Anna me rodea la cintura con sus brazos y apoya la barbilla en mi hombro. No me dice nada reconfortante. Nada de lo que no esté segura. Simplemente permanece ahí. Y me basta.

Cuando aparto los ojos del *áthame*, todo es distinto. Una vez que el hechicero *obeah* ha desaparecido, el paisaje empieza a cambiar. Se arruga y se transforma a nuestro alrededor. Al mirar hacia arriba, el vacío oscuro y amoratado aparece más brillante. Hay más claridad, y casi puedo imaginar el vago titilar de las estrellas. Las rocas también han desaparecido, al igual que los barrancos. Ya no hay bordes afilados. No hay límites en absoluto. Estamos de pie, juntos, en medio de algo que comienza.

—Deberíamos marcharnos —susurro—. Antes de que a Thomas empiece a sangrarle la nariz.

Anna sonrío. La diosa oscura ha desaparecido, se ha escondido bajo su piel. Ahora es simplemente Anna, mirándome curiosa con su sencillo vestido blanco.

—¿Qué va a suceder ahora? —me pregunta.

—Algo mejor —respondo, y tomo su mano. Está hermosa. Sus ojos centellean, y la luz del sol otorga a su pelo un brillante tono marrón chocolate.

—¿Cómo regresamos? —pregunta de nuevo. No respondo, sino que miro por encima de su hombro hacia el paisaje cambiante. No sé si seré capaz de recordar cómo ha sido contemplar esto. Cómo ha sido asistir a la creación. Tal vez se desvanezca todo, como un sueño al despertar.

Tras ella, el mundo va dibujándose entre la niebla, solo que nunca ha habido ninguna niebla. Se desliza hasta nosotros, por encima y alrededor de nuestros cuerpos, como acuarela extendiéndose sobre una página en blanco. La luz del sol ilumina la verde hierba sin cortar, una hierba sobre la que podría derrumbarme y dormir durante horas. Tal vez días. A lo lejos hay árboles, y junto a ellos está la casa

victoriana, la de Anna, en pie, blanca, alta e intacta. Nunca tuvo este aspecto cuando vivía en ella. Nunca jamás. Tan brillante y erguida al sol. Ni siquiera cuando estaba recién construida.

—¿Cas? ¿Es ese Thomas? ¿Tienes que apresurarte? —me mira a los ojos y empieza a seguir mi mirada. Le agarro ambas manos.

—No —le digo—. No mires.

No lo hace. Sus ojos se agrandan y escucha, confiando en mí, asustada de lo que podría encontrar si se volviera. Pero no puedo ocultar la sensación que produce la brisa al moverse entre nuestra ropa. No puedo amortiguar el sonido de los pájaros cantando y los insectos zumbando en las flores, cerca de la casa. Así que Anna mira. El pelo le cae sobre el hombro, y sé que en cualquier momento podría notar el tirón de sus dedos para liberarse de los míos. Este es su lugar. Su otro lado. La fealdad del hechicero *obeah* ha desaparecido. Aquí es donde ella encaja.

—No.

—¿Qué pasa?

—Yo no pertenezco a este lugar —me aprieta las manos, más fuerte que antes—. Regresemos.

Sonrío. Ella regresó de la muerte para llamarme. Yo atravesé el infierno para buscarla.

—¡Anna!

Los dos nos giramos al escuchar mi voz. Hay una silueta en la puerta abierta de la casa victoriana.

—¿Cas? —pregunta ella vacilante, y la figura sale a la luz. Soy yo. Increíblemente y totalmente yo. Anna sonrío y tira de mis manos. Una leve risa escapa de su garganta.

—Vamos —la llamo—. Creí que querías dar un paseo.

Vacila. Cuando se vuelve de nuevo y me ve, al verdadero yo, parece confusa y cierra los ojos con fuerza.

—Marchémonos —me dice—. Este lugar miente. Por un instante... olvidé dónde estamos. Olvidé que estás aquí —mira de nuevo hacia la casa victoriana y cuando habla, su voz suena lejana, como si ya estuviera en ella—. Por un instante pensé que estaba en casa.

—Vamos —la llama de nuevo mi otro yo—. Antes de que tengamos que reunirnos con Thomas y Carmel.

Miro por encima de mi hombro. La estancia iluminada con velas sigue ahí. Veo a Thomas, arrodillado en el suelo, moviendo las manos frenéticamente. No me queda mucho tiempo. Pero todo está sucediendo demasiado deprisa.

Si suelto las manos de Anna, me olvidará. Olvidará todo excepto lo que hay al otro lado del prado. Todo se desvanecerá. Su asesinato y su maldición. Vivirá para

siempre la vida que debería haber disfrutado. La que podríamos haber compartido juntos, si todo hubiera sido distinto. Este lugar miente. Pero es una mentira buena.

—Anna —le digo. Se vuelve hacia mí; sus ojos están muy abiertos y confusos. Sonríe, y le suelto una mano para deslizar mis dedos entre su pelo—. Tengo que irme.

—¿Cómo? —pregunta ella, pero no contesto. En vez de eso, la beso, una vez, y trato de transmitirle con ese sencillo gesto todo lo que olvidará tan pronto como se dé la vuelta. Le digo que la quiero. Le digo que la echaré de menos. Y luego la dejo que se marche.

Escucho que algo se hace añicos y me parece que golpeo contra una superficie, todo sin moverme. Abro ligeramente los ojos y veo una estancia iluminada con velas y túnicas rojas. No noto ninguna sensación en el cuerpo, aparte del puro dolor. Thomas, Gideon y Carmel se abalanzan sobre mí de inmediato. Escucho sus voces como tres chillidos distintos. Alguien me está presionando el estómago. Otros miembros de la Orden permanecen alrededor inmóviles, pero cuando Gideon ladra, se producen unos cuantos revoloteos rojizos. Al menos algunos han corrido a hacer algo. Levanto los ojos hacia el techo, que está demasiado alto para verlo, pero sé que se encuentra ahí. No tengo que mirar ni a derecha ni a izquierda para saber que he regresado solo.

\*\*\*

Esta situación me resulta vagamente familiar. Estoy tumbado en una cama con un gotero adosado al brazo y puntos en la barriga, tanto internos como externos. Tengo la espalda apoyada sobre cuatro o cinco almohadas y hay una bandeja con restos de comida sobre la mesa lateral de la cama. Al menos no me han traído gelatina verde.

Dicen que he permanecido inconsciente durante una semana, y que mi supervivencia ha estado en el aire gran parte de ese tiempo. Carmel me ha contado que excedí los límites de las transfusiones de sangre, y que tuve la increíble suerte de que la Orden dispusiera de una sala de emergencias totalmente equipada en el sótano. Cuando me desperté, me sorprendió ver una cabeza con pelo cobrizo y plateado descansando agotada junto a mi cama. Gideon había traído a mi madre en avión hasta Glasgow.

Alguien llama a la puerta, y entran Thomas, Carmel y mi madre. De inmediato, mi madre hace un gesto hacia la bandeja de la comida.

—Será mejor que te comas eso —me dice.

—Estoy tratando con cuidado mi estómago —protesto—. Vamos. Acabo de atravesármelo con un cuchillo.

Sus ojos entrecerrados me dicen que no tiene gracia. Vale, mamá. Cojo el cuenco con compota de manzana y la sorbo, simplemente para hacerla sonreír, y lo hace, de mala gana.

—Hemos decidido que vamos a quedarnos todos hasta que estés lo bastante recuperado para viajar —dice Carmel, tomando asiento a los pies de la cama—. Regresaremos juntos, justo a tiempo para cuando empiece el instituto.

—Guau, Carmel —exclama Thomas, girando un dedo en el aire. Me hace una mueca—. Está condenadamente excitada por ser una estudiante de último curso. Como si no controlara ya todo el instituto. Yo, personalmente, no tengo prisa. Tal vez

podamos darnos otra vuelta por el bosque de los Suicidas, solo para repartir unas cuantas patadas.

—Muy gracioso —responde Carmel con sarcasmo, y le da un empujón.

Alguien más llama a la puerta; entra Gideon con las manos en los bolsillos y se sienta en una silla. Percibo la mirada incómoda que intercambian mi madre y él. No sé si las cosas volverán a ser igual para ellos después de esto. Pero me esforzaré para explicarle que no fue culpa de Gideon.

—Acabo de hablar por teléfono con Colin Burke —nos cuenta Gideon—. Parece que Jestine está mejorando mucho. Ya se levanta y se mueve.

Jestine no murió. Las heridas que le hizo el hechicero *obeah* no fueron más letales que las mías. Y ella regresó antes que yo, así que no perdió tanta sangre. Al parecer, también tuvo más cuidado de dónde se hacía la herida, porque no se provocó tantos daños internos como yo. Tal vez algún día consiga que me cuente todos sus secretos. O tal vez no. La vida resulta más interesante con zonas grises.

El silencio merodea por la habitación. Hace tres días que estoy consciente, pero siguen andándose con tiento, y no han hecho demasiadas preguntas sobre lo que sucedió en el otro lado. Pero se están muriendo por saberlo. No me importa contárselo. Es solo que me divierte esperar mientras me pregunto quién reventará primero.

Contemplo sus rostros incómodamente curiosos. Ninguno reacciona, solo me devuelven una sonrisa con los labios apretados.

—Bueno, voy a preparar la cena para el resto de nosotros —dice mi madre, y se cruza de brazos—. Tú seguirás con dieta blanda un tiempo, Cas —al salir, da unos golpecitos a Thomas en el hombro. Seguramente sabe que lo elegí para que fuera mi ancla. Si antes le apreciaba, ahora podría adoptarle.

—¿Al menos la viste? —pregunta Thomas, y sonrío. Por fin.

—Sí. La vi.

—¿Qué... qué pasó? ¿Era el hechicero *obeah*? —pregunta vacilante. Carmel tiene los ojos desencajados, me escudriña en busca de signos de tensión, dispuesta a saltar sobre Thomas para detener sus preguntas. Es un poco estúpido, pero aprecio su preocupación.

—Era el hechicero *obeah* —respondo—. Tenías razón, Gideon. Estaban atrapados juntos en aquel lugar —él asiente con la cabeza, y sus ojos se ensombrecen. Supongo que en realidad no quería tener razón—. Pero ya no existe. Acabé con él. Y liberé a los demás. A todos los que mantuvo atrapados en su interior durante años. A todos los fantasmas. Y a Will y Chase —hago un gesto con la cabeza hacia Carmel—. Y a mi padre —Gideon cierra los ojos—. No se lo digas a mamá todavía —le pido—. Se lo contaré yo. Pero... no le vi ni nada. No hablé con él. Es difícil de explicar.

—No te preocupes —me dice—. Cuéntaselo cuando creas oportuno.

—¿Y qué pasó con Anna? —pregunta Thomas—. ¿Estaba bien? ¿La liberaste a ella también?

Sonrío.

—Espero que sí —respondo—. Creo que sí. Creo que ahora estará bien. Que será feliz.

—Me alegro —dice Carmel—. Pero ¿tú vas a estar bien? —coloca la mano sobre mi rodilla y la aprieta a través de las sábanas. Asiento con la cabeza. Estaré bien.

—¿Qué ha pasado con la Orden? —pregunto a Gideon—. Jestine regresó con metal para forjar un nuevo *áthame*. ¿Te lo han contado?

—Lo han insinuado —Gideon asiente con la cabeza—. Siempre ha sido una chica lista.

—¿Otro *áthame*? —exclama Thomas—. ¿Pueden hacerlo?

—No estoy seguro. Ellos creen que sí.

—Entonces, ¿qué pasa? —gime Carmel con gesto exhausto—. ¿Significa eso que vamos a tener que liquidar a toda la Orden? No es que me importe, pero ¿en serio?

—Si hubieran querido matarme, tuvieron una oportunidad excelente para hacerlo —respondo yo—. Estaba prácticamente muerto en el suelo. Podrían haberme abandonado sin más. Haberme negado cualquier ayuda —miro a Gideon, que asiente para mostrar que está de acuerdo—. No creo que tenga que preocuparme por ellos. Tendrán su *áthame*. Y su instrumento —añado con amargura—. Se alejarán de mí.

—Han conseguido lo que querían —afirma Gideon—. Y parece que se han marchado. Somos los únicos que quedamos aquí. Los miembros de la Orden desaparecieron en el momento en que Jestine estuvo lo bastante recuperada para moverse —me doy cuenta de que Gideon se refiere a la Orden como si no formara parte de ella. Estupendo. Se reclina en la silla y recoge las manos sobre su pecho—. Parece, Teseo, que tienes el camino despejado.

Sonrío, y recuerdo mis últimos momentos con Anna. Recuerdo cómo me besó, y cómo sentí su sonrisa, apenas contenida en las mejillas. Recuerdo que sus labios estaban increíblemente cálidos.

Thomas y Carmel están de pie junto a mi cama, con los ojos bajados hacia mí y el cuello cubierto de moratones y cicatrices. Tal vez en algún lugar mi padre me esté mirando también. Tal vez mientras le observa un gato negro que se arranca el pelo. Mi sonrisa se vuelve más amplia.

El camino está despejado.

## Agradecimientos

*Anna desde el infierno* debe mucho a mi editora, Melissa Frain. En lo que a editores se refiere, es la bomba. Así que, gracias, Mel, por tener un magnífico ojo y ser increíblemente comprensiva. Gracias también a mi agente, Adriann Ranta, que continúa navegando por las aguas editoriales para explicarme qué es qué. Gracias a Seth Lerner y al artista Nekro por otra impresionante portada. Y gracias a todo el equipo de Top Teen por hacer todo lo necesario para convertir un libro en un libro.

Además, el mundo necesita lectores, así que gracias a todos ellos, y a los críticos, profesores, bibliotecarios y blogueros que continúan expandiendo el amor por los libros.

Un rápido saludo a mis padres, esta vez a mi padre en especial, que nunca vacila e impulsa las ventas en lugares como Minot, Dakota del Norte. ¡Gracias, papá!

Y por último, los sospechosos habituales: Ryan VanderVenter, Missy Goldsmith, Susan Murray y Dylan Zoerb, por la suerte.





KENDARE BLAKE, nació en Corea del Sur y creció en Estados Unidos, donde se graduó en Empresariales. Más tarde cursó un Máster en Escritura Creativa por la Universidad de Middlesex (Londres) y desde entonces sus relatos han aparecido en diferentes publicaciones. En 2011 debutó con la novela juvenil *Sleepwalk Society* pero, sin duda, el libro que marcará un antes y un después en la carrera de esta escritora es *Anna vestida de sangre*, junto a su secuela, *Anna desde el infierno*. Actualmente Blake vive en Washington, donde defiende los derechos de los animales, lee sobre mitología griega y lleva una dieta vegetariana.

[www.kendareblake.com](http://www.kendareblake.com)